

LA ORGANIZACION fué como nacer de nuevo

Santiago, septiembre de 1986



Al hacer este libro, nos hemos preocupado especialmente de su forma, en la perspectiva de contribuir a que el pueblo vaya creando una estética propia.

Queremos explicitar así el valor que le damos al contenido y al mismo tiempo, hacer que la lectura sea más fácil.

Para ésto, se han unido un conjunto de manos que le han dado forma. Comenzando por Eledino que leyó atentamente los escritos y creó imágenes para ellos.

Luego Antonia, que tomó los textos e imágenes y con todo su cariño dio forma a un nuevo libro.

Leo y sus compañeros hicieron que la Composición de textos pudieran estar a nuestro alcance y José Miguel que revolvió de tal manera las tintas que hizo aparecer colores nuevos.

A éste grupo también se unieron aquellos que valorando el trabajo aportaron el financiamiento que permitió editar el libro y en consecuencia compartirlo y difundirlo.

Por ésto decimos que son todos autores pues es el conjunto, el que da nacimiento a este libro.

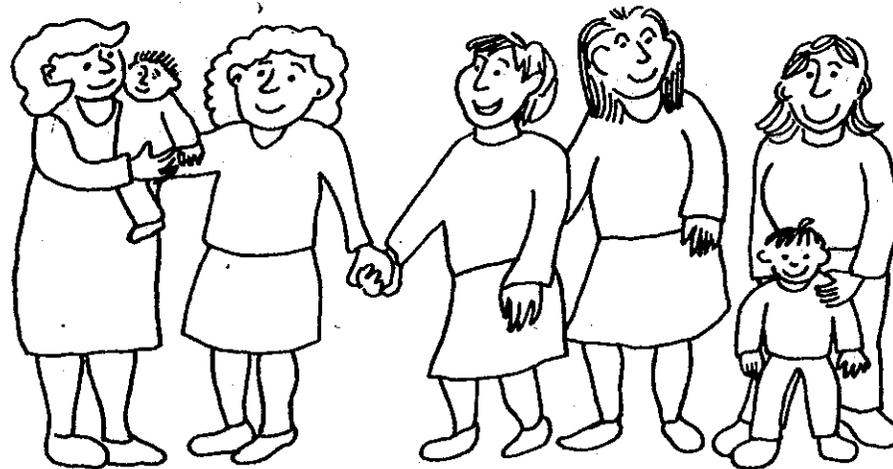
er de Acción Cultural (TAC)
pción N° 65.013
a 15.129 - Correo 11 - Santiago.

os: Eledino Parraguéz
amación y montaje: Antonia Gómez
osición de Textos: CERCOM
sión: José Miguel Bravo

LA ORGANIZACION fué como nacer de nuevo

Laura • Hilda • Mary • Graciela • Isabel

taller de acción cultural



PALABRA PREVIAS

En el camino recorrido con grupos que han comprometido su quehacer en la construcción de una sociedad, que abra posibilidades de crecimiento iguales para todas las personas, hemos sido testigos del proceso de crecimiento alcanzado con sus propios medios, por tantas y tantas organizaciones populares.

Esta experiencia, tan fundamental para nuestro Taller de Acción Cultural, es la que nos lleva a mostrar esa dimensión amplia de la ORGANIZACION que hemos conocido.

Tres razones han motivado especialmente la realización de este trabajo:

- *la primera es la enorme riqueza y significación que hemos encontrado al interior de las organizaciones populares: en su historia, en su vida interna.
En las personas que las integran, en el futuro que construyen juntas.*
- *la segunda, es la visión estrecha, desconfiada y en algunos casos hasta prejuiciosa, que observamos en relación a la organización, especialmente en los sectores no organizados. Naturalmente que este es un resultado de la acción realizada por el sistema dominante.*
- *la tercera, es la visión idílica con que algunas personas ven las organizaciones.
Viendo en ella a un grupo, que automáticamente encuentra la UNIDAD y camina sin tropiezos hacia su objetivo.
Olvidando con esta percepción tan esquemática, el difícil proceso interno que vive la ORGANIZACION para salir adelante.*

Ante esta realidad y viendo la función que cumple la ORGANIZACION dentro del movimiento popular, hemos querido expresar el compromiso contraído, compartiendo nuestras experiencias por medio de este libro, que busca introducirnos en ese mundo tan vivo y lleno de valores que encierran las ORGANIZACIONES POPULARES.

El trabajo lo hemos hecho en conjunto con cinco compañeras que desde hace años forman parte de organizaciones populares, y hoy día han llegado a ser dirigentes poblacionales.

En este libro, las compañeras muestran lo que es una ORGANIZACION, a partir de su experiencia.

Cada una de ellas, reflexiona, saca conclusiones sobre su propia historia y muestra la manera en que la organización las ha ido formando.

Como TALLER (TAC) entregamos algunos elementos teóricos que nos permiten comprender mejor, las proyecciones de una ORGANIZACION POPULAR.

Al trabajar de este modo, hemos buscado integrar dos formas de conocimiento complementarias como son: aquella que se aprende de la experiencia vivida y que conocemos como "sabiduría popular" y aquella que nos entregan algunos autores a través de investigaciones y publicaciones y que llamamos teorías. Creemos que sólo de un análisis de ellas en conjunto, podremos extraer esa dimensión dinámica y profunda que tiene una ORGANIZACION POPULAR.

Porque toda organización existe, sólo desde que un grupo de personas deciden unirse, para alcanzar juntas la META que cada uno buscaba.

Es por esto, que cada organización tiene características propias, de acuerdo a sus integrantes, al objetivo que persiguen, al lugar donde se encuentran, al momento histórico que viven...

Su unidad interna, se logra durante el proceso de búsqueda de respuesta a las necesidades que los integrantes comparten y que como clase oprimida sólo encontrarán con la Liberación.

Con este trabajo, queremos destacar y valorar, el aporte de los sectores populares en el proceso de cambio del sistema, explicitando la necesidad de que sea el Movimiento Popular, quien asuma el rol protagónico en su Proyecto Histórico de Liberación.

LA FORMA EN QUE TRABAJAMOS

Empezamos este trabajo, haciendo la historia de las cinco compañeras.

Cada una hizo su relato y nosotros grabamos; a excepción de Mary que escribió ella misma.

Enseguida, las transcribimos y se las devolvimos para que pudieran corregir los errores.

Después leímos cada historia, detectando las situaciones descritas en forma incompleta, los vacíos, las aparentes contradicciones y las conversamos con sus protagonistas para que pudieran clarificarlas.

La lectura que cada persona hizo de su historia, fue una experiencia importante porque las hizo mirar la totalidad de sus vidas y enfrentarla desde esa nueva conciencia que alcanzaron.

Se hizo una segunda entrevista para que cada persona desarrollara más los aspectos que quisiera o para que sacara lo que no quería poner...

Este encuentro fue muy significativo porque en él, cada persona asumió con mucha entereza los momentos difíciles de su vida. Momentos que a veces estaban guardados muy al fondo y producían dolor.

El hecho de analizar sus vidas y compartirlas, fue una experiencia muy rica que nos permitió a todos, comprender de manera muy concreta y profunda lo que significa ser una clase explotada.

Finalmente y para terminar la historia, las protagonistas entregaron una reflexión sobre su vida, desde la perspectiva que ellas tienen hoy día.

Estando esta primera parte lista a fines de 1985, comenzamos con los aspectos teóricos de la organización.

Buscamos lo que se había escrito sobre Organización desde un punto de vista de clases y con asombro, nos fuimos dando cuenta de que era muy poco lo que había sobre el tema.

Recorrimos bibliotecas, librerías, acudimos a los "especialistas", y en relación a lo que el tema significa, fue muy poco lo que encontramos. Especialmente entre los Cientistas Sociales Latinoamericanos, donde el fenómeno de la Organización Popular tiene tanta vigencia.

En esta búsqueda, nos dimos cuenta de que este vacío teórico sobre la Organización Popular, era un hecho que venía sucediendo de muy atrás, pues ya en 1923 G. Lukacs lo dejaba planteado() y por ello quedamos con una Interrogante, acerca de las causas que puede tener este abandono del estudio de la Organización que el pueblo se da, por parte de los Cientistas Sociales.*

(*) Histoire et Conscience de Classe. G. Lukacs. París, 1960.

Por último cuando fuimos articulando el material, vimos que había una gran coincidencia entre las vivencias que muestran las compañeras respecto a la ORGANIZACION y los elementos teóricos que encontramos.

Así es que, tomamos algunas frases de las historias y las integramos con algunos conceptos a fin de que sirvieran como elemento esclarecedor.

En ningún caso, hemos querido darle otra función que ésta, como tampoco hemos recurrido a poner frases sacándolas de su contexto, pues todas son parte de las historias que están en la primera parte.

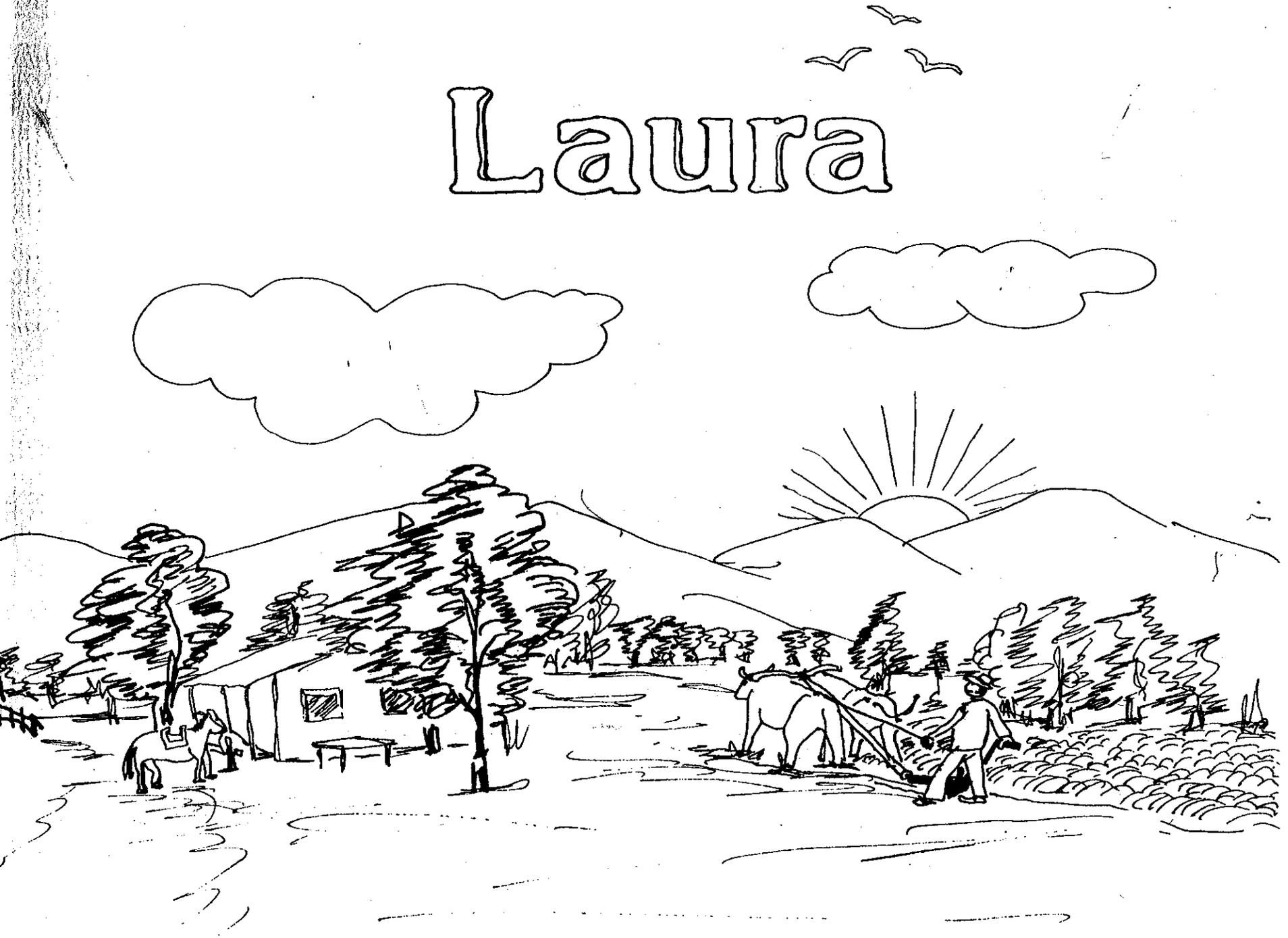
Las compañeras ven en este libro, un medio para comunicarse con esa gran cantidad de mujeres que como ellas, luchan por un cambio de esta sociedad.

Quieren mostrarles que a pesar de las condiciones materiales en que han vivido, de la represión que han sufrido y de la fuerza con que trata de imponerse el sistema, ellas han logrado educarse, tomar conciencia, participar y cumplir un rol significativo en la conducción de las organizaciones donde están integradas.

Para terminar, queremos que este libro sea una propuesta para comenzar a debatir en forma más sistemática y dinámica el tema de la ORGANIZACION POPULAR y su rol dentro del proceso de Liberación.

Primera Parte

Laura



Era lindo vivir en el campo.

A. Me daba susto y a la vez me gustaba arrancar.

Les contaré, que yo me acuerdo de cuando tenía 4 años, porque yo soy mayor dos años de mi hermano Gabriel y él dos años mayor que la Elvira. Me acuerdo desde cuando nació Elvira, quizás un poco antes. Después nació la Gricelda, después la María y el último fue Marcelino.

Bueno yo soy la mayor de 6 hermanos, mi papá trabajaba en el campo, esto era en la provincia de Valdivia (en Cufeo).

En ese lugar, mi papá sembraba papas, porotos, lentejas, maíz, trigo, de todo. Las siembras las hacía a medias con el patrón, (mediero) o sea que el patrón daba la siembra y el terreno y mi papá colocaba el trabajo y al fin de la cosecha, tocaban la mitad cada uno. El terreno que se sembraba eran como tres cuadras, porque mi papá sembraba cinco sacos de papas, arvejas, y cuando se cosechaba era la mitad para cada uno.

Mi padre era muy ligero de genio y por eso no duraba mucho tiempo en una parte, y siempre estábamos trasladándonos de un lado para otro. En algunas partes dejaba a medias la siembra que le daban y se iba con nosotros a otro lugar.

Fuera el tiempo que fuera; verano o invierno, le daba igual. Y si el patrón era muy prepotente, mi papá le daba unos cuantos garrochazos con la vara con que se guía a los bueyes.

El defendía sus derechos, pero al estar solo no tenía como presionar al patrón y entonces, su forma de rechazar la explotación era irse y dejar botado el trabajo.

El decía: si uno sabe trabajar, por qué se va a dejar pasar a llevar.

Como en ese tiempo, no habían retenes por ahí cerca, no lo mandaban preso, eso sí que lo echaban del lugar. Pero cuando lo echaban, él ya estaba listo para irse.

Así fui creciendo hasta que llegó el día en que vivíamos a la orilla de un camino donde se juntaban dos ríos. Era tan lindo ese lugar, eso era en Cufeo.

Estaba lleno de cerros y de pasto. Había un pasto amarillo, que lo llamaban pasto "vicho", también ahí se daba mucho la frutilla. Habían montañas desde donde los inquilinos sacaban las cáscaras. Eran cáscaras que se sacaban de unos árboles y se las llevaban a Valdivia para convertirlas en suela de zapatos. Una fábrica de zapatos las compraba.

Había leña para hacer carbón, era todo montañoso, había cerros y cerros. Era como un lugar donde fuimos de paseo en el Tabo.

En el invierno el río se llenaba y en ese lugar era muy hondo, tenía una cascada por un lado.

En invierno era muy lindo, nosotros íbamos a recoger flores, a buscar zarzamoras, que nosotros llamábamos "murra" y se daba la murtila, que la llamábamos "murta". Para ir allá cruzábamos un puente colgante que había. Mi mamá nos cuidaba mucho de que no cruzáramos, pero nosotros igual lo hacíamos, para coger fruta silvestre y para jugar. Yo me acuerdo que tenía como seis años.

Mi mamá vendía chicha dulce, para poder ayudar a mi papá. Compraba por barriles y como nosotros vivíamos ahí en el camino, a la pasada del puente, se juntaba mucha gente. Porque los que viajaban, pasaban a darle agua a los caballos y bueyes. Se usaba mucho el caballo como transporte, entonces ahí se juntaban y mi mamá les vendía chicha, empanadas y pan amasado. Los caminos eran muy largos porque la gente vive muy lejos unos de otros.

Los colonos se demoraban un día entero para llegar a Valdivia. Había una parte que no era ni la mitad y eran 19 kilómetros, así se dividía Cufeo, el 19, el 10... el 15...

Era lindo ese lugar. Ahí fue cuando nosotros andábamos jugando en un cerrito que había, al medio de todo ésto. Un cerrito como de tunas, que estaba lleno de mosquitos. El mosquito era un arbusto silvestre que hay, con un fruto rico. Entonces nosotros estábamos jugando, cuando nos encontró un caballero que era profesor, que andaba arreglando unos cercos para que no se salgan los animales.

Llamó a mi mamá, le preguntó mi nombre y dijo que fuera a la escuela, porque él era profesor, se llamaba Rafael Baeza.

Ahí me llevaron a la escuela, pero me costó ir. Toda la familia del profesor, era gente acomodada, tenían terrenos por ahí, tenía como seis años cuando fui a la escuela. Después surgieron problemas y no pude ir más, porque mi mamá trabajaba, y la hermana de mi mamá, la tía Elcira pololeaba. Entonces a ella se le ocurrió de venirse a Santiago.

Pero al pololo que tenía, se le ocurrió dejarla en Valdivia y no dejó que se viniera a Santiago y ese fue el problema.

Yo fui con mi tía Justina a dejarla, pero me da cuenta que mi tía no se fue. Entonces volví a la casa y le dije a mi mamá y ella le dijo a mi abuelita que la Elcira no se había venido y mi abuelita me dijo que yo era mentirosa.

Pasó un tiempo y mi tía no volvía. Otra gente vio a mi tía en Valdivia y le contaron a mi abuelito. Entonces un día mi abuelito encontró al Lucho, el hombre que pololeaba con mi tía y le preguntó por Elcira y le respondió: ¡Qué sé yo de tu hija!

Entonces mi abuelo le pegó a este hombre y después murió en el hospital y a mi abuelito se lo llevaron preso.

Mi abuelo tuvo que estar dieciocho meses en la cárcel.

Un hermano del muerto, que le decían el chico Juan, culpó a mi mamá, dijo que por culpa de la Rosa, mataron al Lucho y llegó llorando a la

casa a buscar a mi mamá. Pero mi mamá había ido a trabajar a la casa de los patrones.

Era invierno, llovía mucho. Los caminos estaban llenos de barro. Yo estaba con mi abuelita cuando llegó el Juan. Lloraba a gritos, venía a caballo y el caballo venía embarrado hasta los ojos.

Mi abuelita le preguntó qué le ocurría. No le dijo nada y entró a la casa, nosotros estábamos en cama; dio vuelta todo y con un cuchillo en la mano gritaba que mataría a mi mamá.

Mi abuelita le dijo que la matara a ella, porque ella no tenía niños chicos. El gritando y llorando, nosotros tiritando de susto y él con el cuchillo en el pecho de mi abuelita.

Fue tanto que mi mami no llegó y mi abuelita le dijo que andaba en Valdivia.

El se fue para esperarla en otro camino y nosotros fuimos al cerro, a la casa de los patrones a decirle a mi mami que no llegara a la casa, porque andaba el Juan buscándola para matarla.

Me daba susto y a la vez me gustaba arrancar y ver si iba a llegar o no.

Entonces de ahí tuvimos que cambiarnos y nos fuimos a vivir a la casa de mi abuelita y no pudimos ir más a la escuela. Los abuelitos vivían por ahí cerca donde los de la Barra.

El hombre este, anduvo mucho tiempo buscando a mi mami, entonces un día ella dijo, yo no puedo andar tanto tiempo escondida. Si me va a matar, que me maté.

Entonces fue donde él le habló y le dijo lo que pasaba y ahí, como que se asustó él y no se vio con el mismo deseo de matar a mi mamá. Le dijo que disculpara, que era un ataque de locura que le había dado por el dolor de haber perdido a su hermano y se terminó eso. No la siguió más.

Los carabineros para transportarse desde Valdivia hasta Cufeo lo hacían a caballo, no tenían otro medio de transporte. O sea tenían un retén y para ir de ahí a Cufeo, echaban un día y del retén

hasta Valdivia, medio día más. Casi siempre ellos llegaban en la mañana, antes que uno se levantara. Cuando uno los veía pasar, decía, ahí van los pacos, ¿a quién irán a buscar preso?

Para trasladarse a Valdivia, había camiones y una "góndola" que pasaba una vez al día. Pero para ir a tomarla, había que salir en carreta, a pie o en caballo, a un camino bien retirado, y los caminos eran malos, eran puras piedras. Desde donde nosotros estábamos hasta el camino por donde pasaba, uno se demoraba medio día. De ahí en góndola eran como tres horas a Valdivia.

Donde nosotros vivíamos en Cufeo, habían vivido antes unos españoles y habían unas plantas preciosas y mi mamá colocaba unas mesas debajo de unos aromos, para venderle chicha y empanadas a los carreteros. Cuando mi mamá iba a lavar a los patrones, se quedaba mi abuelita atendiendo. Mi mamá buscaba el día en que pasaran menos carreteros y dejaba todo hecho en la mañana: las empanadas, el pan amasado.

Ahí donde estábamos, el patrón don Sito, era bueno, era un caballero viejo que tenía hartos hijos y no era malo. Bueno, explotador claro que sí, pero no tenía maltrato con la gente, porque mi papá se iba y volvía. Este caballero no era tan abusador, porque él siempre estaba dando cosas. A mi papá le daba casa y cada cierto tiempo una oveja para que matara: además les daba una vaca para que sacaran leche.

Cuando mi mamá le iba a lavar a la señora, le daba una bolsa llena de cosas, de queso, manzanas que guardaban en el invierno, tofino, charqui: siempre estaba dando la señorita Domitila. Cuando se murió esta señora, el caballero trajo otra niña, pero ella no era igual.

El otro caballero que también era bueno, era el profesor. En la escuela le daban la comida a los niños.

Lo que yo no sé, es de donde sacaban la comida. Uno tenía que llevar un jarro no más y ahí nos daban un cucharón de comida. Para eso, él contrató a mi mamá para hacer la comida, porque mi papá se fue a trabajar para el lado de Osorno a unas cosechas creo, y escribía una vez a las tantas y no mandaba plata.

B. Hacíamos tantas leseras.

Yo recuerdo que la escuela era una pieza grande y ahí estaban todos los cursos. A un lado se juntaban los niños más grandes, al otro los niños más chicos y había un solo profesor para todos.

Yo recuerdo que iba con mi hermano, con el Lito que era un año menor que mí, a él lo hacían hacer palotes y yo estaba aprendiendo a leer. El Lito se taimaba y no quería hacer nada y el profesor, ponía unos granos de trigo junto a la pared y lo hacía incarse encima.

Siempre castigaban así a los niños que se portaban mal y el Lito era taimado y rebelde. O sino, también le pegaban con una varilla de mimbre.

Yo me ponía a llorar cuando veía que el profesor castigaba al Lito y el profesor me decía: salga usted a recreo no más, usted no tiene nada que ver con el castigo.

Era muy sacrificado ir a la escuela porque no teníamos zapatos y yo tenía que llevar al Lito en los hombros.

Tiene que haber sido muy bueno para que fuéramos todos los días. Aprendí a descubrir hartas cosas, aprendí a leer.

Me gustaba mucho porque jugábamos con otros niños.

Esto era en Cufeo, pero más arriba. No me acuerdo como se llamaba esa parte, pero estaba cerca de donde pasaba la línea del tren.

No todos los patrones eran buenos. Habían unos que no convidaban nada, entonces nosotros le robábamos.

Los Silvas, tenían hartas vacas pero hartas y algunos, se les quedaban con las terneras por ahí por la montaña. Con el Lito íbamos —yo en ese tiempo tendría unos diez años— y laciábamos las vacas. Llevábamos de esos tarros cuadrados donde venía cuáquer o grasa sacábamos leche en la mañana y la traíamos a la casa.

El patrón para comunicarse con los trabajadores, lo hacía a través del mozo que trabajaba en la casa patronal. El mozo iba de a caballo a dar las órdenes, pero había otras veces que los juntaba a todos. Eso era cuando había elecciones, entonces se los llevaban a las canchas.

Cada patrón colocaba un camión o carreta y juntaban a los inquilinos, había asado, chicha, mataban una vaquilla. Ahí llegaban los que iban a hablar prometiendo mejores cosas, caminos nuevos para que la gente no tuviera que dar vueltas muy largas. Otros prometían enripiar los caminos para que no hubiese tanto barro: esos eran los choclonos.

También para las trillas se juntaba toda la gente. Ahí se hacía como una olla común y se cocinaba para toda la gente. Lo mismo se hacía para sacar las papas, se llama la "Yunta", que es cuando al sacar las papas, se van apartando las papas más grandes y esas se las reparten los trabajadores.

Para las trillas nos subíamos a la parva de paja y de arriba, nos tirábamos para abajo y al final, ayudábamos a recoger los conchos. En esas ocasiones nos conocíamos y sabíamos que en tal parte, había otros chicos. Vivíamos tan alejados unos de otros y a la escuela, no iban todos los niños.

En la casa aprovechábamos los ratos que nos quedaban para jugar, en atajar animales a caballo, en los palos, jugábamos a los cementerios; es raro porque yo no había conocido los cementerios y no sé por qué jugábamos a los cementerios.

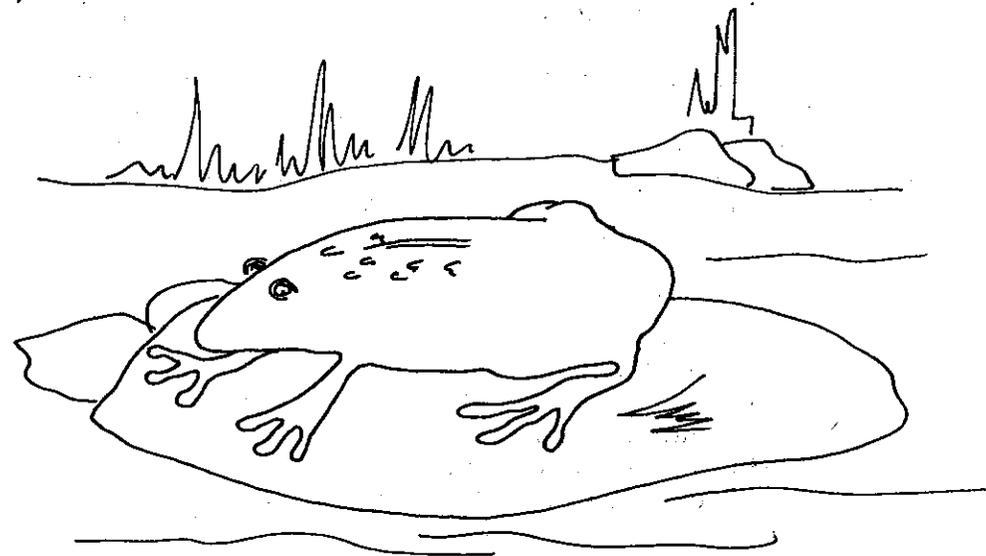
También hacíamos unos huertos chiquitos, cortábamos plantas del campo, flores y hacíamos una huerta donde estaba la casa de nosotros. La casa la hacíamos de ramas y ahí afuera, teníamos el jardín donde plantábamos las plantas que cortábamos en el campo. La comida era de murra (zarzamora), chupones y esas cosas.

Al jugar, siempre el Lito era la señora Juanita, le gustaba llamarse señora Juanita y era la señora. Y yo era un huaso que había arriba y que se llamaba Don Cárdenas.

Me subía arriba de los árboles y me montaba a caballo en un palo, así que lo ensillaba. En esa época no habían muñecas, eran de palo envueltas con tiras. Era un palo como una cruz como manos, y le envolvíamos las manos con tiras y las muñecas tenían que estar acostadas no más.

En la casa éramos cuatro chicos y nadie más.

Cuando no, salíamos a cazar pájaros, a buscar pancoras en una laguna del río, a jugar con los huevos de las ranas y de sapos, en unas partes de agua detenidas que habían.



Sacábamos las babas de los huevos de sapo y los poníamos arriba de los palos. La tierra y el sol los secaba y nosotros observábamos, como se iban secando. Entonces toda esa baba se iba haciendo agüita y se morían los sapos.

Lo otro que hacíamos –porque no había gente cerca– era salir a montar a caballo de los chivos. Los patrones nos daban a cuidar chivos y nosotros los íbamos a cuidar al campo, para que no se los comieran los zorros, ni el león. A veces nos

poníamos a lacear carneros con el Lito y llegaban los zorros. Eramos malos desde chicos. Teníamos fuerzas para amarrar los chivos y llevábamos cordeles y los hacíamos que arrancaran con palos o ramas.

En los cerros hacíamos bultos, amarrábamos cuestiones y los largábamos del cerro hacia abajo y lo otro, era buscar leña. Había que tener leña para el fuego en la casa, y a nosotros nos mandaban a buscar ramas, chamizas que habían en los montes.



Tuvimos que hacernos cargo de la casa.

A. Mi mamá nos hacía la ropa de saco con tal de que fuéramos a la escuela.

Cuando teníamos que hacer preguntas, las hacíamos.

Yo no pregunté nunca sobre el pololeo, ni cómo nacen las guaguas. No pregunté nunca, no sé por qué.

A lo mejor sería porque teníamos mucho contacto con los animales; a lo mejor sería, porque nosotros veíamos como se cruzaban los toros con las vacas o los caballos, las ovejas, los chivos.

Nosotros ayudábamos cuando iban a parir las ovejas, estábamos ahí al lado cuando parían las vacas. Nos mandaban a buscar chamizas de gualgüe, hacíamos un agua y se le echaba por el hocico a la vaca, para que pudiera parir sin problemas. O nos mandaban a ver qué oveja iba a parir. A lo mejor por eso no preguntábamos.

Cuando no queríamos ir a ver el carbón, porque teníamos miedo, o cuando nos mandaban a espantar los pájaros, nos rebelábamos diciendo... tengo frío... hay mucha helada. Entonces o nos mandaban no más o nos dejaban en la casa.

A pesar de todo lo malo, lo pasábamos bien. Teníamos que trabajar a pie pelado, sufríamos... yo tenía en ese tiempo ocho años. Tenía que salir a trabajar, antes que aclarara en la mañana. Sin embargo los ratos que salíamos a jugar, como que a uno se le borraban estas cosas del trabajo.

Yo creo que nosotros no teníamos la conciencia que tienen ahora los cabros chicos, que dicen: no; si es usted la que tiene que trabajar.

Entonces en ese tiempo la cosa era ¡yo tengo que trabajar, soy para trabajar!

Uno no iba rezongando como lo hacen ahora. Ahora ellos saben que tienen que estudiar y en ese tiempo, bueno, uno sabía que tenía que trabajar, pero que después habría algún rato para descansar. Vamos a ir a jugar a tal parte y uno se proponía

ir allá a cazar pajaritos o sacar la fruta de los copihues que son unos pepinos, entonces nosotros decíamos, bueno, vamos a recoger carbón ahora, pero en la tarde vamos a ir a los pépinos.

Cuando trabajábamos con mi papá haciendo carbón casi siempre era más pesado. Teníamos que correr los palos de un lado a otro para armar los hornos, era según los lugares donde vivíamos.

Habían lugares donde cortábamos los palos, tirábamos corbina, ... mi papá volteaba los árboles, el Lito y yo nos poníamos a tirar la corbina y después trozábamos árboles. Como nosotros éramos chicos, mi papá nos ponía un choco (tronco) a cada lado, para que subiéramos y pudiéramos alcanzar la altura del palo.



En la mañana salíamos a pie pelado, invierno y verano y cuando mucho, nos poníamos esta cuestión de ojotas, con medias de lana abajo y encima envueltos con trapos viejos. Eso era cuando no llovía y caían sólo heladas. Ahí podíamos ponernos ojotas: eran de cuero, se hacían de las partes, más duras del animal. Lo curtía mi abuelito y mi papá. Ellos usaban ojotas no más.

Mi papá, como era loco y aventurero quiso darnos una sorpresa y primero se fue a la Unión, a Puerto Varas. Ahí le fue mal en el trabajo. (las cosechas). Juntó plata para el pasaje y tomó el tren para Santiago y como pájaro loco, partió. Total, él no tenía maleta para sus cosas, no tenía nada, sólo lo que tenía puesto y la plata para el transporte.

Se vino acá a Santiago y empezó a trabajar en zapatos. Después juntó plata y le mandó a mi mamá, para que también se viniera a Santiago. Le mandó una carta diciéndole que aquí había trabajo para ella, que podían ser ricos y tener mucho más.

Trajo a mi mami, ella estuvo un año acá. Durante ese tiempo los chicos nos quedamos con mi abuelita.

Aquí nos mandó zapatos. Por primera vez conocimos los zapatos, las teteras de aluminio, los jarros enlozados, porque allá no teníamos.

Teníamos platos de madera, mi papá los hacía. Teníamos unas tronquitas (fuentecitas) de madera, (alerce) y en esas almorzábamos y las cucharas también de alerce y los jarros eran de tarros de leche condensada o salmón.

No sé por qué, se usaba mucho la leche condensada, entonces los amarraba con un alamabrito acá arriba, los torcía, le hacía un gancho y los amarraba abajo.

Cuando se vino mi mamá a Santiago, nos mandó una tetera de aluminio, porque allá en el campo teníamos todo de fierro. Tetera y olla de esas con tres patas con un gancho arriba. Y lo otro, eran ollas y fuentes de greda o piraguas, que se usaban para hacer las ensaladas. Ahí nos mandaron zapatos, fue la primera vez, que tuvimos zapatos.

Durante todo el tiempo que mi mamá estuvo en Santiago, estuvimos con mi abuelita, mi tía Elcira, Justina y mi abuelo. Mi abuelita se portaba bien con nosotros, era de estas abuelas mal enseña-

doras, nos llevaba charqui, nos daba la comida en la cama y no echábamos de menos a mi mamá. Ella de Santiago mandaba plata y mi abuela compraba papas, porotos, sal, hacía charqui.

Lo pasamos bien ese invierno, no sufrimos tanto saliendo a hacer carbón, porque ya no estaba mi mamá, que era la que salía a trabajar en el carbón. Ese invierno estuvimos tranquilos en la casa, solamente cuidando los chivos y comiendo, porque mi mamá mandó la plata, para que todo se comprara por sacos.

En esa época tenía nueve años. Era el tiempo en que salió o se hacía la campaña a Gabriel González Videla, así que tiene que haber sido como el año 1946. Sí porque el Lito se llama Gabriel y como era guatoncito y chico, todos le decían Gabriel González Videla.

Después del año volvió mi mamá, y mi papá se quedó como un año más.

El llegó después con ropa para nosotros y desde Santiago nos escribía y nos mandaba dinero. Trabajábamos menos, mi mamá más tejía e hilaba que lo que hacía carbón.

Después pasó mucho tiempo en que no sabíamos nada de él y mi mamá tenía que hacer carbón y venderlo en Valdivia. Valdivia quedaba a un día de camino en carreta. De vuelta, traíamos el azúcar, aceite, arroz, yerba, porque eso costaba caro en los almacenes chicos que habían en el campo y también quedaba lejos.

Había que caminar toda una mañana para comprar una chaucha de azúcar. Fruta, verdura, carne, de todo eso había en el campo.

Mi abuelita cuando quería mataba un chivo, así que no había posibilidades de pasar hambre. Incluso cuando no había azúcar, el té lo tomábamos con miel de abeja y cuando no había harina para hacer pan, comíamos harina tostada: hulpos y pavos de harina.

Cuando vivimos con mi abuelita, estuvimos

más tranquilos y yo pude ir a la escuela, aunque un poco tiempo no más y sólo en el verano. Porque en el invierno había un río que no se podía pasar. De puente: sólo había un palo, para atravesar. En el invierno todo eso se llenaba de agua, se hacía una vega grande y no se podía atravesar. Había que dar una vuelta muy grande y de a caballo.

Ibamos a la misma escuela anterior. Aunque no quedaba más lejos, en el invierno era difícil ir, porque no se podía cruzar el río.

Mi mamá me hacía toda la ropa de sacos harineros y cuando íbamos a la escuela, hasta el bolsón era blanco. Porque en esa época no alcanzaba el dinero para comprar, entonces mi mamá nos hacía ropa de saco. Mi mamá lavaba los sacos y nos hacía todo de bolsas. En la escuela todos los chicos usaban delantales blancos, en ese tiempo no había cuadrillé.

Yo estaba contenta de ir a la escuela, pero duré poco tiempo porque mi mamá fue a Santiago. Después cuando volvió hubieron otros problemas. Mi abuelito empezó a pelear con mi abuelita y tuvimos que irnos de ahí. Nos fuimos al frente, donde Don Sixto (todos esos lugares quedaban en Cufeo) a donde mi papá hacía hornos, ahí era donde mi mamá lavaba, cuando el hombre, Juan, le quería pegar con cuchilla.

De las tierras de la señora Lucía, nos fuimos de inquilinos donde don Sixto, un poco para arrancar de mi abuelito, porque cuando él salió de la cárcel, salió más represivo y celoso con mi abuelita. Entonces empezó a pelear y una vez también quería matarla, total que tuvimos que irnos de ahí y don Sixto dijo —véngase para acá— y nos llevó a un lugar bien resguardado. Claro que mi abuelito conocía todo, pero ahí estuvimos como escondidos. Había otra gente cerca y podíamos gritar si mi abuelito llegaba y de ahí, ya no fuimos más a la escuela.

En ese tiempo yo tenía como diez años.

Empecé a trabajar en la casa de don Sixto para ayudar a la familia, pero al poco tiempo, el patrón quería cambiarme por una vaquilla que estaba por parir y por un pedazo de terreno. Como yo les hacía todas las cosas en la casa, ellos querían quedarse conmigo.

Cuando llegó mi papá, le dijeron que me cambiaban por el terreno ese donde vivíamos, que era un pedazo grande con una punta como esquinero y la vaquilla. Entonces don Sixto le dijo que ahí podría trabajar, sembrar y que desde ahí, podría estar siempre viéndome a mí.

Mi papá se enojó, le dijo que prefería seguir andando, no tener nada pero no me cambiaba.

Si yo me hubiese quedado donde don Sixto, bueno habría seguido siendo la empleada, nomás. Porque el tenía más hijos y nietos. Ellos me decían que podrían educarme, no sé. Yo no me habría quedado, porque cuando podía, me arrancaba un rato para la casa. Me apuraba, hacía todas las cosas y como había caballo, mientras la señora dormía la la siesta, yo pescaba el caballo y me arrancaba para la casa.

Yo me sentía bien en la casa de don Sixto, tenía la comida, todo y trabajaba, a mí me gustaba trabajar. Me levantaba temprano, salía a buscar las verduras y las papas a la huerta, acarrear agua de un estero que había, de un pozo y me daban permiso para ir a la casa.

Tenía la sensación de que yo podía valerme por mí misma y ayudar a mi mamá.

Yo sabía que tenía que estar ahí, porque tenía que ganar un poco de plata para ayudar a mi mamá ... Pero después que llegó mi papi, estuve bien poco y me sacaron. Nos fuimos porque mi papá se ofendió por el cambio y dijo que: qué se creían y por eso nos fuimos.

B. La Bima era como una cárcel por lo lejos

Nos fuimos a una cordillera que se llama Bima, que queda al sur de Cufeo hacía el lado de la costa, cerca de La Unión. Antes estábamos cerca de Raumen, que queda cerca de la cordillera de Los Andes.

Mi papá escuchó que había gente que trabajaba allá y quiso ir a ganar plata para estar mejor. Esa era siempre su intención. Donde escuchaba que habían caminos por hacer, él iba. Porque él trabajaba en eso y en lo que fuera.

En Santiago estaba de zapatero, pero después volvió no sé de puro loco que era. Eso de trasladarse de un lado a otro sin estar mucho tiempo en una misma parte.

Cuando recién nos casamos, le dije al Joaquín vámonos a Arica. Necesitaban textiles en ese tiempo. Ahora después, le dije: vámonos a la Argentina,

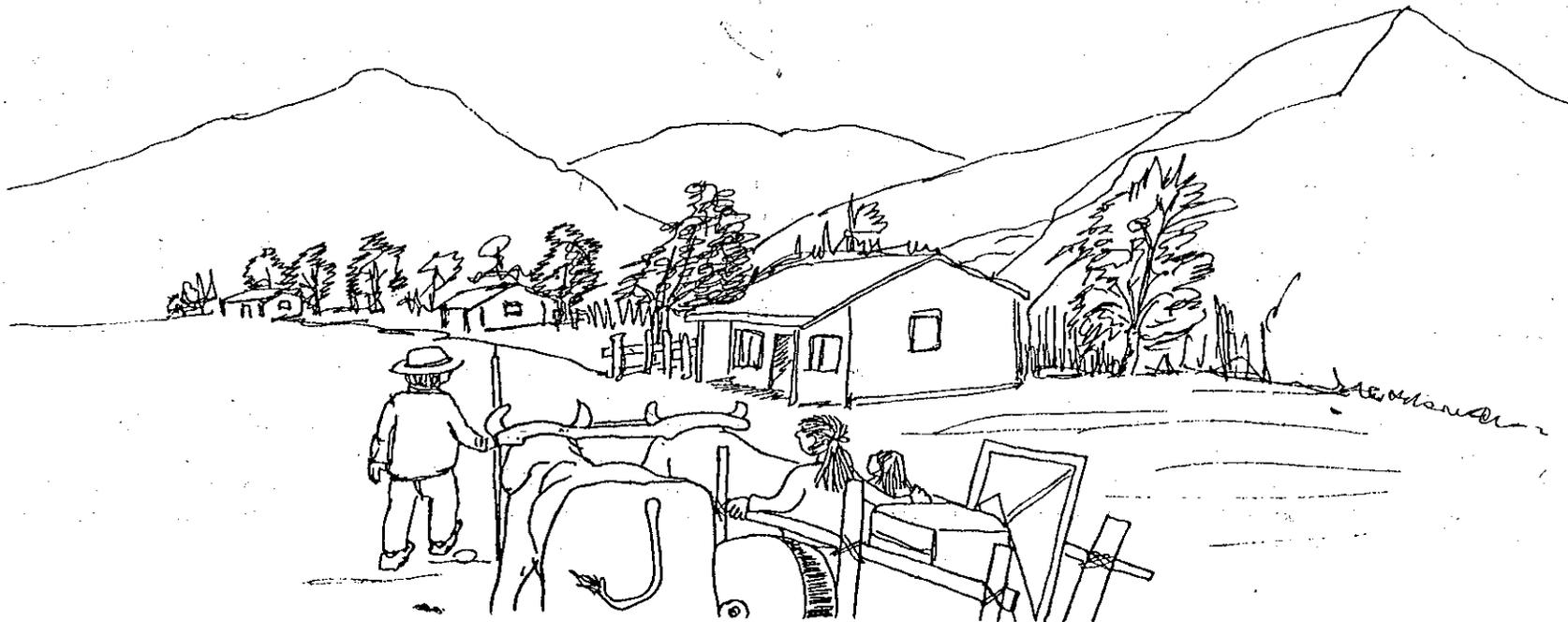
vámonos a Pitrufquén. El Joaquín no, ahí no más, nos aguantámos:

Acá cuando nos fuimos de Santa Ana, tampoco estábamos mal. Mis hermanos, el Gabriel y la María, todavía viven ahí, y en cambio yo no estuve tranquila - hasta que nos fuimos a La Bandera, a la toma.

Bueno de ahí nos trasladamos acá y aquí yo le decía al Joaquín: vámonos a otro lado. No sé si es la misma tontería de mi papá.

Entonces en ese tiempo, nos fuimos a una cordillera que se llamaba Bima, ahí se trabajaba en maderas. Nos demoramos tres días en llegar. Nos fuimos en carreta hasta el kilómetro 19 que es la carretera longitudinal, que llega a La Unión. De ahí tuvimos que esperar que un camión nos llevara a los Ulmos, eso queda lejos... lejos, porque también demoramos un día.

Ahí nos alojamos porque vivía mi abuelita.



Antes, nosotros habíamos trabajado allá, porque eso es maderero, son puros aserraderos por todos lados.

Al otro día nos fuimos y llegamos a Tres Ventanas, que también era lejos y de ahí nos alojamos en una parte que estaba desocupada. Pasamos las cosas por arriba de un cerco y nos alojamos al lado adentro. Con las frazadas, mi papá hizo una carpa y salimos a buscar azúcar y a comprar algo para comer.

Al día siguiente pasó un camión que iba con pasto. Por casualidad nos llevó, porque no llevaban gente casi. Nos subimos al camión y ahí llegamos arriba, a Los Guindos. Ese fue otro día de camino. Llegamos a esa parte que era la administración, ahí tuvimos que volver a alojar, porque ya estábamos en la Bima. Era verano habían aserraderos, y estaban repartidos por sectores.

El Guindo era la administración, después el Mirador 1, el Mirador 2 y así seguían. Alojamos en la administración, hasta saber en qué sector nos iban a ubicar, porque venían llegando muchas gentes. A nosotros nos tocó en el Mirador 1.

Ahí donde llegamos eran puras rocas, era pelado, no había pasto, había árboles: alerce, ciprés....

A nosotros nos tocó una casa a la orilla de una piedra. Era toda una pared de piedra y abajo hicieron la casa, entonces era bien bonito. El terreno eran puras raíces, porque los árboles no tienen de donde afirmarse, entonces las raíces buscan por sobre el terreno donde meterse o agarrarse.

La empresa era de Magosa, de los mismos que hay en Santiago, que se llaman maderas Alonso. En verano llegaban verduras y frutas, pero en invierno habían puros porotos y fideos, porque nevaba de mayo hasta septiembre. En octubre ya empieza recién, a retirarse la nieve. La firma entregaba la mercadería en el invierno.

Para nosotros la nieve era una novedad y nos

enfermamos de los ojos con lo blanco y con el humo de la madera verde.

Se nos pelaron los ojos. Los limpiábamos con agua con sal, le echaban ají al agua y con eso nos lavábamos. Mojábamos un pañito y nos pasábamos en los ojos, porque quedaban rojos y se pelaban con la nieve.

Se tapaba todo, los árboles todo, ..., la puerta de la casa teníamos que limpiarla en la tarde. Hacíamos un camino y en la noche salíamos a "descargar la nieve de la casa". Para matar el tiempo, la gente mayor se dedicaba a contar cuentos y leyendas, pero casi más, se dedicaban a jugar: a la rayuela en el día y en la noche al naípe. En el día, limpiaban afuera y jugaban a la rayuela en la nieve. En la noche se hacían un fogón y se jugaba al naípe. Nosotros también, a veces jugábamos al naípe y cuando no teníamos nada que hacer, nos acostábamos.

Se jugaba a la brisca, la escoba, el poto sucio, a eso no más jugábamos. También salíamos a buscar murtas, porque las murtas, algunas no se tapaban entera con la nieve.

En el Verano los patrones subían con los alimentos y guardaban para el invierno, y cada 15 días desde la bodega, enviaban las mulas con mercadería a los distintos sectores. Ahí la cargaban en sacos, y se les ponía el nombre diciendo a qué familia le correspondía la mercadería y se mandaban las mulas. Entonces las mulas, algunas salían para un lado y otras para otro. A veces las mulas se quedaban por ahí y alguien las veía, leía a quien pertenecía la mercadería y de qué sector era, entonces le pegaba una palmada y la mula seguía hasta cuando llegaba a su destino.

Era como otro mundo: todos se ayudaban, era como una familia.

A todo esto yo tenía como 11 años y tenía que hacer las cosas de la casa, igual que una dueña

de casa. Poco después que empezó el invierno, mi mamá se enfermó y yo tuve que seguir atendiendo a los pensionistas. Porque teníamos cinco pensionistas, más mis hermanos.

Se llevaron a mi mamá y nosotros tuvimos que quedarnos solos con unas vecinas. Mis papás tuvieron que caminar 2 días hasta un lugar, antes de Tres Ventanas. Ahí había unos curas, que tenían camionetas y ellos sacaron a mi mamá a Valdivia. Caminaban hasta esa parte, que era la primera administración de la Bima, ahí habían escuelas, curas y un retén.

Mi mamá estaba enferma del hígado, y fue llevada para ser operada. Otro compañero de mi papá, fue a buscar a una hermana para que nos acompañara ya que nosotros estábamos chicas. Yo tenía once años y la Elvira nueve, con ella estuvimos hasta que salimos para afuera, a la orilla del mar.

En ese lugar estuvimos casi el año. A mi mamá se la llevaron en junio y nosotros bajamos en diciembre para la costa. Mi mamá estuvo tres meses en el hospital antes de poderse operar, porque estaba desnutrida. Como ella estaba enferma, entonces no comía, total que no la podían operar, porque le faltaba peso. Cuando mi mamá estuvo lejos, mi papá solía ir a ver. Una vez no más fue a saber como estaba y nosotros quedamos solos.

También nos llegó una carta, parece que fue como en octubre, porque ya estaba alumbrando el sol.

Las cartas desde la ciudad, las llevaba el administrador en camioneta y desde la administración las enviaban en mulas junto con la pulpería.

Cuando a mi mamá se le ocurrió que no iba a volver más para allá, mi papá no tenía qué hacer ahí sólo con nosotros y decidió volverse. Para volver bajamos a la costa y llegamos de nuevo a Valdivia.

Atravesamos la cordillera a pie con todas las cosas al hombro. Nos demoramos 3 días y dormimos tres noches en la cordillera. Caminamos harto, si fue desde Tres Ventanas en La Unión, atravesando hasta llegar al mar al otro lado. En veces yo pienso cuánto he andado y nadie creerá.

Hay personas que viven toda una vida en la población y de ahí no se mueven.

Nosotros caminamos... ¡y cómo eran esas partes...! Llenas de piedras, puros cerros. Ahí habían piedras, yo no sé si serían minerales esos que habían encima de las piedras blancas. Habían así unos éstes de plomo, mi papá hizo un sacado, y dijo: voy a llevarlo para ver.

Pasamos esteros, quebradas, cascadas que hay en la cordillera, y un camino. Ahí no había camino, mi papá nos guiaba por la salida del sol, entonces en la mañana, una vez nos perdimos.

Mi papá marcaba a donde se escondía el sol en la tarde, entonces ahí sabía por dónde había que salir al otro día. Llegamos hasta la pre-cordillera por el lado de la costa. Ahí ya había huellas de que andaba gente y que habían animales y seguimos hasta que llegamos a un camino, era un lugar donde la gente venía a buscar madera. De ahí llegamos a la costa donde había gente, subimos un cerro y vimos que estaba el mar, pero todavía faltaba toda una tarde en bote.

Nos cansábamos mucho y caminábamos a pies pelados porque a veces, los zapatos que llevábamos nos hacían doler los pies. Era mejor caminar a pata-pelá. Eso era todo una selva, no había ni pájaros, nada, nada... puros árboles, como selva... El hombre que iba con nosotros, iba adelante con un machete haciendo camino. Nos costaba mucho caminar con esos bultos grandes, en esos bosques tan cerrados. Había un estero correntoso que no podíamos cruzar.

A mi papá se le ocurrió tirarse por un "boqui" igual que Tarzán. El boqui es una planta que trepa

por los árboles y es firme como un lazo. Mi papá cortó al tronco uno de esos boquis y elevándose, se tiró para el otro lado. Con eso vio que no cedía y nos pasó a nosotros, pero igual que Tarzán.

El estero no era tan ancho como la corriente que llevaba, ¡por qué esa quebrada venía así vertical! Nosotros pasábamos al apa de él. El se tiraba y nosotros pegados como chape de él, que era bien fortacho.

Después tuvimos que alojar, hacer fuego por todos los lados de la cama que se hizo para las mujeres. Los hombres se quedaron sentados toda la noche.

Bueno, ésto era porque andaba el león en esos lugares. Seguimos caminando, llegamos a un cerro y vimos el mar. Nosotros no lo conocíamos, se veía muy lindo todo. Pero estábamos muy cansados, llorábamos de dolor a los pies, y ellos nos decían que faltaba poco, que si nos apurábamos llegaríamos esa tarde.

Pero no fue así, llegamos a una casa, ahí alojamos de nuevo. Al otro día, nos vinieron a dejar en bote a Chahuin, que ya era la orilla del mar.

Después nos fuimos a Valdivia, pero de nuevo de a pie por otro lado de la cordillera. Llegamos a Corral al oscurecer. Tomamos un vapor que se llamaba Argentina, porque era el que transportaba a la gente con menos recursos, o sea a la gente de trabajo que anduviera con carga, bultos, cajones. Porque los otros, sólo eran para los turistas.

Llegamos en la noche a Valdivia, alojamos donde mi tía y después nos fuimos al campo.

Verdad era muy lindo, llegamos a la casa de los hermanos que venían con nosotros; pero era tan incómodo estar en casa ajena. Nunca nos había ocurrido. Mi papá no nos escuchó y se quedó como una semana.

A los doce años empecé a trabajar y me gustó.

A. Me gustaba descubrir cosas y me daba miedo.

Ahí de nuevo salí a trabajar. Estuve con unos patrones que tenían fundo en varias partes y nos trasladamos a distintos lugares. Estuvimos en La Unión, Osorno, Puerto Montt. En Río Bueno, en la Barra a la orilla del mar, ahí estuve tres años.

Era muy bonito salir a mariscar, pescar, había que cruzar el río en bote. Cuando el río estaba bravo no se podía pasar, porque subía el mar hacia arriba y como el río era muy ancho, de un lado a otro, no se distinguía bien a una persona. Entonces el mar subía hacia arriba, no sé cuántos kilómetros y el río se embravecía igual que el mar. Ahí no podían cruzar los botes, si no que solamente lanchitas a motor, esas sí podían cruzar.

En ese lugar había muchos misterios, andaba el diablo. Porque también ahí Magosa tenía aserradero. Esa era la continuación de la cordillera de acá de Chaihuin y también ahí había gente que trabajaba en aserraderos. En la noche se sentía como salían a trabajar en carretas, se sentían sólo ruidos, se sentía conversar. Yo escuché muchas veces el ruido de la carreta. Una vez vimos un hombre entero de negro a orillas del río, ese río se llamaba Fudy.

Andábamos en bote y creíamos que era uno de los empleados de ahí, entonces llamamos a uno que le decíamos el Yoco.

¡Yoco!, le gritamos, con quién anda?

Sólo, ¿por qué?

Es que ahí hay un hombre, le gritamos desde el bote hacia el camino.

En eso empieza a saltar el caballo. Nosotros le decíamos que había un hombre de negro, pero él no nos alcanzó a escuchar, porque el caballo saltaba, relinchaba y echó a correr.

No supimos como remamos, con más susto porque no sabíamos qué es lo que era.

Lo otro, que había era una rampla, un cerro bien alto arriba. Una cuestión que hacen como un camino y de arriba tiraban palos.

“Las vacas”, llaman a unos palos cuadrados que hacen y que después los pasan por el aserradero donde hacen las tablas. Entonces en la noche la rampla trabajaba.

La gente decía: ¿Cómo es que estos Magosa sacan tanta madera, de aquí si la gente que trabaja no es tanta?

No había tantos hombres que trabajaran en la cordillera como para bajar tanta madera, como lo que se veía en el aserradero.

Los barcos están continuamente saliendo con maderas hacia la Unión y la gente decía, que existía eso: el diablo.

Teníamos tanta curiosidad por encontrar cosas, que una vez fuimos a sacar un entierro con otra señora, porque yo trabajaba ahí de empleada.

Era amiga de las personas que vivían alrededor y un día me dijeron: ¿Sabís que hay un entierro?, arriba en tal parte.

Lo único que encontramos en más de un metro que escarbamos, fue un pedazo de tetera, y pura tierra de color azul.

Un entierro es un lugar donde hay plata enterrada. Este se dio a ver porque estaba todo chamuscado, igual como cuando uno le pone fuego al pasto.

El entierro no es para cualquier persona. Lo que a nosotros nos dijeron es que nadie, ni por muy cansada que esté, fuera a decir nada. Hacía mucha calor, estábamos transpirando cuando en eso pasó un viento y alguien dijo: ¡Ay gracias a Dios!

Le echamos un montón de garabatos, porque tuvimos que volvernos.

Ya no podríamos sacar el entierro y hasta ahí quedó el trabajo y todo lo que picamos.



La mala suerte que por esa alegría de sentir el viento, esta persona nombró a Dios y a lo mejor habríamos encontrado plata: le echamos puros garabatos.

Habíamos ido a las doce del día, porque a esa hora debíamos sacarlo, o a las doce de la noche.

Pero no podíamos estar a las doce de la noche, porque a esa hora da más miedo todavía, y todo eso es tan solo.

Lo otro que había eran los duendes. Vivíamos a la orilla del río ese, el Fudy.

Los duendes en la noche se subían a los caballos y les trenzaban la tuza; les hacían trenzas, un moño ve que tienen la tuza larga los caballos. Una vez íbamos a sacar murtas y las matas de junquillos estaban trenzadas, hecho moño, torcidas. Entonces a nosotros nos llamaban la atención e íbamos a ver y en todo alrededor habían pisadas de patitas chiquititas. Al ver estas patitas que eran así... angostitas atrás en el talón y ancha adelante, con cuatro deditos... tendría unos cinco centímetros de largo y adelante también cinco centímetros de ancho, pero atrás bien angostita la patita. Estas patitas corrían de un lado a otro y dejaban todo marcado en la arena.

Un duende debería ser chiquitito, como de medio metro, chascones. Se decía que como ellos eran chascones, lo que ellos pillan, les gusta hacerlo trenzas. Siempre nosotros los andábamos buscando, pero no los podíamos encontrar. Aparte de que le pegan a la gente, no hay ninguna otra historia.

A mi me daba miedo de estar encerrada entre los cerros, sabiendo que los duendes andaban por ahí.

Acá donde nosotros llegamos a Chaihuin, esa señora tenía varios hijos. Vivían en una casona grande de adobes, en una pieza dormían así los cabros repartidos y a uno de ellos, lo sacaban en la noche los duendes, lo golpeaban y lo dejaban sangrando, pero no los veía.

Todo era como un sueño y él, cuando despertaba estaba sangrando, todo machacado y el cuerpo dolorido.

Allá siempre pasaba los mismo, la gente decía anoche vimos el duende, sobre todo las niñas jóvenes. Anoche vino el duende y le pegó a la Sara (era una niña bien bonita).

Siempre la Sara solía andar con la nariz hinchada porque le pegaban en la noche.

Cuando en el día las niñas conversaban con algún joven, en la noche el duende les llegaba a pegar y eso era bien cierto, era de verdad ... en la casa de mis abuelitos, también pasaba lo mismo. En la casa de la señora Lucía vivíamos en un pantano, ahí habían pero montones y nosotros nunca los veíamos. Lo que veíamos era la caca del duende que era igual a este color amarillo, y es igual que ver un helado de esos que venden por ahí y eso estaba en la puerta de la casa. Nosotros teníamos hacha y corbina; y cuando las íbamos a tomar, ahí estaban los mojones de los duendes.

No sabíamos de dónde venían los duendes. Mi abuelita les ponía ajo y la misma caca de la gente, untaba en todas partes, por los caminos que ellos usaban. En el cordel donde se tendía la ropa, ahí habían guanos de esa cuestión.

Mi abuelita decía que era guano de eso, porque estaba lleno; amarillo en la cocina, en el astil del hacha, de la orqueta, así todo, pero nosotros no los veíamos a ellos.

A mi tía también le pegaban, a mi tía Justina y mi tía Elcira, que ahora están aquí en Santiago. También le pegaban.

En la noche estaban durmiendo, cuando de repente ¡ay! ... la nariz sangrando y eso es de verdad, yo lo ví.

Los duendes siempre andaban en la noche, pero no en el día.

Entre el duende y el diablo habían diferencias, porque con el diablo se asustaban los caballos y los perros y con el duende no.

Habían otras cosas, la gente decía que había una laguna que subía y bajaba, porque habían cosas encantadas en la laguna. El agua era clarita y cuando no había nadie, cuando una persona iba y caminaba muy despacito por la orilla, porque eso era como una cuenca a orilla del cerro. Cuando uno caminaba muy despacito el agua era clarita, pero

hablaba o gritaba el agua se ponía verde y ya no se veía nada.

Se decía, que eran unos árboles encantados que habían. Y en otro cerro, arriba de tres cerros, había una poza de agua, una quebrada y tampoco no se atrevía a meterse nadie.

Una vez creo que fue una persona a bañarse y no salió nunca más.

Había otra laguna donde habían lobos, eso era a orillas de la costa, en Pucatrigue, para el lado de Osorno, más al sur. Ahí nosotros íbamos a cazar lobos entre unas rocas grandes, grandes. Para allá está la Capitana, una parte donde cazan lobos en forma industrial.

Cuando yo salía los días domingos, íbamos varias personas, bien temprano a Pucatrigue. Nos subíamos a unas piedras y les dábamos en la cabeza a los lobos y caían, le sacábamos el cuero para hacer lazos.

Bueno ésto lo hacíamos cuando me daban permiso en la casa donde yo trabajaba.

Se hacían unos palos de arma, bien firmes. Unos se iban a meter bolina allá en la cueva y los otros se colocaban donde los lobos salían al mar, entonces los hombres se ponían con un pié a cada lado de las piedras y los lobos por fuerza debían pasar por debajo, y le daban de palos.

Después yo echaba mucho de menos a mi mamá, ya habían pasado tres años. Tenía como 14 años y me vine de nuevo para donde mi mamá.

B. Al volver a mi casa sentí que era un estorbo.

Los barcos iban a Río Bueno a buscar madera para traerlas a Trumao que era una estación chiquita, y en unos de esos viajes yo me vine a Trumao. Por ahí pasaba el tren a Valdivia. Estos barcos sólo transitaban por el río entre la Barra de Río Bueno y Trumao. El capitán de ese barco tenía un hijo y allá en Trumao y como yo no sabía qué hacer me

quedé ahí. No sabía cómo irme dónde vivía mi mamá, y éste joven, que era un chico como de 17 años me dijo: ahí está la estación. Me sacó pasaje y me recomendó que me cuidara porque la gente de ahí, no era honrada como la gente de la Barra.

Llegué a Valdivia como a las 12 del día, salí de la estación y no sabía cómo irme donde mi mamá. Yo sabía andar en carretas, en bote, de a caballo, de a pié, cruzar montañas, a veces cruzar ríos nadando; pero en la ciudad era tan distinto.

Me senté a pensar para dónde tenía que dirigirme. Me sentía tan sola, más que nunca. Y yo que creía que era una mujer grande porque sabía trabajar, ganarme la vida sola. Hasta había matado esos inmensos animales (lobos) y ahora aquí no sabía qué hacer. Lloré un rato. Pensé porqué mi vida sería así. Miré como las niñas pasaban con sus mamás ... Y pensé que yo también era niña, tenía 14 años no más, pero es que tenía responsabilidades.

Bueno, no podía esperar más y me dispuse a caminar, era más fácil para mí. Primero busqué el hospital, después me fui a la iglesia donde vendíamos ramos con mi abuelita, pero eso era cuando yo tenía como 6 años, y busqué el río.

Sin preguntarle a nadie llegué al balseo de la Teja —se pagaba 10 centavos— y llegué a un establo.

Miré por unas rendijas hartó rato. Mi mamá sacaba leche de las vacas, con mi hermano Gabriel.

Yo esperaba no más, hasta que salieran.

Salió a la puerta un viejito que le decían Pulle, me preguntó a quién esperaba.

Le dije: a nadie.

Pensaba darle una sorpresa a todos, no daba más por abrazar a mi madre, ya que hacía tanto tiempo que no la veía.

Esperé: cuando mi mamá me vió, nos abrazamos, lloramos de alegría.

Mis hermanos todos contentos. Mi papá estaba trabajando de nuevo afuera, en Cufeo y mi mamá trabajaba en una lechería en Valdivia.

Eran como las seis de la tarde cuando llegué a donde mi mamá. Había buscado y buscado desde las 12 del día, que llegué a la estación, sin preguntar a nadie.

¡Qué, si yo no hablaba, era más bruta!

Pensaba que era tan cobarde, porque no me atrevía a preguntarle a nadie qué micro tenía que tomar. Si hubiese tomado una micro, en cinco minutos habría estado en la casa.

Cuando estuve en la casa, me sentí como una intrusa.

Después de un año de estar afuera: al llegar ya no me vestía como antes.

En el trabajo echaba de menos a mi mamá, pero acá sufría por las peleas con mis hermanos.

Además, me molestaban las incomodidades en la casa, no había agua.

Pasaron los días y busqué trabajo. Me quedé como un año en Valdivia, trabajando como empleada en la misma lechería en que trabajaba mi mamá.

Ahí yo hacía el aseo, limpiaba y vendía la leche, los patrones eran unos alemanes.

Me daba pena irme de la casa, pero tampoco quería volver porque mis hermanos me tenían envidia por la ropa y yo se las tenía a ellas, porque iban a la escuela mientras yo trabajaba.

Yo mandaba plata para ellas y ellas no lo agradecían ni tomaban en cuenta.

No me gustaba el pueblo porque había mucha gente y no conocía a nadie. Y como no me gustaba Valdivia.

No me gustaba Valdivia, me fui de nuevo al campo y trabajé en el fundo San Ramón, al sur de Valdivia.

Ahí nadie hablaba con nadie, así que era como bien solo y en el campo donde yo había tra-

bajado, toda la gente se saludaba, se hablaba. En la mañana, el mozo saludaba al dejar la leña a la cocina, la leche, la verdura.

En todas partes, donde yo había estado trabajando, eran distintos. Ahí yo no me podía acostumar, aunque mi mamá estaba cerca ... no sé ... me sentía sola ... como bien ajena a la gente. Cuando llegaba el bote, cada uno era, igual que aquí en las micros, que uno no puede decir buenas tardes, porque no se puede. Y eso no me gustaba.

Yo siempre había vivido en el campo y en las casas de los ricos era igual, todos se saludaban.

Entonces me fui de nuevo al campo, a San Ramón que quedaba a una hora de camino de Valdivia al sur, en Cancha. Esos eran otros alemanes. Eso era un fundo, donde yo cuidaba unos niños, que ahora están aquí en Santiago.

Yo tenía como 15 años, trabajé mucho tiempo; no me acuerdo, pero fueron como 3 años. Esa patrona me quería mucho y me cuidaba.

No me dejaba salir sola, decía: que yo era una señorita y tenía que cuidarme. Me sacaban para donde ellos iban. Conocí muchos lugares, me vestían bien.

Primero me gustaba andar con ellos porque no conocía a nadie. Pero después conocí a más gente, y deseaba estar sin ellos, aun cuando quería mucho a los niños: Hernán, Guillermo, Silvia y Ricardito que tenía 8 meses cuando llegué. Ahora están en Santiago, viven por ahí en el faldeo del cerro San Cristóbal, no los he ido a ver, pero espero ir.

Ya están grandes esos niños, Ricardo ya cumplió 27 años, esa era mi guagua.

En esa casa conocí a la Margarita. Era la lavandera de la casa y tenía un hijo que se llamaba Manuel. Le decían Llango y tenía como 20 años. Ella quería que yo fuera para su casa para que conversara con el Manuel. Siempre me decía que por qué no pololeaba con él: "El Manuel es bueno, es trabajador, tu te podrías quedar a vivir aquí".

Siempre me conversaba así, el Manuel era morenito, bueno ... era no sé ... es que yo era tan cabra chica.

Por eso no pololié y pensaba en mi mamá, que siempre me decía que las mujeres mayores, esas, podían pololear.

Las patronas decían igual: aquí se viene a trabajar no a pololear y por eso yo no lo hacía, porque quería ser responsable también.

C. Creí que había llegado el fin del mundo.

Bueno después, de nuevo me vine a Valdivia. Ya no estaba tan cabra chica, tenía como 18 años. Eso era en el año 1960, y con tan mala suerte que el 21 de mayo se produjo el terremoto y maremoto a la vez.

Yo lo único que pensaba en ese momento, era que se estaba terminando el mundo y yo que quería ver cómo se iba a terminar el mundo, cómo se iba a abrir el cielo.

Lo único que yo miraba era el cielo y la montaña. Como se movían los árboles en la montaña, se chicoteaban y se quebraban. Ahí en la Teja donde estaba con mi mamá, además de estar en el mismo Valdivia casi; también estábamos cerca de un monte, de unos cerros ... montañas.

De pronto empezó a temblar así, a cada momento más fuerte ... más fuerte ... más fuerte y no se cortaba. Entonces salimos para afuera de la casa, donde mi tía que tenía una casita en un segundo piso y así se vienen abajo unos sacos de papas.

Yo le dije a mi tía: salgamos para afuera. Mi mamá dice: arrodillémonos aquí, nos hincamos y empezamos a rezar todos, la gente que iba caminando por la calle hacía lo mismo.

En ese momento el temblor era fuerte ... fuerte ... Bueno eso duró un minuto por lo menos, había un palo de la luz; que no era un poste de estos de ahora, ese palo se movía así para los lados y

nosotros: todos en el suelo. Yo esperando: a qué hora nos moríamos. Muchos pensábamos que era el fin del mundo.

Mi papá se acordó de mi hermana más chica, la María, que estaba en la escuela dominical. Entonces yo fui a buscar a la María, llena de susto y pensaba que nos iba a tragar la tierra, porque siempre los abuelos decían que al caminar, se abría la tierra.

Entonces yo corrí ¡y qué! iba así no más, me movía de un lado para otro, de repente miro y mi papá pasa corriendo para allá .. En eso yo me iba a acurrucar de nuevo y mi papá pasó. Pasó corriendo, me quedé ahí no más. A todo esto empezó a levantarse como una neblina, de las mismas casas que se hicieron pedazos, el polvo de los ladrillos, empezó a esparramarse así. Se levantó un viento fuerte.

La Elvira, mi hermana, estaba trabajando al frente, en la misma casa donde trabajaba yo, pero ese día yo tenía libre. Y le dije: ¡papá! la Elvira está allá, qué habrá pasado, cómo estará.

Entonces fuimos a ver. Pero no había como cruzar el muelle, porque todo se había ido abajo, y teníamos que cruzar el río Calle-Calle, para llegar donde estaba la Elvira. El río, parece que se había llenado de palos, tablas. De todo eso venía arrastrando y no había como cruzar en bote para el otro lado.

¡Ante no nos dimos vuelta con los choques con los palos!

Yo me habría ahogado, porque no sabía nadar bien.

Cuando llegamos al otro lado, a la casa, se había caído todo el corta fuego y la Elvira estaba



vendada de un tobillo, porque se le había caído el corta fuego encima y no podía caminar.

Ahí ayudamos un poco a la patrona, a limpiar la casa.

Mi papá ayudó a sacar los escombros, pero ella dijo: índios, váyanse para su casa mejor, porque no vaya a venir otro temblor.

Nos fuimos. Cuando llegamos al puente Pedro de Valdivia, estaba cortado. No sabíamos cómo cruzar el puente.

En la orilla, ya no habían botes.

Mi papá dijo: El puente no puede terminar de caerse con el peso de nosotros no más.

Buscó unas tablas por ahí, ya que estaba todo hecho pedazos y unos pedazos de baranda que habían botadas, hizo una especie de escalera y pasamos por el puente quebrado. Pero al otro lado, había un tanto así sin nada y con pura agua.

Aquí estaba el puente, allá al otro lado estaba la tierra, y al medio pura agua. Quedamos aislados y tuvimos que devolvemos.

Llegaron los bomberos que andaban trayendo tablones, mi papá ayudó a subir los tablones, y ahí pudimos pasar. Eso sería como a las seis de la tarde, ahí empezó a llover.

Claro que en la mañana hubo un primer movimiento, pero fue temblor no más. En la tarde fue el terremoto que dejó todo destrozado. Y ya después empezó a subir la marea y el río ya no bajaba hacía el mar, sino que era el mar el que subía por el río.

Vinimos al establo donde estaban las vacas, pero eso estaba todo lleno de agua, porque era un plano, donde empezaba la Teja. Empezó a subir el mar, nosotros no sabíamos lo que iba a pasar ni

tampoco lo que había que hacer. Donde nosotros estábamos, era una isla que no tiene mucha pendiente. Si el agua subía mucho porque la Teja estaba en medio de dos ríos— nos iba a pillar la noche. No sabíamos qué hacer, no pudimos dormir.

Había un terraplén en el río. Pero al otro lado, ese terraplén lo habían llenado con basura y se abrió, así es que no se podía pasar por ahí.

Tuvimos que ir por otro lado pisando murras, para poder pasar con la Elvira y llegar a la casa.

Cuando fuimos a mirar el muelle, el agua ya había llegado al establo y venían olas. Y no era el río ... que solíamos ver siempre, sí que ahora eran olas.

El patrón de nosotros estaba en Niebla. Allá también tenían casas ellos.

Se vinieron en la tarde y cuando él llegó, dijo que se habían subido las olas. Dos olas grandes se habían llevado toda una población en Niebla. Había una fábrica de conservas de atún, esa se la llevó toda. Eso queda como a una hora y media en barco de Valdivia, por orillas del río hacía Corral.

En la noche encendimos fuego y sacamos las camas para afuera por si acaso, para que no se nos fuera a caer un palo encima. Aunque no eran muy gruesos, pero igual teníamos miedo de dormir adentro.

Dormimos todos sentados, en la noche, no dejó de temblar. Fueron 15 días en que no dejó de moverse la tierra, unos más fuertes que otros, y después fue bajando de a poco. Teníamos una botella con agua y esa botella no descansaba de moverse. Por ella a veces sabíamos que estaba temblando más fuerte.

Conocí al Joaquín e hice lo que no había hecho nunca.

A. Cuando llegué a Santiago me habría vuelto al tiro a mi casa.

Casi un año después, en marzo del 61 me vine a Santiago. En Valdivia trabajaba en una carnicería con una señora muy buena, la señora Lucía.

Me decía: chola de mierda y a mi papá: el cholo viejo.

Después del terremoto me dijo: andate a Santiago a trabajar. Allá ganas más y trabajas menos. Puedes ayudar más a tu familia y es más bonito.

Claro que si te vas, te tienes que cortar esas trenzas de índia que tienes, para que se te note menos lo chola y tienes que adelgazar. Porque yo era muy gorda, pesaba 67 kilos. Todo ese trato, lo hacía con cariño porque era muy buena.

Así llegué a Santiago, sin trenzas y con mucha pena. Lloré todo el camino. En el bus tocaron esa canción de Cuco Sánchez "Anoche estuve llorando". Pensaba en mi familia, que no iba a volver a ver tan fácil. Que estaría sola, sin nadie conocido y así fue.

Llegué donde una amiga de la señora Lucía, la señora Marta, para que me buscara trabajo.

Cuando llegué, estaba como tonta. De repente, se bajaron todos los pasajeros y yo me acuerdo de la señora Marta y me paré a mirar ...

El chofer me dijo: se tiene que bajar ¿No conoce aquí?

¿Tiene alguna dirección?

Sí, le dije, me vienen a esperar pero no veo a la señora ... y en eso aparece la señora Marta.

Lalita dice: la esperaba con trenzas y como no bajó me acerqué a preguntar.

Miré, era algo tan desagradable que no aguanté y le dije: ¿Esto es Santiago, tan cochino? ¿Cómo dijo la señora Lucía que era tan bonito?

Sí, me dijo, ésta basura está aquí, porque los municipales están en huelga; pero hay otros lugares muy bonitos.

Yo pensé, si son como ésta parte, es todo una porquería. Tenía tanta rabia, tomamos un auto.

Cuando pasamos Mapocho, me dijo: ésto es el río que le decía la señora Lucía.

Miré: era puro barro, más rabia me daba. Llegamos a la casa en la población Juan Antonio Ríos. Me dieron desayuno y una cama para que durmiera un rato. Dormí hasta las 2 de la tarde y después ayudé a servir la once.

La señora Marta me dijo: la voy a llevar donde mi hermana porque aquí es muy chico.

Pero ella es muy buena, bien buena voluntad y es sola, vive con unas niñas que tiene, que le trabajan en costuras.

Le pregunté ¿Hasta cuándo estaría?

Yo le voy a buscar trabajo, ya tengo encargado, así es que no será por muchos días, pero si quiere, puede lavar mientras que encuentra otra cosa.

Llegué a la casa de la hermana de la señora Marta, la señora Mery. Me mostró la casa, era inmensa. Era bonita, pero no se aguantaba el olor a pichí de gatos.

La señora Mery me dijo: aquí puede estar tranquila, me puede ayudar a limpiar, porque las chiquillas cosen y así les rendirá más.

Nos puede hacer el almuerzo, claro que no le puedo pagar, y así quedamos.

Después me encontraron trabajo en lavados. Me puse a lavar ropa ajena.

Me sentía vieja, me parecía que las señoras con hijos no más, salían a lavar.

Pero también pensaba que si había empezado a trabajar tan niña, qué más podía esperar, y seguía lavando.

Llegaba a la casa a hacerle comida a los gatos, porque la señora era una solterona que tenía como 20 gatos. La casona estaba hediónda, pero yo tenía



que ganarme la voluntad de la señora y cuidaba a esos animales que no me gustaban nada.

Después encontré un trabajo de cocinera y sufría mucho.

La señora Mery y la señora Marta le cocían a la señora Elsa que tenía un taller de costuras. Por eso, supieron que la señora Elsa necesitaba una niña para la cocina y entonces me fui con ella.

Me acordaba del terremoto, como se caían las casas y a las montañas se les quebraban sus árboles, subían los ríos, se cortaban los puentes. Fue terrible, creíamos que era el fin del mundo y ahora yo estaba tan lejos y tan sola.

Me desilusionó tanto la llegada a Santiago, todo era tan sucio ...

Lloraba mucho y me llené de piojos. Eran tantos que yo me lavaba y me peinaba con una peinetita amarrada porque no podía seguir así.

Me quería ir para Valdivia de nuevo. Pero si me iba, allá no tendría en qué trabajar y no podría ayudar a mi mamá, porque mi papá ganaba muy poco. Esto me hacía quedarme. Bueno y en la noche en vez de acostarme a descansar, tenía que seguir revisándome la cabeza. Ponía un espejo en la pared y el otro lo ponía al frente y me sacaba todas esas mugres. Nunca había visto tantos.

Empecé a preocuparme de otras cosas, por ejemplo estudiar, leer, coser ropa, porque la señora Elsa tenía una tienda. Yo me ofrecí para coser después que me desocupaba de la cocina.

Me hice amiga de Mireya, Carmen y Manuela, las que trabajaban ahí. Ellas me invitaban a sus casas, íbamos al cine, al biógrafo.

Como ya era primavera, se podía salir a caminar y se me quitó esa terrible plaga de piojos. Después ya me fui acostrumbrando, pero me costó mucho porque todo era diferente.

En junio dentré a trabajar con una patrona, en Vicuña Mackenna con Rancagua. Ahí lo único que escuchaba era una radio, para ver si oía el nombre

de Valdivia, pero —yo no sé si por desgracia— casi nunca daban noticias de Valdivia.

Yo decía: por qué en Valdivia a la hora de las noticias nombraban Santiago y aquí nunca nombran Valdivia. Me quedaba escuchado la radio hasta tarde en la noche. A mi me parecía que escuchando el nombre de Valdivia, me iba a sentir cerca de mi familia, de mi mamá, de todos.

En esa casa me trataban como empleada, y yo no estaba acostumbrada a que me trataran así. En las otras casas en que había trabajado en el sur, no me trataban así.

Me trataban como hija, lo que comían ellos comía yo. Me sacaban a pasear, eso fue con don Nike que ahora él está en Santiago. Con la señora Lucía, con la señora Marta y también la señorita Mery que no era mi patrona, pero era como mi casa.

Llegué acá y no. Allá yo llevaba la comida a la mesa, ella repartía y dejaba mi parte. Aquí me llené de piojos, más que nada, en esa parte. Trabajaba puertas adentro, el baño que había para la empleada era un baño chiquitito. Uno abría la puerta y estaba la pura taza. Chiquitito, no había donde bañarse, nada. Me tenía que bañar en la noche, así por partes nada más. Llevaba una tetera con agua y me iba limpiando, con un trapo. Para lavarme el pelo lo mismo, ahí en un lavatorio no más.

No sabía a quién contarle éstas cosas, porque estaba sola, sola. El día domingo cuando solía salir, no sabía irme donde la señorita Mery y tampoco me venían a buscar, así que ... ya, me quedé sola. Una que otra vez llamaban por teléfono y le preguntaban a la señora cómo estaba yo.

Yo era tan tonta, tan tonta, que una vez escuché un cuento en la radio Baquedano, en un programa para niños y en ese cuento estaban hablando unas mariposas, unos gusanos. Se paraban de una flor a otra, se comían los tallitos. Siempre me acuerdo de eso. Yo tenía como 18 años, estaba

donde la señora Lucía. Y que haya creído yo, que esas cuestiones hablaban.

Y pensaba cómo estando tanto tiempo en el campo, nunca había escuchado hablar a las mariposas, ni a los gusanos.

Yo decía, debe ser en otra parte, en alguna parte deben existir estos pajaritos que hablan ... ¡De pura bruta!

Me daba igual la música, porque era tonta. Si no escuchaba radio, no sabía nada.

Sólo en el campo había escuchado a mi tía que cantaba canciones mexicanas con la guitarra pero no en la radio.

Yo lo único que quería escuchar en la radio, es el nombre de Valdivia.

Me daban ganas de volverme, pero tenía miedo de volver a vivir algo parecido al terremoto.

Echaba de menos todo lo que fuera del campo, incluso hasta ahora lo echo.

No me regresé al sur porque sabía que allá no había trabajo; mi mamá y mi papá ganaban muy poco y si nadie ayudaba para la casa, mis hermanos chicos no iban a tener comida.

Entonces de lo que me pagaban, mandaba \$ 15 para el sur, y con los otros \$ 10 yo compraba algunas cosas que les mandaba y lo demás para poner el giro o encomienda.

Cuando tenía libre no salía para ninguna parte, me quedaba ahí encerrada en la casa sacándome piojos.

Después en el invierno, una vez tomé la micro Nº 36 Avenida Matta. Entonces le pregunté a la Marilú, la niña de la casa, cómo podía tomar la micro para ir y volverme. Ella me indicó: yo tomaba la micro esa que no tenía paradero y daba toda la vuelta y me bajaba en Recoleta, en el mismo lugar que la había tomado.

B. Encontré a Joaquín en el tren y me gustó al tiro.

Cuando llegué a trabajar de cocinera en la casa, habían unas niñas que trabajaban en costuras. Yo me hice amiga de una de ellas; la Mireya.

Como yo no tenía a nadie acá en Santiago, ella me invitó a su casa y me recibieron muy bien. Yo le decía tía Otilia a su mamá. Ella tenía hijos y sobrinos que eran de la edad mía.

Cuando a mi me tocaba salida, me iba a la casa de ellas y salíamos a los juegos que se hacían en la población. En ese tiempo se hacían campañas para los partidos políticos y cuando daban películas, nosotros íbamos.

Eso era en Lo Valledor Norte.

Después junté plata y en diciembre del año 1961, me salí del trabajo y también se salió la Mireya y las otras.

Me fui a Valdivia a ver a mi mamá, con la idea de no volver más.

Pero no pudo ser así y el día 29 de diciembre, yo venía con pena de vuelta de Valdivia, pensando en mi mamá, sola en el asiento del tren.

De pronto se detuvo el tren, miré el nombre de la estación y se llamaba Pitrufrquén. Subió harta gente a dejar cosas y al partir el tren, se subió el Joaquín solo, se sentó al frente del asiento que venía yo. Viajamos toda la noche y al amanecer yo me fui a lavar al baño. Después él me dijo buenos días, yo le contesté el saludo. Pasaron vendiendo desayuno y él pidió 2 desayunos y me dijo que tomáramos café juntos y le rechacé.

Me dijo: pero que le va a pasar si se sienta conmigo, soy un hombre de respeto, no tenga desconfianza. Por lo demás no estamos solos. Y eso era lo que me daba más vergüenza, de la gente que

tomó el tren conmigo en Valdivia. Me vieron que venía sola y él también solo, y que ahora yo estuviera tomando desayuno con un desconocido. Qué pensarían de mí y eso le dije.

El me dijo, que ya nos conoceríamos y sería diferente. Pero que aceptara la invitación, que ya el café se estaba enfriando.

Fumó, conversamos, nos presentamos. El dijo que vivía con un hermano, me dijo que saliéramos, que él me esperaba en la estación.

Yo llegué el 30 de diciembre donde la tía Otilia, estaban contentos porque había vuelto antes del año nuevo.

El día 31, dije que tenía que ir donde la señora Marta; eran mentiras, porque yo iba a juntarme con Joaquín. El llegó con un primo y pasamos a una fuente de soda. Yo tenía tanta vergüenza porque nunca había entrado a un lugar así. Estaba arrepentida.

De ahí, fuimos a la población, La Victoria, donde iba a estar su hermano. Por ahí me conformé un poco, porque yo conocía esos lugares y me podía arrancar a la casa de la Mireya, en caso que se ponga difícil el acompañante, pensaba, porque yo de puro patuda andaba saliendo con gente desconocida y sin que nadie supiera. En la casa creían que yo estaba en la casa de la señora Marta. Les dije que traía un recado de Valdivia para la señora Marta, y me fui ligerito antes que me atajaran. Porque no me dejaban salir sola.

Cuando volví, en la noche a la casa de la tía Otilia, me estaban esperando para ir a pasar el Año Nuevo donde unos amigos de ellos. Como llegué atrasada me retaron y la tía Otilia no me creyó mucho. Me dijo: tenga cuidado Lalita, que los hombres aquí en Santiago no son muy buenos y a usted le pueden dar una dirección que ni ellos mismos conocen. Usted puede confiar un poco de los que viven aquí en el sector, pero no de otros.

Qué raro le dije, si yo estoy igual que siempre.

Bueno, le digo, porque el Yayo me dijo que había vuelto distinta.

El Víctor le dijo al Leonardo: La Lalita te puso el gorro por eso sale sola.

El Leonardo tenía 14 años y decía que él se iba a casar conmigo y me acompañaba a todas partes. Se ponía pesado el cabro, yo no pololeaba.

Estuve unos días en casa de la tía Otilia, hasta que encontré trabajo donde la señora Haydée, en enero de 1962: en Chiloé con General Gana.

Cuando conocí al Joaquín me gustó al tiro. El me dio su dirección; yo le escribí y él me contestó.

Después nos vimos varias veces.

El Joaquín no sabía donde yo trabajaba. Casi siempre nos juntábamos en la Estación Central. Después pasó mucho tiempo en que no nos volvimos a ver.

Le conté a la Mireya que conocí a Joaquín en el tren, que no era tan lanzado como los cabros de por aquí.

Si una se refa con ellos al tiro querían abrazarla, porque eran repatudos. Pero a la Mireya y yo, nos respetaban porque el tío Julio era más estricto y por cualquier cosa los llamaba y les decía: los hombres respetan a las mujeres. Bueno y varias cosas más.

La Mireya fue mi primera amiga, con ella aprendí muchas cosas. Me enseñó a pensar con mi cabeza, porque antes pensaba con la cabeza de los patrones.

En el trabajo hacía las cosas bien, para que no me retaran, porque sabía que si eso pasaba yo iba a pelear.

C. Me cansé de trabajar de sol a sol.

En 1962 se vino la Elvira, mi hermana. Con ella seguimos trabajando hasta el año 64, en que mis padres se vinieron a Santiago.

Ahí me salí de empleada y me fui a vivir con los viejos a La Castrina.

Allá donde trabajaba yo, conocí a un caballero que venía a trabajar y que tenía un sitio para arrendar.

Nosotras se lo arrendamos y cuando mi mami se vino, ya teníamos una piecinita para vivir.

Yo tenía siempre la idea que me había transmitido mi abuelo y eso me empujaba a salirme de empleada y a aprender un oficio.

El me decía: "las empleadas no sirven ni para amarrar al perro".

Por eso quise traer a mi mamá a Santiago, para poder trabajar en otra cosa. Y la patrona me ayudó.

En 1964, de pura patuda empecé a trabajar como costurera en una fábrica de camisas.

Fue en ese trabajo, donde me fui dando cuenta, de cómo eran los patrones... y empecé sin saber cómo, a hacer valer mis derechos.

Yo sabía que trabajando puertas adentro, los patrones iba a abusar, haciéndome trabajar, quizás hasta qué hora, tenía que hacer lo que me dijeran y todo.

Antes siempre tenía la esperanza que si mi mamá se venía, yo trabajaría puertas afuera, para que los patrones no abusaran conmigo. Dentré a esa fábrica de camisas, y estaba pasando lo mismo. La patrona, de nuevo dijo que nos quedaríamos después de las seis, porque estaba apurada con el trabajo. A mí me dio rabia, porque ya no era empleada doméstica. ¿Por qué me tenía que quedar después de las seis de la tarde?

Dije que no me podría quedar, porque mi mamá no sabía y no me quedé.

Otras compañeras se quedaron, les dije que eran tontas. Pero ellas me dijeron que a mí, por ahora, la señora Nena me había perdonado.

La semana siguiente; la patrona nos anunció

que teníamos que trabajar sábado y domingo. Yo dije: no, no me voy a quedar a trabajar.

Ya llevaba como tres meses trabajando ahí, ya había aprendido a coser. Porque yo entré sin saber nada.

Cuando entré a la fábrica, le mentí a la jefa, le dije que sabía coser a máquina. Después, la jefa me dijo: Chica patuda, tú no sabís coser a máquina, estay dejando la cagá no más. ¿Qué dirías si yo te echara?, porque me estás mintiendo. Dime la verdad, ¿cosías o no, o sólo en la máquina de tu abuela?

Por ser buena gente contigo, te voy a dejar, pero no me hagas ninguna cagá más. Porque si la aguja se quiebra, hay que pagarla y con el sueldo que ganas acá, no la vas a poder pagar. Me quitó la costura que me había dado —yo tenía un enredo no más— y me trajo un alto de tiras. Me dijo: aquí vas a coser tiras, por huevona.

Yo tenía vergüenza y me quería ir. Era una fábrica grande, entonces dije: yo me voy no más y ella me dijo: Chica no te vayas, no seas tonta. Al final aprendí a coser.

Cuando yo le dije a la patrona que no iba a trabajar el sábado y domingo, la jefa me llamó para un lado y me sacó en cara todo eso.

La patrona preguntó: que por qué la gente no quería trabajar el fin de semana, la jefa le dijo que primero la Lalita había dicho que no y luego las otras. La patrona dijo: La Lalita siempre anda con problemas, entonces se va. Yo le dije que bueno, porque no me iba a cortar las manos, y donde fuera, mis manos me darían trabajo. Me trató de atrevida y de comunista.

Una chiquilla de la que me había hecho bien amiga, se puso a llorar. Yo le dije: para que llorai si ustedes de puras huevonas, están trabajando aquí.

Total que me fui, armé la casa de putas, hablé con el jefe, el contador, para que me entregaran mi



libreta, o si no llamo a los pacos, para denunciarlos que me echaron y no me entregan la libreta, les dije.

Eso lo hice porque siempre escuchaba a mi papá, de que no se debía dejar que los patrones abusen con uno. Mi papá siempre decía que la empleada doméstica, sólo iba a ser "lavaplatos" toda la vida. Entonces la manera de liberarme, era trabajar puertas afuera, pero no para que abusaran conmigo. Ahí me tuve que retirar.

La jefa me dijo que era mal agradecida, "porque tú llegaste aquí y no sabías nada y por mí ahora sabís. Así que ahora te vas, pero no con tus manos iguales, ahora sabes trabajar".

Me fui. La patrona me trato de comunista, pero tampoco pudieron trabajar ese día, porque yo les dije que iba a buscar a los inspectores. Yo seguí trabajando en fábricas de camisas y seguía alegando por mis derechos. A mí manera, no sé como sería porque un día había que elegir una encargado para hablar con el patrón y me habían elegido a mí. Yo dije que no, porque no entendía y se eligió a otra compañera.

En ese trabajo duré hasta el año 1970.

Cuando llegó mi papá a Santiago, encontró al tiro trabajo. Yo también ya me sentía más grande: tenía mi plata semanal para darle a mi mamá.

D. Me casé y resultó que de nuevo me iba a tener que quedar en la casa.

Al llegar a la casa, en una de esas, fue tan grande mi sorpresa, al ver al Joaquín tomando mate con mi abuelita.

Eramos amigos, a veces lo veía, pero muy a lo lejos.

En una de las veces que lo vi, le di la dirección de donde trabajaba, pero yo me fui de ahí y quedé trabajando mi hermana Gricelda.

A esa casa llegó una vez el Joaquín y conversó con la Gricelda. El Joaquín le contó que me conocía, que sabía que toda la familia se había venido a Santiago.

La otra tonta le dijo: sí, si vivimos en tal parte y le dio la dirección.

Cuando en una de éstas, llegué a la casa y lo encontré, tomando mate, el patudo, con mi abuelita y mi papá.

Dios mío y a todo ésto yo estaba pinchando con otro cabro de la población.

Mi papá, igual que estos viejos que quieren

casar a sus hijos de inmediato, me dijo: y te casai y te casai no más.

Yo pinchaba con el Domingo, que vivía ahí en la esquina.

Me solía ir todas las mañanas con él en la micro y unas veces llegábamos juntos y otras no.

Cuando se fue el Joaquín mi papá me dijo: Como no me habías dicho. Claro porque pasó un tiempo sin verte, al tiro te buscaste otro. Así son todas estas yeguas.

Después yo no hallaba cómo decirle al Domingo y echar a éste otro hombre, que se lo pasaba en la casa no más.

Llegaba a tomar mate los días sábados. A veces también en la semana.

Yo no entendía como al Joaquín se le ocurría ir a verme. Cuando él siempre andaba bien vestido, siempre de terno y corbata. Se sacaba uno y llegaba con otro. Nosotros con una casa tan chica y tan pobre. Era limpia no más, pero tan pobre. Teníamos camas hasta en el comedor de lo chica que era y bueno, se quedó el Joaquín no más.



Empezamos a pololear, pero no sé cómo fue.
El Domingo pasaba por afuera y nos veía en el patio, se ponía más rojo.
Un día me dijo: Soi patuda, andabas pololeando y me estabas haciendo huevón a mí!
Yo le dije: no sí ese gallo llegó y no hallo cómo sacarlo de aquí.
El me dijo: entonces un día que venga, déjalo solo y te venís conmigo.
Un día estaba el Joaquín, mandé a buscar al Domingo a su casa y salimos toda la tarde.

Nos casamos con el Joaquín el año 1966.
Tenía 25 años me faltaban como 2 días para cumplirlos. Fuimos con mi papá y mi cuñado que hicieron de testigos.

A las 8 A.M. nos casamos en el civil de la Granja y después cada uno se fue a su trabajo, porque teníamos permiso sólo para llegar más tarde.

Por la Iglesia no nos casamos, porque no podíamos hacerlo sin ir a las charlas y salíamos muy tarde del trabajo, por eso no alcanzábamos a ir.

Después que nos casamos tuvimos una semana para buscar donde irnos.

Cada uno vivía con su familia y a la semana, arrendamos una pieza.

Nos fuimos a esa pieza y juntamos los pesos para comprar las cosas. No compramos nada antes. Después de casarnos compramos todo.

El Joaquín salía a las 11 de la noche del trabajo, pero llegaba a la 1 ó 2 de la mañana porque eran puros viejos los que trabajaban ahí en la textil, entonces pasaban a comer y tomar algo.

Yo le decía que era peligroso porque habían patotas y lo podían cogotear.

La primera semana: el sábado y domingo nos fuimos a donde mi mamá.

Pasamos a comprar, hicimos comida allá y lavamos la ropa.

La segunda semana, el Joaquín dijo que él iba a jugar fútbol y que yo me tenía que quedar para hacer las cosas.

Antes siempre salíamos los dos cuando él iba a jugar.

Yo le dije, que por qué él iba a salir a jugar a la pelota y yo me tenía que quedar haciendo las cosas, ¿si acaso era la empleada de él?

¿Que si acaso yo era igual a él o no?

El se enojó mucho, se pezcó la camisa y la rajó. Saltaron los botones. No pudo sacársela y la rajó.

Yo no lo conocía mucho. Antes nunca peleábamos.

Yo creía que él me iba a pegar y pensé que no debía aguantar que lo hiciera.

Entonces miré lo que había en la pieza, para ver con qué podía pegarle a él: estaba la plancha caliente, un cucharón grande... pero no me pegó.

El fue al ropero y empezó a sacar la ropa y romperla.

Yo lo dejé no más y le conversaba y decía que era justo que compartiéramos.

Que si llegábamos a tener hijos íbamos a compartir las responsabilidades. Entonces era mejor que termináramos ahí, si no podíamos hacerlo.

Y en ese momento llegó a unos pantalones que yo le había regalado y le dije: iesen no, porque no los he terminado de pagar!

El me miró y yo creí que me iba a pegar, pero no.

Se fue, se sentó y se hundió y empezó a decir: que todas las mujeres eran iguales, que lo que querían era mandar.

Yo le dije que no, que lo que yo ganaba era para la casa y él también.

Que si yo lavaba la ropa, el hacía el aseo y también si él iba a jugar, íbamos los dos.

Yo le dije que podíamos terminar porque si en el caso de que yo ahora estuviera esperando un hijo, yo era capaz de criarlo sola.

El dijo que entre sus compañeros era así y por eso él iba a seguir siendo así.

El reconocía que había cometido un error al pensar que éramos distintos.

Yo le dije que teníamos las mismas manos y entonces porque íbamos a ser distintos.

Le dije que a lo mejor las señoras de sus compañeros no trabajaban.

Fuimos conversando, yo le decía que teníamos que partir de que éramos iguales.

Yo le hice ver lo que hacía en el trabajo y luego en la casa, entonces qué es lo que te da derecho a divertirme y a mí no.

Los dos trabajábamos y traíamos la plata. Se fue convenciendo con todo lo que fuimos hablando.

El tenía que estar a la 11:30 en la cancha y no fue y estuvimos todo el día conversando.

Antes siempre lo hacíamos todo juntos y de ahí, no se por qué le bajó el atrevimiento, quizás porque estaba más seguro de que yo tenía que hacer lo que él quisiera.

Nunca le ha gustado cocinar pero después, todo lo hacíamos juntos: las camas, la limpieza, todo.

Otras señoras me dicen: yo le digo a mi marido y no entiende.

Después de la conversa empezó a llegar más tarde y curado.

Yo le dije que: qué pasaba.

A él le gustaba llegar siempre a la hora y se iba con bastante tiempo para llegar justo al trabajo.

Un día yo le dije que si al día siguiente, él llegaba tarde yo me iba a la casa de mis papás.

Le dije que le daba 20 minutos después de la hora de la salida del trabajo para llegar.

El Joaquín decía pero es que mis compañeros...

Yo le dije: escoge entre ellos o yo, los hijos de los hombres curados salen enfermos y yo no pienso tener hijos enfermos...

Espinoza, un amigo de él cuando me veía me decía: oiga usted que es crisanta.

Yo le decía que éste era un problema de nosotros y que si a él su señora le aguantaba, era cosa de él. Que nosotros éramos distintos.

Yo nunca me he acostumbrado a que él me dé la plata.

Cuando no pude salir a trabajar por los niños, traía costura a la casa.

En la "toma" encontramos una nueva manera de vivir.

A. Vivir de allegados era insoportable.

Antes en el año 64 en el mes de junio, una amiga que se llamaba Silvia, me invitó a una toma de terrenos. Ella era compañera de trabajo. En esa toma estaba Orlando Millas.

Había un Comité de gente que no tenía casa y como nosotros no teníamos, yo le dije a mi mamá pero mi mamá dijo que no. Yo me fui sola con la familia de la Silvia y dos sobrinos de ella que trabajaban ahí mismo donde nosotros.

Me dijeron: ¡vamos no más, nosotros te ayudamos!

Hicimos una reunión en la casa de la Silvia en la Población Santa Adriana (antes de que se llamara Santa Adriana). El Comité ese tenía como 30 familias, pero habían más Comités así que la toma, después fue más grande. Mi mamá no quería que yo fuera a la toma, pero fui no más. Después me querían inscribir para el Partido Comunista pero el día de la inscripción hubo una lluvia tan grande, que al final no me fui a inscribir. Salimos del trabajo y por la lluvia nos fuimos para la casa, o si no, yo habría sido del Partido Comunista.

Era el año 1964 nos fuimos a la toma. Hacíamos reuniones, iba Orlando Millas y uno de los Palestro, no sé cual era.

Un día dijeron: Bueno, mañana todos con los palos, carpas o unos sacos para armar carpas.

Eso fue donde está la Santa Adriana ahora, esa población surgió producto de esa toma.

Estuve como 20 días en la toma, dormía un par de noches en la toma y después iba para la casa.

Al principio llegaron los pacos y nos echaron, pero después hicimos la retoma y ahí ya nos quedamos.

No fue fuerte la represión porque vino Orlando Millas, habló con los pacos y nos dejaron tranquilos.

Después llovió y nos trajeron una carpa

grandota de circo. Dormíamos haciendo unos encatritos de tabla, porque la lluvia entraba por debajo de la carpa.

En la toma había una directiva que explicaba: por qué estábamos ahí y las tareas que había que hacer.

Había comisión de salud, turno para hacer comida en la olla común, etc.

Recuerdo claramente que cuando estábamos en esa carpa, habían números por todo alrededor, separadores por sector para el aseo y todas las actividades, los turnos salían por sector.

Pasó como una semana. Después mi papá se fue a la toma y cuando teníamos que irnos a vivir todos, mi mamá encontró chico los sitios y no nos fuimos. ¡Qué desilución tuve!...

Seguimos arrendando donde podíamos. Nos arrendaban por poco tiempo y teníamos que cambiarnos de nuevo.

Me acuerdo que en una de esas partes, nos arrendaron unas piezas y para ir al baño, había que pasar por la cocina.

Eso era tan tremendo, que yo prefería ir al matorral que había cerca o esperar hasta que llegara al trabajo.

Nunca habíamos vivido así y eso me hacía recordar el campo o Valdivia donde vivíamos no con tantas comodidades pero solos, sin que nadie escuche o esté pendiente de lo que uno hace.

Esos primeros años fueron difíciles para mí. No me acostumbraba a vivir en poblaciones porque en cuanto a vivienda, mi vida se había desarrollado sin problemas. En el campo las casas eran de maderas rústicas, el techo de chupón que es como chupalla.

Desde que trabajaba de empleada doméstica hasta ahora, fue un cambio muy grande. No porque yo no supiera que esa era mi realidad, si no porque era saber como vivía la gente de la ciudad.

Y veía la ignorancia que hay en los pueblos,



tanto campesinos como en las ciudades. Los del campo no hallaban la hora de venirse a la ciudad y los de la ciudad ven a alguien del campo y dicen mira el huaso o huasa. Yo pensaba: si se igualaran a uno de los huasos, serían distintos. Sabrían que la gente de allá no puede vivir apilados.

Para mí es ignorancia esto de la ciudad, de menospreciar a la gente del campo tratándolas de huasos, cuando la gente en el campo vive más sanamente que la gente pobre de la ciudad.

Aquí en la ciudad se vive en una población, en un pellizco donde no se puede ni mover. Se duerme, todos en una pieza y eso en el campo no ocurre.

Entonces por qué la gente de la ciudad menosprecia a la del campo. A eso yo lo llamo ignorancia.

Así me fui acostumbrando hasta que llegamos a un sitio grande, pero también nosotros tuvimos que apilarnos porque después se casaron mis hermanos y tuvieron que hacer sus piezas en el mismo sitio.

Después me casé yo. Al principio arrendamos una pieza con una hermana, pero después nos vinimos a vivir todos juntos.

Mis hermanas ya estaban casadas. Donde arrendábamos, las piezas eran muy chicas, incómodas, a eso yo no me podía acostumbrar. Había un baño para tres familias y lo peor, es que éramos todos desconocidos. Cuando arrendamos el sitio grande, también había una sola tina, pero ahí ya era para el grupo familiar. Estaban mis papás, mis hermanos casados y nosotros.

B. En la "toma" encontramos más apoyo que en nuestra familia.

Yo seguía con la oreja puesta en lo que ocurría con las elecciones, con las tomas de terreno y veía que era la única forma de que los trabajadores tuvieran un lugar un poco más decente donde vivir. Ya teníamos 2 niños y no teníamos donde vivir.

Fui donde Víctor Toro, pero como nadie me conocía, no pude entrar.

No pude hablar con Víctor Toro, porque él estaba muy ocupado en la toma de la 26 de enero en la Población La Bandera. Ahí dentro, esa toma era como otro país. La organización que había no

dejaba entrar a nadie de afuera, si no llevaba tarjeta.

Como yo no conocía a nadie, no pude hablar con él y me tuve que ir para la casa. Pero la gente que estaba ahí de guardia, me dijeron que iba a haber otra toma, que me esperará un poco, para que me integrara.

Así lo hice, claro que al Joaquín no le gustaba la idea.

Un día le dije: Joaquín hay que desarmar la casa, porque nos vamos a la Bandera a unas áreas verdes, por mientras que sale la toma.

Buscamos un camión y nos fuimos allá, no querían que nos quedáramos.

Les dijimos que serían unos días no más, era para San Juan (24 de junio) y la toma se haría el 7 de julio. No hallaba la hora que llegara ese día.

Cuando llegamos a las áreas verdes los vecinos me dijeron: aquí hay que trabajar.

Yo le dije ¿sí, en qué?. Me alegré porque pensé que podría juntar un poco de plata, para cuando me vaya a la toma...

Conocí a la Pelusa en las Areas Verdes de la Bandera. Llegó ella con otro caballero de más edad que se llamaba Julio, entonces ella dijo: Ustedes se quedan aquí mientras hacemos la otra toma.

Ella venía todos los días a conversar y ver si habían allegados. Como yo no conocía esa clase de organización, ni las salidas a la calle u otras cosas, en esos días había dejado de trabajar y me había quedado a cuidar las cosas que teníamos en la carpa y ahí la conocí a ella, cuando llegó a ofrecerme el trabajo de juntar la basura, para hacer una barricada en Santa Rosa.

La Pelusa era una niña que organizaba a los pobladores que no tenían casa. Era una dirigente que andaba en todas partes donde habían pobladores, golpeando puertas para conocer problemas y a los que tenían problemas, ella les decía: ¡Bien compañeros nos vamos a juntar en tal parte y ahí vamos a estudiar esos problemas!

La Pelusa era una mujer activa y motivadora, siempre nos decía una palabra que tenía pegada "Combativo".

Ustedes tienen que ser combativos, ustedes tienen el problema y nadie va a pelear por ustedes para buscarles solución. Son ustedes los que tienen que combatir por sus problemas y reclamar sus derechos.

Entonces con lo que ella decía, uno se sentía motivada a tener ese derecho de luchar por sus derechos.

La Pelusa me dijo compañera: tiene que juntar toda la basura que más pueda... porque tenemos que hacer una "operación relámpago" en el paradero 20 de Santa Rosa.

Le dije que lo haría y pensé: ¿En qué líos me estaré metiendo?

Pensé que tenía una guagua de 4 meses, el mayor tenía 2 años y medio pero estaba en ésta y tenía que afrontar la situación como mujer.

Y me puse a trabajar en ese trabajo que yo había pensado que sería sacar arvejas, lavar o coser, o algún trabajo que se paga para hacerlo.

Un día llegó la Pelusa a buscarme: "ya compañera vamos", me dijo.

De nuevo pensé, otra equivocación mía, porque yo pensaba que les juntaría la basura y la parafina no más. No me habían dicho que tenía que llevar y ayudar a botar la basura en la mitad de la calle, rociar con la parafina mientras los vehículos hacían cola a los dos lados. Nosotros arrancábamos y alguien se quedaba para prender el fuego. Ahí supe que eso era una barricada. Llegó el día de la toma y de nuevo la Pelusa llegó: compañera tiene que irse a las 2 de la mañana.

Recién ahí me atreví a conversar con ellos. Le expliqué mi situación: que tenía una guagua de 4 meses, que no tenía con quien dejarla, que mi marido no quería irse a la toma, pero que yo igual me iría, claro que cuando él no estuviera en la casa y que después, él tendría que aceptar.

Me dijo bueno compañera, le voy a aceptar esto porque usted se ha interesado por los trabajos que le hemos propuesto, pero tiene que ir mañana 7 de julio de 1970, temprano.

Sí, le dije, en cuanto se vaya mi marido.

Así lo hice, dejé mis hijos donde mi hermana y me fui con unos palos y unas fonolitas. Al llegar a la toma, estaba rodeada de pacos. Me quedé un rato mirando y vi que salían algunas personas y otras entraban.

Tenía mucho miedo y estaba sola, pero pensé que era la oportunidad que tenía. En eso estaba, cuando vi que venía más gente con palos y frazadas.

Me preguntaron: ¿no se puede entrar? Yo les dije: no sé, estoy mirando si se puede.

Ellos me dijeron: ¡vamos compañera! que tenemos que tenerle miedo a los pacos! y nos acercamos.

Pregunté por la compañera Pelusa y con ayuda de los estudiantes instalé mi carpa. Me dieron el número de mi carpa, era el 93.

En la noche llegó Joaquín y me dijo: ¿Cómo llegaste? ¿qué te dijeron? ten cuidado con los niños.

Ya esa noche llevamos la cama, la estufa y la ropa.

Me costó tanto para venirme, porque mi hermana no se pudo seguir quedando con mis niños y después tuve que hacer los viajes con mis dos niños. Tenía que cruzar el paradero 29 al 25 de Santa Rosa en que estaba la toma. Había un canal de regadío que por suerte mía, estaba sin agua. Si no, hubiera tenido que caminar mucho más.

Bueno, para cruzar este canal tenía que bajar las fonolas, los palos, la ropa al canal. Me bajaba yo y recibía al Joaquín que tenía 2 años y 8 meses. Lo subía al otro lado y él me recibía todas estas cosas y después le pasaba la guagua para que la arrastrara porque él no se la podía. Yo la empujaba con un palo, porque costaba mucho subir. Tenía como 2 metros de altura. Era muy difícil subir,

pero para ahorrar camino tenía que cruzar por ahí. Yo no conocía a nadie más.

En cuanto los pacos nos dejaron tranquilos en el campamento, —ésto fue como el día 9 de julio, porque la toma se hizo el día siete—, se hizo entrar a la gente que no había logrado entrar todavía y se cerraron las puertas de entrada y salida al campamento.

Se enumeraban las cinco puertas del campamento. La 1, 2 y 3, eran para que la gente saliera, o entrar al campamento, las otras eran para salir a buscar agua, o entrar la mercadería.

Llamaron a una asamblea general, para decir que todos debían participar para formar las milicias que se dedicarían a las guardias, la salud, revisión de las carpas, que ya se habían enumerado, para ver el aseo.

Había horario para acostarse, un policlínico, donde atendían las voluntarias de las milicias y un médico que venía de afuera.

Había una directiva general del campamento, que se llamaba "JEFATURA" y ellos eran los que organizaban todo y ordenaban a las milicianas.

Y nos quedamos. Estuvimos más de una semana que no pudimos salir del campamento.

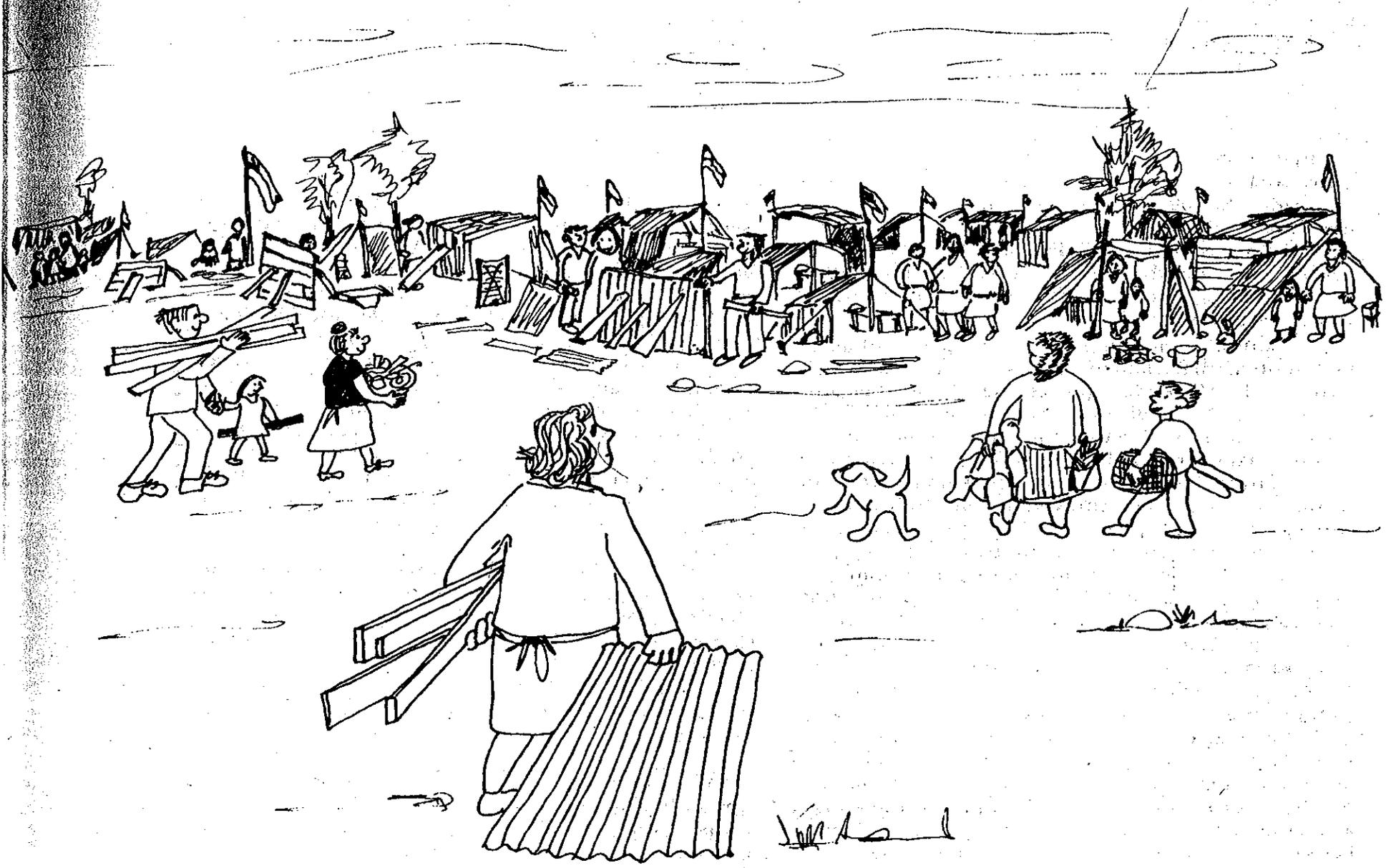
Era una vida distinta. A pesar de que no veía a mi familia, me sentía acompañada. Daban charlas sobre la salud, el problema habitacional, porque estábamos ahí. El problema de los trabajadores y lo que teníamos que hacer y porque se hacía.

En fin, todo lo que vivimos era nuevo para mí. El trato que tenían los jefes o los compañeros encargados del campamento.

Se compartían las responsabilidades.

Se formaron grupos por sector. La toma tenía cinco puertas y cada puerta tenía sus integrantes para la guardia: de día las mujeres y de noche los hombres.

Para salir a movilizarse, se llamaba a asamblea general y ahí se daba cuenta de las gestiones reali-



zadas en el día. Estas asambleas se hacían todas las tardes. Se avisaba de la movilización para el día siguiente: donde tenían que ir todos.

Las mamás que tenían guaguas, las dejaban con las milicianas que estaban destinadas a cuidar niños chicos.

A nosotros nos venían a buscar buses que facilitaban en la Universidad y si no habían, salían unos compañeros y expropiaban algunos buses de recorrido. Se llevaban al campamento y en ellos nos movilizábamos.

Salíamos temprano del campamento y en el centro nos juntábamos con otros campamentos, porque en esa época en el año 70, habían hartas tomas de terreno.

Cuando se juntaban unas cuatro cuadras de pobladores, marchábamos. Casi siempre al Ministerio de la Vivienda, que estaba ahí en Serrano, cerca de la Alameda. Me acuerdo que cuando llegábamos ahí, se llenaba con gente desde Alonso Ovalle, hasta cerca de la Plaza Diego de Almagro.

Cuando había que salir a presionar para conseguir los sitios, teníamos que salir todos. En el campamento se quedaban las milicianas y los voluntarios para cuidar a los niños y guaguas y para cocinar en la olla común. Nosotros salíamos a estar todo el día en la calle o en tomas de construcciones, en CORAVIT, en fin donde decían que se conseguiría algo.

Sufrimos mucho, a veces de hambre o frío. Yo tenía mi guagua de 4 meses y tomaba pecho, cuando me tocaba estar todo el día sin mi niña que chupara, en la tarde los pechos no me daban más. Tenía que sacarme leche en los lavamanos o dejar que me corriera la leche por la ropa. Era terrible, pero yo era tan tímida que no me atrevía a decirle a las milicianas que tenía ese problema. Pensaba que si les decía, iban a creer que yo era cómoda o aprovechadora y por eso dejaba mis niños con ellos.

Porque si salían pocas gentes, decían que no nos tomarían en cuenta para darnos solución al problema del sitio. Y así pasaron 3 meses en la toma RANQUIL.

Me acuerdo cuando el compañero Joaquín decía: este campamento es la punta de lanza para la burguesía.

No porque sus integrantes fueran más combativos que los de las demás tomas, sino por el nombre Ranquil, que tenían los campesinos de un asentamiento en el Sur, donde hubo una matanza. No me acuerdo si fue Frei o Alessandri el responsable de tan cobarde hecho y como habían varias tomas "El Ranquil" tenía que andar adelante.

Se hicieron varias tomas de locales, para llamar la atención de nuestros problemas.

Fuimos a varias partes, donde algunas veces hacíamos manifestaciones afuera y otras entrábamos dentro y nos tomábamos el local.

La Universidad Católica la tomamos por todo un día, la remodelación San Borja por todo el día, de las 7 de la mañana a las 8 de la noche. La Escuela de Ingeniería, también todo un día, el Serviu un par de horas, la distribuidora de alimentos "CENADI"...

Yo en esa época salí más que nada porque tenía una necesidad. No entendía mucho, sólo cuando explicaban los dirigentes entendía algo. Como no entendía mucho, no se me daba por dirigir.

Además, tenía dos cabros chicos que también me amarraban. Pero sentía como un deber, tener que estar ahí, porque no tenía donde vivir.

Entonces lo tomé como un compromiso y pienso que muchos lo tomaron así. Pero a pesar de que entendía el por qué estaba ahí, no comprendía otras cosas, por ejemplo: qué es lo que era la burguesía, qué eran los momios, qué significaba paredón, qué era conciencia y tantas otras cosas que se decían en las charlas.

Cuando la compañera Pelusa decía combatividad, todas esas palabras eran desconocidas para mí y yo pensaba para qué tendré estos chicos que no me daban tiempo para participar mejor. Sin pensar que ellos me necesitaban.

A veces quería preguntar pero me iba a demorar más en llegar a mi carpa.

Después me hice amiga de un joven que se llamaba Juan. Le dije a Joaquín que él era voluntario y que le podíamos convidar comida.

El compañero Juan llegaba, conversaba, y así fuimos entendiendo más y porque nosotros teníamos que participar. El Joaquín se inscribió en los trabajos voluntarios.

Cuando filmaron una película, el Joaquín llegaba del trabajo, tomaba un poco de té y se iba rapidito: no me tengo que atrasar decía, los compañeros deben estar esperando, buscaba su gorro y un palo y se iba.

Volvía como a las 10 de la noche, yo estaba contenta, por fin andaríamos juntos en la búsqueda de algo. No sabíamos qué pensar.

Era un sitio, pero que tendríamos que luchar juntos.

C. Los dirigentes nos educaban en todo sentido.

Llegamos a los terrenos del campamento Nueva La Habana el 1º de noviembre de 1970.

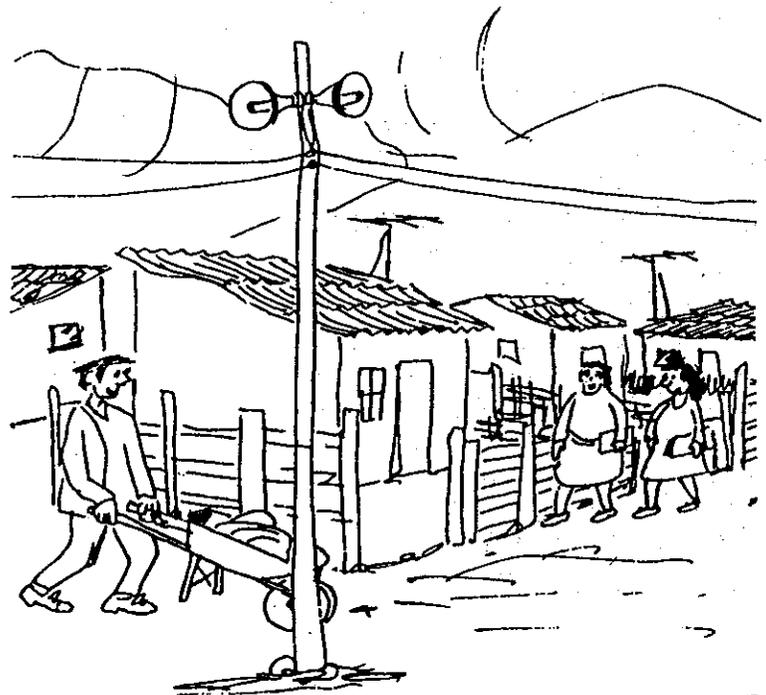
Eramos tres campamentos que fuimos trasladados para acá. Nosotros con mi familia llegamos a vivir a la manzana D, salimos como a las 11 de la mañana del Ranquil.

Cada familia se consiguió camiones para el traslado, nosotros arrendamos un camión en La Bandera. Ese día, se trasladaron todas las familias del campamento Ranquil, Magaly Honorato y Elmo Catalán y fuimos quedando todos revueltos en las diferentes manzanas, con el fin de que aquí fuera un solo campamento.

La diferencia en Nueva La Habana, es que teníamos un pedazo de sitio un poquito más amplio para vivir. Pero la organización se mantuvo igual. Teníamos que hacer guardias y salir a la calle, para poder conseguir el terreno y los materiales para la construcción de las casas definitivas. Así que seguimos saliendo a marchas y mitines. Además había más gente, porque éramos tres campamentos en uno.

Sentía una alegría tan grande porque ya teníamos un pedazo de sitio donde vivir y era tan alegre todo. En el campamento habían unos parlantes, por donde se escuchaba música todo el día, o se comunicaba si pasaba algo o, llamaban a alguien. A pesar de todo lo que habíamos sufrido, habíamos logrado algo.

Cuando llegamos aquí, el Joaquín empezó a



participar más que allá en la toma. Fue tan linda la experiencia de la Nueva La Habana, no sé... habíamos sufrido tanto, antes de llegar aquí aprendimos tantas cosas y lo más lindo es que, la misma organización del campamento hacía que todos los pobladores fuéramos como una sola familia. Cuando uno salía, en las mismas asambleas, todos estábamos por una misma cosa.

Las puertas de las casas se cuidaban, como si lo que había dentro no sólo fuera la casa mía, sino que todas las casas eran mías. Todos defendíamos la población, como si fuera todo de uno.

Se organizaban partidos de fútbol y baby. Cada manzana tenía un equipo. Decían que había que recrearse, íbamos todos y a mí me gustaba eso.

Nosotros teníamos al Real Olímpic, otros el Luciano Cruz.

Yo hacía comida y nos íbamos. El Joaquín a veces hacía de árbitro.

También íbamos a la Quebrada de Macul, esos paseos me gustan.

Les conté que yo fui muy poco a la escuela, pero nunca pensé quedarme así y me dediqué a leer mucho. Primero revistas como la Rosita, sin que signifique mucho. Pero cuando llegamos al campamento Nueva La Habana fue distinto: leíamos el Rebelde, compraba una revista que se llamaba "Paloma".

Al leer estas revistas, me fui interesando más por saber qué significaba organización, por saber qué habían hecho estas personas para llegar a esta etapa en nuestro país. Porque antes yo leía en los diarios, de todas estas cosas que pasaban en otras partes del mundo, pero ahora pasaban aquí donde yo vivía. Y así tan pronto yo tenía participación no hacía más de un año.

Pensé y conversábamos con el Joaquín de lo que había hecho esta gente, de cómo habían trabajado en la organización. Y cómo mi papá hablaba mucho de Pisagua, de la Isla Quiriquina.

Un día cuando salía del trabajo pasé a una librería y buscando algo para leer, me encuentro con un librito que se llamaba justamente: Pisagua. Sin pensarlo más lo compré, lo leí muchas veces. No podía creer lo que decían los relatos que hacían esos hombres y mujeres que ahí permanecieron por mucho tiempo. Entre ellos Pablo Neruda, Volodia que fue uno de los que más me llamó la atención, por ser el primero un poeta. Y también lo que hace la ignorancia, el no saber nada de lo que es o de dónde nace el Pueblo organizado.

Así fui sabiendo un poco lo que era socialismo, comunismo. Porque estábamos ya dentro de esto y fueron pasando los días, meses y años, cuando un día sale en las noticias: Fidel Castro en Chile.

Ese hombre que yo admiraba por lo que hacía en su país, por lo que contaban unas mujeres que fueron a Cuba. Que allá se compartían todos los alimentos, que en todas las casas tenían carne, huevos, leche y que no habían madres solas, porque el Estado les daba casa y educación para sus hijos y el trabajo era distinto a nosotros, que todos los días teníamos que salir a hacer colas en los negocios, para conseguir algo. Bueno, no precisamente nosotros aquí en el campamento, porque teníamos la canasta y no nos faltaban muchas cosas, incluso después llegó el pan que también se daba con tarjeta.

Yo estaba feliz, pensaba que seríamos como esa gente, pero también veía como se derrochaban algunos recursos.

Después del golpe hubo que empezar de nuevo.

A. El golpe cambió todo lo que había.

Llegó ese día tan cruel, ese maldito 11 de septiembre.

Cuando me acuerdo, parece que se me parte el corazón por varias razones: primero por haber perdido todo lo que se había logrado con tanto sacrificio, con tanto esfuerzo, para que este grupo de gorilas lo echara abajo en un par de horas. Porque ahora nos costaría mucho para volver a organizarnos.

Mi papá decía que los milicos eran como perros, que no respetaban al pueblo. Yo no pensaba por el sacrificio de nosotros, sino por el de esa gente que venía luchando por muchos años y que habían estado relegados, presos, por los que habían dado su vida por lograr ésto; un gobierno del Pueblo. Y para qué por un pueblo ignorante de éstos sacrificios, se malograra.

El Héctor nació el 27 de septiembre, para el golpe. Nació en la casa (tenía fecha para noviembre) porque no me quise ir al hospital, porque pensaba que los milicos me iban a matar a la guagua o me iba a matar a mí.

Me atendió el Joaquín y después llamó a una abuelita para que viniera a ayudarle a vestir la guagua.

(El también me atendió de la Patty porque tampoco me quise ir al hospital para no dejar al Joaquito solo).

A los 15 días llevé al Héctor al consultorio (a mí no me vio ningún doctor y de la Patty tampoco) y a la doctora le dio asco y apenas lo tocó. Dijo que como llevaba esa inmundicia y se fue a lavar las manos.

Lo pesaron y peso 1.800 kilogramos, le pusieron la vacuna. Habían dos matronas: una joven y una abuelita.

La abuelita me dijo que para que viviera la guagua (porque debiera estar en incubadora) yo me

sacara la leche y le diera con cucharita porque la guagua no tenía fuerza para chupar y se iba a morir de hambre.

Yo sabía que no, porque llevaba 15 días chupando.

Y lo fueron controlando hasta que pesó 2 kilos. Pero un día que no se despertó en la mañana y yo estaba atrasada en las costuras, seguí cosiendo y a él le dejé la agüita puesta y no chupó mucho.

Como no lloraba, me fui a dejar las costuras que tenía que entregar a las 12 y cuando llegué, estaba hecho caca entero. Lo había dejado con el Joaquito que tenía 6 años.

El Héctor no se movía, le di pecho y no chupó. No se movía y seguía durmiendo.

Fui donde la miliciana de salud y me dio una pastilla. Era tarde más de las cuatro, entonces me dijo que tenía que ir a la posta.

Yo le dije: a la posta no; voy a mañana al consultorio de Los Copihues. Dele harta agüita, me dijo.

El Che Guevara (policlínico) lo deshicieron los milicos, porque no estaba inscrito.

Yo le di harta agüita y al día siguiente lo llevé al doctor y él dijo que tenía que llevarse al hospital.

Le tomó el pellejito y se amuñó.

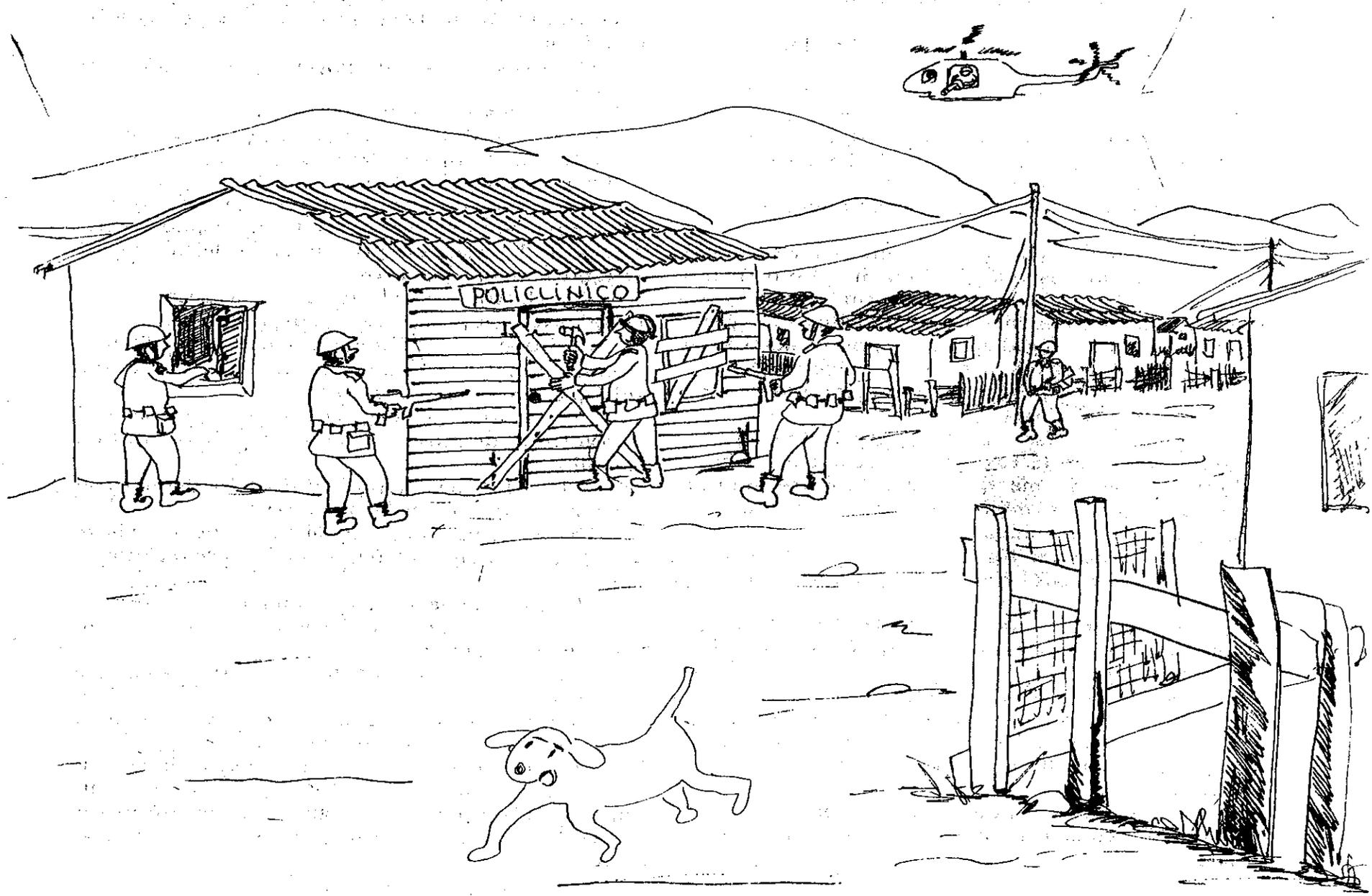
Querían dejármelo allá y yo lo envolví y lo tomé bien apretado.

El doctor le dijo a la señorita; ¡llamé a la ambulancia!

Yo le decía: Mi guagua no la voy a dar al hospital, deme la receta, yo le compro lo que sea.

El doctor me dijo: te vas a quedar sin dormir y le vas a dar agua cada 10 minutos y me vas a firmar este libro porque si la guagua se muere tú vas presa. Y yo no podía firmar porque tenía la guagua apretada.

El doctor me dijo: deja la guagua encima, si nadie te la va a quitar.



Y yo la apreté y firmé.

Yo tenía que hacerle masajes para que el agua pasara y estirarlo para que sacara el agua del patito porque no chupaba.

Al otro día el doctor lo examinó y me dijo: tu guagua está fuera de peligro.

Ahí estuve controlándolo hasta que se mejoró.

Yo tenía miedo de dejarlo en el hospital, porque había oído a las otras mamás que les metían unas agujas en la cabeza.

Antes del golpe yo siempre pensaba, pronto se terminaría esto, (el gobierno popular) porque por muchas reservas que tuvieran los ricos, no podría durarles toda una vida.

Por eso se decía: hay que consumir lo que nos han quitado y llegó ese momento, ese 11 de septiembre.

De ahí, fue todo distinto, todo negro. Seguimos como antes, encerrados entre nosotros, cuidando mis cuatro hijos.

Nunca nos había faltado el trabajo pero llegó el 1974. Se cerró la fábrica donde trabajaba el Joaquín, le pagaron harta plata, porque nos alcanzó para comprar una tele que no habíamos podido comprar antes. Después tuve que salir a trabajar yo.

El Joaquín cuidaba a los niños y seguíamos muy asustados con esto del golpe y muerte del compañero Allende. Yo lo comparaba con el terremoto del 60 en Valdivia, porque allá seguía temblando y pensábamos que en cualquier momento, nos podía tragar la tierra o cubrir el mar: que era, que se podían enojar más los gorilas y arrasar con nuestro campamento, por ser éste un sitio de extremistas.

Y seguíamos calladitos hablando cosas al oído, porque era peligroso. Pero llegó el 75 cuando avisaron que entregarían casas de emergencia y que al que saliera en el diario no más, tocaría casa. Como no faltan los patudos, ni los tontos y tiene que pasar algo para darse cuenta: eso nos pasó a a nosotros con el Joaquín.

Pensamos que todos estaban como nosotros, asustados, pero no era así y los más vivos se habían puesto de delegados de manzanas y ellos tenían que elegir quien tenía derecho a casa y quien no.

Todos los días mirábamos en el diario y no salíamos nombrados, pero sí salían los delegados y sus compañeros. Ahí desperté yo y fui donde el delegado y le dije: qué pasa con las casas. Estas casas eran para todos y en especial, para los que habíamos luchado para conseguirlas, y resulta que ahora se van a ir los que menos han hecho algo para conseguirlas.

Se me quitó el susto y fui a buscar a algunas compañeras y les dije: tenemos que hacer algo no más. Vamos a CORABIT a hablar con la visitadora y partimos al Ministerio de la Vivienda.

Los milicos dijeron paren y nos sacaron el fusil que tenían y lo atravesaron en la puerta, nos agachamos y entramos. Le dejamos una carta al ministro.

Bueno y así se me fue quitando el miedo, haciendo trámites hasta que llegamos a las casas nuevas que tanto sacrificio nos habían costado. Esto fue en marzo del 76, llegamos a las casas nuevas y nos llegó la pobreza. Tuvimos que llegar al comedor infantil, para que mis niños no fueran a quedar desnutridos. El Joaquín salía a trabajar a las chacras, a cortar habas, en fin a trabajar en lo que sea.

Estuvimos muy mal económicamente, pero dentro de esto malo, apareció lo bueno: tres personas que me ayudaron mucho: Mariluz, Fermín, Juan José, por intermedio de un programa de Educación: Padres e Hijos.

En este momento fue mi despertar. Comprendí más cosas, me hicieron saber que mi participación servía de algo; después en el comedor faltaba una secretaria y me ofrecí: les dije que no sabía mucho y me aceptaron.

Primero me costó, porque si anotaba lo que

decían no escuchaba nada más. Si escuchaba no podía anotar, pero después me acostumbré y de entonces que no he dejado más. Pero esto era, porque yo no fui a la escuela cuando chica. En el campo era muy difícil, las escuelas quedaban muy lejos; en invierno con la lluvia se llenaban los ríos y no se podía pasar, porque no habían puentes.

Pero como les contaba, yo siempre quise aprender, corregirme. Escribía —porque estudié el primer año y el segundo año igual— pero ahora me hacía falta el estudio.

En esta etapa de mi vida, cuando ya tenía un hogar y cuatro hijos, se me presentaba la oportunidad en la sociedad en que yo me desarrollaba y tenía un deber de participar.

Me faltaba algo, no eran tanto que no supiera leer o escribir, pero sí una seguridad y saber de que yo no era tan ignorante, y decidí matricularme en la nocturna. Me hicieron una prueba, le dije al profesor que había estudiado hasta tercer año. Yo pensaba que me dejarían en cuarto o quinto básico, fue tan grande mi sorpresa cuando me dijeron que tenía que hacer séptimo y octavo.

Y seguí estudiando con mucho sacrificio, porque mi marido estaba sin trabajo. Tenía tres niños estudiando y no me alcanzaba la plata para los cuadernos, pero salí con el año escolar, con un promedio de nota 5,3, promovida a primero medio. Pero con mala suerte, porque no pude seguir. Pero ahora podía enfrentar de otra manera estos problemas, que antes me hacían postergarme. Porque aunque se dice: no importa que no sepa mucho, nosotros le ayudamos; la gente lo hace sentirse inferior. Creo que lo hacen inconcientemente, pero se nota.

Por lo menos yo lo sentía, aunque me superé un poco. Pero hice el esfuerzo para así aportar y participar en lo que fuera y de entonces no he dejado más de participar.

B. Se terminó toda la actividad en el campamento.

Antes cuando trabajaba, yo tenía mi tiempo libre y reclamaba si no me dejaban salir a la hora.

Yo me apuraba para llegar donde iba, o estaba feliz ayudaba.

El otro día yo pensaba: trabajé de tan chica y después tenía 20 años e íbamos a los juegos a la Victoria. Cuando no, jugábamos en la calle, al luce, a la ronda y después iba al trabajo. Y me gustaba llegar a la hora.

Cuando yo trabajaba sabía que me pagaban para éso y éso tenía que hacer.

Cuando iba donde mis amigas, me invitaban y yo feliz de casa en casa.

Pero ya después me casé y me llegó la responsabilidad y no puedo perder tiempo.

Después de la primera pelea que tuvimos con el Joaquín después que nos casamos, de ahí la vida se nos arregló y nunca más hemos tenido peleas.

Yo he salido, he trabajado.

El terminó con los amigos.

Nunca hemos tenido amigos, siempre hemos sido solos.

Los únicos que nos visitan son la familia, mi mamá, mis hermanos.

Los niños no tienen padrinos, los bautizamos sin padrinos por lo mismo.

Antes, para el dieciocho íbamos a las fondas con los cabros. Para las Pascuas les hacíamos la fiesta en la manzana a los niños.

Antes a lo más, él me iba a buscar al trabajo y pasábamos a tomar una cerveza.

Cuando estuvimos en el campamento, yo fui igual de pesada. Conversaba con esta abuelita que era vecina, doña Felinda, ella recibió al Héctor.

En el patio nosotros siempre plantábamos y de eso hablaba con la abuelita.

Yo veía que las vecinas pelaban y por eso, a

mí me daba miedo y pensaba: capaz que a mí me pase lo mismo.

Entonces me levantaba a las cuatro de la mañana, para buscar el agua cuando no hubiera nadie. Para que no me fuera a pasar nada porque ahí se armaban las peleas.

Con el Manolo o la Georga nunca hablaba.

A la abuelita y a la mamá de la Georga y a la Irene la compañera del Chandú, les dejaba encargado el niño. Yo conocía al Chandú de la Ranquil.

Había una señora tan cochina, que manejaba a los cabros inmundos.

Yo sembraba hartas maravillas en la reja para que se hiciera un muro.

Casi todos teníamos una cerquita, pero esa señora no.

Ella me decía: ¡la paciencia suya para contestarle a los niños todo lo que le preguntan!

Yo iba a todas las reuniones, pero donde mis vecinas no.

Nunca entré a la casa de la abuelita.

La señora del frente me convida, me dice: la espero...

Otras amigas del comedor también.

En el campamento había comités de recreación, de áreas verdes, de limpieza y a eso salíamos.

Yo sola no salía a ninguna parte.

Desde que salí del grupo de salud por los niños, ya me "encuevé".

Cuando el Joaquín va al matadero, le gusta pasar a tomar una pilsener. Antes íbamos juntos y yo me tomaba la bebida, me comía el completo, me limpiaba la boca y me gustaba irme. Y el Joaquín pasa no sé cuánto rato para tomársela.

Ahora le digo: anda con los cabros y van felices.

Lo que no hacía nunca era bailar. Me daba vergüenza y hasta ahora. Yo veo que todos bailan y me gusta, pero yo no bailo.

Las chiquillas son buenas para bailar. Al Joaquín le gusta bailar de todo.

Yo les digo son "poto loco" igual que el padre y el abuelo.

Ellos dicen: que culpa tenemos nosotros que usted sea "Pesada"

A la playa también me gusta ir porque veo que le hace bien a los cabros. Cuando vamos a la playa, nadie se enferma en el invierno.

Una vez no fuimos y después los cabros tuvieron hasta la peste.

Cuando cumplimos un año de casados, nos fuimos a Valparaíso. No conocíamos. ¡Había neblina... más aburrido!

Nos tomamos un bus hasta Con-Con. El Joaquín no conocía la playa, decía: pura tontera. Y de ahí le gustó.

Y siempre en invierno o verano de repente, vamos a la playa y nos gusta.

Pero de ir a la casa del frente a tomar té.. no.

Cuando sé que hay una persona enferma, yo voy. Ahí, no veo la pérdida de tiempo.

Igual que el día sábado, aunque yo sé que tengo que hacer, pero igual voy a la cárcel, a la visita.

Me siento bien así y no me gusta otra cosa.

Hay una señora que le gusta venir acá, pero yo nunca he entrado a su casa.

Así hemos sido siempre de "pesados".

A veces íbamos a la casa del Manolo para el cumpleaños de la Georga, pero sobre todo ella venía para acá.

Con la Juana y la Marina nos juntamos porque trabajamos.

Antes cuando estuvimos en la toma, eran los dirigentes los que pasaban y yo misma les decía que pasaran a tomar una tacita de té.

Pero, a mí no me gusta ir a otra casa.

La Paty es amistosa, tiene una amiga. Pasa, y se va a la casa de su amiga.

Yo le digo: ¿Cómo te acostumbras Patty a ir a otra casa? ¿Cómo voy a ir a otra casa? si yo tengo que hacer, pierdo tiempo.

A mí no me molesta que vengan, todo lo contrario.

Yo pienso: a esas personas no les hará falta el tiempo, pero yo no tengo tiempo.

Al Joaquín chico, no le gusta juntarse con los otros niños, es muy maduro; dice que dicen puras leseras.

A los nueve años yo lo mandaba a comprar a la estación, le enseñé a ir a dejar mis costuras para no perder tiempo.

A veces veo a las señoras conversar toda una mañana y pienso: eso sería bueno para el trabajo, pero no para pasear.

Nunca hemos hecho fiestas y ahora estas cabras patudas ofrecen la casa para esas fiestas del colegio (para juntar plata).

Al Joaquín le gusta ir a bailar a las fiestas que se hacen en el pasaje p'al Año Nuevo. Va con la vecina de al lado.

Las chiquillas van a dar los abrazos, la señora del frente viene, de todas las casas vienen a dar el abrazo. Yo me quedo en la casa.

Yo hago cola de mono y les convido; algunos aceptan, otros no.

C. Llegaron dirigentes que nos mostraron que a pesar de la dictadura se podían hacer cosas.

Después del P.P.H. en 1976 nos invitaron a participar en la bolsa de cesantes con la posibilidad de trabajar en arpilleras. Primero me costaba hablar, se me trababa la lengua.

Me acuerdo de una vez que estaba de aniversario el taller y se acordó celebrarlo. Se formaron comisiones y han propuesto a Joaquín para locutor y a nosotros, dar la bienvenida a los invitados. Después empezamos a conversar con la gente que llegó, dijeron que había estado muy bien. Así seguimos haciendo cosas.

Era casi el mismo sistema que se usó en la

toma del RANQUIL. Dando charlas, haciendo jornadas, dándonos capacitación en lo que más nos interesara. Fuimos 22 integrantes, de esos después quedaron sólo los que realmente les interesaba la organización.

Parece que yo no fui muy porra y algo aprendí, porque un día llamó un compañero, para encomendarme algunas tareas y me dijo que él veía en mí un cierto grado de conciencia, y que podría desempeñar otra clase de tareas.

Me preguntó: qué me parecía lo que se estaba haciendo.

Le dije que me gustaba. Me contó que él tenía la tarea de reclutar a los simpatizantes y que después de un tiempo pasaría a militante. Eso me asustó un poco y me disculpé con mis niños y que eso era imposible para mí. Pero que yo ayudaría en lo que pudiera, ya sea llevando algún mensaje o emprestando mi casa para que trabajen en algo. En eso quedamos. Pensé que eso sería todo, yo entendía algunas cosas y me gustaban, pero en veces era bien despistada.

Cuando otro día me dice: Busque a las personas que se van a juntar con usted, porque el compañero que va a venir ya está ahí.

Empecé a buscar, conversé con dos compañeros y nos juntamos. Conversamos todo lo que significaba esta situación en que nos encontrábamos y de ahí se me fue aclarando la visión.

Después me tocó cumplir lo prometido. Así fui comprometiéndome más; después tenía que sacar propaganda en mimiógrafo artesanal y distribuirlo sin que se diera cuenta el Joaquín. Pero una vez, me pilló el niño mayor. Salió más temprano de la escuela y no alcancé a guardar los artefactos.

Bueno, le dije lo que era y por qué lo hacía y que no tenía que saber nadie más y después, él me ayudaba a cortar y a panfletear la población. Eso sí, con mucho cuidado.

Otra cosa que hacíamos, era salir para el 8 de marzo.

En la "marcha de las velas" caímos detenidos, estuvimos hasta las nueve y media de la noche. Llegué a mi casa saludando: Hola, no pude llegar antes!

Iba a mentir diciendo que no pasaban las micros, cuando mi marido me dijo: éso te pasa por huevona. No te debieran haber soltado, ¡quién te manda andar hueviando!

¿De qué es lo que estás hablando? Estas loco.

¡Sí, loco! La Georga me dijo que habías caído presa.

Sí, pero fue por un rato no más, le dije, porque no estábamos solas, andaban monjas y gente rica. Y ellos nos pagaron la fianza para que saliéramos.

Tenía tanta rabia con el Oscar. El me había dicho que trabajaríamos en secreto y ahora era él, el que abría la boca. Yo pensaba: ¿no pudo esperar un poco más? El no conocía a mi marido. Si hubiera sido de esos que le pegan a la mujer, qué patia-

dura me habría dado. Pero en fin, ya había pasado y seguimos. Después cuando se cayeron las puertas de la basílica del Salvador, le tocó al Joaquín, casi lo llevan preso.

Llegó bien asustado, pero después siguió saliendo y yo seguí en mi tarea. El compañero Oscar nos consiguió un apoyo en arpilleras aparte del de Vicaría, para que tuviéramos más tiempo de participar en la organización. Pero por estas cosas que pasan se terminó. Hubieron problemas de comunicación y se terminó.

Fueron pasando problemas en la bolsa de cesantes y llegó un momento en que se terminó la entrega de arpilleras en Vicaría. Eso bastó para que se terminara la bolsa, no así la organización. Claro que no todos sus integrantes se siguieron reuniendo fuimos pocos los que quedamos.

En veces, nos juntábamos dos compañeras que empezamos en el P.P.H. He tratado con todas las compañeras igual, pero con ella siempre hemos permanecido más tiempo juntas.



REFLEXIONES

Estoy contenta con haber trabajado, con haber vivido como he vivido.

Lo más malo que pude haber hecho, fue haber conversado con una persona desconocida, como lo hice en el tren con Joaquín y por suerte que no resultó malo.

En el tiempo de las tomas y de la venida a Nuevo Amanecer me consolidé como persona: con la participación y con lo que entregaban los dirigentes.

Yo nunca en la vida había tenido a alguien que me enseñara a valirme por mí misma, a saber cuales eran los derechos y los deberes de cada persona.

Para mí no fue difícil, para Joaquín sí que fue más duro porque él trabajaba; pero él se integró en los momentos que tenía libres.

Para mí era fácil hacer las tareas, porque

dejaba a mis hijos bien, tenía confianza en las milicianas. Ellas decían que los hijos (nuestros) eran de todas y había que cuidarlos.

La Toma de Ranquil duró tres meses y en ese tiempo no trabajé en la fábrica, porque teníamos que salir.

No se me hizo difícil quedarme sin la plata que ganaba, porque sabía que lo que hacía "La Toma" era un trabajo igual o mejor: el salir a conseguir un sitio donde vivir.

La "toma" era en Ranquil, entonces teníamos que buscar los sitios para irnos. Teníamos un plazo para encontrarlos, y por eso, a veces teníamos que salir hasta tres veces por semana. Estuvimos en SERVIU, en INGENIERIA, en la CATOLICA. Salíamos antes que aclarara en la mañana, una vez a las siete de la mañana estábamos en Victorino Lastarria, al lado del cerro Santa Lucía y empezamos la marcha.



Cuando llegamos a Nueva La Habana, ya no participamos tanto, porque ya se habían conseguido los sitios.

Entonces salíamos a buscar ladrillos.

El trabajo en la población, era más como milicianas de salud y cosas así.

Ahí yo salía menos, iba sólo a las asambleas o cuando había salidas y pedían que nadie se quedara en sus casas.

Entonces, yo empecé a trabajar en la misma fábrica en que trabajaba antes.

El día domingo participaba, porque el que quería participar, no se quedaba afuera. A uno le preguntaban qué día le acomodaba para participar y había que hacerlo.

Yo me inscribí dos veces en el curso de Salud y no pude participar por los niños, porque el doctor venía en la noche. A mí me había gustado participar en esos cursos.

Después me arrepentí de no haberme vuelto al campo con Joaquín, pero él nunca quiso.

Echo de menos la vida en el campo, porque es más sana, acá no me gustan las verduras, la mugre.

Claro que, a lo mejor en el campo echaría de menos lo de acá.

Yo no sé cómo habría sido mi vida, si no hubiera vivido lo que he vivido.

A mí siempre me interesó tener una vida distinta y hoy estoy conforme con lo que han

sido mis hijos, con lo que hemos vivido.

Yo creo que hemos sido privilegiados por comprender cosas que no toda la gente sabe. Gente con la misma educación que nosotros.

Por ejemplo mis hermanas, sufren porque no tienen las cosas, pero piensan que el golpe fue lo mejor.

Mi hermana nunca quiso participar y hasta hoy no tiene casa, vive de allegada.

Es gente que vive como los pájaros, que no sabe tomarle el peso, el sentido a la vida.

Mucha gente es así.

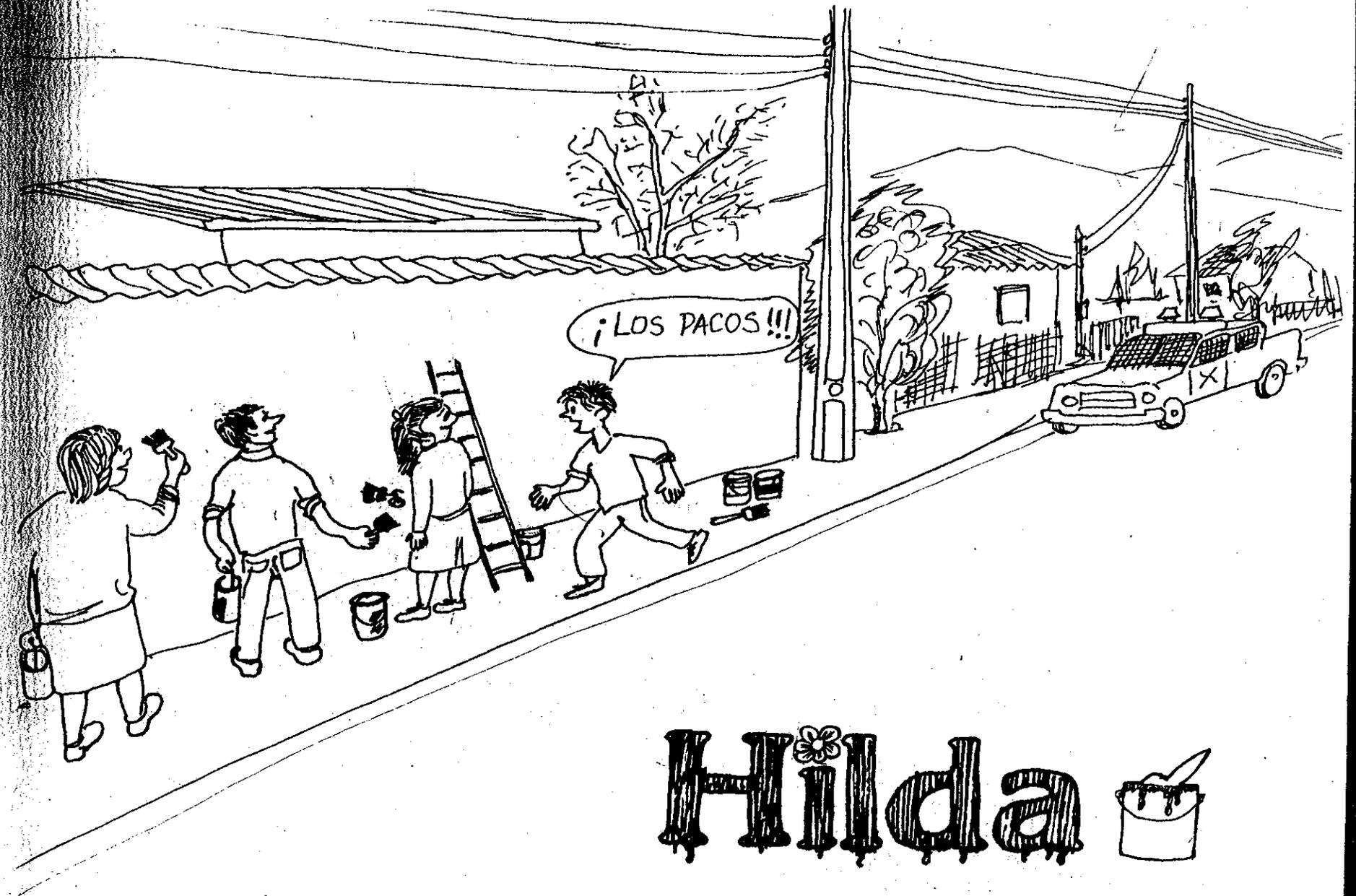
Es como que esto fuera eterno y no hubiera nada que hacer. Es como un conformismo.

El Joaquito ve que quiere unirse, tratar de organizarse con más jóvenes. Ve que esto no puede seguir así. Trata de conversar con sus amigos. A veces rabea porque no entiende. Se enoja con sus papás, porque ellos tendrían que saber.

Yo tengo que hacer esfuerzos todavía por superar cosas que me faltan, que me cuesta entender.

Nos falta darnos a entender.

Yo quisiera ser como alguna persona que participó en las "Tomas". Hacer que las personas tomen interés, porque ahora pareciera que las personas están inmóviles; entonces uno siente que es uno la que no sabe darse a entender: que dice las cosas y la gente se queda igual.



Después que murieron mis papás fue todo negro, para mí.

A. Quedé sola.

Mis primeros recuerdos son de cuando yo estaba chica.

Eramos una familia bastante unida: mi papá, mi mamá y cinco hermanos.

Pero sólo cuatro vivíamos con ellos en Reina María.

La comuna de Reina María, parece que quedaba por el lado de Ñuñoa. Siempre en Santiago.

Ahí había un cité y dos pozos negros para todas las familias y bueno, las cocinas estaban juntas, eran de ladrillos.

La gente cocinaba ahí, fuera de la casa.

Mi papá era el único que trabajaba. Trabajaba en la Fundición Libertad.

Mi mamá no podía trabajar porque era enferma.

O sea, pasaba un mes en la casa y dos o tres en el hospital ¡Si no la veíamos nunca!

Peró mi padre era buen dueño de casa, porque todo lo que ganaba era para la casa. Todas las semanas llegaba cargado de mercadería.

Una de mis hermanas, cuando tenía 13 años, tuvo un guagüito. Era una guagua muy amorosa, parecía hija de gringos; pero se enfermó y murió.

Era la primera nieta de mi papá y a él le entró pensión. Luego cayó al hospital y murió de un ataque de meningitis. Pensamos que por la muerte de la guagua, vino la enfermedad de mi papá. Como siempre de personas antiguas, uno piensa así, porque él no alcanzó a estar ni una semana en el hospital y falleció.

Lo perdimos y era lo más lindo que teníamos.

Como la cosa se puso tan mala, mi hermano mayor, el que no vivía con nosotros, nos arrendó una casa en Macul con los Plátanos. Y ahí llegamos. Mi hermano pagaba el arriendo y mi hermana la alimentación. A todo esto no pasó un año y la

mamá también murió. Así es que no se alcanzaron a llevar un año con mi papá.

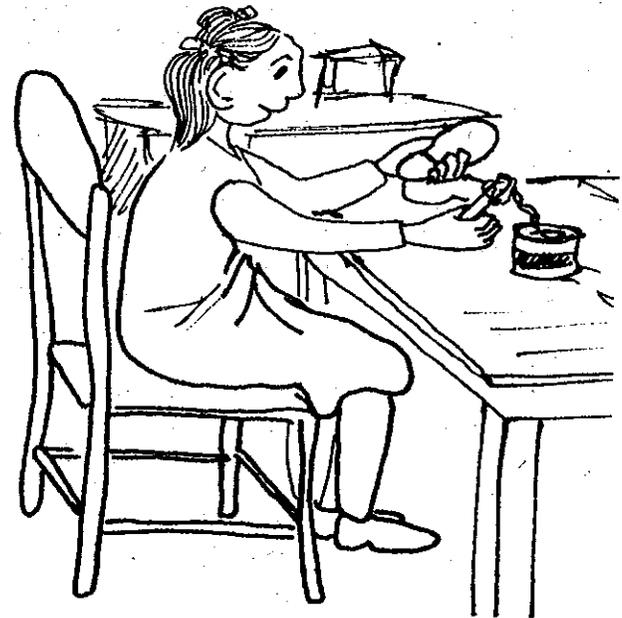
Y quedamos los cuatro hermanos, prácticamente solos. Yo iba a cumplir nueve años y el hermano que me seguía tenía trece años.

Las otras dos hermanas eran mayores y trabajaban, entonces nosotros con mi hermano, quedábamos de dueños de casa.

Ahí empezó nuestra vida más difícil, más reprimida.

Por ahí hubo montones de sufrimientos, que sé yo, los hermanos siempre la tratan mal a uno.

Entré a los once años a trabajar en la fábrica Saffie. Le ponía el pegamento a las zapatillas y les recortaba las orillas a las muñecas. Mi hermano, el mayor, era el jefe y me pedía que rindiera el doble. El día de pago, al llegar a la casa le entregaba el sueldo a mi hermana.



B. Me sentí abandonada.

Mi hermana mayor se casó y el marido no me aceptó en ningún momento a mí. Entraron a internarme.

Ellos vivían en la misma casa, pero él no me aceptaba. Llevaba como medio año con ellos y él dijo: que se había casado con ella y no conmigo. Por ahí comenzaron los problemas. Así que mi hermana me tuvo que buscar un convento, donde pudiera recibirme. Ahí estuve yo, como cuatro años; me fueron a dejar y no me fueron a ver más.

Es lo que más me acuerdo, porque es lo que más sufrí, en ese tiempo.

En las vacaciones, pasábamos ahí no más. Mi hermano se acercaba. Decía: si ella te fue a dejar, ella tiene que responder por ti, te tiene que ir a ver.

Llegó un momento en que yo empecé a estar grande y una vez, me arranqué del convento.

Salí un día cualquiera, me arranqué del colegio, y llegué donde mi hermana. Las monjas me fueron a buscar a la dirección que tenían y mi hermana les dijo: no, aquí no está, no ha venido.

Pero como a los dos días, tuve que irme de nuevo al convento. No tenía donde estar porque en la casa de mi hermana no querían compromisos. No querían más gastos, decían.

Mi otra hermana que trabajaba, entró a casarse, formó su hogar. Ahí empecé a pasearme de un lado para otro. Estuve cuatro años en el convento, cuando decidí salirme. Me arranqué, nuevamente, fui a vagabundear. Fui donde una amiga primero, después a otro lado. A veces me salía trabajo, y trabajaba. Tenía quince años.

En algunas partes me daban trabajo y en otras me mandaban mucho, me explotaban mucho, y a mí no me gustaba y me iba.

Y así empezó a pasar mi vida, de un lado a otro. Como hasta los 17 años. Estuve en el centro trabajando, en una tienda donde le ponen etiquetas

a las corbatas. Y ahí el gallo empezó a tirarse al dulce; entonces tampoco me gustó. Así es que me retiré de ahí.

Empecé a trabajar en la casa, a hacer lavados. A los 16 años, ya estaba lavando.

Era la casa de una amiga, vivía cerca de mi hermana, así es que ellas me veían. Una de ellas me dijo que no quería verme más por ahí, así es que buscara otro lado donde vivir.

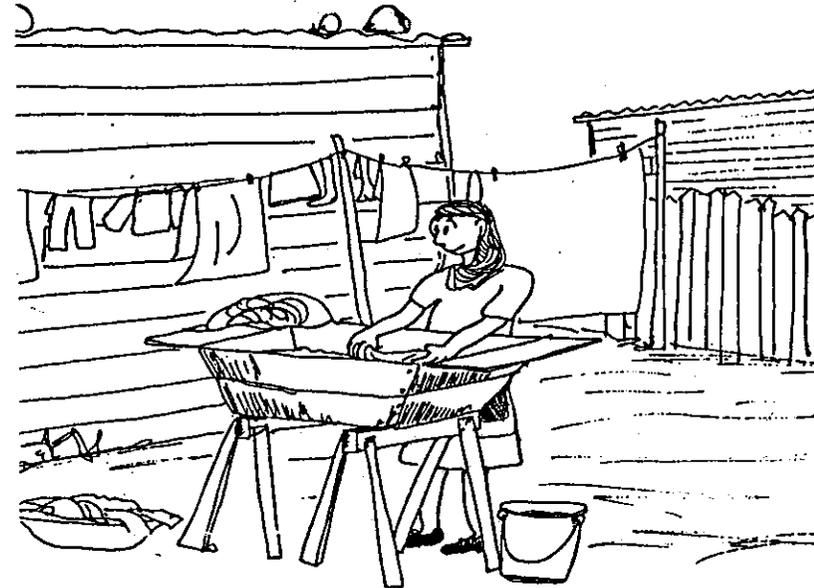
Yo le dije: No, si ésta es mi casa, yo no te molesto en nada.

Me contestó: es que los comentarios.... Ahora, si está trabajando, puede venirse donde mí.

Claro, le interesaba el trabajo, que yo les pudiera ayudar no más, que no ayudara a otra.

Vivíamos sitio por medio; a un lado la Mercedes a este lado vivía la María mi amiga y la otra vivía como a dos cuadras.

Pero nunca de que a mí me faltara ésto o lo otro; eso no. Hasta que yo entré a tener más conocimientos, de más personas y empecé a tratar de cuidarme.



Pero, me volvieron a pillar y me volvieron a internar. No duré ni seis meses, y me arranqué. El encierro no era para mí, no estaba acostumbrada a estar encerrada.

Si ellas me encerraban, que por lo menos me fueran a ver; pero nunca iban a ver.

Me iban a dejar, como que fueran a dejar a un preso y se olvidaban de mí, totalmente. Yo siempre les digo lo mismo y se quedan calladas.

C. Pensé encontrar algo nuevo y me di cuenta que había cometido un error.

Un día me ehcontré por ahí, un amigo, —un amigo—, bastante mayor, porque yo tenía 17 años y él tenía 28. Y después me casé con él. Pero duré un año casada. Me separé.

Me aburrí, porque no me dejaba salir, ni a la puerta de la calle. Me tenía empleada para que hiciera el almuerzo. Pero no pus, si la cosa era hacerlo yo. Era celoso siempre.

Ahí consideraba yo, que me querían, pero a la vez me encerraban, sin ninguna libertad.

Un día nos agarramos los dos, porque yo quería salir a comprar las cosas a la feria y él no me dejaba. Lo traía todo. Decía que la mujer era de la casa.

El tenía unos sables, porque su papá era carabiniero. Yo le di tres sablazos, porque como yo era más viva...

Quedó sangrando en el suelo.

Me fui, donde mi hermana, y ella me dijo que tenía que dar parte a la comisaría. Fui a una comisaría en La Legua, porque era la única que conocíamos y le dije que me había tenido que defender y le mostré los moretones.

Me citaron el lunes al juzgado. Me presenté y me atendió un juez. Me hizo montones de preguntas y yo le expliqué. Me dijo que él no me podía

tener encerrada, porque no era animal. Y me mandó donde una jueza. Ella me tiró a partir, y yo le dije que si no me daba la separación, yo no lo iba a soportar.

Porque si él me ponía la mano encima, esta vez, yo le iba a enterrar el sable.

Yo estaba embarazada. Entonces me fui al colegio de abogados, y ahí un abogado me ayudó mucho. Nos separamos por la justicia.

Entonces me quedé en la casa de mi hermana, y a los dos meses, me fue a buscar él de nuevo. Y me fui con él, hasta que nació la guagua.

Ahí, él me dejaba salir con él no más. Pero, no me gustaba salir con él, porque era demasiado celoso. Tuve la guagua, y él estaba feliz; fue niñita. Yo no estuve feliz, no sentí nunca cariño por esa guagua, no me atraía ni amamantarla siquiera.

Yo creo que era donde le tenía tanto odio a él. A la guagua le dio un ataque en la casa, tenía 22 días. La tomé, la envolví, y la llevé al hospital.

El doctor me dijo: tu guagua viene muerta. Yo lo miré, y no le dije nada.

Lo llamé a él por teléfono, y se vino. Llegó curado. Hizo los trámites, pero el hermano terminó los trámites, porque él se curó totalmente. Una vez que la guagua se sepultó yo fui a buscar mi ropa y me fui donde mi hermana.

Una amiga me llevó a un trabajo que nunca he sabido dónde es. Porque yo le dije: ¿Cómo es que tú andai tan bien arreglada y yo no saco nada de plata? No se me ve la plata.

Me constestó: ¡Ah! porque soy tonta. Me dijo: anda a trabajar donde trabajo yo.

Yo no tengo idea dónde me llevaron. ¡De puro volada, era tan tonta!

Llegamos a un lugar, entro para adentro y veo puros hombres, mujeres y tremendos espejos. Yo no tenía idea de eso. Será una pensión, decía yo.

Y la señora de la cocina sale, y me dice: "M'hijita" ¿qué quiere? Me trajeron a trabajar, le dije yo.

Pero, ésto no es un trabajo para usted; me dijo.

Ah, no sé: le dije; a mí me dijeron que aquí se ganaba buena plata.

No, no me dijo; usted, no sirve para ésto. Yo le voy a buscar donde colocarla. Y me llevaron a donde unos profesores, que necesitaban una persona que les ayudara.

Los profesores me conversaron y me explicaron qué significaba, a dónde me habían llevado: era una casa de remolienda.

Me dijeron: trabaje 15 días en mi casa y yo le doy el pasaje para que se vaya. Así es que me pagaron el pasaje y me fui.

Después no tenía donde llegar en Santiago. Mi amiga donde había vivido antes, no estaba ahí, se había cambiado.

Así es que me vi en la obligación de llegar a donde mis hermanas. Y ahí, ella me dijo, que yo andaba puro hueveando, cuando en su casa no me faltaba nada.

Mi cuñado dijo: icómo no le va a faltar nada, si vos no le dai ni una taza de agua caliente! Tiene que faltarle no más. Así que dijo: de aquí no sales más, ya.

De ahí empecé a pasar el resto de mi vida con ellos. Trabajaba para ayudarlos porque si no traía plata, me ponían el caracho. Ese cuñado nunca me rechazó. El otro me rechaza hasta ahora. Nos veimos y somos como el perro y el gato.

Ahí me quedé, pero era un suplicio, porque lo que yo ganaba, era para la casa. Si yo me dejaba un veinte, ella se ponía furiosa.

Había que ayudar para la casa. Yo vestía a los mocosos, les compraba mercadería, y no me quedaba nada para mí.

Así es que me dije: "Bueno, buscaré un hombre, para poder casarme y seguir viviendo mi vida".

D. Intenté matarme dos veces.

Yo quería salir de la casa para tener una casa segura, mía, porque sabía que donde mi hermana, yo era un monigote no más.

Yo me veía humillada, porque veía a las otras arregladas y yo, tenía que vestirme con lo que me daban, porque todo lo que ganaba era p'a la casa.

Me sentí sola total, intenté matarme dos veces. Fui a parar a la posta y después me dieron de alta.

Ellas no se preocuparon, si yo estaba bien o mal. Ahora mismo, el otro día me decían: "vos no vai n'a a morir de la enfermedad que tenís, vai a morir, apaleá por los pacos, o presa".

A lo mejor: le dije yo, a lo mejor.

Y de pura huevona, no más me dicen.

Siempre hay un grupo de huevones que pelea por los demás, les contesté, porque los inteligentes, son los que se quedan guardados. Entonces cuando esta huevadita se dé vuelta, ahí todos van a "pasar a ser luchadores, todos".

Esos son los huevones, pero el que está trabajando déjenlo tranquilo, y no lo sapéen, y siempre me dicen lo mismo. Mis dos hermanas pensaban que yo era la menor y que tenían que ayudarme un poco más.

Pero no pasaba eso. Yo vivía igual, como soy ahora, el que gana, come y el que no gana, no come. Cuando estaba mi papá y mi mamá, no nos faltó jamás nada, ni un pedazo de carne, ni una cosa. Todo era para la casa. Y tengo muy buen recuerdo de mi padre.

Por ahí apareció este hombre que tengo. Este fue peor que el otro, porque éste fue curado de remate. Y así ha seguido, toda la vida. Yo me separé en el 58 y ya cuando conocí a este otro caballero, ya tenía los 18 bien cumplidos. Pasó como un año, desde que me separé, no alcanzó a ser un año entero.

Cuando me fui con mi marido, me sentí más

libre. Por un tiempo, porque ya después, vinieron las represiones, que sé yo, los maltratos, hasta cuando tuve a la Carmen, el Toño, y la Angélica.

Claro, estuve un tiempo bien, económicamente, porque lo que él ganaba era para la casa. Pero siempre exigía más de lo que había.

Nunca tuve una buena relación con él, porque yo lo hice más por liberarme de la casa y tener un hogar, donde vivir.

Ya cuando empecé a sentirme bien, fue cuando tuve a mis cabros. Para mí, ellos eran todo.

La primera guagua se me murió. Cuando nació, yo no estuve contenta. Eso fue la primera vez que estuve casada.

No sé, será donde me había criado en ese ambiente, tan tonto, en que nadie le demostraba cariño a nadie. Yo estaba criada como una bruta, como un animal.

Sentía que me iba a amarrar el doble más con una guagua. No la quise en ningún momento.

Fue distinto cuando tuve a los otros. Cuando quedé embarazada la segunda vez, altiro, empecé a sentir cariño por la guagua. Pienso que a este hombre lo tengo que haber querido más. La manera en que nos casamos, fue distinta, no me tuvo nunca amarrada. Sentí altiro cariño por ellos, fue distinto. El mismo trato del matrimonio. Uno va sin ninguna experiencia. Pero no me sentí más cerca de él, no. Es que soy de ese sistema, así.

Yo, por ejemplo: si mi marido está ahí, no puedo sentarme al lado de la cama de él y hacerle cariño; no puedo, no está en mí. Yo soy muy... no sé cómo decirlo.

Tampoco ando con los chiquillos abrazándolos, así. No sé, no sé cómo soy. Si mi marido se acercaba a mí, me molestaba. Será por el olor a trago. No sé, pero me molestaba.

Antes no. Cuando él estaba joven, una vez a las mil quinientas tomaba.

Ahora no, ahora ya lleva cinco meses toman-

do sin parar. Antes no, tomaba muy a lo lejos, los fines de semana. Y yo le tenía recelo, como odio, como asco, no sé. Nunca le he aceptado. Yo siempre dije que me casaba para tener hijos, para cuidar a mis hijos.

El, al principio pasaba dos o tres semanas fuera y cuando llegaba, me decía: "Viejita, estuve preso".

Bueno le decía yo: "P'a que dai explicaciones, si yo no te las estoy pidiendo".

Yo, sólo le pasaba la ropa, p'a que se bañara, antes de entrar. Nunca me preocupé de salir a buscarlo. En la noche, me daba indignación, porque sabía que andaba por ahí con los amigos y amigas. Después, él llegaba con tortas, o juegos de sábanas, camisas de dormir, y yo decía: "Este gallo me quiere comprar porque se quedó afuera"... y yo voy a seguir siendo la misma.

Yo recibía lavados para la casa y salía a lavar. Nunca se me pasó por la mente, cuando los niños estaban chicos, de dejarlo botado a él. Yo me sentía tan feliz con mis chicos.

Lo malo que yo veo en él, es que toma y ahí me dan ganas de verlo muerto. El se ponía agresivo y le pegaba a los niños, y a mí me pegaba bastante.

Otras veces me da pena, cuando lo veo enfermo de ganas de tomar vino. Ha estado tres veces en tratamiento, pero no alcanza a pasar los 15 días, se queda sólo con la desintoxicación y no llega al tratamiento.

Antes llegaba curado sólo en las noches, porque se cuidaba de que los niños no lo vieran curado.

Años atrás, cuando estábamos jóvenes, él era distinto. Pero era porque él era celoso; no le gustaba que yo saliera a ni una parte, que sé yo.

Pero nunca he conversado con él de los problemas que uno tiene, nada; sino que a mí se me olvida. Siempre busco conversación de otro tema. No me gusta recordarme de cosas que no han sido

agradables para mí. No tengo buenos recuerdos, no. De mi matrimonio, ninguno.

Llegó un momento, cuando nació el Juan, y tenía quince días, yo cambié. Sentí que me liberé totalmente de él. Fue la última zumba: me dio dos correazos en las piernas, y me aforró un combo aquí... Y ahí me doy vuelta y le digo: "hasta cuando cresta jugai conmigo, huevón!". "Ya no soy n'a la cabrita chica que conociste".

Y me di vuelta y ahí no sé qué pasó. La cosa es que ha querido pegarme una pila de veces, pero yo estoy siempre a la defensiva, como se dice:

Me pegaba porque, se caía un niño, nunca porque los niños andaban cochinos. Si él llegaba y encontraba a un niño rasmillado... los revisaba enteros. Como que yo fuera sádica.

Me decía: "Mira esta niña cómo está, toda machucada!, ¡Cómo es posible!

Y si yo estaba ocupada, estaba lavando —le decía— se caen solos, si tienen que caerse.

¡Pero mira las piernas!, y métale combo, y las patadas o el palo altiro. P'a eso estay vos, p'a que los cuidis!

Así es que tenía que andar con pies de plomo con los cabros. Los manejaba sentados amarrados en una silla y encima ponía una frazada entera, cosa que ahí no se pararan. Si se caían en la tierra, es porque ya andaban todos cochinos.

Con mi marido, nunca me he sentido muy bien, porque él nunca ha sido cosa de que me vaya a decir: "Mira vieja, vamos a ir a tal parte, a un paseo". Siempre se ha dedicado a él no más.

Yo lo que he hecho, lo he hecho con los chiquillos, sola no más. Nunca me ha dicho; vamos al parque, que sé yo, a entretener a los chiquillos, vamos aquí o vamos allá, nada.

El sábado y domingo, se iba a jugar rayuela con los amigos, y llegaba a las ocho o nueve de la

noche, a esa hora no íbamos a salir. Los cabros quedaban así no más.

Yo a veces, los tomaba en la mañana, les daba desayuno, arreglaba mi bolsa y salía, yo sola con ellos. Con los siete.

Se me ocurrió un montón de veces que no quería tener más cabros. Pero iba a los médicos y de lo que tenían nada me resultaba.

Yo trataba de hacer lo que me decían las viejitas, cosas caseras, pero no me resultaba nada.

Ya cuando empezaron a poner esos dispositivos, fui y no me resultaba, porque me encuentran el útero demasiado traposo, entonces no me sujetaba nada.

Tuve un embarazo y no pude seguir, se me murió la guagua. Me vino una hemorragia y estaba embarazada.

Me habían dado pastillas, pero igual quedé embarazada con las pastillas. La guagua nació a los siete meses y era hombre. Era el número siete. También se me había muerto la mayor, cuando tenía 22 días. Le dio un ataque al corazón. Después tuve la novena que fue mujer y a los nueve meses le dio poliomeilitis y se me murió, el año 1969.

Después nació la otra chica, me decían los médicos, que era posible que naciera con parálisis porque yo tuviera el virus de la anterior. Tenían miedo que naciera así. Entonces cuando nació, los médicos decidieron operarme. Y ninguno quiso operarme, porque era diabética y era muy problemática. Yo les dije: "de aquí no me voy, si no me operan". No pienso tener diez cabros más.

Por ahí apareció una doctora, que se llama la doctora Coronel. Dijo: "yo me arriesgo y la opero". Y me operaron a los 29 años, yo había tenido diez cabros ya.

Descubrí una nueva vida.

A. "Los huevones" me hicieron Claridad.

Cuando me liberé de la casa, empecé a meterme en otras cosas. El ya no llegaba temprano, llegaba tarde. Empecé a salir con los chiquillos de un lado a otro; después llegaba y los acostaba.

Al frente de donde vivía yo, había una cuestión abierta, en que le hacían la campaña a Allende.

Por ahí me empezaron a entusiasmar, me decían, usted anda siempre pendiente de los puros niños. Libérese de ellos un poco, la van a volver loca los cabros y usted encerrada en la casa.

En ese momento no estábamos mal, pero yo, lo que pensaba entonces, era tener un pedazo de sitio, mi terreno.

Entonces mi cuñado, casado con una hermana

mía, me llevó ahí y me empezó a gustar la cosa como era.

Salíamos los dos a escondidas, porque mi hermana no quería meterse en nada. Y nunca se metió en nada.

Y ya pus, salíamos a un rayado, a un mitin que sé yo. Y empecé a sentirme otra persona, que no era solamente hacer comida, lavar platos, que cuidar cabros.

Yo decía: "si total no los dejo botados, estando en la noche durmiendo y con su papa tomada, ya no tienen problemas". Y me empezó a gustar, porque ya me sentí otra persona, como que yo ya no servía solamente p'a la casa, servía p'a otro tipo de cosas. Y desde ahí no paré más.



Los niños quedaban durmiendo. A las 10 y media u once, les daba su papa y los dejaba durmiendo. El llegaba tipo 3, 4, 5 de la mañana. A veces llegaba él primero, antes que yo. Y me decía: ¿A dónde andai hueveando? Estaba en el baño, si te vi pasar, le decía yo.

Yo entré al baño y no estabai, me contestaba.

¡Ah!, es que yo estaba atrás, estaba pensando qué es lo que voy a hacer mañana.

Empecé a participar en eso, sin que él supiera. Y cuando un día se dio cuenta, me dijo: "andai puro hueveando con los huevones".

¡Ah! le dije, pero es que los huevones me están haciendo claridad, de las cosas que estoy haciendo mal yo, y de las cosas que estai haciendo mal tú. Y si jugáramos los dos juntos en este juego, le dije, a lo mejor sería mucho mejor.

A mí no me gusta, porque todo el tiempo los huevones andan apitutándose. Es lo que dice ahora, igual. Bueno y seguí, hasta que llegamos acá.

Por eso digo yo, ni él ni nadie me va a parar.

Si yo no quiero cambiar, yo por mi propia cuenta, nadie me va a hacer cambiar. Ni aunque me peguen los pacos y me saquen la cresta, les digo yo. Porque ya estoy metida en el bollo y no me van a sacar.

El, ya se ha ido quedando tranquilo y siempre se va a ir quedando igual; porque él ya sabe que conmigo ya, no se la puede.

Fuera de ofenderme, decirme cosas hirientes, que a mí me hieran... pero ya ni me llegan, porque estoy tan acostumbrada.

Ayer delante de la Raquel, me decía: que yo era una huevona caliente. Yo le dije: "ahí chocaste, porque sabís que no". Así es que no halla qué decirme p'a que yo pase aquí en la casa.

Me dice: "no hay calcetines, no hay calzoncillos, no hay camisas..."

Ahí están tus camisas, le contesto —y me dice cosas que no son efectivas.

Pero cuando me duele, es cuando me dice: "Traeme a los huevones de tus amigos, p'a que me peguen".



Tai huevón, le digo, mis amigos no vienen a calentarse las manos en huevadas, tienen las manos sanas p'a otras peleas, no p'a las tuyas. Pégame vos a mí no más, así te quitai las ganas, le digo.

Cuando empecé a participar, me sentí contenta. Sí, porque eso es lo que me hace sentirme otra persona. Más libre. Porque digo yo: Aquí en la casa, puras peleas, puros encierros, discusiones y no llego a nada concreto.

Mientras que si yo estoy fuera, ya tengo mi cabeza pensando en un montón de cosas que se pueden hacer. En ese tiempo vivíamos en otro lado. Justo donde vivíamos estaba la sede del partido socialista. Ahí nos juntábamos todas las noches, que había que salir a hacer rayados, a estirar lienzos.

Hay veces que quedábamos con los lienzos de un lado colgados y venían los pacos. Nos tirábamos p'abajo y quedaban las escaleras, las pinturas, las brochas, todas botadas.

No alcanzábamos a pescar nada. Y a veces nos encontrábamos haciendo rayados y venían los otros, los de Patria y Libertad detrás borrándolos, y escribiendo de nuevo y ahí nos agarrábamos a coscachos. Y así;

B. Llegamos a "La Toma".

Llegamos a la toma. La cosa fue así. Un familiar de nosotros que está acá, me dijo: Juanita, por qué no se inscribe en los sitios que estamos entregando allá. Porque usted, siempre ha vivido de allegada y los chiquillos sufren tanto donde pasan encerrados.

Pero, es que no tengo mejora para llevar, porque la que hay aquí no es mía, le dije: Se compran unas fonolas dijo, —unos nylon, algo. Y me dejó el bichito metido.

Pa' tener un sitio p'a mis cabros, p'a que puedan vivir tranquilos, decía yo.

Así es que empecé a juntar unas monedas. Me tocó lavar en tres partes esa semana. De las tres partes, ocupé una para la comida y las otras pa' comprar las fonolas, pa' comprar unos palos y unos nylon grandes.

Mi marido trabajaba. Pero él no quería venir-se, decía: ¡No, si va haber un despelote! El ya había estado en una toma. Y que es muy delicado p'a los cabros chicos y que sé yo.

Así es que yo me moví sola. Con el Memo fui a comprar. El me acompañó a comprar y me levanté mi ruquita.

Me vine sola con los dos cabros más grandes. Y a mitad de camino, él me echó pa' la casa y me dijo que me fuera a cuidar a los niños y que él se venía. Se quedó él en la noche y al otro día me vine yo con los chiquillos. El no quería que me viniera yo con ellos. No pus, mire la huevadita, si vengo yo a luchar por un pedazo de terreno. Así es que fui y saqué la libreta Corvi con una cuota.

El Micke a la entrada de la puerta, me dijo: Ya comadre tiene una cuota que sea, le sirve. Pase no más. Allá está su sitio.

Mi marido se había ido. Llegaba en la noche, tampoco hacía guardia. Las guardias las hacía yo. Nunca se metió en nada. Como a las dos o tres meses, ya aquí en el campamento, vino a hacer guardias, pero era p'a que tomara por el mundo.

Así es que yo, para no ser irresponsable, mejor lo dejaba acostado, y partía a hacer las guardias.

Y ahí llegamos. Yo considero que, desde que llegamos acá, a pesar de que él ha tomado, me he sentido más tranquila. Como que estoy en lo mío.

Cuando recién llegamos a la toma, lo único que nos dijeron es que nosotros teníamos que participar en hacer las guardias, por problemas de represión de carabineros, que podían llegar a sacarnos, que sé yo. Y se hacían.

Cuando llegamos acá, siempre rodeaban la po-

blación y nosotros con la banderita puesta. Pero sabíamos que si ellos querían sacarnos, nos iban a sacar.

Claro que yo pienso que si acá no entraron nunca, fue porque había buena organización. Y habiéndola buena organización, yo creo que todo se puede hacer.

La buena organización, consistía en que había guardias y no solamente, la guardia, sino que había una buena organización, porque cuando nosotros, llegamos, como a los 15 días ya teníamos luz y agua.

Cuando en los Copihues, no sé cuanto tiempo hacía que estaban y todavía, no tenían nada. En cambio llegando nosotros, se organizaron los dirigentes con los pobladores y se organizó el policlínico, que fue lo otro que se obtuvo.

C. La organización de acá fue buena.

Yo pienso que si hay una buena organización, uno puede conseguir todo. Una buena organización es cuando uno sabe hacer..., es decir si los dirigentes la llaman a uno para organizarse, uno hace lo que los dirigentes piden... Bueno si los dirigentes saben hacer las cosas y uno comprende y sabe que lo están haciendo bien, uno acata las órdenes de ellos.

Porque yo las acataba cuando eran órdenes que yo sabía que eran buenas. Y si eran malas, yo las criticaba. Y si uno sabe que va a una cosa mala, y porque es dirigente y es un poco más que uno, uno se queda callada, entonces está cometiendo un error y está formando una organización a medias, no bien hechas. Y yo, cuando habían cosas malas, chuecas, que varias veces tuve encontrones con los dirigentes les dije: no pus, a mí no me gusta porque está malo.

Pero uno sabe, sabe hacer las críticas y sabe recibirlas también. Porque si uno va a criticar al

lote o va a hacer las cosas a medias, no consigue nada.

Yo pienso siempre, y lo he dicho y lo voy a decir siempre; que los dirigentes que tuvimos, empezando por el que a mí me pareció siempre el mejor, que fue el Micke. El Micke porque a pesar de que era joven, fue un buen dirigente. Los otros, era muy poco lo que participaba con ellos yo, en muy pocas ocasiones. Pero el que siempre se veía más era él, porque andaba siempre aquí, en Lo Hermida y en distintas poblaciones, y se daba el tiempo para hacer todo.

Claro que todos cometimos errores como los cometió él, pero... no sé, yo pienso que la organización de aquí, por los dirigentes buenos que tuvimos, fue buena.

Venía el compañero Micke y hacía reuniones por manzanas y cuando no quería salir la gente de delegados, no querían tomar los cargos de delegados, o de subdelegados, o de tesoreros y secretarios, entonces, no sé si sería por mí. Pero les decía: puchas compañeros, su compañera está dando la pelea y ud., se queda echado en los huevos. Y ud., tiene bien clara la película, ¿por qué no toma el cargo?

Mi marido estuvo como dos años de delegado.

Al principio estuvo contento y cambió, no tomaba nada. Tuvo el apoyo de los pobladores de la manzana.

Se acercaba el invierno y les decía: compañeros, hay que empezar a arreglar los techos para que en el invierno no empecemos con el problema, a buscar al delegado, al subdelegado: "que me estoy lloviendo, que me estoy mojando, que llévenme pa' la sede, que se yo". Empecemos desde ahora a arreglar los techos, a hacer las zanjas por los pasajes, para que no se nos meta el agua pa' los sitios. Y la gente trabajaba, cooperaba muy bien. Los fines de semana que eran los sábados y domingos, hicieron trabajos voluntarios. Hacer aseo aden-

tro... cada poblador dentro de su manzana. Eso casi siempre lo hacían las mujeres: barrer, juntar la basura, y los hombres se encargaban de recogerla con palas, echar a la carretilla e ir a botarlas. Y todo ese tipo de cosas; la gente lo aceptaba y trabajaba. Que sé yo, hay que arreglar el alumbrado público, es decir, cambiar estos cables que están malos. Tratemos de arreglarlos, enderezarlos porque si hay un corte, se va a recalentar esto y nos vamos a incendiar. Y la gente lo hacía.

Los dirigentes eran buenos, porque sabían dar las tareas bien dadas, y hacer que la gente se organizará bien. Porque me acuerdo cuando nos llamaron a una asamblea general: el problema de la salud ya se había discutido en la asamblea de las manzanas.

Entonces nos dijeron que no podíamos seguir así, yendo a la hora que el niño se enfermara. Ir a una posta, a un hospital, porque no era conveniente porque los niños fallecían porque no eran atendidos rápidos.

El Micke en la asamblea nos dijo que los pobladores estábamos capacitados para formar, para levantar un policlínico acá.

Y... eso sí que los materiales no sé de donde empezaron a llegar, pero la cosa es que empezaron a llegar, y llegaron doctores, auxiliares, enfermeras. Y nos empezaron a preparar. Trabajaban ellos y nos empezaban a preparar. Y la cosa es que al poco tiempo tuvimos policlínico.

Un policlínico así, de mejora no más, pero un policlínico bien limpio y bien instalado. Y ahí empezamos a recibir a los enfermos que llegaban. A mí me tocó en la primera ocasión, que por primera vez llevé a un enfermo de mi manzana. Era una niña que tenía como 1 año y 2 meses, más o menos. La llevo al médico y la Doctora me dice: sabís cabra, que la que esta más enferma soy tú y la guagua no tiene nada. Es un pequeño resfriado.

Ah pero yo no me siento tan mal, le dije.
Y ahí empezaron a ver a niños y adultos.

El trabajo en salud. Bueno cuando nos prepararon al principio en primeros auxilios, fue para hacer curaciones, por el problema de los niños desnutridos.

Porque lo que se captó mucho, fue el niño desnutrido. Niños que sufrían de diarreas, de vómitos, por el problema de la toma, de las moscas y todo eso. Y bueno, nos empezaron a preparar así y a enseñarnos pasándonos unas diapositivas.

No podía ir cualquier persona. Me recuerdo que a las personas que tenían un poco mejor presentación, que se les había revisado su casa, y se les veía una casa un poco más limpia, las llamaban y a las personas que empezaron a llevar a sus mismos niños al poli y que se dieron cuenta de que tenían un poco de capacidad para aprender también las invitaban.

Qué sé yo, uno entendía más claro lo que el doctor le decía, por ejemplo: ¿sabe ud., por qué su niño tiene diarreá? Personas que decían: no sé, yo lo cuido bien, pero no sé. Bueno cuando, a mí me tocó la ocasión y me preguntaron: ¿sabe ud., por qué su niño está enfermo de diarreá?

No sé, le dije: yo estoy viviendo en una carpa, de nylon posiblemente que sea falta de aseo. Con todas las camas juntas, pegadas, no se puede hacer aseo bien hecho y bueno tanta mosca, tanto pozo, tanta basura que teníamos.

Llegamos acá a organizarnos. De primero empezamos a trabajar como milicianas de salud, a revisar los aseos, para que no hubiera tanta mosca, porque los niños sufren diarreás. Trabajábamos por manzanas y de entre nosotras nombrábamos una delegada al Frente de Salud:

Me tocaba pelear con gente, porque veía a la gente. Las casas estaban cochinas, que una bacenica metida por ahí, que un plato al otro lado, que un sartén en el suelo.

Después, hubo un programa cuando se instaló el poli. Nos hacían clases y nos mostraban la

diferencia entre un niño bien alimentado en una casa agradable y un niño mal alimentado y en una ruca. Uno tenía que transmitirle eso a las mamás. Aprendimos con juegos. Ahí estuvimos las que integrábamos el Frente de Salud.

Entonces se les hacía ver... y... yo quedé a cargo de ver, que en 15 días los niños desnutridos se recuperaran.

Se hizo eso. Antes de 15 días logramos que los niños subieran de peso. Pero a nosotros nos decían eso y no nos entregaban la verdura, ni la fruta, ni nada. Cada una tenía que comprar las cositas... yo compraba el huevo, la zanahoria, qué sé yo. Así como le daba a los míos, le daba a otro niño. Lo iba a buscar y le daba. Ya después empezaron a hacernos cursos de primeros auxilios y me integraron a mí.

El programa de recuperación no consistía en que se les daba algo, sino que se le exigía a la familia. Se le exigía. La gente tenía trabajo. Y por lo menos el trabajo de la dueña de casa, era mantener su casa limpia.

Habían casas en que no estaban trabajando los maridos. Esos son los casos en que había que conseguirles, de una manera o de otra, la sobrealimentación. Cada una aportábamos. Por ejemplo, yo en mi manzana tenía como 16 desnutridos y yo no era capaz para los 16. Pero habían manzanas que tenían 2 ó 3 niños desnutridos y esas otras manzanas aportaban para poderles dar a los niños.

Ahora, sino íbamos donde el Micke y le decíamos: oye yo tengo niños desnutridos, pero no me alcanza para tanto niño.

Ya comadre, decía: nosotros nos vamos a mover en el Frente de Abastecimiento y les vamos a llevar. Y nos venían a dejar, verduras, frutas, huevos. La comida para esos niños; la hacía la misma mamá, pero vigilada por uno.

Lográbamos, que la gente superara el problema, que se fuera organizando, que en adelante el niño no volviera a estar desnutrido.

Las familias empezaban a acercarse a donde uno. Si tenían problemas se acercaban porque nos conocían. Por ejemplo: hay una vecina de por ahí que dijo el otro día no más: yo les tenía más mala que la cresta a uds., decía: esta guatona es más metida, se mete en las huevás que no debe.

yo le decía: ¿y de qué te sirvió las metidas que hacía yo?

No pus; ahora comprendo y me doy cuenta que si no hubiera sido por ustedes, mis cabros estarían muertos. Porque estaban desnutridos total. Por mala alimentación, porque el padre trabajaba y ganaba moneda y no sabían prepararle más que un ulpo con sal, no con azúcar. O harina cruda cocida y se le echaba sal y ahí se la comía. Esas son comidas para perros.

Entonces, yo le decía: la comida para que alimento, tiene que ser con bastantes verduras, que es lo principal.

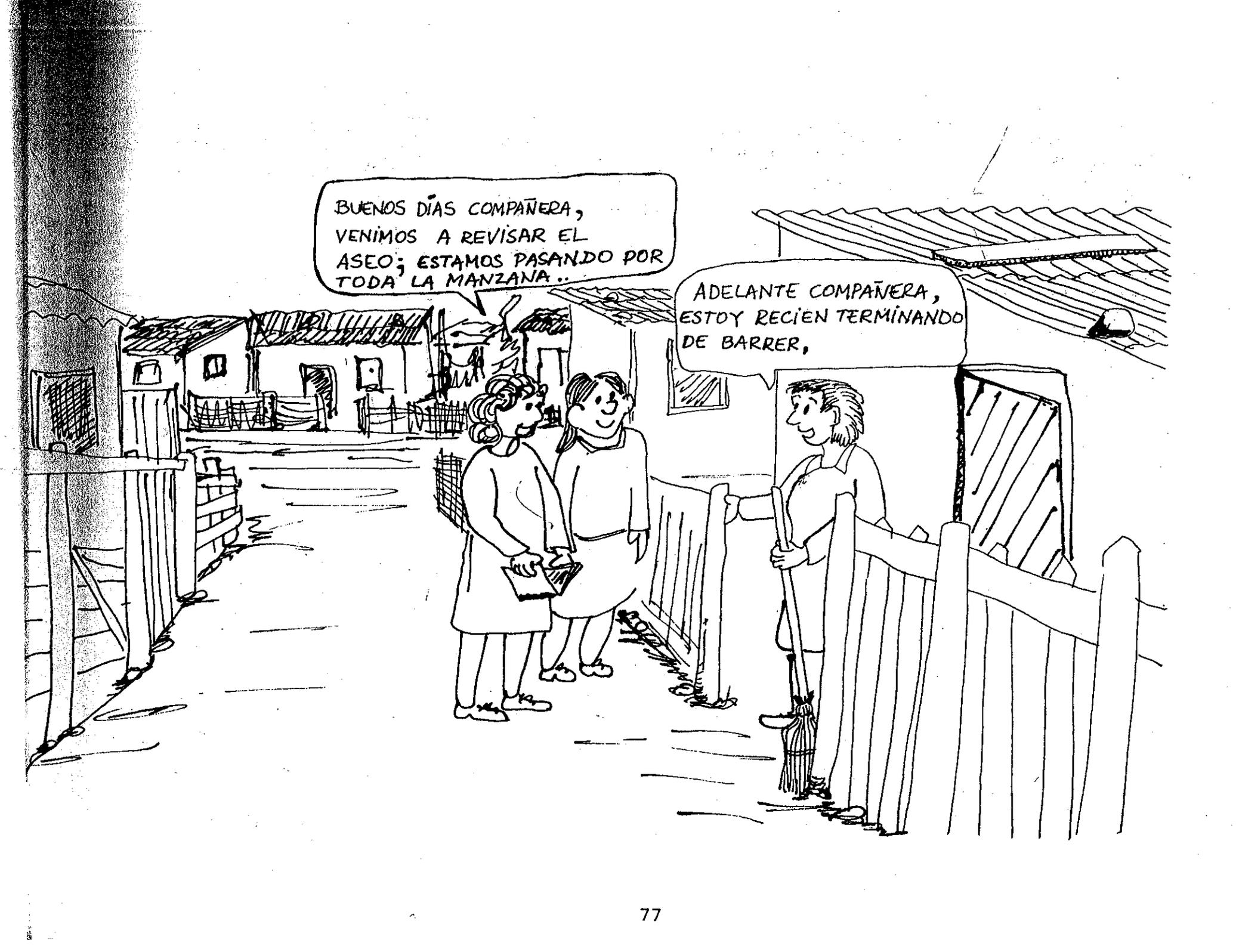
Si nos tocó un montón de batallas. Nos encontrábamos con gente que era reacia y que no quería que entráramos en su casa.

Y esta chica era de las que metía la bacenica debajo del catre, el sartén, la olla. Todo para que yo no la pillara. Y tenía todo limpio. Yo le decía: no pus comadre, ésto está malo, ésto es de afuera, ésto no es de aquí adentro y se lo sacaba de debajo del catre.

Y eso les enseñó un montón, porque ahora sus casas son limpias, ordenadas. Y... saben de que a los niños tienen que darles una buena alimentación. En la medida que puedan, porque ahora no se les puede exigir. De vez en cuando: su fruta.

No, yo considero que eso nos sirvió un montón. Si lo que no quiere nuevamente la gente, es que uno vuelva a entrar a revisarle las casas. Porque eso lo habíamos planteado nuevamente, la otra vez.

En el campamento había guardias internos, esos eran los milicianos, que pertenecían al frente de vigilancia, había un lugar que se llamaba... yo lo miraba como un retén... Como una sala de guar-



BUENOS DÍAS COMPAÑERA,
VENIMOS A REVISAR EL
ASEO; ESTAMOS PASANDO POR
TODA LA MANZANA..

ADELANTE COMPAÑERA,
ESTOY RECIEN TERMINANDO
DE BARRER,

dia. Ahí habían personas día y noche de guardia.

Y habían algunos que cayeron en algunos errores, como eso de tomar a algunos lumpen. Y posiblemente que hubieron cosas anteriores y se apoyaron en que eran milicianos, para agarrar a esas personas y zumbearlas.

Pero después eso se superó. Se empezaron a cambiar a esas personas porque... yo fui una de las que vio un caso así. Que maltrataron mucho a un muchacho y digo: todos tenemos derecho a cambiar y a que nos den una oportunidad.

Tomaron a un muchacho y desgraciadamente era, mañoso. Pero, yo decía, si mi hijo es delincuente, qué culpa tiene el resto de mis chiquillos de que uno de ellos sea delincuente. O me lo tratan de tomar para cambiarlo, puchas, o qué sé yo, la justicia se hace cargo de él.

La justicia de afuera, que es injusta, es decir, la que tenemos ahora que no es justa. Pero, también caímos nosotros en ese error aquí dentro en la población, de que habían casos injustos.

La vida en el campamento "Nueva La Habana".

A. Nos capacitamos como milicianas de salud.

Había personas que eran elegidas y que la gente las rechazaba montones. Porque llegaban con mucha prepotencia a revisar los aseos.

Entonces, digo yo, bueno si uno quiere ganarse la amistad de la persona y la confianza, tiene que empezar por ser un poco más humanitaria, y más conciente.

A pesar de que a mí me tenían bastante mala, pero yo no reaccionaba como otras personas. Por ejemplo: me acuerdo siempre de la Hilda del 12, era una cosa de que llegaba, pero así tomando las cosas, con la punta de los dedos, pero así ¡INMUNDO! decía.

Puchas, si somos todos gente de campamento, veníamos de una toma; bueno, tenemos que saber tratar a la gente pues.

No porque yo hubiera tenido un poco más de estudios, no iba a venir a decirle: ay ésto está inmundo, hay que botarlo o no sirve...

No, yo consideraba que... y siempre lo he dicho igual: yo, no porque una persona ande mejor arreglada, hay veces como un mismo médico: a veces el pobre, el torrante, el que vive en un campamento sabe comprender mucho más y tiene más clara las cosas que un profesional. Porque uno lo está viviendo, está viviendo las cosas y un médico no sabe lo que pasa, solamente porque le dicen lo que pasa en un campamento y en cambio uno lo vive.

En ese tiempo en el 71, yo trabajaba a nivel de manzana: primero viendo el problema de desnutridos y revisando aseos, pero después hacían más asambleas y decían que todas las personas que estaban trabajando en salud, tenían que trabajar a nivel de campamento.

Así es que a eso de las 3, las 4 o las 5 de la mañana, la llamaban a uno, por parlantes.

Y allá teníamos que salir a llevar personas a la posta, o a hacer curaciones.

Entonces ya no trabajábamos a nivel de manzanas, sino que de campamento.

A veces nos tocaba todo el día y después toda la noche. Así es que empezaron a organizarnos más y a decir que teníamos que hacer turnos. Porque no podíamos seguir trabajando juntas las de la mañana y las de la noche.

¿En qué momento íbamos a descansar, entonces?

Y se hizo. Quedaba gente en el policlínico, gente que hacía turnos. Pero a mi casa siempre llegaba gente, para que las inyectara, que les hiciera cualquier cosa. Porque a la gente del policlínico no le tenían confianza. Siempre pasa así.

Después nos llamaron del Frente de Salud a reuniones y nos capacitaron en primeros auxilios y ya después cuando veían que uno entendía un poco más, la llamaban para allá, que sé yo: para poner inyecciones, para sacar sangre, para hacer otro tipo de exámenes; que sé yo, de desgarró, de deposición.

A captar todo ese tipo de enfermedades que son contagiosas como el parásito, la cuestión de la TBC. Yo capté bastante la TBC; lo otro fue que me capacitó en el problema de ver a las personas que tenían principios de cáncer. Que se detectaron 74-75 aquí en el campamento, es bastante. Algunos fueron salvados porque las personas hicieron caso y fueron altiro a su control. Me recuerdo, a la Rosa que tiene a su mamá y que dos veces le fui a decir que fuera, porque tenía un porotillo en el pecho y nunca fue a control. No, decía —otro día, otro día—.

Bueno, hasta ahora que perdió su pecho. Porque, o bien fue porque tenía miedo, o bien fue porque no se le supo ayudar bastante bien.

Pero en la manzana mía, detectamos 4 casos de cáncer a las mamas y se previnieron. En la manzana 1 se detectaron pero ya estaban muy avanzados. Murieron dos señoras, pero con cáncer al interior. Y así se fueron detectando por la misma capa-

citación que se nos daba a nosotros. Lo otro también, era que se hacía tratamiento porque empezó a aparecer mucha sarna. A mí me tocaba en mi manzana y en otras manzanas, hacer los baños. Me entregaban el líquido y los hacía yo misma.

Y los que tenían problemas se llevaban al hospital San Luis y ahí se les hacía otro tratamiento.

Las milicianas de salud trabajaban en aseo solamente a nivel de campamento por manzanas y de población. Y las milicianas del Frente de Salud trabajaban en el policlínico y eran nombradas de entre las delegadas de manzana; pero quedaban coordinadas a través del poli.

Por ejemplo: yo fui la única que hice el curso acá, de la manzana F. las otras se capacitaron solamente para revisar aseos, como ser, el trato con las personas.

En las otras manzanas habían cuatro o cinco personas, pero habían personas que en la noche no se levantaban.

Decían: No; yo trabajo de tal hora a tal hora, porque mi marido a mí no me deja.

En mi manzana, se turnaban. Casi toda la gente. Por ejemplo: el día lunes revisaban 3 personas porque eran 64 sitios; así es que 3 personas.

El día martes eran 3 personas más. Entonces todos los días iban cambiando las personas.

Habían personas que rechazaban. Decían: No, yo no reviso.

Todos los días se revisaba. Se salía tipo 9, 9:30, y se les daba un tiempo a la gente porque la hora adecuada de levantarse es entre 7:30 y 8. Entonces, 7:30 a 8:00 había tiempo para que tomaran desayuno y limpiaran la casa, pero, habían personas que salían un poco más tarde. Que sé yo, se les hacía un poco más tarde, pero todos los días se les revisaba. Y se llevaba una lista, como un informe de la gente. Cómo era el comportamiento de la persona, cómo vivía, cómo era el trato con su matrimonio, con sus niños.

Porque nos encontrábamos con bastante casos asalvajados, mamás que no sabían castigar a los niños, y lo otro era, cómo era la convivencia con las vecinas.

Y también, en eso mismo iba, como tenía que mantener el aseo en su casa, porque por ahí se llevaba una estadística y se llevaba al policlínico.

Si la mamá asistía muchas veces, asistía 2 o tres veces al mes por vómitos o diarreas, se revisaba la lista y se veía. Esa persona no tiene su casa como corresponde y la causa, está en el problema del aseo mal hecho, entonces por eso la guagua está sufriendo de diarreas.

Y lo otro, era que cuando ya la persona no quería entender, había que decírselo en reunión de manzana; que se hacían... cuando era muy urgente, todas las semanas; cuando no, cada 15 días. Iban 64 personas.

Entonces yo consideraba que era muy vergonzoso hacer pasar esa vergüenza a una compañera mujer, (yo también era mujer). Decírselo en la reunión de manzana.

Y yo me iba, a hablar con éstas personas y les decía: "yo no voy a decir nada en la manzana, porque si la acuso a usted, de que usted no tiene ordenada su casa, ni limpia; voy a pasar vergüenza a yo, porque yo también soy mujer.

Así es que tocaba la conciencia y cada vez, que me tocaba dar el informe, miraba mi cuaderno: aquí está, decía: todas las personas perfectas, ningún problemas.

A pesar de que con dos personas, tuve bastantes problemas, pero nunca llegué a decírselo en la manzana, porque yo conversaba antes con ellas. Y, mientras que las otras compañeras lo decían y las otras compañeras pasaban vergüenza.

Al estar el aseo bien hecho en sus casas, estaba bien la salud; si estaba mal hecho, había una salud mala.

Todas éramos milicianas de la salud, unas tra-

bajábamos en el policlínico y las otras en el campamento.

Las de campamento solamente veíamos los casos de los niños que había que llevar a la posta; o las mamás que sufrían ataques de vesícula y se les ponía calmantes.

Ibamos al policlínico y decíamos: "en la manzana tal, tenemos a fulana de tal con ataque de vesícula. Y nos entregaban el tratamiento y se lo poníamos.

Se esperaba una cierta hora y si no se le quitaba, se pedía un vehículo cualquiera, emprestado a la gente y se las llevaba a la posta. Porque en ese momento todavía no estaba el Jeep, eso fue más adelante.

Muchas veces había que operar de urgencia, otras veces le ponían un tratamiento más fuerte no más.

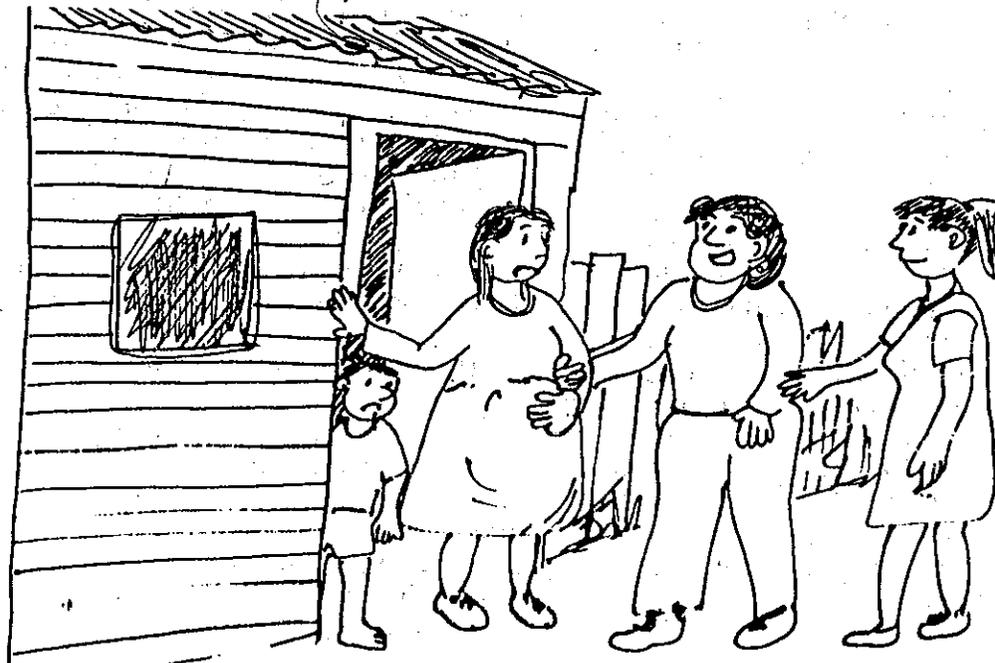
Y siempre nos tocaba salir de noche con las mamás embarazadas. Siempre las acompañaba una

miliciana. Y se quedaba, siempre que la fueran a devolver, si no uno se venía y la dejaban allá. Y al otro día, a primera hora, se le avisaba al familiar: quedó la persona hospitalizada en tal sala y tal cama, o si no, se les decía: quedó en urgencia, nada más.

Ese era el trabajo de la miliciana de campamento. La del policlínico quedaba solamente ahí, porque había casos de ataques de epilepsia, entonces los dejaban ahí vigilando lo que les pasaba, como forma de atención.

En el policlínico, casi siempre había un doctor. A veces no, pero había uno dentro del campamento. Un practicante..., no, no un médico.

Yo no lo conocí, solamente lo conocía de nombre. Pero a veces me tocaba, cuando llegaba algún caso urgente, me encontraba con la doctora García. A las tres, cuatro de la mañana. Y ella salía inmediatamente, lloviendo o no lloviendo, salía al tiro al mismo terreno.



No vivía aquí, pero cuando se presentaban casos urgentes, ella se quedaba. Trabajaba en el policlínico. Cuando habían cosos de bronconeumonía de niños, ella no permitía que los sacaran. Ella bajaba a terreno.

Por ejemplo, en mi manzana, yo le decía: Dra., tengo niños con bronconeumonía, no han sido tratados, pero son normales. Pero tenía que verlos, así es que le dejaba el número del sitio y de la manzana y ella venía al terreno a verlos; o personas adultas, los viejitos que también sufrían de bronquitis o bronconeumonía, asma. Así es que si había necesidad de hospitalizarlos, ella los veía nuevamente y se iba y quedaban hospitalizados al tiro. Después se instaló el hospital de emergencia.

Ahí no me acuerdo, pero se instaló para los niños que estaban desnutridos y con enfermedades bronquiales. Desnutridos ya muy graves, entonces no se podían tener en sus casas, porque las mamás no eran capaces para mantenerlos, por el problema del trabajo que algunos tenían o porque ganaban muy poco. Entonces se instaló ese policlínico de emergencia.

Habían algo de vientitantas camas. Eran atendidos por médicos, pero las que cuidaban ahí eran solamente la gente de nosotros mismos, las milicianas. Asesoradas por médicos, lógico.

Decían: éste niño necesita sobrealimentación, y entregaba la dieta. Y todo eso era rebuscado aquí mismo, dentro del campamento. Cada niño que operaban, por ejemplo: a mí me tocó el mayor que me lo operaron cuando tenía 10 años. Me lo operaron de un quiste que le salió en la boca. También fue llevado ahí porque había que ponerle hielo. Y yo no tenía refrigerador, así es que ahí había uno. Y todo ese tipo de cosas, niños que operaban de apendicitis, eran llevados ahí.

Y los niños se recuperaban más rápido que en el hospital. Si nos decíamos: ¡puchas, la facilidad para recuperarse!

A veces, yo tenía 15 días a un niño que llegaba en los puros huesitos, cuando ya nos tocaba sacarlos para la casa estaban rosaditos y recuperados.

En la casa a veces se mantenían y algunas veces tenían que volver al hospital. Pero ya esos son los casos de las mamás que veíamos que no obedecían en el aseo y en la alimentación. Que no sabían alimentar a los niños. Porque yo me daba cuenta que habían mamás que hacían arroz o tallarines, puras cosas de mazamorra. Entonces el niño engordaba así, con una tremenda panza, panzones, entonces no sabían vivir. Se recuperaban, que sé yo, a veces se demoraban 20 días, un mes en recuperarse; pero llegaban a la casa y antes de la semana, empezaban a decaer de nuevo.

Cuando los niños llegaban en esas condiciones a la casa, tomábamos a la mamá y se les hacía charlas especiales. Nos encontrábamos con muchos casos de mamás alcohólicas. Empezábamos a encuestar todo ese tipo de cosas y empezaban a hacerse las charlas en el policlínico.

Yo tenía varios casos en la manzana. Pero me tocó uno duro. Hasta ahora, cuando la veo así yo lo lamento mucho, pero yo nunca la pude convencer de que me hiciera caso. De que el alcohol le hacía daño a ella. Y sus niños andan de un lado para otro por ahí.

Pero en varios casos se recuperaban, mujeres y hombres. Se les hacían unas charlas.

B. También se cometieron errores.

Los sábados y domingos íbamos a la cancha. Casi todas las familias jugaban football, basketball. Se hacían como unas onces y ahí conversábamos más cosas.

Dentro del campamento no se hacían esas cosas. Yo nunca me encontré con una convivencia acá adentro.

Con el que yo tenía siempre que hablar era con el Micke. Cuando había algo malo yo le decía: no pus huevoncito, ésta cuestión está mal, hay que enderezarla.

Por ejemplo cuando llegaba el pan, se distribuía 1 kilo por familia. Yo le decía que no, que tenían que hacer la encuesta; tenían que ver. Habían familias que no comían con 1 kilo de pan.

Y la misma cuestión de la canasta popular.

Bueno, eso ya era otra cosa, porque venían dos tipos de canastas: una era la lactante y otra era la canasta popular para todos.

Que en ese caso la canasta lactante se ocupaba para los puros niños, porque eran chicos, necesitaban leche.

Nosotros leche, ¿Dé a dónde sacábamos aquí? sólo se compraba en la canasta. Pero no sé, yo pienso de que ésta población, a mí parecer, fue una de las poblaciones más organizadas, mejor organizadas y más combativas.

Y, ahora no pasa nada. Yo digo que todavía se puede lograr algo, aunque sea con la mitad de la población. Seguir conversando con ellos, haciéndoles ver la realidad. Haciéndoles ver que encerrados en la casa, no vamos hacer nada.

Antes, los dirigentes se encargaban de llamar por parlantes, y sino asistían eran sancionados, que sé yo. La gente se organizaba porque había actividad que les interesaban como: grupos de salud, centros culturales, etc.

Habían un montón de patos malos, pero cuando se agotaban los medios y no se lograba recuperarlos se los echaban de acá, los acaban y... y todas esas cosas pero... aunque ahora hubiera la mitad de esas cosas, yo me conformaría con la mitad que fuera.

La gente piensa mucho, en lo que pasó. Los dirigentes que tuvimos fueron super encañados; pero empezó a pasar algo tremendo y es que empezaron a cambiarse los maridos y las señoras. Y eso,

dentró a hacerles perder confianza a los pobladores. Por ejemplo: Todos sabíamos que el Micke estaba con la chica Silvia, la otra cabra no estaba con el marido, estaba con otro.

La Valesca tenía su hombre, pero salía a revolverla con otro. Por ahí se quedaba de vez en cuando.

Entonces como dirigentes, si nosotros estamos dando mal ejemplo, no pidamos respeto. Ni que nos sigan a donde nosotros queramos que vamos.

Lo único malo que vi en ellos yo, fue eso.

Bueno, eso fue lo que a mí no me gustó de ellos, esa cuestión que cambiaran mujer o cambiaran hombre, como cambiar zapatos.

Las critiqué en varias oportunidades, pero dijeron que eran cosas del destino no más; que eso se iba a ir superando. Ellos aceptaban que eso no estaba bien. Empezando el Micke decía que su compañera no lo comprendía, lo estaba atacando continuamente. Entonces, tenía que tener una compañera que lo ayudara.

Y la mejor compañera que encontró fue la Silvia. Ya. La Silvia Ruiz. Nosotros quedábamos conforme con lo que él decía.

Si él decía que necesitaba una compañera, porque decía: el trabajo de la organización es uno, y la vida privada otra.

Un vez me dijo a mí: no tenís porque meterte en la vida privada mía.

Claro que tengo que meterme, le dije, porque no somos un grupito de dos o tres personas. Y si tú estas desacreditando a una mujer, si ella tiene su marido... entonces en último caso mándense cambiar p'a otro lado, pero no vengan a huevear aquí, a dar mal ejemplo a los demás.

Entonces eso, considero que no está bien. No sirve.

No sé, porque digo yo... el marido... el matrimonio se une para toda la vida, sea bueno, sea malo, sea curado o no sea curado. Es una cosa que

no estoy hablando de religión, sino , porque pienso que eso debe ser así.

Ahora, si hay algún fracaso y que alguno de los dos estén fracasando y no puedan seguir viviendo juntos, bueno ya hay una separación. Pero una separación; no como que estoy aquí en la casa y estoy mal con ellos y voy ahí y me busco un gallo y me pongo a vivir con él. Entonces eso es dar muy mal ejemplo. Hay gente que no está creyendo en mí y más encima es mi familia.

No sé, ese es mi pensamiento. Eso digo yo: los pensamientos míos, siempre han sido pensamientos políticos.

Yo he estado afuera un montón de veces, me he quedado afuera a veces con compañeros con quién he tenido que hacer algún trabajo.

Una vez un compañero se puso pesado conmigo; párese pus compadre, le dije, nosotros estamos aquí para hacer un trabajo. Si ud, viene con huevadas y no se sabe retener, pesque sus cositas y se echa al pollo no más.

Bueno y se arregló la cuestión y nunca más pasó eso.

Porque digo yo, bueno la mente está pendiente del trabajo que hay que hacer, de cómo podemos organizarnos mejor.

En ningún momento yo voy a pensar de que: este gallo me sirve para llevármelo p'a la cama p'a mí y cambiarlo por el que tengo.

No se me ha pasado nunca por la cabeza eso. La mente mía anda siempre pensando en cómo poder hacer bien el trabajo.

Yo pienso que a las personas les pasa así porque no tienen clara la conciencia, les falta conciencia. Porque si una persona tiene conciencia, va a saber donde pone los pies.

Mientras no haya conciencia en el pueblo no nos movimos tan fácil. Porque se dice muchas veces que hay que vivir relaciones más francas. Claro que ahí se cae en una falta de franqueza también. Por-

que es cómodo tener una casa con una señora, que le tenga las cosas listas y por otro lado una compañera que lo entretenga.

Claro. El mío dice igual. Yo me choréo porque llego aquí en la mañana y ni estai, llegai de carrera, ni comis, le servís a todos y salís rajada otra vez, llegai a las 10, 10 y media de la noche.

Por ahí no falta el que te venga a buscar y volvis a salir.

Yo le digo, bueno pero si es mi trabajo. Claro, pero es que nos cagamos de hambre.

Bueno pero tú no traes plata. Con lo que tengo yo, comimos.

Me reclama, me reclama porque no paso en la casa. Pero yo le digo: a mí no me vas a parar ni tú ni nadie. Porque yo tengo claro dónde tengo que estar.

El me dice que me dio muchas riendas. Tira las riendas para atrás le digo. A lo mejor soy tan dura que las voy a cortar. Y tengo problemas con él, montones de problemas.

Yo decía, no sé dónde miéchica me voy con los cabros para que este gallo me deje trabajar tranquila. Porque otra cuestión es que eso le turba la cabeza a una.

Poco antes del golpe, cuando se hacían las guardias por manzanas, ya me tocaba a mí hacerlas, porque él ya había empezado a tomar un poco más. Y entonces, yo, para no ser irresponsable y cumplir con mi obligación, lo dejaba durmiendo y salía yo a hacer las guardias. Que eran de las 12 de la noche hasta las 6 de la mañana.

A él ya lo estaban dejando a un lado. Porque él empezaba a tomar mucho y les interesaba tomar a la gente que era responsable. Yo hablé muchas veces, incluso con la compañera Pola que vivía en la manzana G. Muy buena compañera. No sé de qué... parece que era miracha, sí, muy muy buena.

Hablé con ella varias veces y le dije: mira Pola, mi compañero está tomando mucho y quiero que

lo tomen porque, puchas, si estuvo haciendo un trabajo bueno, es lógico que ahora traten de protegerlo y ver de que él deje el vicio.

Me decía: mira comadre, vamos a tratar de verlo; es que tenemos mucha pega.

Y siempre en el campamento los dirigentes se corrían p'allá y p'acá, y no se tomaban esos casos. Se tomaban los casos de los compañeros que le pegaban mucho a la mujer, que maltrataban a los niños, les formaban escándalos. Esos eran los que tomaban más rápidamente.

Yo nunca di una queja contra él, porque yo me las arreglaba. Yo soy media abrutada así y cuando me chorea, yo lo agarro a chancacazos y nos agarramos los dos. Entonces, nunca fui yo donde el Micke a decirle: mira, éste me pega, qué sé yo, o me maltrata o no trae plata. Tampoco me

interesaba, porque yo siempre he trabajado, así es que lo que yo he ganado ha sido siempre p'a la casa.

El, trabajaba en la obra (la obra, era la construcción de las casas destinadas para los pobladores del Campamento, estaba a cargo del Departamento de Ejecución de CORVI), y era el que se planteaba muchas veces cuando salían a las manifestaciones, de que para poder recuperar las horas perdidas en las manifestaciones, se trabajaba el día sábado una hora más y todos los días una media hora más...

Entonces así se iba a ir recuperando. Va a llegar el día, decía, que en vez de ir subiendo, nos vamos a quebrar todos, porque el gobierno no va a ser capaz de mantener esta tremenda pérdida que están pasando las empresas.



Se dejó caer la dictadura.

A. Cayó mucha gente.

Ese día del golpe, yo creo que la mayoría de la gente de la población, fuera de los dirigentes, no tenía muy clara la cuestión, sabíamos que habían derrocado al Presidente que nos había costado mucho sacar. Pero... no sabíamos lo que podía pasar. No sabíamos que podía venir una represión grande, no teníamos idea. Hasta el momento en que llaman a la Asamblea.

No lo hicieron por parlantes como otras veces. Se encargaban los mismos dirigentes de avisar manzana por manzana. Lo que no me recuerdo, es a qué hora fue la Asamblea. Pero sí, fue una noche y la hicimos a oscuras, cortaron las luces. Así es que había que poner mucha atención, porque como no había parlantes y era mucha gente había que tratar de escuchar bien, no más.

Lo que yo más me recuerdo, fue que habló el compañero Micke: él dijo, que si nosotros decidíamos que él se quedara acá, él se quedaba, a dar la pelea. Pero eso sí, que él no se iba a entregar así como corderito, él iba a dar la pelea como fuera.

¡Vivo a mí no me sacan! dijo.

Entonces la mayoría de las mujeres decidimos que él se quedara. Que si teníamos que pelear, bueno, peleábamos todos en conjunto. Y ahí salió de que... los hombres dijeron que no.

Los otros dijeron que no, por los niños... que iban a morir muchos niños, por una o dos personas que iban a resistir dentro de la organización. Entonces los hombres decidieron que se fuera. El lo dijo en varias oportunidades: si uds., quieren que yo me vaya, yo me voy, pero si uds., me piden que me quede aquí, yo me quedo; pero eso sí, que si me quedo aquí, yo voy a dar la pelea.

Y bueno... la mayoría éramos mujeres, pero como... todavía, algunas reciben las órdenes de los hombres, decidieron que se fueran.

Lo que yo no sé, es que si se fue al tiro o no; pero ahí, recién en ese momento yo vine a darme cuenta de que la cosa no era tan sencilla, como solamente haber derrocado al Presidente. Las Fuerzas Armadas se habían tomado el poder.

Recién ahí, me vine a dar cuenta de que la cosa era verdaderamente delicada. Que había sido el golpe, eso la gente lo sabía. Pero no de que iba a llegar una represión tan grande y tan masiva, de que a la gente no la iban a dejar salir a la calle.

Ahí me recuerdo yo, que pusieron el toque de queda casi todo el día y la noche, con excepción de una o dos veces que lo levantaron, de 10 a doce del día para salir a comprar.

Pero nosotros igual salíamos un poco más afuera, dentro del campamento. Claro que si ya salíamos un poco más afuera, donde estaban los baños antes, sentíamos los disparos. Nos disparaban. Adentro no...

Cayó mucha gente... Claro.

Porque de la manzana 10, cayeron unos dirigentes. Después nos dimos cuenta de que eran ellos los que entregaban a algunas personas. Como por ejemplo, la Lorena Mardones, también cayó. Otro que lo llamaban el Peleque. Ahora poco, hace unos dos o tres meses salió recién por el campamento. También fueron molestados él y la esposa. La esposa tuvo más tiempo detenida, no meses, pero siempre la tomaban por una semana, 15 días. Y del momento que ella caía, empezaban a buscar gente. Cayó la Paula, Jaime Boticheli... y así cayeron muchas personas. No nos dábamos cuenta que caían.

Empezaban a hacerlo en la noche... es decir, muchas veces nosotros no escuchábamos más que cuando golpeaban las puertas. Yo siempre me levantaba a mirar... no prendía luces, porque la gente que prendía la luz, decían que estaba haciendo señales.

Ahí nos dábamos cuenta que sacaban a los



hombres en calzoncillos, las mujeres en pura enagua o camisa de dormir y se las llevaban. Después al otro día, venían a dejarlas, o a los dos o tres días aparecían en sus casas.

Sí, después del golpe, la mayoría, casi todas las compañeras que teníamos; milicianas de policlínico y de salud, la mayoría fueron detenidas. A algunas las detenían por horas, a otras por uno o dos días y eso es lo que dije: Porque todas, todas cayeron.

Claro, lindo de que yo no haya caído, de que no tenga la experiencia de lo que es ser detenida. Pero... me protegieron bastante; porque era una de las que tenía más niños. La mayoría tenía dos o tres niños y yo tenía siete.

Entonces cuando fueron detenidas, algunas me mandaron a lavar ropa. Pero era para poder conversar conmigo. Me decían de que no tuviera cuidado, de que no habrían entregado nombres, de que solamente eran ellas las más identificadas porque ellas ya habían... practicado en el hospital. Entonces eran más conocidas.

Y... algunas estuvieron detenidas un tiempo, y después fueron puestas en libertad. Por ejemplo: la Angela, fue detenida cuando el ministro del Interior fue a inaugurar el policlínico en febrero de 1975 y ella se negó a izar la bandera, tuvo que irse afuera. Pero ella se fue porque la tomaron detenida últimamente, no recuerdo en qué año, pero fue detenida después que el policlínico estaba funcionando acá afuera.

Yo las acompañé mientras creíamos que ese policlínico iba a ser de los pobladores. Nosotras creíamos que el policlínico iba a ser llevado por los pobladores y cuando vino el golpe, pasó a ser del Estado.

Empezaron a traer gente de afuera para trabajar en él.

Y ahora venía este viejo el... y se adueñó del policlínico y empezó a echar mil garabatos y no se dio cuenta que había gente atrás.

La otra era la María Quilodrán, que hace unos pocos meses, cuando se hizo el cambio en la población, salió para afuera porque... después tuvo problemas.

Ella siempre practicaba, ponía las inyecciones igual que nosotros. El marido tuvo muchos problemas y decidió irse ella y quedar él solo acá.

Y... la otra era la Margarita, también trabajaba con nosotros, también se fue para afuera.

Fuera de Chile, está en Suecia. Varios compañeros más, que no me acuerdo de los nombres, que eran más jóvenes, también salieron fuera del país por problemas. En resumidas cuentas, ahora quedamos como ocho o nueve. Pero no hay ninguna relación entre ellas. Antes habían tres o cuatro trabajando acá en ese policlínico todavía. Pero de las tres o cuatro, hay una sola persona que contamos con ella. El resto son chuecas totales.

Incluso me informaron a mí, que tuviera cuidado con una de ellas porque trabajaba muy bien con el Dr. Sepúlveda y el Dr. Sepúlveda es demócratacristiano. Y así es que ya, lo que me han dicho es que es una desclasada. La misma de acá del policlínico, que también salió. La echaron porque se dieron cuenta de que estaba ayudando mucho a la población. Así que la echaron del policlínico, le hicieron cambio de sector. Y bueno, casi nadie... ¡Bah! y la otra es la Iris que hemos seguido las dos siempre trabajando, han habido otros cursos de salud y los hemos hecho las dos juntas.

Ella está mucho más adelantada ahora, con los cursos que hizo.

Y así seguimos... hemos tratado de buscar gente nueva. Porque las otras, o bien no quieren saber nada, o bien puede que algún día... porque el otro día apareció otra compañera que era del policlínico también. Y yo, desde después del golpe, como a los dos años no la vi más. El otro día la vi, y la miré... la miré y dije: la conozco y he hecho memoria... y pertenecía al policlínico. Ahora está

integrada a la reunión de comando. (Coordinador del Sector).

No sé si es del otro lado o de arriba. Pero yo no sabía nada de ella. El otro día la miré, la miré y le dije: tú eres fulana de tal?

Sí, me dijo.

Puchas, que regio que estés aquí. ¿Tantos años te demoraste en volver?

Me dijo: Pero nunca es tarde para rehacer nuestro trabajo. Así es que por ahí hemos estado viendo de que está apareciendo gente que eran de acá y que están trabajando o se interesan de trabajar en algo, dentro de la población.

Yo me sentí bastante mal, echaba de menos el trabajo que teníamos en conjunto con todas las compañeras.

La actividad mía era desde las 6 de la mañana, hasta que yo pudiera decir basta. Porque yo a veces me acostaba a las dos o tres de la mañana. Y a veces estaba recién quedándome dormida, cuando sentía golpear la puerta. Entonces: que una inyección o un ataque de vesícula o una señora de parto para acompañarla. Y claro, puchas, yo decía, claro que he dormido bien, pero al otro día me sentía como vacía porque me faltaba algo, y era justamente el trabajo cotidiano que teníamos, porque era bastante agitado. Yo me sentía bien con él y a pesar de que... pero nunca me sentí alcanzada, ni que me dijeran: mire, cómo tiene su casa, el aseo.

No porque... antes yo manejaba mi casa limpia, mi piso limpio, todo. Si era por el mismo trabajo, que a veces llegaba gente a curaciones y todo eso. Me sentí mal.

Y por eso cuando tenía que quedarme aquí en la casa... era muy difícil, darse cuenta cuando eran detenidos, porque hay veces, uno iba a comprar, a un almacén y decía: sabís a quién detuvieron? Conversaban entre las personas: a la cabra ésta, la miliciana que trabajaba en el policlínico, fulana de tal.

Por ejemplo, cuando se llevaron detenida a la Graciela. Vivía más allá. Y yo me quedaba escuchando no más, y no me atrevía a preguntar por qué. Y a los días después, la veía y quería hablar con ella y ella con la cabeza me decía que no, qué sé yo, por equis motivo.

Entonces con uno de los niños, le mandaba a buscar ropa para lavarle y ahí ella me decía: dejaron detenida a la Angela.

La que no cayó detenida fue la Margarita. Las demás, todas, todas cayeron detenidas. Claro, era doloroso y penoso, yo llegaba acá y me ponía a llorar, ellos me decían: ¿qué es lo que te pasa?

Puchas, tomaron detenidas a las personas con que trabajaba en el policlínico, qué sé yo. No sé si irán a llegar, o las irán a soltar... yo lo más que pensaba era que las iban a matar.

Porque de la Silvia Ruiz nos enteramos de que estaba muerta y sólo la habían tomado detenida; y nosotros ya la dábamos por muerta. Al Mario Ruiz, igual. Que al Micke lo habían tomado y lo habían matado.

Todas esas bolas se corrían acá, entonces uno decía: Puchas, tomaron a fulana de tal, la van a matar también.

A veces veíamos que salía gente a cobrar, porque les había quedado el sueldo adentro, de esa semana del golpe. Y no llegaban más, pasaban meses, un año.

Quedaban sus sitios ahí, con su mejora adentro. Yo siempre pendiente; habrán llegado o no? No, no han llegado.

Así pasaba un año, un año dos meses, cuando aparecían. Algunos aparecían, al menos los de mi manzana.

Y de otras manzanas no aparecían y ya cuando se empezó a hacer el trabajo de denunciar a los desaparecidos, la gente no quiso hacerlo.

En la manzana E, teníamos tres personas que habían desaparecido y la gente no quiso nunca hacer la denuncia: Eran personas solas que vivían

con un familiar y éste se fue al sur donde vivía su familia.

Y nosotros, no le sabíamos el nombre. Porque los delegados... No, yo quemé todos los libros, no lo tengo el nombre a nadie.

Así es que a uno se le hizo difícil el trabajo, porque cuando empezamos, nos avisaron de que se hiciera esa campaña; yo me puse en campaña al tiro. Y nadie supo quiénes eran ni de dónde eran.

Entonces, no teníamos cooperación de la gente. De los mismos delegados no tuvimos cooperación ninguna. Y fue un trabajo bastante duro, y también lo hacíamos con temor.

Pasó una cosa, que por el miedo, la gente no trató de organizarse. Se sabía de que llegaban, pero a veces pasaba su semana, su mes en que no se veían. Solamente por el sitio se veían entrar y salir, pero no se veían salir a comprar. Ellas mismas se alejaban. Entonces era claro de que ellas entregaban personas. Algunas personas salían y conversaban con uno, decían me tomaron a mí, pero no entregué a nadie. Me preguntaron por un dirigente y les dije que se fueron, no más. Pero muy pocas personas reaccionaban así.

La mayoría se alejaba sola, se escondía. No salían ni a comprar, mandaban a los niños chicos. Y ahí era notorio. Y es notorio cuando toman a alguien y se anda escondiendo, porque se alejan solos.

Y bueno, después empezaron a participar en los centros de madres. Y ahí ya era más claro.

La gente que fue combativa desde el 70 al 73 después se batía en la cuestión del Centro de Madres. A mí me vinieron a buscar varias veces, pero nunca me ha gustado.

Porque es mucho chuchoqueo y no se hace nada, fuera de que a uno le enseñan personalmente, a aprender algo: costura, tejido, qué sé yo. Venía gente de afuera, venía gente en auto, mujeres. Yo nunca me interesé por preocuparme por saber quiénes eran las que venían.

Pero se veía que a veces traían ropa, zapatos para regalarle a los niños. Nunca me gustó.

A mí me han enseñado costura u otras cosas, pero para uno, para ir a trabajar ahí mismo en el sector. Si uno se lo va a enseñar a otra persona... "no porque esa persona no pertenece al centro de madres, no tiene por qué estar aprendiendo"... y ésto otro, el taller no, porque es abierto, si uno aprende algo, se lo enseña a las otras personas, le entrega los conocimientos. Y ahí no pus, ahí la tienen entre ojos a uno, si uno está haciendo algo fuera de lo normal que se hace ahí, es acusada de hacer cosas ilegales, dentro de la directiva del centro de madres y por ahí las paran. Lo legal para ellas es hacer sólo lo que hacen en el centro de madres. Porque pasó con algunas personas eso. Y tuvieron que alejarse no más.

B. Había un terror enorme..

Había un terror enorme. Era tanto el miedo que incluso se corrían de uno, porque la habían visto participar antes.

Cuando en la noche sentía que llegaban golpeando. Porque si uno entra a una casa a golpear, se nota en la manera de golpear de uno, y la de esta gente, no eran golpes, sino que eran patadas.

Y ahí entramos a estar con tensión otra vez. ¿Irán a venir aquí?

Mi marido había sido delegado; yo miliciana. Yo había tenido a cargo la entrega de los pañales para las mamás embarazadas... y todo eso me manejaba tensa. Y todavía tenía, los pañales, eso era lo peor. Porque si llegaban a mi casa, me iban a encontrar con el montón de cosas.

Y yo decía: van a venir. Si a todos los delegados lo han llevado detenidos, a él también se lo van a llevar. Y a mí también me van a llevar. ¿Y mis cabros, qué va a ser de ellos?

Y era como una cosa... una psicosis que había,

que llegaba la tarde, la noche, y ya empezábamos con los nervios tensos.

Nadie se atrevía a salir. Nadie. Ni incluso a prender la luz. Porque daban órdenes de que si se prendía la luz iban a disparar a matar. Así es que nos teníamos que mover a tentones.

Hacer todo temprano, y andar a tentones haciendo las cosas, o acostarse no más; porque no nos quedaba otra que obedecer.

Se sentía un parlante que daba órdenes y decía que ninguna luz tenía que estar prendida.

Yo no me recuerdo si fueron 3 ó cuatro meses, lo que duró. Pero a mí se me figura que fue una eternidad.

Algunos matrimonios se disolvieron. Porque, o pertenecía el hombre o pertenecía la mujer a la organización. Entonces, si pertenecía el hombre, la mujer se iba con su hijo y dejaba al hombre solo.

Claro, si eso pasó acá. Sí era la mujer la que pertenecía a alguna organización como miliciana o delegada de manzana, qué sé yo, o alguna otra actividad de las que habían acá adentro, como prensa o propaganda, se iba el hombre y la dejaba sola.

Claro, eso pasó.

Se vio en muchas ocasiones; yo sentí que a mí me iba a pasar lo mismo. Porque yo sentí temor. Yo muchas veces estuve con ideas de irme con mis cabros, y dejarlo a él solo porque yo decía: a mí me van a tomar, y ¿qué va a pasar con mis cabros?

Yo tuve muchas veces esa idea en la cabeza.

En la noche sobre todo. Cuando me acostaba y sentía que golpeaban las puertas.

Decía: Mañana me voy. Mañana me voy y salgo como sea de esta cuestión porque sino, me van a llevar y mis cabros como van a quedar solos.

Sentíamos que el campamento era perseguido. A lo menos, cuando me acostaba decía: hoy día nos acostamos, mañana no amanecemos.

Yo me veía entre lo que pensaba y veía a este campamento todo bombardeado. Y que iban a quedar una que otra persona, esperando los choques. Nos íbamos a tener que quedar, por si uno quedaba vivo, porque se informaba; es decir, a mí me lo informaba el caballero de afuera, que ahora es finado.

Que él tenía un hermano que trabajaba en la FACH y otro en las FF.AA. de la Marina. Y dicen de que ellos sabían de que la población Nueva La Habana iba a ser bombardeada porque se los había dicho no sé qué gallo de los que estaban arriba.

Uno de ellos era el que decía: todos los campamentos tienen que ser vigilados.

Esta noche vamos a vigilarlos y vamos a ver si hay algún movimiento y vamos bombardeando no más.

Entonces, él me decía: por qué no sale sra. Hilda. Yo le paso plata para que se vaya lejos de aquí, porque este campamento va a ser bombardeado.

Y eso es lo que nos manejaba tensos.

Mis hermanas en ningún momento me prestaron ayuda; ni se acercaron a saber nada acá... no apareció nadie.

Mi cuñado cambió totalmente.

El pueblo lucha para subsistir.

A. El pueblo tiene que dar la pelea.

Hacía tres o cuatro meses después del golpe, empezó a llegar gente del extranjero. Llegaban dentro del campamento. Muchas veces yo no sé si eran extranjeros o venían del gobierno, yo se los dije muchas veces. Venían a saber cómo estaba el pueblo chileno y una... vez les dije yo: a mí no me interesan uds., sean de donde sean; pero sí, lo único que les quisiera decir claro, es que nuestros esposos trabajaban acá en la obra de la población, ganaban un sueldo digno para poder comer, vivir y vestirse.

Ahora nos estamos cagando de hambre. Hace tres o cuatro meses que nuestros cabros no comen un pedazo de pan, un pedazo de carne y un huevo siquiera. Ni un huevo a la semana, ni cada 15 días.

A mí no me interesan si uds.,... posiblemente que a la noche me veñgan a golpear la puerta por lo que les dije, me saquen y me maten y me hagan desaparecer. Y uno de ellos, porque los otros no entendían ni pelota, uno de ellos era el que iba traduciendo, me decía: que no, que ellos venían a enterarse por los mismos pobladores de qué es lo que estaba pasando acá en Chile.

Le dije: Bueno, así será y empecé a llamar a viejas y empecé a decirles que hablaran lo que tenían que hablar y no tuvieran miedo.

Total nos han llevado a tantos compañeros, unas pocas más que nos saquen de acá, no importa. Y... yo estuve quedá, desde septiembre del 73 hasta los primeros meses del 74, pero después seguí trabajando igual. No me quedé, como se dice, echada en los huevos, como que tuviera miedo. Es decir, tenía miedo, sí, pero el trabajo lo hacíamos igual.

La reacción de mi cuñado, fue de un terror enorme. El es enfermo de los nervios, tiene úlceras, lo han operado dos veces.

Yo creo que eso mismo es lo que lo ha hecho

tener miedo. Y otra cosa es que son 10 cabros los que tiene. Claro, ahora todos casados, pero siempre están al lado de él y los nietos y todo eso. Son un número bastante grande. Pero yo sé que si sigo yendo y conversando con él... si ya está medio cambiado... a pesar de que tengo el ataque de mi hermana, pero él ha cambiado.

Y yo digo, así hay que buscar gente no más.

Desde el golpe, mi marido ya se puso a tomar el doble más. Yo le decía: no salgai a tomar hombre, que pueden llegar a la noche; imagínate que me lleven a mí. ¿Y estos niñitos con quién van a quedar?

Es que así curado, no veo, no siento nada. Vivía curado. Antes tomaba, pero desde ahí fue peor. Incluso este mismo cabro le decía y ud., papá, ¿por qué no sale a las protestas, a las marchas?

No, le dice, cuando tenga un arma voy.

Pero es que hay que salir así primero, le dice, ¿cómo le van a entregar un arma así no más? Si ud., no está luchando, no está demostrando nada de lo que quiere.

No, dice, cuando me pasen un arma, ahí salgo. Total si, lucha tu mamá, ¿Para qué voy a luchar yo?

Pero ahí ya fue peor todo eso. Yo a veces lo comprendo, entiendo; digo yo: pero ya no es un año ni dos, que estamos en este estado... ¿cómo no vai a tratar de cambiar? habla con tu gente donde trabajaí, para que cambien. Qué sé yo, para que se organicen. Qué sé yo; pero cuantas veces me han echado a los huevones porque trato de cambiar la cosa. Dicen que soy comunista, que siempre ando peleando.

Si lo han cortado en el POJH, pero en un mes, la otra vez, lo cortaron cuatro veces. Fue cuando los llevaron allá a los cerros a trabajar; porque allá peleaba, porque imagínese, tremendo pique que tenían que pegarse para ir a trabajar tan lejos. A pesar de que yo digo a veces: ah, este gallo ya no

tiene remedio. Pero pienso que algún día, puede que vuelva a recuperarse.

Es una humillación tan grande la que están pasando. Como hombres. Entonces no les queda otro remedio que... para ellos... porque yo le digo: si yo pensara como pensai tú, sería una alcohólica igual que tú o me habría metido a las drogas. Yo que tengo opción a tener cualquier cantidad de pastillas. Entonces pasaría todo el tiempo volada y no me importaría nada de nada. Claro que ud., es otra cosa, dice, Ud. tiene otra mente, no como la mía. Yo soy socialista de esos pasivos y ud., es revolucionaria pero hasta morirse.

Yo le digo: no, n'a que ver una cosa con otra; la cuestión es que aquí no estamos peleando por partidos políticos, ni una cosa. Sino que solamente es una organización poblacional y que el pueblo tiene que unirse y el pueblo tiene que dar la pelea, porque si estamos por partidos políticos, así vamos recontra mal. Porque en este momento todos tenemos que unirnos; sea el partido que sea, tenemos que unirnos, siempre cuando sea de izquierda.

No, me dice, cuando tenga un arma me integro. Ahí vamos a salir a pelear, a matar pacos porque lo primero, es que tengo que matar a unos cuatro o cinco, antes de que me maten a mí.

Pero es que esa no es la gracia pus, le dije yo. La cosa es pensar y saber bien, por dónde vamos y a qué queremos llegar.

Hay veces que puede que tenga razón, porque como él está viviendo en la forma en que está viviendo y que también, si yo sentí temor, él también tiene que haber sentido temor.

Si, él era dirigente de la población. También tenía que ver con la cuestión de delegados y con la cuestión de la alimentación, la cuestión de la mercadería y todo. Y también cayeron la mayoría detenidos.

De primera, cuando estuvo él a cargo de la manzana, le decían "el dueño de la manzana".

Todos siempre decían: vayan a hablar con el dueño de la manzana.

Trabajó bien, no tomaba, lo que ganaba era p'a la casa.

Después del golpe dejó todo. Pero quedaron personas nuevas como el negro, como el polilla. Aunque ahora el Polilla es un cero a la izquierda y con ellos empezamos a trabajar. Ellos empezaron a decir hay que hacer ésto y ésto otro...

Como rayados, panfletos y... los hacíamos nosotros mismos. Yo salía con algunas compañeras a conseguirme los géneros, los papeles, la tinta. Porque todavía hay compañeras acá, que yo les digo a veces: necesito tan género. Y me dicen: ya, al tiro. Ellas trabajan, son de izquierda, pero trabajan clandestinamente, no quieren que nadie las conozca, más que una persona no más.

Y hay veces que me entregan documentos por ahí y... así trabajamos nosotros. Aquí en esta casa trabajaba mi compañero, que a pesar de que tomaba bastante... el Negro le decía: No pus flaco, tenemos que seguir haciendo el trabajo. No porque tengamos la bota encima, vamos a quedarnos sentados.

Trabajaban todos mis cabros, la Carmen, Toño, el Juan, la Jime, el David, yo y mi esposo, en esta misma pieza, exceptuando este niño y la niña. Y antes no tenía este internit, así es que por las tablitas se veían por todos los hoyitos y trabajábamos hasta las 3 y 4 de la mañana. Y ya después, eso se repartía y salíamos y después eso servía para otros lados también.

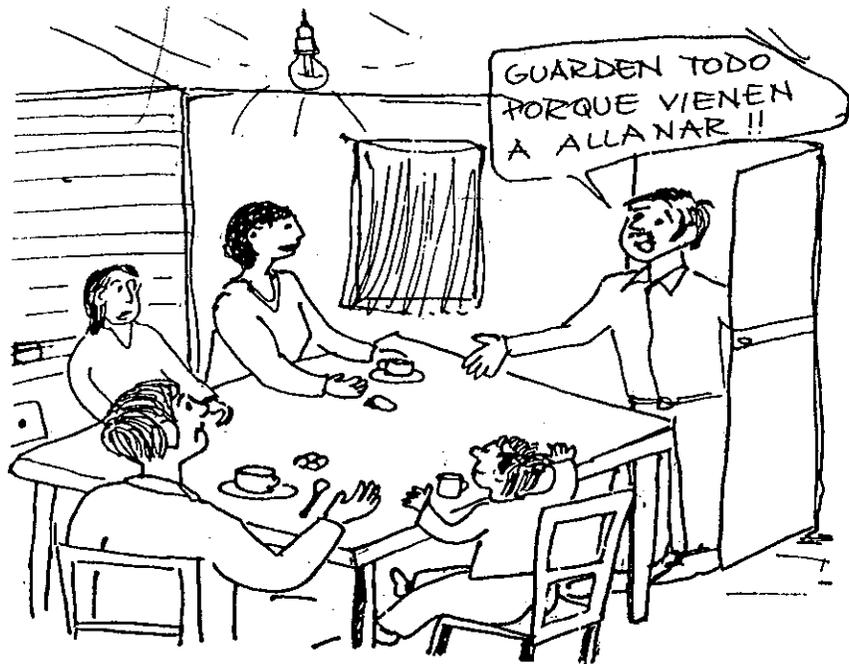
A veces yo no sabía y me decían: ya señora, aquí está su paquete, váyase con tal compañera, en tal parte hacen el trabajo, en tal parte las esperamos para que volvamos.

Y a veces yo llegaba primero y encontraba que mi compañero no estaba acá y decía: ¿habrá salido a tomar?, cuando a veces lo veía aparecer después bueno y sano. Entonces ahí recién me

empecé a dar cuenta de que él estaba trabajando. No solamente en preparar el material.

Así es que por eso digo yo: nosotros hemos estado en toda la quemada. A lo menos yo he estado en toda la quemada y cuando la cosa era pesada. A veces sentíamos que golpeaban ahí y teníamos que salir a esconder las cuestiones rapidito porque se sentían los pasos de esta gente que venía. Y... bueno, teníamos que tratar de salir a esconder las cosas.

Una vez... nos avisó el Negro, dijo: viene un allanamiento grande acá. No tenemos cómo sacar las cosas p'a afuera, adentro de las casas no las podíamos dejar y... decidimos echar una basura en un carretón y mandar el cabro con la basura y salió con mi compañero a enterrarlo. Y después hemos tratado de encontrar las herramientas esas y no hemos podido. Y así trabajamos varias veces. Ya después no se hicieron más acá.



Se cambió de casa. Pero sí, nosotros salíamos a repartir las palomas y cuando estuvo malo el trabajo, fue cuando lo hicimos dentro de la población, porque se identificaron muchas caras. Claro que ahí ya no era el Negro, él ya no estaba. Dejó a cargo a otra persona y esa persona decía: no, salgamos temprano y no pasa nada.

Me dijo, en este momento usted va a tener que abstenerse de todo tipo de trabajo, porque ya la identificaron. Y ese es el problema.

Que a veces me da miedo salir a hacer algunas cosas acá, porque la gente nos reconoce. A la Rebeca, y a mí nos tienen bastantes reconocidas.

B. Tuvimos que alimentarnos del basural para poder sobrevivir.

La vida era bastante triste para mí, porque justo me quedé sin trabajo y me daba más tiempo para pensar. Yo miraba a mis cabros que a veces pasaban 3, 4 días sin comer nada.

Me tocó también, salir a pedir, qué sé yo, a las chacras, que yo nunca he pedido. Yo me podía estar cagando de hambre y no pedía, sino que alguien me convidaba. Claro que salía con mi entusiasmo grande y cuando llegaba el momento: ya me decían. Veía yo que ellas pedían a los encargados de las chacras y me decían: ya pus Hilda, pide.

Así que yo llegaba cargada, pero con lo que ellas me convidaban, porque yo no me atrevía a pedir, ni los cabros tampoco.

Es una cosa tremenda recordarse de todas esas cosas. La primera vez que fui allá arriba a pedir y vengo y veo que uno de mis cabros se tira, pero de cabeza a comer unas cebollas que estaban medio podridas, que las tenían para botarlas. Y es que estaban cagados de hambre. Y así nos pasó a la mayoría de la gente sin trabajo. El cabro grande empezó a ir a trabajar a los botaderos que estaban allá afuera.

Porque ahora nosotros lo llamamos el botadero no el basurero... y traían la papa, la cebolla, todo el rastrojo que encontraban allá lo traían. Muchas veces llegaban camiones cargados de pollos. Que llegaban los cabros con pollo acá y los mismos gallos de los camiones les decían: éstos están buenos, éstos están malos, déjenselos para que se los coman los perros y llegaban.

Yo les decía: yo no hago eso porque pueden estar malos y nos hacen mal.

Y ellos me decían: pero mamy, si tenemos hambre, yo los dejaba solos y salía andar.

Ellos los preparaban como fuera, pero yo nunca se los preparé, porque les decía: me da asco comer cosas del basural, del botadero.

Me decían los chiquillos: pero mamy, es que el caballero dice: que éste está limpio. Y así un montón de gente trajo.

Así todos mis cabros, iban al botadero; juntaban el cobre, la tira, el bronce. Se los compraban.

Eso es mucho más barato. El vidrio también, el hueso, y eso: nos servía.

Es decir, él y yo sin pega... los dos cabros grandes traían para parar la olla en el día, y... para comprar lo que hacía falta. Qué sé yo, comprarle zapatos a los cabros chicos p'al colegio. Que el Toño estudiaba en la tarde, pero en la mañana iba al botadero, llegaba apuradito a lavarse, cambiarse ropa para ir al colegio. Y así pasamos unos tres años, viviendo solamente del puro botadero no más.

Y no solamente los chiquillos míos, sino que la mayoría, en la mañana yo me levantaba a barrer la calle, y veía pasando a hombres, mujeres y una vez le dije al Toño: sabís, parece que voy a ir yo también para ayudarles.

No, me dijo, cómo se le ocurre que va a ir U.d.? Nosotros no más, U.d. no.

Y después del golpe, todas esas cosas penosas... es decir si es por recordarlas o hacer una



historia, es bastante penoso, porque pensar de que nosotros tuvimos que vivir desde... de un botadero. Es decir, alimentarnos de ahí para poder sobrevivir.

En cuatro oportunidades mi marido fue a buscar trabajo para el lado de Macul, que habían más obras, se estaban levantando unos departamentos, unos edificios, y llegaba el momento que le pedían los datos: ¿de adónde es Ud.?

Todavía no se le cambiaba el nombre a la población. Población Nueva La Habana, decía.

No, no hay vacantes, se terminaron. Por ahí una vez se agarró a combos con el que estaba inscribiendo, y les dijo que si acaso porque era de la Nueva La Habana no tenían derecho a comer, ni sus cabros ni él.

No, pero es que esa gente es toda extremista y así. Unas veces le tocó salir a trabajar con el Negro y les pasó lo mismo a los dos.

Porque el Negro pasaba más acá que en ningún lado. Y el Negro también tuvo que alimentarse de lo que se traía de allá. Del botadero. Y él me decía: bueno, y qué le vamos a hacer si hay que comer algo. Así montón de cosas penosas y de dolorosas, recuerdos... o incluso, esta mesa fue comprada con plata que ganaba mi cabro allá en el botadero.

Que esta mesa me la vendió la Margarita, con 5 sillas. P'a la Pascua, mis cabros me decían: toma mamá, unas monedas más p'a comprar algo para hacerles algo en la Pascua a los cabros.

Que había uno o dos pollos, él mismo los compraba. Iba a comprar a la verdulería.

Pasábamos unas fiestas no lindas, lindas, pero por lo menos había algo para comer.

Y todo eso, cuando yo me pongo a recordar les digo: te acordai Toño cuando comíamos... Sí, me dice, pero ya no se acuerde de eso porque a mí me llega a dar indignación.

Porque a veces peleaban un cabro con otro, y le decía: ¡vos que vai a recoger cuestiones al botadero p'a comer!

Todo eso, a los cabros los hace sentirse morir. Ahora ya están hombres ya. Ahora y no quieren acordarse. Y les digo: No te preocupís, si la mayoría lo hacía.

Los vi traer cajas de arroz, tallarines, leche condensada, qué sé yo, lo que iban a botar.

Un día, me dice el Toño, venían unas señoras bien elegantes me llamaron y me dieron esto; venían pocos de azúcar, de arroz, botellitas con un poco de aceite y les decían: cabritos aquí hay unas cositas para comer y acá hay una ropa.

Les decían: tenís hermanas mujeres? llévale esta ropita para tus hermanas, ropita interior. Unas sábanas a veces.

Gente que pasaba por ahí en vehículo, llamaban para... y les decían yo te puedo ayudar en algunas cosas, o Dirigentes de Izquierda que trataban de ayudar de una manera u otra a la gente.

Lo otro que botaban mucho también, era hasta cuestión de chanco p'al pan, hasta jamón.

Los gallos les decían: saben cabros, esto viene malo todo, pero nosotros echamos estas cajas buenas abajo. Esto está bueno.

Venían a botar en los camiones de transportes de animales, vacas enteras. Estas están malas pero esta otra, nosotros echamos toda esta pierna, o media vaca abajo porque está buena. P'a que la preparen y la lleven a la casa.

A la gente no les importaba que fueran buenas o malas, sino que las preparaba ahí mismo. Porque como eso prende con la misma mugre, el gas que hay. Entonces, ahí mismo asan su pedazo y traían, —coma mamá, aunque sea una mascadita.

Ya eso es lo último, —les decía— ponte en el caso que se les haya muerto de cualquier enfermedad y eso puede hacerles mal.

Si traís, les decía, traeme p'al perro. Porque teníamos dos perros. Así que cosas así como chanco, cosas así no comía.

Primero está el trabajo de la organización y después lo demás.

Al principio yo no participé en el comedor, yo vine a participar ya después de no sé cuánto tiempo que estaba funcionando.

Me vinieron a buscar gente de ahí. Debe haber sido como el 75 ó 76 más o menos.

Vinieron acá mismo a la casa a buscarme, fue José y la Soledad. Ella vino a buscarme, sabiendo que estábamos mal; si los cabros estaban en el botadero y todo.

Y fueron... y ahí, que me empezaron a integrar.

Tenemos una bolsa de cesantes que es para los ex-presos políticos, pero también hay gente de organizaciones. Y me empezó a explicar. Bueno, le dije, voy a ir, porque ya hacía como seis meses que el Negro no venía a hacer trabajos y que no trabajábamos. Pero yo sabía que estaban haciendo trabajos por otro lado. Entonces, un día yo le dije que si ya no tenían confianza en mí.

No, me dijo; con lo que estaba pasando, conviene dejarla tranquila un tiempo y después seguimos.

Así es que ahí empecé nuevamente a trabajar, en el comedor y en la bolsa de cesantes. Ahí en el comedor me sacaron como de salud, para ver que

los niños llegaran limpios a almorzar o que los mandara de vuelta para que las mamás los lavaran. Yo no hacía ese trabajo porque los tomaba y los lavaba yo misma. Llevaba una toalla y una peineta, los lavaba y los sentaba en el comedor.

Pero ese trabajo era un trabajo del Taller de los Cesantes y del comedor, porque trabajábamos en conjunto. Estaría como un año más o menos en el comedor; ya después, no pude seguir yendo, es decir no obligaba a mis niños a ir, porque les daba asco la comida.

Ese poroto que hacían tan negro, que lo hacían con polenta y se veía tan indecente el plato que decían: pero como vamos a comer esto!

Y en la casa tenían té y pan.

Y siempre, no sé si es que los cabros son mañosos, pero nunca les he podido exigir que coman lo que ellos no quieren.

Si yo ahora: les voy a hacer una sopa y me dicen: queremos té, yo les digo: bueno, tomen té. Porque yo digo, si a mí no me gusta, yo no los puedo obligar a ellos a tomar lo que no quieren.

Y ahí seguimos trabajando, trabajando, hasta que más o menos en el 78 me retiré del taller. En el



78 o en el 79 me retiré porque ya me aburrí.

Que el cahuin, qué sé yo. Bueno a pesar de que se hicieron muchas cosas buenas en el taller. Funcionaron, distintas organizaciones como por ejemplo: bienestar, y salud. Eran trabajos del mismo taller, de la bolsa de cesantes y de montones de cosas las que se hacían, como salir a manifestaciones, a la marcha silenciosa, apoyar a los detenidos desaparecidos, a los presos políticos. Nos encargábamos por grupos de dos personas a la semana, otras dos iban a ver a los hombres y a las mujeres presas. Fue todo un trabajo orgánico que era bueno. Ya después, como que entró a degenerar esa organización. Empezaron a entrar gente que n'a que ver, en vez de buscar gente buena, que sirviera para organizarse, metieron gente que sólo estaba por la plata de la arpillera. Y ahí pienso yo, que empezó como a degenerarse el trabajo de organización, de las bolsas de cesantes.

Pero hubieron muchos trabajos buenos.

Yo nunca tuve amigos. En el trabajo de organización, como miliciana de salud, siempre fui solamente miliciana de salud. Las veces que nosotros nos juntamos, era cuando teníamos las reuniones de salud o alguna capacitación más, pero dentro de eso. Porque yo, jamás tuve un amigo o una amiga que viniera acá a la casa o que yo saliera a la de ella a conversar. Solamente el trabajo.

Siempre he sido igual. Siempre. Ahora mismo, si yo no tengo nada que hacer, estoy aquí en la casa.

Sí, hay veces que me dan deseos de salir a pesar de que yo siempre converso las cosas con mis hijos. Ellos para mí son mis amigos. No soy madre para ellos, sino que son mis amigos. Muchas veces necesito conversar alguna cosa, pero me retengo porque... ni con mis hermanas, a ellas no les cuento nada.

Con la que he tomado un poco más de confianza ultimamente, es con la Marcela. Sí, hay

veces que me voy a trabajar a la casa de ella, trabajamos en la arpillera, a veces conversamos algunas cosas. Ella me cuenta algunas cosas de ella, y yo de las mías. Pero recién ahora yo estoy tomando rumbo, así de amistad.

Porque con la otra gente, así como la Iris, el Pancho hemos trabajado solamente en trabajos de organización: que vamos a hacer, hay que hacer esto o hacer esto otro. Pero como amistad no sé, no... Porque a veces, uno de repente está medio afligida, medio ahogada, y a uno le hace bien conversar...

Eso es lo que me hace reventar a veces a mí, y choriarme y sentirme deprimida porque no tengo desahogos.

Ayer justamente, me fui como a las 13:30 donde la Marcela porque estaba desesperada, no hallaba que hacer, porque no había tenido para darle comida a los cabros, no tenía p'a darles almuerzo. Entonces p'a no verles la cara, dije: voy y vuelvo; a la tarde a lo mejor les traigo p'al pan. Y salí a donde la Marcela y ahí estuvimos conversando con ella; pero de trabajo. A veces ella me cuenta algunos problemas y yo los míos, pero digo yo: las dos con los mismos problemas, bueno, ya nos ayudamos, nos entendimos.

Harán como dos semanas, no más, que nos estamos juntando con la Marcela. Pero antes no, siempre con las personas que conversamos era solamente trabajo de organización. No de otro tipo de trabajo.

Y la cabra, grande mía, me dice: Ud. de repente se va a volver loca con tanta cosa.

No; le digo, tengo tantas cosas en que pensar que no me va a quedar tiempo para volverme loca. Porque hay muchas cosas en que pensar, muchos trabajos que hacer.

Antes estaba con una neurosis, donde pasaba ahí en la casa, sola. A veces la prima me traía ropa para lavar. Lavaba en una artesa, pero ahora ni arte-

sa tengo porque se me hizo ñacos. Me mandaba ropa para lavar porque a veces llegaba el momento de que estaba pelando papas y me veía con las manos llenas de sangre, o me veía que estaba con el cuchillo despresando a mis cabros y todo se me hacía una cosa tremenda, que venía, prendía un cigarro y a veces no me daba cuenta que tenía el cigarro en las manos y andaba con todos los dedos quemados.

Y todo ese tipo de cosas, hasta que ya dentré a ir al médico, porque después del golpe, la que me siguió tratando a mí fue la Doctora L. García. No me daba remedio para la semana, sino que me daba un montón. Me decía: esto te va a durar p'a un mes más, p'a dos meses, el tratamiento que necesitaba yo. Y ya después quería entrar a ir al hospital, porque... y yo pensaba que me iba a volver loca, porque pensaba tanta cosa. Y hay momentos en que ahora me siento así; pero cuando estoy así, ahora me tomo un calmante y me relajo. Y Guillermo, el sábado pasado me dijo: suegra, porque no vamos al colegio, hay una fiesta, para que se distraiga un poco.

No tengo tiempo, tengo que ir a ver al Juan, a la cárcel de ahí, después de ir a ver al Juan, tengo que venir a la casa a lavar un poco de ropa y ponerme a coser. Esa es la actividad que hago. En la mañana lavo un poco de ropa y..., todo el tiempo lo mismo.

Ya cuando salgo yo, es cuando éste hombre llega demasiado jodido, pesco mi cabro y salgo andar con él. Pero a andar, no a ir donde una vecina, a donde una amiga; a pesar que yo tengo amigas bien buenas, que cuando me ven pasar dicen: por que no viene a verme p'a que pase un rato con nosotros. Usted, que anda todo el día p'arriba y p'abajo.

Pero resulta que me siento mal, me siento extraña en una casa así. Si voy a hablar y no estoy ni 10 minutos: sabís, me voy, le digo, me aburro.

Antes era otra cosa, si yo era más... pero yo siempre con mi grupo. Si nos juntábamos un grupo de familias, pero siempre me sentaba aislada. No sé; siempre he sido igual. Me sentaba un poco aislada, me entretenía, me reía, porque veía a las mujeres, que jugaban a la pelota, al basquetbol. Que se yo. Me reía donde las veía. Pero por ahí tengo una foto mía donde estoy aislada del grupo, muy separada del grupo.

Después del golpe, nadie salía. Es decir, algunas salían, pero ya individualmente, por ir a ver un partido, por ir a caminar, a desahorgarse un poco.

Pero ya no como antes, que iban más agrupadas, más como familia. Porque siempre yo la veía como una familia, a toda la gente. Yo si me sentía aislada, porque yo me aislaba sola. Porque en ese sentido, he sido, no sé, muy egoísta. No sé si seré egoísta, a pesar de que no creo ser egoísta porque yo siempre he tratado de compartir lo mío con los demás. Pero..., dentro de mi familia no me gusta de que los chiquillos aprendan cosas que no tienen que aprender. A pesar de que uno tenga todo esos cuidados y haya fallado mucho, justamente lo que decía la Ana el otro día. Yo la convidaba a una reunión hoy día a las 8 de la noche y me decía que ella en la mañana y en la tarde podía salir, pero tarde no podía. Porque ella tiene que ver a su marido y estar con sus hijos... Porque el trabajo de la organización es uno, y la familia es otra.

Yo no quiero tener, me decía, un hijo drogadicto o una hija prostituta.

Entonces, claro, yo pienso las cosa y digo: lo que dice la Ana está bien... pero porque lo que piensa ella, yo lo pienso, pero para mí, no sé... Para mi parecer, primero está el trabajo de la organización y después lo demás.

Antes pensaba lo contrario, primero estaba mi casa y después lo demás. Ahora yo pienso todo lo contrario, andando haciendo algún trabajo, yo estoy tranquila.

YO PUEDO IR A LAS REUNIONES EN LA MAÑANA Y EN LA TARDE. EN LA NOCHE NO PUEDO SALIR PORQUE TENGO QUE ATENDER A MI MARIDO, ANTES QUE NADA ESTA LA CASA.

ESTA BIEN LO QUE TU DICES, PERO YO NO PIENSO ASI. YO CREO QUE PRIMERO ESTA LA ORGANIZACIÓN, DESPUÉS VIENE LO DEMÁS...



REFLEXIONES

Lo que más me llama la atención es lo que he cambiado desde que empecé a trabajar en la organización, como que soy otra persona.

Antes me enfurecía y decía cualquier cosa, ahora como que sé pensar, analizar las cosas.

Incluso cuando hay una discusión, soy capaz de pedir la palabra y esperar a que me la den. Antes hablaba altiro.

Ahora trato de pensar bien lo que voy a decir antes de hablar en una reunión, para ayudar a mis compañeras a no pelear y a encontrar soluciones.

Trato de no ofender con las palabras que uno dice, de tener cuidado.

Yo veo el cambio en mi casa, con mi familia.

Antes yo discutía a garabato limpio con mi esposo, con mis cabros; los ofendía.

Ahora me hago un tiempo y converso con ellos, para que arreglemos en conjunto los problemas.

Hay hartas cosas que me han servido: el trabajo en la organización, las capacitaciones para dirigentes, las capacitaciones políticas. También las capacitaciones en salud, las de Padres-Hijos. Hemos visto películas y siempre algo va quedando y eso, yo lo voy usando.

Voy dejando lo bueno, y lo que no me sirve lo dejo a un lado.

Antes, yo no podía estar ni una semana sin ir a ver a un familiar; ahora veo que mi familia está en mi población, donde yo puedo entregar lo que he aprendido.

Veo que mi familia es ésta, es el grupo de personas organizadas con que yo trabajo.

Yo he trabajado con muchas personas y no

me he identificado con ningún color político, pero aprendí mucho de los antiguos dirigentes del campamento, es la gente con que he trabajado más años.

Me siento contenta, realizada con lo que he ido aprendiendo. Ahora soy amiga de todo el mundo en la población.

He aprendido a ser humanitaria porque así lo veo.

Un compañero es más que un amigo. Compañeros somos varias personas que estamos organizados.

Yo tuve una amiga y le confié algo y esa confesión salió.

Entonces yo aprendí lo que era el cahuin.

Compañero es el compañero de lucha y de organización y eso significa ser amigo.

He aprendido a conocer a las personas, a leerles el pensamiento.

Uno está en una reunión y analiza a la persona, la ve en la manera de conversar, de comportarse. Entonces ve cómo es esa persona, y aprende a conocerla.

A veces me siento medio decaída por los problemas que pasan, hay cosas que a mí no me gustan; no me gusta que me impongan. Cuando uno hace cosas que le imponen y que no corresponde; uno va conociendo a las personas como son.

Uno investiga a las personas para saber cómo son y para qué pueden servir. Y así uno hace un trabajo mejor.

Si tuviera 17 años y supiera lo que sé ahora, me quedaría con el trabajo que he hecho.

No me siento sola, siempre me están apoyando, siempre hay gente que se preocupa de mí. El se preocupa de mí.

Mary



La niñez.

A. La vida con mi familia.

De mi infancia guardo recuerdos muy lindos, sobre todo de la casa donde vivía con mis padres y hermanos. Era ésta una enorme casona con muchas piezas y un alero o corredor acoplado al techo trasero, afirmado sobre pilares los que estaban enrollados de madreselvas, bajo este alero estaba la cocina la que funcionaba con leña.

Al fondo de este techo, estaba también un pequeño taller donde trabajaba mi papá, el que confeccionaba escobas, escobillas y plumeros, que entregaba a los almacenes y también vendía ambulante.

La casa era muy grande, como decía, pero los patios eran mucho más. Estos eran tres patios, el primero donde se lavaba y tendía, tenía tres parrones. Bajo éstos se almorzaba en verano, ahí también jugábamos los hermanos y primos pues en casa vivía un matrimonio formado por una hermana de mi mamá con su marido, que tenían una hija menor que yo. Mi abuela materna que odiaba a mi papá, no sé por qué, siempre lo llamaba "carajón de caballo", y otra tía, hermana de mi mamá, pero que llegaba esporádicamente. Esta era además, mi madrina de bautizo y confirmación, pero no nos quería ni a mí ni a mis hermanos.

Era como una casa quinta que había heredado mi papá de mi abuelo paterno.

Nosotros éramos ocho hermanos, pero mi hermana mayor siempre fue la duda para todos. Mi papá decía que era la hija mayor, pero mi mamá y mi tía —madrina— que se llamaba igual que yo, Mary, decían que no era hija de mi papá ni de mi mamá sino que era de ella y un marido que se le murió. Esta tía que en ese tiempo trabajaba en "El Mercurio" (diario), era la causa de muchas peleas entre mi papá y mi mamá. Parece que ayudaba económicamente en la casa (comestibles y golosinas).

Ella hacía que mi mamá se levantara a medianoche y partían en auto a fiestas nocturnas al Pollo Dorado o al Frontón que se llamaba en este tiempo, a unos restaurantes que eran muy lujosos. A veces yo las acompañaba.

A mi tía siempre la acompañaban señores muy elegantes igual que ella. A veces en las Pascuas, ella nos traía regalos: ositos de felpas o muñecas de cartón piedra, pero siempre los más bonitos se los regalaba a los otros niños del barrio. Sobre todo a mí, me daba las muñecas después de golpearles la cabeza en los pilares del alero para probarlas si eran "irrompibles" decía ella, quedaban deshechas.

Yo vivía en un mundo sólo mío. Nací y crecí en esa casa, en esos patios sembrados de flores y árboles frutales llenos de pájaros. Veía llegar la primavera primero que nadie (creía yo). En esa casa no había agua potable. Esta, se acarrea desde un pilón que quedaba bastante distante de la casa. Siempre lo hacía mi papá y claro, reclamaba bastante pues él llegaba cansado en la noche y mi tío Lelo "parece que tenía las manos amarradas" —decía mi papá— y mi abuela empezaba a rezongar contra mi papá. Sin embargo, él era el único que se acordaba de sus santos y cumpleaños, siempre le regalaba engaños, ya sean pasteles que ella llamaba "pollitos" porque tenían esa forma y mate de loza, yerbas para mates. Era muy cariñoso con todos.

Para mí, mi papá era mi ídolo perfecto, lo adoré hasta hoy. Sin embargo, como toda persona, cometió errores. Nunca llegaba con las manos vacías a la casa. Jamás, incluso cuando llegaba borracho.

Pero me hizo crecer en un mundo donde yo era la reina. Nunca me explicó que existiera la envidia, la ambición, el engaño ni todas esas cosas que para mí fueron horribles cuando las fui conociendo.

De los ocho hermanos yo era la del medio y la regalona de él; le contaba hasta el más mínimo cuento de la casa. Nadie entendía cómo mi papá sabía cuando lo pelaban. Claro nunca me veían, no podían hacerlo pues yo y mi papá conversábamos mientras veíamos las plantas que sembrábamos juntos.

Cuando mi papá llegaba ebrio, celaba a mi mamá con medio mundo, hasta con los allegados que nunca faltaron en la casa. Estos eran conocidos de la familia, amigos de mis hermanos mayores, incluso hasta los maridos ocasionales de mi tía Marina llegaban a vivir en la casa.

Yo nunca salía a jugar a la calle porque vivía en el fondo de los patios. Hablaba con los árboles, con las plantas y no me enteraba de todo lo que pasaba en la casa, pero llegó la vez en que quedamos viviendo solos. Después, mi papá puso agua potable y luz.

Yo crecí, mi mamá empezó a llevarme de vez en cuando a los bailes de mis hermanas mayores que participaban en clubes juveniles. Mi hermana mayor —de la que dudábamos— se inscribió de candidata a reina. Era la tremenda de “polola” y yo ingenuamente era su cartera o recadera. Mi mamá empezó a trabajar en la casa tomando puntos a las medias, por lo que empezaron a llegar un lote de viejas a dar la lata en la casa, y yo, tenía que cuidar la guagua que era el segundo menor que yo, por lo que me arrancaron un poco de mis ensañaciones, pero entonces empecé a incluir a mi hermano chico.

Con los rosales que dividían el primer patio de los otros, mi papá había hecho unos arcos como puertas de iglesias. Debajo de éstos, yo jugaba con mi hermano chico que todavía no andaba y a veces jugábamos todos.

Recuerdo que una vez fuimos a andar en bote, y quisimos hacerlo de nuevo con mi hermano grande. Hicimos un tremendo hoyo pero ancho, saca-

mos el taco que atajaba el agua de la acequia que corría al final del patio y que mi papá usaba para el regadío de las siembras que nunca faltaban en la casa; llenamos de agua este tremendo hoyo, nos costó casi todo el día hacerlo. Pusimos la arteza dentro y metimos la guagua. Quedó la grande pues la arteza se hundió y el niño quedó todo mojado y lleno de barro. El patio se inundó pues el taco se juntó con el borde de la excavación y no pudimos cerrarlo.

Mi papá se puso furioso y como no se llevaba bien con mi hermano grande, siempre tenían problemas y estaban peleando. Esa vez quería pegarle, pero mi mamá nunca le permitió que nos pusiera las manos encima. Mis padres eran compadres dobles con un matrimonio que vivía enfrente de nuestra casa. Estos tenían varios hijos los cuales coincidían con nuestras edades; ellos eran padrinos de varios hermanos míos y mis papás, padrinos de varios hijos de ellos, por lo que tenían formadas varias parejas de matrimonios. Mi hermana mayor tenía asignado para marido al hijo mayor de ellos, llamado Lucho; mis otros hermanos tenían a las hijas que seguían después y viceversa. Yo quedaba sin participación pues conmigo no coincidía ninguno.

Después de mi Primera Comunión, que fue a los nueve años, mi mamá preparó unas onces con muchos invitados del barrio, donde por supuesto estaban los futuros consortes de mis hermanos y hermanas. Hubo una despedida porque el hijo de los compadres, Lucho, se quiso ir a vivir a Viña con sus tíos. El jugó todo el resto de la tarde conmigo, o sea no jugó ni al pillarse ni a nada parecido, sino que fuimos todos a la esquina donde habían unos juegos de taca-taca, el compitió conmigo y claro: él ganó. Yo no había jugado nunca a eso. Me pidió un santo, yo se lo dí y él me regaló una figura de aluminio que su papá, que era fundidor, le había hecho.

Siempre él llegaba a la casa porque eran amigos inseparables con mi hermano grande, sacaban ciruelas en mi casa pues, en primavera-verano vendíamos fruta y plantas. También hacían volantines para jugar, en tiempo de volantines. Se hacían grandes campeonatos en el barrio y mis hermanos tenían una pandilla inmensa. Yo jamás participé ni fui parte de ella.

Era y fui muy romántica, me gustaba trabajar la tierra con mi papá, criar las aves que habían muchas. Mi papá siempre me reservaba una parvada de patitos y pollitos recién sacados para que yo los criara. Lo quería tanto, él me enseñaba cómo hacer todo lo que yo quería hacer. Me respondía todas mis preguntas, pero de forma que no me dañaran (por eso cuando descubrí el engaño de mi familia no podía aceptarlo).

Al lado de nuestra casa vivía un chico mayor que yo y que era el mayor de su casa, tenía una hermana bien chica que se llamaba Chabelina. El se llamaba Mario, era muy pillo, siempre me hacía lesa pues yo era super pajarona. No tenía malicia para nada, sólo vivía para "mi mundo en los patios". A este amigo lo llamaban "gallinazo" o

"Capón" porque siempre jugaba sólo conmigo y mi mis hermanas.

Cuando mi hermana cumplió 16 años, se hizo una tremenda fiesta, se adornó el primer patio, se invitó a todos los integrantes de los clubes y mi tía Mary estaba vuelta loca. Le confeccionó una corona de puras flores del jardín, le preparó un trono, porque ahora ella iba a ser la reina de la casa, le regaló una falda larga con una blusa de encaje y un bolero todo blanco. Jugó con ella correteándola por todos los patios, tirándole florcitas que iba sacando de los árboles y de las plantas.

Yo sufrí mucho con esto, pues veía que los árboles y las plantas me pedían auxilio porque les dolía. Después de esa fiesta mi vida cambió un poco. A mi hermana se le permitió traer a sus pololos a la casa, ella había pololeado muchas veces pero no llevaba a nadie a la casa.

Siempre vistió a la última moda lo que se le antojaba. Mi mamá y mi tía se desvivían por dárselo. Siempre existió esa diferenciación de ella con nosotros. Además en el físico también, ella era morena de pelo grueso y negro; nosotros todos los hermanos menores, éramos blancos de pelo



castaño claro y algunos lo teníamos rizado. Yo era una de ellas. Mi pelo era el orgullo de mi papá, y no permitía que me lo cortaran. Lo tenía hasta las caderas de largo, el bello de las sienes hasta la frente, eran puros ricitos chicos y uno de mis tíos, me llamaba la "reparte rizos".

Cuando mi hermana se enojaba con sus pololos, se le antojaba irse de la casa, donde algún familiar o a trabajar para "olvidarlo". Entonces yo tenía que dejar la escuela para tomar el cargo de mis hermanos chicos.

A estas alturas, mi mamá había empezado a trabajar fuera de la casa unos días a la semana, además de los puntos a las medias, que lo hacía en la casa. Después de unos pocos meses, mi hermana volvía a la casa y yo no podía volver al colegio, por lo que mis estudios fueron muy irregulares.

Recuerdo una vez en que luego de hacer lo mismo, yo me enojé y la traté mal, ella me dio unos zapatazos en la cabeza —"siempre me pegaba ahí"— y me mandó a la escuela a la mañana siguiente. Cuando entré, la profesora me llamó adelante y me preguntó por qué había faltado tanto tiempo. Yo no podía explicar la verdad, y le dije que me había quebrado una pierna y que por eso había faltado. Me hizo mostrarle cuál pierna y después mandó llamar a mi mamá. Yo no le dije nada a mi mamá, pero sí llevé a mi papá. El me mandó en la mañana y dijo que luego iría él, pero yo le esperé afuera del colegio, y entramos juntos. La profe me mandó sentar y no supe qué es lo que le dijo a mi papá. Pero no fue lo que yo conté, pues la profesora al final de clases me llamó y me dijo que nunca más dijera una mentira.

Yo no podía creer que mi papá me hubiera traicionado.

Luego de esto, mi papá empezó a tener problemas con mi mamá y mi hermana. Uno de los pololos de mi hermana empezó a interesarse por

mi mamá, yo no me daba cuenta, pues también tenía mis problemas propios.

Mi mamá tenía la mala costumbre de celebrar mis cumpleaños cuando podía. No por falta de plata pues mi papá siempre le reprochaba que no sabía porque se le había metido la idea de trabajar, ahora que vivíamos solos.

Fue en esta época en que llegó un familiar a avisar que mi abuela había muerto en Viña. A nadie le importó. Ni a mi mamá, que siempre se había llevado mal con ella y que siempre le reprochó que se había tenido que casar con mi papá por culpa de ella.

Mis tías y tíos, a los que mi abuela defendía de mi papá, dieron cualquier disculpa por no ir, mi papá les ofreció pagarles los pasajes, pero ni con eso fueron. Sólo fue mi papá, llevándome a mí, por supuesto. Cortó todo los lirios y llevó papas de otras plantas para sembrarlas en su tumba. En el viaje por tren yo pensaba: ¿se imaginaría ella que para su muerte sólo iría a despedirla el "carajón de caballo"?

Yo recordaba a mi abuela cuando llegaba a vivir con nosotros unas temporadas. Cuando yo la llenaba de parches de hojitas de árboles en las sienes y la frente, las que le pegaba con "escupo" cuando jugaba a que ella estaba enferma.

Recordaba también cuando no me defendió, cuando mi tía me hizo unos moños con amarras de alambre, mientras mi mamá fue al hospital a dar a luz a uno de mis hermanos. Recordaba a mis primos, nietos adorados de mi abuela, que no les importó nada su muerte.

B. Descubrí el engaño entre mis padres

Antes de cumplir once años conocí, o mejor dicho, sentí el amor. Se presentó éste en forma de foto, nunca antes me preocupé de esto. Aunque en la escuela, los compañeros de clases y algunos de

Los amigos de mis hermanos hacían algunas bromas, no los tomé nunca en cuenta. Pero ésto fue muy doloroso y cruel para mí.

Antes de mi cumpleaños, mi mamá preparó unas onces, invitó como de costumbre a los amigos del barrio. Entre ellos al vecino amigo, Mario. Al tomarnos unas fotos, empezó la conversación y él me dijo que hacía mucho tiempo que quería mostrarme una foto que me iba a gustar mucho a mí, pues la persona que aparecía en ella, quería conocerme.

Verlo ahí en la foto y sentir el impacto, fue una sola cosa. La mirada que aparecía, la cara de ojos muy rasgados, se parecía mucho a la apariencia de serenidad que tenía mi papá cuando pensaba o descansaba debajo del ciruelo rojo, del cuál se amarraban los cordeles para colgar ropa en el primer patio. Nadie se dio cuenta de lo que empezó a sucederme, pero empecé a poner atención cuando mi mamá conversaba con mis hermanos, pues mi hermano hombre, también tenía problemas de amor.

Nadie supo. Este fue mi gran secreto; no sabía quién era, tampoco pregunté su nombre, ni dónde vivía. Pasó mucho tiempo, llegó la primavera y con ella vino el dieciocho de septiembre. Las comilonas en mi casa eran tremendas. Yo tenía varias gallinas que eran mis regalonas. Mi mamá las mataba. Me hacía lesa, decía que un vecino que se llamaba Venancio, me las robaba. Vivía al lado de mi amigo Mario y el sitio suyo era tan largo como el nuestro, pero mucho más angosto. El se dedicaba a criar chivos, conejos y muchos pájaros de los cuales le regalaba a mi tía Mary. Mi mamá le mandaba conmigo las cáscaras y deshechos de verduras y yo le cobraba siempre mis gallinas perdidas. El me decía: "lueguito te las entrego" pero no lo hacía nunca. Claro, mi mamá se ponía de acuerdo con él para engañarme. A estas fiestas siempre llegaba el compadre y su único tema era su hijo Lucho y el casa-

miento de él con mi hermana. Decía que cuando ella lo viera, lo hombre y buen mozo que estaba, inmediatamente se enamoraría de él y no paraba de hablar de ellos.

Una vez estaban conversando los compadres y les llamó la atención que en todas las cartas que Lucho escribía, nombraba a la hermana "chica" del Juan. Juan era mi hermano mayor. Llegaron las vacaciones de verano; con el verano se cubrieron los árboles de frutas. Se prolongaron mis estadías en ellos y ahí donde crecí y viví mi infancia, un día lo vi a él en persona.

Estaba al otro lado, en la casa de Mario y con él, por supuesto. Era muy alto y macizo, de anchas espaldas, el pelo cortado a lo militar. Al principio no me di cuenta que era el de la foto. Yo estaba ensimismada en un nidito de pájaros que quería alcanzar.

Estaba encaramada en un manzano, creo que toda chascona y rasguñada, cuando el Mario me llamó y me dijo que quería presentarme a su amigo. Entonces yo no supe portarme correctamente sin bajarme del árbol. Le dije ¡bueno!, me puse roja, desde la punta de los pies a la cabeza; me dio vergüenza bajarme del árbol delante de ellos, por temor a caerme ya que estaba muy nerviosa.

Entonces él, desde el patio del lado me dijo muy bajito como si tuviera miedo que alguien lo escuchara: Hola rubia. ¿me das una manzana?

Estas no estaban muy maduras pero le tiré una. Al tirársela, vi que era muy blanco, de tez más bien pálida. En seguida la mamá del Mario los llamó.

Yo aproveché para bajarme, sentía el corazón en la garganta. Quedé muy nerviosa, empecé a pensar en él, día y noche. Me daba vergüenza preguntarle a mi amigo cómo se llamaba.

Una vez, me mandó una revista por el patio, con mi hermana menor. Entre sus páginas, encontré un papel chiquito que decía "tengo 16 años,

me llamo Germán Moreno y tú? ". Era todo lo que decía, la revista era de amor, se llamaba Candilejas.

No sabía si lo que sentía era amor o no. No tenía idea, él jamás me hablaba mucho. Parece que lo cuidaban mucho pues cuando me encontraba en el sitio me pedía cualquier cosa, ya sea una ciruela, una manzana, o una flor. La primera vez que me pidió una flor me sorprendió mucho, pensé ¿no será mariquita?

Cuando yo le pasaba lo que él me pedía, por entre las cercas que eran de arbustos y arbolillos, siempre él estiraba el brazo y me arreglaba el pelo, ya sea tras la oreja o me subía el tirante del delantal, que tuviese caído. Pero no se las comía, ni me decía nada. Guardaba lo que me pedía en el bolsillo del pecho de la camisa. Algunas veces me sonreía, pero, luego se ponía más rojo que yo y se turbaba todo. Venía a casa de mis vecinos, muy a lo lejos y lo que yo sentía era muy raro.

A mí me parecía verlo en todas partes. Buscaba la soledad mucho más que antes. Lo dibujaba en cualquier parte, escribía su nombre en todos mis cuadernos, quedaba pensativa por largos ratos. Así pasó todo un largo año.

En ese lapso descubrí que mi mamá engañaba a mi papá con Luis, el pololo que había pololeado con mi hermana. Esto me traumatizó mucho. Sentí unos celos horribles, que me hacían sentir una corriente eléctrica en todo el cuerpo, incluso en las manos. Mi papá que sospechaba esto, provocaba unos tremendos escándalos, cada vez que llegaba ebrio, los que terminaban cuando mi mamá lo mandaba preso.

Yo no podía concebir que otro hombre se acercara a mi mamá, otro que no fuera mi papá. Esto duró un tiempo más o menos largo. Yo, para que ellos pelearan, inventaba cada mentira contra Luis; sin embargo, él me quería mucho. Cada vez que íbamos a comprar los dos, yo llegaba contándole a mi mamá que él se había quedado con una

mujer fuera del almacén; mi mamá se enojaba mucho con él y se peleaban, pero él no sabía que eso lo inventaba yo.

Mi familia gustaba mucho de salir a largos paseos. Mis hermanos llevaban sus respectivas parejas y también iba Luis, como amigo de la casa, pues no se despegaba de ella. Sábado y domingo mi papá y yo nos levantábamos al amanecer para regar las siembras y para ir a comprar la leche (que él mismo ordeñaba) al callejón Lo Espinoza, que quedaba muy retirado de casa, a muchas cuadras.

En ese trecho yo iba y venía recogiendo caracoles, los que mi mamá asaba o cocinaba, o bien los usaba para hacer un jarabe para la tos. Fue en una de estas levantadas, en que viniendo del fondo del sitio, vi a mi mamá abrazada a Luis. Estaban de pie, él la abrazaba por debajo de la chaleca; sentí odio por los dos y también dolor un dolor muy grande en el pecho.

Estaban bajo el alero, apoyados en un pilar sobre las madre selvas. Con mucha rabia les dije que no las aplastaran y entré a la casa. Yo nunca los había visto así. Ese día nos íbamos de paseo, él también iba, pero para mí ya no hubo paseo, ni alegría ni nada; me torné callada, miedosa, nerviosa. Sólo me preocupaba de observarlos, pensaba en



cómo decírselo a mi papá, pero al mismo tiempo sentía pánico y pena y dolor. Pena porque mi papá era bueno y dolor por causarle este mismo dolor. A la vez pánico porque estaba segura que mi papá los mataría al estar seguro de que lo engañaban. Con mayor razón, si se enteraba de que yo lo había visto todo. Como este hombre era mucho menor que mi mamá, no sé en qué momento terminó todo.

La paz volvió por un tiempo a la casa, pero relativamente, pues la duda vivía latente.

Yo recién había cumplido los doce años, cuando estando en un baile, mi mamá, mi hermana mayor con su pololo y yo, se acercaron unos hombres; uno de los cuales se interesó por mi mamá.

En eso llegó mi tía Mary y así se formaron parejas. Este hombre se llamaba Ramón, lo supe cuando se presentó con su amigo. Como lo dije antes, mi cumpleaños era en septiembre, justo justo cuando empezaba la primavera. Recuerdo que mi hermano ya estaba confeccionando volantines, en lo que participaban todos sus amigos del barrio. A mí me habían asignado la tarea de revolver la cola dentro de un tarro que estaba al baño maría, en una fogata improvisada en el patio, la que avivaba un amigo del barrio al que apodaban "cola". No porque fuera amanerado ni nada parecido, pero así le llamaban. Recuerdo que este niño que tenía 15 ó 16 años, era bien "palomilla" o sea "pelusón". Este empujó un leño que estaba debajo de la parrilla, al hacerlo la movió y cayó el tarro con cola y todo, se apagó el fuego y quedó la escoba. Entonces yo recordé que en el sitio había un árbol que botaba mucha savia pegajosa parecida a la cola. Fuimos a recoger entonces para mezclarla con la cola que se había logrado salvar, cuando escuché mucha algarabía en la casa del lado. Muchos saludos y abrazos. No me causó sorpresa alguna cuando al poco rato en que estaba cabeza con cabeza recogiendo savia con el amigo de mi

hermano, se asomó la mamá de mi amigo Mario por arriba de un trozo de muralla que estaba levantando mi papá. Esta era de adobe al igual que toda la casa que también había hecho mi papá y que era su más grande orgullo.

En ese pedazo de tapia que todavía estaba bajito, colgaban cualquier cantidad de maceteros, todos floridos en esa época. La mamá de Mario llamaba a mi hermana mayor para pedirle permiso para que, yo fuera a tomar onces a su casa. Al levantar yo mi cabeza, vi al lado de la vecina a Mario y junto a él, pero más atrás, a Germán que me miraba con una cara de furia que no se la podía. Yo no entendía por qué. Mi hermana me llevó adentro para que me cambiara vestido y peinarme. Yo sólo pensaba en la cara de rabia que Germán tenía.

Cuando entré a la casa estaba muy nerviosa pensando en que estaría el matrimonio vecino también, ya que yo me avergonzaba mucho, delante del marido de la señora, porque era pesado, pero no fue así. Estuvimos solos sin el vecino. Las onces fueron de lo más fomes porque los únicos que hablaban eran Mario y su mamá. Germán lo único que hacía era hacer tamborilear los dedos en el borde de la mesa. Ni él ni yo probamos nada. En un momento en que Mario pidió a su mamá más té y salió detrás de ella a la cocina, Germán estiró la mano hacía mí por encima de la mesa y me dijo muy despacito y con mucha pena: "eres muy mala y mentirosa".

Esto me dejó muy sorprendida y confusa, porque yo no entendía absolutamente nada. Jamás había hablado con él, nunca. ¿en qué podía haberle mentado? Todo esto me provocaba mucha confusión interiormente. Lo único que pude atinar a hacer fue pararme de la mesa e irme a mi casa. No pude preguntarle por qué me decía eso, no pude abrir la boca. Entré a mi casa, me senté en un sillón y me quedé mirando cómo hervía la tetera.

Al poco tiempo de ésto, otro problema, pero más espantoso vino a agregárseme. Mi mamá pensaba separarse de mi papá, pero no pensaba decírselo, o sea, quería irse a escondidas. Para que mi papá no sospechara nada, se veía con este hombre acompañada de mí. Cuando lo hizo por primera vez, yo quería morirme; los celos y el odio ocupaban todo mi cuerpo.

Me veía dividida. Yo quería quedarme con mi papá, no quería ni pensar en abandonar mi casa. Mi mamá para asegurarse que mi papá no lo sabría antes, aceptó dejarme con mi papá. Yo pensaba en cómo me las arreglaría para lavar las sábanas, tan grandes para mí; cómo limpiarle sus vestones, cómo planchar...

Nunca me había fijado en cómo lo hacían.

C. Estaba segura de que iba a quedarme con mi papá y tuve que partir.

La tarde en que mi mamá decidió irse quedó grabada a fuego en mi mente. Fue un sábado, después de almuerzo. Mi papá me mandó a comprarle cigarrillos, los que él siempre fumaba. Eran odiados por mi mamá, se llamaban "Particular Ambré". Yo tiritaba mientras caminaba hacia el almacén. Cuando volví, mi papá decía que a la noche traería pescado para freír y almejas para preparar, que tuvieran un par de sandías bien grandes y heladas. Yo ajena a lo que pensaba mi mamá, temía no saber preparar lo que mi papá traería esa noche.

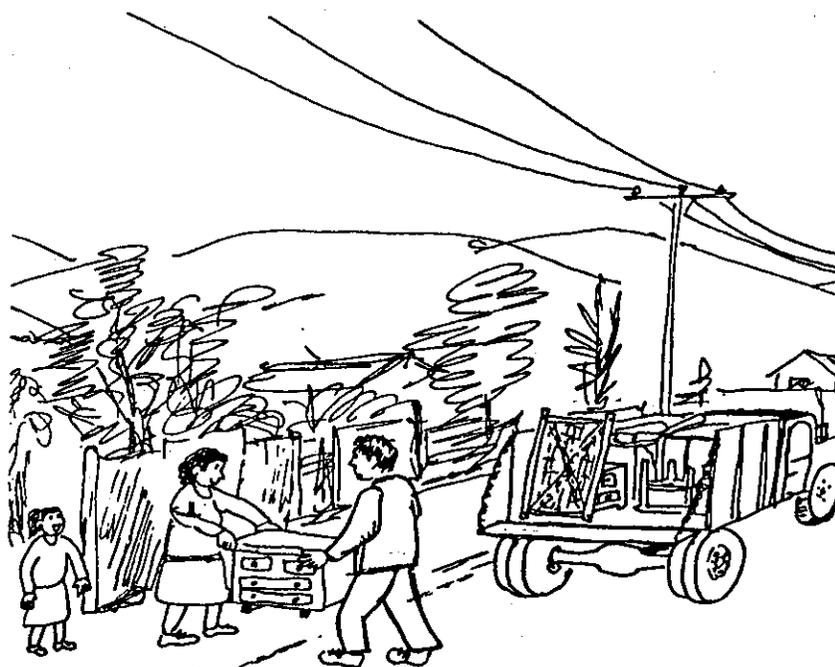
Al irse mi papá, mi mamá corrió a buscar a este hombre que había conocido esa noche en el baile y que se llamaba Ramón. Era bien grande y corpulento. Empezó a sacar las cosas y las subía a un camión en la calle. Yo toda entera, era un manojo de terror.

Uno de mis hermanos sacó toda su ropa y atravesó con ella hasta la casa de enfrente donde vivía uno de sus amigos, él lo recibiría, de allegado.

Respiré un poco más tranquila, porque pensé que al quedarme sola en el día, podría él venirse a la casa. Total, yo tampoco me iba a ir con mi mamá.

Pero estaba equivocada, después de sacar todo lo que mi mamá les decía, vi que mandaba a cargar mi cómoda. Doblaba mis colchones con frazadas y todo.

Lo que sentí por ella en ese momento no sé explicarlo. Sentí un odio tan grande, mezclado de furia y dolor. Vi que me engaño, me mintió y estaba segura que el terror de ir a vivir con un hombre desconocido, y que yo odiaba, causaría mi muerte. Pero todavía me faltaba sufrir más. Mientras mi mamá trataba de arrastrarme hacia la calle para irse, la mamá de Mario entró y abrazándonos, me habló al oído. Por los sollozos míos no supe nunca qué era lo que me dijo, pero me entregó una carta muy gruesa. Entre ella y mi mamá, fui sacada de mi casa.



La soledad me hizo madurar.

A. De la casona llena de árboles pasé a una jaula de ladrillos.

Al llegar a la nueva casa, que se distanciaba de la mía como unas treinta cuabras, ninguno de mis hermanos hablaba. Era una mugre, pero para mi mamá parecía un palacio. Eran dos piezas de ladrillo, piso de tierra, lo peor. No tenía patio, la puerta daba a la calle y la cocina estaba distante del pozo negro, unos tres metros nada más.

Esa noche fue horrible. Al oscurecer, cuando calculé que ya habría llegado a casa mi papá, empecé a llorar de una manera que me asustaba a mí misma y hasta mi hermana mayor empezó a llorar. Yo me arranqué, alcancé a correr como cinco cuabras, cuando este hombre me pilló, me dio un par de palmadas como de travesura y me echó arriba de sus hombros como si fuera un saco. Yo le apuñeteaba la espalda y hasta se la mordí, por lo que tomó distancia.

Por haberme arrancado, mi mamá me amarró. Como todos los hermanos tuvimos que dormir en una pieza, yo no deje dormir a nadie. No pude dormir en toda la noche. Cuando empezaba a quedarme dormida, sentía a mi papá llorar y lo sentía llamarme, pero no podía arrancarme porque estaba amarrada a la cama.

Pasaron los días. Como la casa era tan chica, todos acusábamos el impacto, chocábamos a cada rato. Además nos manejaban encerrados para que mi papá no nos fuera a pillar en la calle. Empezamos a pelear por tonteras insignificantes. Nunca habíamos estado tanto tiempo juntos, yo me portaba mal buscaba pretextos para hacer pasar rabias a mi mamá y a mi padrastro. El nos obligaba a llamarlo papá, pero yo lo llamaba Don Ramón.

Cuando vino lo peor, fue cuando se empezó a comprar de todo para cocinar. Mi mamá no sabía lo que valía cada cosa, pues en casa no era necesario comprar muchas cosas, porque estaban las

chacras que sembrábamos con mi papá y estaban las conservas que él mismo preparaba. Así que cuando empezamos a probar las verduras que en el almacén vendían, mustias y añejas, nadie las quería comer y no las comíamos. Con las frutas fue peor. Nosotros estábamos acostumbrados a sacar. Si queríamos uvas, las sacábamos de la misma parra y el racimo que queríamos. Y en cambio ahora, teníamos que comprarlas en el almacén y de a kilos. Para colmo, no tenía el mismo sabor, eran desabridas, todo esto fue colmando al padrastro y fue minando el ánimo de mi mamá. El gasto era muy grande con siete hijos y teniendo que comprar hasta lo más mínimo en los almacenes.

Mi mamá ya no pudo quedarse en la casa como lo hizo al principio para cuidarnos, tuvo que salir a trabajar afuera de la casa. Además, no tenía la clientela que tenía en el otro barrio, para los puntos de medias y mi padrastro empezaba a cansarse con tanto gasto. Empezaron los problemas.

Yo me había adelgazado mucho. Los vestidos me colgaban, a veces hasta los calzones se me resbalaban de un viaje hasta abajo. Me sentía cansada, pasaba en un rincón sentada, con la vista fija en un punto inexistente, donde yo veía las plantas de mi patio. Pensaba en quién las regaría, en quién le



cocinaría a mi papá. Me preguntaba cómo había reaccionado al llegar a casa esa noche y encontrarla vacía. Quería ir a mi barrio para caminar por mi vereda, echaba tanto de menos todo. Me sentía ahogar.

Un día domingo, cuando al servir el almuerzo nos sirvieron cazuela de ave, vi que en mi plato nadaba un "cogote", lo ensarté para cambiarlo pero todos tenían la misma presa.

B. Mi rabia de vivir con mi padrastro y no con mi papá.

Recordé los domingos en mi casa cuando mi mamá cocinaba, las gallinas que yo criaba, cuando jugábamos a cocinar con mis hermanos y cocíamos huevos frescos de las gallinas, sacábamos lechugas de los huertos y tomates para ensalada; entonces me paré y empecé a gritar muy fuerte ¡quiero irme con mi papá! ¡quiero irme con mi papá! Desperté en el hospital, estuve cuatro días hospitalizada, las enfermeras me encontraban muy amorosa según ellas, me contaban que había sufrido un ataque de nervios, o sea un shock.

Me hacían preguntas muy raras, me di cuenta que a mí no me veía el mismo médico que a los demás niños, sino que venía a verme uno sólo a mí. Me llevaba a una salita especial, donde me tendía en una camilla, me daba dulces o cualquier cosa y empezaba a conversarme de muchas cosas. Y de repente, me daba cuenta que me estaba conversando de los problemas que obligaban a los matrimonios a separarse.

Yo no le había dicho a nadie que mi mamá no vivía con mi papá, pero él, me dijo que la primera noche cuando llegué, deliré toda la noche y que lloraba en sueños por mi papá y la casa. Me explicó que él era un médico especial para estos casos y que me haría olvidar mi problema.

Pero yo no quería olvidar nada, y ya no hubo

caso en que me hiciera hablar. Entonces le explicó a mi mamá que lo mejor era darme tiempo y que luego volviera a llevarme donde él. El día que me dio de alta, me regaló muchos libros y revistas.

Cuando volví donde mi mamá, pensaba distinto. Me sentía mayor, más madura para ver las cosas. Me asqueaba ver dos piezas, y esas piezas llenas de camas pegadas unas a las otras. Ya no aguantaba a mi padrastro.

Llevábamos dos meses viviendo, cuando una mañana, luego que se fue mi mamá a trabajar, yo fui a vestir a mi hermano chico que ya contaba con dos años, y éste estaba hecho pichi en la cama. El lo agarró de las dos patitas y lo metió de cabeza dentro del pozo negro. Yo estaba aterrorizada pensando en que se le podía soltar y empecé a gritarle que lo soltara, que dejara al niño y a todos tranquilos y salí a llamar a los carabineros. El me siguió a la calle y trató de tranquilizarme, pero yo aproveché de que en la calle había mucha gente que pasaba, para gritarle muchas cosas, entre ellas que él era un cafiche que obligaba a trabajar a mi mamá y mi hermana, para él quedarse echado en la cama. Cuando entramos a la casa se sacó la correa del pantalón y me pegó.

Cuando llegó mi mamá esa tarde, yo tenía toda mi ropa lista en una maleta, le conté todo. Además yo le había tirado a él toda su ropa al patio y hasta las cucharas le habían llegado por la cabeza. Lo único que quería era matarlo. Después que mi mamá prometió llevarme a trabajar, yo serví la comida a todos, uno por uno; cuando le tocaba a él, le dije al oído: a mi hermanito U.d. lo hizo desayunar mierda, ahora U.d. vaya a comer mierda y tiré el plato de comida al patio.

El se paró para pegarme, pero mi mamá se puso a llorar diciendo que ya no soportaba tantos problemas, que ya no daba más, que por favor tratara él de comprenderme y muchas leseras más.

Yo sentía indignación porque recordaba que

cuando mi papá trataba de pegarnos para enseñarnos, ella lo subía y lo bajaba a garabatos y ahora a él, le pedía por favor y lloraba.

C. Las circunstancias me alejaban cada vez más de mi papá.

Esa misma mañana mi mamá me llevó donde una señora conocida de ella. Esta gente, era muy rica. Tenían tres empleadas y un chofer. Vivían en la calle Sucre. A mí me recibieron para jugar y cuidar a la hija más pequeña, que tenía en ese tiempo, un mes y medio.

Esa noche a solas lloré como nunca, me sentía todavía más lejos de mi papá. Ya no estaba sólo a unas cuadras. Ahora que podía arrancarme, no sabía llegar hasta la casa.

En esa casa estuve ocho meses sin salir. Me cuidaban mucho, yo almorzaba con ellos en la mesa con lo que me gané la mala voluntad de las empleadas.

El día que me puse a ordenar mis cosas, encontré la carta que me había pasado la mamá de Mario, con lo que recordé de un golpe ese maldito día. Ahora también era sábado en que estaba sola.



Empecé a leerla. Era de Germán. Nunca me había escrito cartas, sólo papelitos donde me dedicaba una canción o me preguntaba algo. Sin embargo era una carta demasiado larga, me decía tantas cosas, pero ya no sacaba nada con leerla. Había pasado tanto tiempo, además no volvería a mi casa, por lo que tenía que terminar lo que ni siquiera había empezado. La guardé.

Sin embargo al hacer la cama al otro día, la volví a encontrar, entonces la tomé, me senté en el suelo y empecé a leerla.

Me decía que sabía el problema que había en mi casa, que no se había atrevido nunca a hablarme por miedo a que mis padres lo encontraran muy mayor. Que se había presentado al servicio militar y se había enfermado, que los médicos le habían diagnosticado leucemia y que estaba en el hospital. Que la carta me la mandaba con Mario y que al escuchar la canción "Ojitos de Angel" lo recordara a él, pues él me la dedicaba a mí.

Yo no ponía atención a las canciones, por lo tanto no tenía idea qué canción era. Sentía que yo, o parte de mí, se había quedado en esa casa. Recordaba cuando lo vi por primera vez desde arriba de un árbol, esa vez en que me llamó la vecina a tomar once y no tomé nada y él tampoco. En la carta, me explicaba que le dio rabia al verme con otro chico, pero que había recapitado.

Pensé que en ese tiempo los árboles estarían botando las hojas. Se acercaba el invierno y recordé las tardes de lluvia en que mi papá jugaba al dominó con su compadre junto al ventanal de atrás, que daba justo a los damascos. Y mi mamá les llevaba una fuente de charqui y una fuentecita con una salsa donde lo iban untando. Recordé que entonces, todos estábamos juntos, alrededor del brasero, y mi papá contaba cuentos del diablo, mientras cortaba en rodajas unos muslos de animal ahumado, que guardaban en la bodeguita. Recordé que ésta tenía un olor tan rico; ahí se guardaban todas

las frutas que se secaban durante el verano: ciruela, duraznos, membrillos y nueces. Mi mamá guardaba las guindas en agua ardiente y les llamaba "borrachitas". Al mirar hacia el techo, éste estaba lleno de cordeles atravesados donde se colgaban los racimos de uvas para que se formaran pasas. Todo eso se iba consumiendo en el invierno, sin embargo ahora ¿cómo pasarían este invierno mis hermanitos más chicos?

Cuando me ponía a recordar esas cosas, me sentía tan, pero tan pobre. Sentía que ya no era igual, que mi carácter había cambiado, que ahora era otra.

Después de 10 meses, fui a visitar a mis hermanos. Mi mamá se había cambiado. Vivía en la Cisterna de allegada donde la hermana que antes vivía con nosotros. Me contó, que después de una pelea en que mi padrastro trató de matarla con una cuchilla, se había arrancado del lado de él. Pero sólo con lo puesto y no podía volver a buscar nada, porque no tenía dinero para un flete tan largo. Cuando llegué a la casa de mi tía, sentí a los niños tan flacos, sucios, tan ordinarios. Me sentí mal.

Esa noche no pude dormir de lo incómoda, pues dormimos cuatro en una cama y amanecí toda adolorida.

Mi tía y mis hermanos me hacían muchas preguntas. Me encontraban muy elegante, muy señorita. Y claro, mis hermanos habían cambiado mucho, estaban irreconocibles y muy pobres, la que seguía después de mí, tenía el pelito cortado al ras de la oreja y en la nuca se le notaba una infección. Con una jardinera puesta, por detrás parecía una pelusita cualquiera y tenía la costumbre de echar la cabecita a un lado, ésto no lo hacía antes. Al volver a la casa donde estaba, conversé con la señora y le dije que necesitaba el sueldo que nunca había cobrado, pensaba pasárselo a mi mamá para que arrendara una pieza y trajera sus cosas, para que salieran mis hermanos de ese haci-

namiento. Entonces ella me explicó que me había recibido, no de empleada, sino para criarme ella, para terminar de educarme. Por eso, yo podía hacer y deshacer en la casa pues era una hija más. Pero me pasó algo de plata.

A todo ésto, mi mamá se juntó con mi tía Mary y juntas arrendaron una pieza mucho más cerca de la casa de mi papá. Esta quedaba en Salvador Gutiérrez, altura del 50 y la casa de mi papá era el N° 5223, por lo que mi papá empezó a visitarla. El encuentro no sé, cómo habrá sido.

Cuando mi mamá llegó a visitarme después de varios meses, yo estaba dando exámenes. Al volver del colegio, mi mamá estaba en el salón con todas mis cosas juntas. La señora se había acostado con una jaqueca después de tanto llorar, porque mi mamá me llevaba.

La cocinera le había contado a mi mamá que los patronos, me presentaban en todos lados como la hija mayor y que estaban tramitando mi adopción. Esto último era mentira.

Yo no quería irme, fui a pedirle a la señora que le dijera que eran mentiras, que no dejara que me llevara, pero ella me tomó las manos y mientras me sobaba el pelo, me dijo que llevaba todo el día tratando de convencer a mi mamá, pero era imposible, que ni por mis estudios quiso entender.

Yo estudiaba medio pupila en los Sagrados Corazones, un colegio de monjas, donde me pagaban almuerzo. Se despidió de mí y me regaló una muñequita que adornaba su velador y que yo vestía todo los días con ropa distinta. Al poco tiempo, la niña que yo cuidaba fue hospitalizada. La señora vino a buscarme para que fuera a visitarla. Ella tenía 2 años y me había echado mucho de menos.

Una vez que iban en el auto, vio una niña muy parecida a mí y se tiró afuera cuando el auto iba en marcha. Yo traté de convencer a mi mamá para volver con ellos, pero fue inútil. Me fui no más con la señora. Ella quería que yo fuera de vez en cuando

para que me separara de a poco de ella y así no lo notara tanto, pero yo decidí quedarme. Llevaba tres días de nuevo, cuando me avisaron que un señor me buscaba. Salí y casi me muero de susto cuando vi que quien me buscaba, era mi padrastro. Me entré temblando entera y el caballero de la casa se preocupó. Entonces yo le mentí, le dije que ese hombre me andaba siguiendo hacía mucho tiempo, hasta en la escuela. Y el caballero llamó a la policía por teléfono y salió a conversar con él. En eso, llegó el furgón y se lo llevaron. Al otro día vino mi mamá a buscarme también con la policía. Y me llevaron de vuelta, me conversaba mucho. Me contó que había vuelto Lucho, el hijo de la comadre, que estaba hecho un hombre y que se acordaba mucho de mí.

D. Alegría ante el reencuentro con mi papá

Cuando llegué a la casa estaba mi papito sentado en la mesa, donde estaba la cocina que servía también de mesa para comer.

Al verlo tan de repente quedé tiesa, inmóvil. El se paró, estaba tan viejito, medio curvado y yo lo encontré más bajito.



Todavía no pude decirle nada, me dolía al final de la lengua. Sólo salté encima de él y lo besé hasta que me cansé. El lloró mucho y trataba de calmarme. Estaban haciendo planes para juntarse de nuevo, lo que me volvió loca de alegría. Yo pensaba en lo mío. Pensaba que si se juntaban volveríamos a la casa grande todos juntos y yo volvería a ver a Germán. Sin embargo, las desgracias parecían ser mi sombra. Un día mientras comprábamos en la feria, nos encontramos con la mamá del Mario. Ella mientras conversaba, a la descuidada, me dijo aparte: ¿sabes que el amigo tuyo y del Mario murió?. Empecé a recordarlo más que nunca.

La separación de mis padres y los problemas posteriores, con la forma de vivir tan distinta, con mi padrastro, no me dejaron tiempo para pensar en lo mío y ahora me daba cuenta que lo había querido, y ya no lo vería más.

Mario me entregó unas fotos que él le había entregado para mí, tenían una dedicatoria muy bonita y mientras miraba las fotos, una con vestimenta de calle y otra de servicio militar, pensaba qué raro era todo lo mío. Como para escribir un libro. Pensar que nunca hablamos los dos. Yo jamás abrí la boca ni para decirle hola. El, cuando me pedía algo, era sólo para que yo me acercara a la tapia y me hablaba tan suave, con miedo. Luego al recibir lo que me había pedido, se ponía tan rojo, y no sabía que hacer.

E. De vuelta otra vez a mi barrio

Viviendo ya en la casa, mis hermanos ponían música todo el día, yo ya no pude seguir mis exámenes y perdí el año. Una mañana mientras desayunaba, escuché la canción "Ojitos de Angel" pero me sentí triste, era en inglés.

Yo empecé a tener otro problema, la pieza donde vivíamos, era común, o sea, era comedor y cocina y dormitorio. Todo junto y mi hermano

llevaba amigos en las noches. Por un rato sí, pero yo sentía mucha vergüenza pues estaba acostumbrada a tener mi pieza y como iba a la escuela antes, me había acostumbrado a acostarme y levantarme temprano. Ahora no podía acostarme delante de nadie.

Mis papás no volvieron a juntarse y la familia no volvió a la casa grande. Un anochecer, fuimos con mi hermana grande a la farmacia de Carrascal, fuimos a pie para aprovechar de pasear, ella conocía a una tremenda cantidad de chiquillos.

Cuando se encontró con Lucho, yo no lo reconocí. Habían pasado varios años, yo disimulada me ponía tras mi hermana y él se corría. También mi hermana al moverse, provocaba sin darse cuenta, el que nos viéramos. Como yo no me atrevía a saludarlo y él seguramente no recordaba mi nombre, me daba vergüenza nombrarlo. Así que me adelante y los dejé solos. Mi hermana era muy pesada de sangre y muy fresca, le pidió que la invitara a tomar un refresco en la fuente de soda. Yo cuando volví, me quedé en la acera de enfrente.

Al observarlo vi que todavía era muy rubio, pero estaba muy grande, parecía hombre mayor. Como no salieron luego, yo me fui a la casa, comí y me acosté.

En la noche desperté con el ruido que hacía alguien al hojear una revista a los pies de mi cama; me enderecé y lo vi. Era Lucho de nuevo, estaba de espaldas, sentado en mi cama, mientras mi mamá le servía comida a él y a mi hermano, me dio tanta rabia y vergüenza; para colmo mi hermano chico se bajó a hacer pichí en un recipiente. Me tape la cara con toda la ropa y hasta con la almohada. Mi hermano y Lucho se reían de la equivocación del niño. Luego de un tiempo, mi hermano encontró otra casita, más abajo sí, en la cuadra 65 de la avenida. Mi mamá no quiso juntarse de nuevo con mi papá y él al quedar solo se había cambiado a una cité y nuestra casa estaba sola y desocupada.

Yo no tenía amigas, nunca las tuve ni en la escuela. Con la única que jugaba cuando estaba con mi papá era con la hermana de Lucho. Por lo que la única entretención era ir a un potrero cercano a la casa donde ahora vivíamos, a encumbrarles volantes a mis hermanos chicos. Casi siempre estando allí, veíamos a Lucho llegar de su trabajo, seguramente y mi hermano chico que lo quería mucho, pues éste lo tomaba más en cuenta que mi hermano grande, lo llamaba a gritos ¡Luchooo!. El le hacía señas de lejos.

Cada vez que Lucho llegaba a la casa yo buscaba algo que hacer fuera de la pieza. No sé por qué me caía mal. Una vez mi mamá me mandó a comprar varias cosas y como vio que serían pesadas, le pidió que me acompañara. Mientras él se ponía el vestón yo salí corriendo, doblé una esquina que no debía y así lo despisté. Pero luego de un rato, él me encontró y muy patudo me retó. Me dijo por qué me creía tanto, que siempre me andaba corriendo, haciéndole el quite y que por qué era tan pituca, tan distinta a todos mis hermanos.

Me quedó mirando, luego se sonrió, me sacó la bolsa que yo había apoyado en el suelo y me hizo caminar al lado de él. Yo no le contesté nada, pero hervía de indignación.

Esa noche él se emborrachó con mi hermano, mi papá y mi tía. Hasta mi mamá se le anduvo pasando la mano. Yo no pude dormir con tanto olor a curado. Luego de esto, mi mamá se cambió a la casita que había encontrado mi hermano, él vivía cerca del potrero donde yo iba a caminar, con una niña que se llamaba Clara.

La casa donde vivía Lucho, colindaba con este potrero. La tarde antes de cambiarnos mi hermano chico quiso ir a despedirse del potrero y encumbrar un volantín. Lo llevé, estaba en el borde de una acequia sentada, cuando empezaron a tirarme pequeñas piedrecitas por la espalda. Disimuladamente vi que era Lucho. Me paré y me fui a sen-

tar bien lejos. En esto, a mi hermano le estaban echando cortado el volantín. Lo único que se me ocurrió hacer, fue empezar a bajarlo desesperada mientras mi hermano lloraba a bramidos. Entonces llegó Lucho y él le dio todo el hilo, con lo cual echó al volantín agresor cortado. Al entregarle el volantín al niño le dijo: "dile al tonto que te acompañe que aprenda a hechar comi, también". Yo me miré, ¿sería por que siempre andaba con pantalones que dijo así? Más mal me cayó. Al llegar a vivir en la nueva casita, entré de nuevo al colegio. Después de un tiempo, las chicas del barrio que eran de mi curso empezaron a andar detrás de Lucho. Le mandaban cartas conmigo, yo no se las daba personalmente, sino que se las entregaba mi hermano chico; pero él sabía que yo las llevaba y las rompía, cuando sabía que yo lo veía.

Mi mamá conoció a otro hombre, este tenía un puesto en la feria. Mis compañeros de curso empezaron a pelearme, como era nueva en la escuela, todos me disputaban y me escribían chiquitas o me mandaban saludos. Mi mamá llegaba muy tarde en la noche y siempre se le ocurría mandar a comprar algo pero no tenía quién me acompañara. Mis hermanos estaban todos acostados y mi hermano mayor se iba a su casa, entonces le pedía que me acompañara al "Luchifó". Yo me iba adelante y él me tenía que seguir atrás, entonces los chicos del barrio le gritaban "Niñeraaa!". Todos le tenían mala, porque las chiquillas andaban detrás de él y yo, que era nueva en el barrio andaba con él de guardaespaldas. Una tarde de sábado en que mi mamá no llegaba, después de almuerzo yo acosté a mi hermano y me tendí de boca a la orilla de la cama a hacer las tareas. En eso no sentí como entró Lucho. Se sentó al lado mío sin decir nada. Ahí se quedó, yo no le hice el más mínimo caso. Pero de repente me tomó del cuello y trató de besarme. Yo me paré de un salto y asustada me puse a llorar, estaba sola y parecía que él estaba medio borracho,



porque tenía olor a alcohol. Entonces, como enojado me dijo que no fuera mentirosa, que él no me había hecho nada y se fue. Yo quedé más tiritona, todavía. Al irse recordé a Germán, también me había dicho mentirosa sin razón alguna. A la tarde siguiente fui a jugar basquetbol a la cancha de la escuela y mi mamita mando a Lucho a buscarme porque se hacía tarde. Cuando veníamos de vuelta, él me preguntó si estaba enojada por lo del día anterior. Yo al recordar que él me había dicho que no fuera mentirosa y para que no creyera que le temía, le dije que no y no le contesté ninguna otra pregunta.

Antes de entrar a la casa me tomó del brazo y me abrazó tratando de besarme otra vez, entonces reventé, y con la pelota que llevaba en la malla; le di. Cuando quiso besarme lo mordí, lo escupí, y le dije tantas cosas; que le tenía asco, odio y que era un viejo degenerado, que me dejara tranquila.

F. Lucho

No me llevaba bien con Lucho. Y es que yo no sé por qué, pero lo encontraba no sé como. Me daba rabia cuando él llegaba, además no entendía por qué a todas las chicas del barrio las volvía locas; le mandaban saludos con mis hermanos más chicos, le escribían cartas, algunas bien descaradas. Recuerdo que un niño chico fue a dejarle una carta de la hermana y como él no estaba, la recibí yo, la abrí y la leí. La niña le decía que lo quería mucho, que deseaba tener su amistad y que ella con sus amigos estaban dudando de su hombría porque no entendían cómo un joven de su edad no pololeaba con ninguna niña. Esto me dejó pensativa, era cierto. El era ya bien mayor, además está la manera de caminar, de pararse, no se, pero todo, le daba un aire de hombre viejo. Se vestía muy bien, más o menos a la moda, pero no imitaba a nadie, a diferencia de todos los demás chicos, que siempre imitaban a algún cantante o artista de moda. Siempre usaba una bufanda blanca de pelos largos. La llevaba siempre pasada solamente por el cuello y suelta a lo largo por delante. Era muy rubio. Bien crespo de ojos verdes oscuros, estos tenían las pestañas largas y crespas, de nariz perfilada y de boca chica de labios gruesos. Era cierto que era bien parecido. Entonces, ¿qué esperaba?, por qué no se casaba él con mi hermana. Pasaban tantas cosas raras en mi familia, cosas que yo preguntaba y que nadie nunca se molestaba en contestar. Cuando Lucho llegó en la tarde, le entregué la carta, la leyó y la dejó en cualquier parte; creo que nunca le importaba que las niñas le escribieran. Siempre que alguna le mandaba saludos o algún recado, él decía "déjenlas que sufran, así soy yo, cuando tengo tiempo las atiendo". Esto era lo que a mí me molestaba. Además ese olor a tabaco que le impregnaba todo el cuerpo. Fumaba como chino. Y esa manera de dirigirse a mí cuando por obligación te-

nía que decirme o preguntarme algo. Me hacía una reverencia y luego me decía: "madame, ¿puede decirme dónde está esto?", o si no, "madame, le mandan a preguntar si puede ir a comprar, ¿se digna a contestar?".

Era tan, pero tan pesado el pobre imbécil. Muchas veces estuve a punto de decirle un par de garabatos bien grandes para que la cortara de joder, pero ¿cuándo iba a ser capaz de eso?

Cuando en la noche llegaba mi mamá, y yo me quejaba, lo único que ganaba era un rosario de retos, siempre me decía que ella le estaba muy agradecida. De que él era un joven tan apuesto, apenas salía de su trabajo caminaba tanto para llegar a acompañarme, mientras llegaba ella, ya que eso no lo hacían ni mis hermanos más grandes. Ella siempre lo quiso mucho. Desde que yo recuerdo Lucho quería más a mi mamá que a la de él. Mi mamá lo mandaba a cualquier cosa y la hacía de inmediato y muy contento, pero yo estaba tan aburrida de esa situación.

A mí me gustaba estar sola, para recordar. Me gustaba recordar cuando vivía con mi papá; la casa, los árboles, las plantas, las siembras que hacíamos los dos, sobre todo el espacio que había para correr cuando me levantaba en las mañanas; salía al corredor me estiraba y luego me echaba a correr pasando entre los árboles, saltando los paños y macetas de plantas hasta que mi papá me atajaba y echados boca abajo en el patio nos poníamos a comer nueces y conversábamos. Esa era mi mejor entretenimiento, pero cuando terminaba mis quehaceres, después de tomar onces y me disponía a descansar para pensar tranquila, siempre llegaba Lucho. Sus conversaciones siempre llegaban a lo mismo, a bombardearme a preguntas, hablaba tanto.

A veces se contestaba sólo y yo me largaba a reír y el idiota me daba las gracias de que yo abriera la boca, aunque fuera para reírme de lo que él hablaba. Entonces yo menos me atrevía a conver-

sar, porque pensaba si sigo conversando, va a estar dándome las gracias toda la tarde. Como no le contestaba, él decía que yo no lo consideraba digno de ser amigo mío que el orgullo que tenía era tan grande que lo tenía metido hasta en los bolsillos, ya que a nadie consideraba digno de ser amigo mío, por eso no tenía ni amigas ni amigos. Que era muy creída y despreciaba a toda la gente y me decía que eso terminaría dañándome sólo a mí, que el desprecio que yo sentía hacia el mundo, se volvería hacia mí al final.

A veces bien enojado me gritoneaba preguntándome: "a ver, dime, qué te crees tanto ah?"

¿Te crees tanto porque tú eres bonita ah? Hay otras más bonitas que tú, o te crees tanto porque estudiaste en un colegio de ricos? ¡¿ah?!

Apenas fueron dos años y el último no lo terminaste, me decía gritando, muy enojado.

Yo lo único que hacía era contestarle con un encogimiento de hombros que lo desesperaba más y terminaba dando un portazo y saliendo a la calle.

Yo respiraba aliviada, pero después de unos minutos volvía a entrar. Al abrirle la puerta me miraba con cara de furia, llegaba a ponerse rojo, siempre que se enojaba se le ponía rojo el cuello y la cara, se sentaba en un sillón a leer, lo que le gustaba mucho hacer. O se ponía a jugar con mis dos hermanitos más chicos ya que siempre estaba regalándoles juguetes o cualquier otra cosa. Ningún sábado llegaba con las manos vacías, siempre les compraba algo.

Yo me ponía a cocinar la comida de la noche, mientras hacía las tareas.

Había entrado a la escuela de nuevo. Esta era muy humilde, constaba de dos salas solamente, lo demás estaba en construcción. Estaba ubicada a 3 cuadras de la casa y quedaba cerca del Resbalón y el Callejón Duarte, que ahora es el Campamento o Población Violeta Parra.

En ese tiempo era sólo potreros, fundos y



viñedos muy grandes. Como mis estudios habían sido muy irregulares, y nunca me gustó la matemática, tuve problemas al empezar a dividir por fracciones y números quebrados.

Mi papá no tuvo estudios, por lo tanto no sabía leer ni escribir. Era muy bueno para sacar cuentas. Nadie le ganaba. Incluso, sacaba cuentas sin anotar con lápiz, y siempre acertaba, pero en mis tareas no entendía nada.

Mi hermano mayor no nos visitaba y con mi hermana mayor, mejor ni contaba; no paraba en la casa.

Ella se mandaba sola, no pedía permiso para nada. Sólo avisaba cuando estaba lista para irse a las fiestas o que iba por unos días a tal o cuál parte a pasear.

Trabajaba de secretaria en un laboratorio de perfumes y como aportaba con algo a la casa, hacía lo que quería. Mi mamá aprendió a leer y escribir con sus hermanos, por lo que tampoco entendía las matemáticas. Por lo tanto, mi mamá no encontró mejor ayuda para mí, que decirle a Lucho que me ayudara; ella nunca me dio permiso para que fuera a estudiar con alguna compañera de curso, porque

sino llevaba a mis hermanos chicos, no podía dejarlos solos en la casa, y si los llevaba no podía estudiar tampoco, pues se ponían a trajinar por todas partes.

Parecía que estaba condenada a aceptarlo, Lucho tenía mucha paciencia para enseñar, pero yo me sentía humillada, porque apenas aparecía en las tardes, estuviera yo haciendo lo que fuera, él me exigía que dejara de hacerlo y se sentaba a explicarme.

Al cabo de algunos días ya me había aprendido la materia, porque el profesor de matemáticas era muy comprensivo y explicaba con mucha voluntad. Por eso le dije a mi mamá que no necesitaba que él me siguiera ayudando; sin embargo, ella me retó porque dijo que yo le había dicho que tenía problemas solamente para conseguir que ella me dejara andar de "visitadora social" por el vecindario.

Lo que mi mamá no quería creerme, era que con las llegadas de Lucho todas las tardes a la casa, el vecindario al que ella decía respetar tanto, estaba murmurando cosas horribles de mí. Y tenían razón creía yo, pues ellas lo veían llegar todas las tardes a la casa cuando mi mamá ni pensaba llegar.

Frente a la casa, había una quinta de recreo, y a veces en los fines de semana, cuando iban a bailar, si volvían de amanecida, él se quedaba a alojar. Porque él vivía todavía, frente a la casa en que nosotros vivíamos con mi papá, que quedaba como a 20 cuadras.

De esto también se daban cuenta los vecinos, pues él se amanecía en la casa y ésta, era una especie de cité, o sea, era un patio interno donde vivíamos tres familias, una de ellas era la mamá de la dueña de la propiedad, y ésta, era de la hermana de un caballero que se llamaban compadres con mi papá.

Este caballero tenía dos hijos, con una señora

que tenía muy mala reputación, entonces él llegaba a llorar sus penas a mi casa.

Mi mamá le daba consejos, conversaban mucho. A mí no me gustaba nada que él llegara a mi casa.

Apenas pasaba a la casa de su mamá y hermana que vivían al ladito, pared con pared con nosotros a saludarla y se iba, dejando todos sus problemas en mi casa. Luego, si yo le decía algo a mi mamá, me callaba de un solo grito. Así es que por lo tanto, mejor me tragaba mis problemas y mis dudas y todo lo que pasara.

Yo pensaba que las vecinas pelaban, porque yo no salía para nada a la calle, en verdad nunca me gustó hacerlo. Eso de pararse en la calle a mirar pasar la gente, o esos grupos en las esquinas que la miraban a uno de arriba a abajo cuando pasa, lo encontraba siempre tan ordinario.

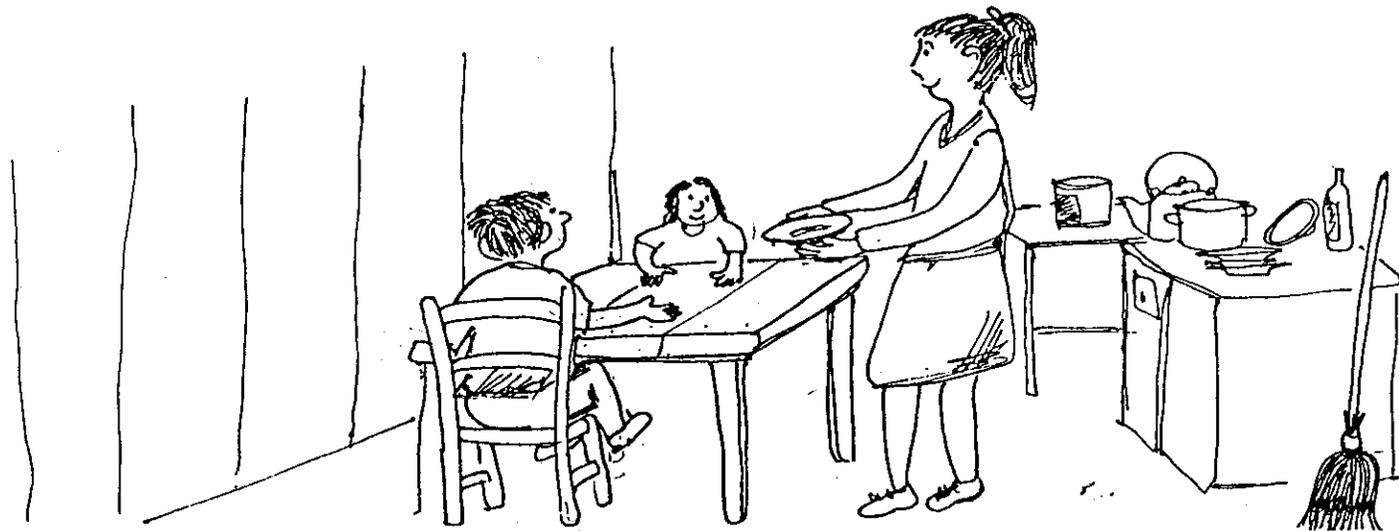
G. A medida que crecía, aumentaba el trabajo.

No tenía tiempo para salir. En la mañana tenía que dejar desayunados a mis tres hermanos, antes de irme al colegio.

Mi mamá se levantaba justo para irse a trabajar porque llegaba muy tarde. Luego de volver de la escuela, yo tenía que calentar la comida y mandar a mi hermana Rosa a la escuela. La mayoría de las veces tenía que ir a dejarla yo misma, porque los niños le pegaban por el camino o se devolvía por miedo a los perros.

De vuelta tenía que hacer todo el quehacer de la casa, porque Rosa además de ser muy chica, era medio volada, sólo podía lavar las tazas del desayuno y barrer, botar las pelepas y nada más.

Al terminar los quehaceres, ya era hora de onces y entonces debía preparar dos mamaderas, ir a buscar a mi hermana, darles onces, cocinar comida para la noche, hacer mis tareas, luego cocinar la comida para el otro día, pues al volver



del colegio apenas alcanzaba a calentar lo justo para que mi hermana almorzara, lavarla, vestirla e ir a dejarla, corriendo.

Por lo que tampoco a mis hermanos los dejaba salir a la calle porque, como eran muy chiquitos, me demoraba en darle sus mamaderas y si los sacaba a la calle, tendría que estar cuidándolos, perdiendo el tiempo; lo que me hacía atrasarme con la cocina. Y si mi mamá llegaba y no estaba todo listo, me subía y me baja retándome.

Pero con los pelambres que andaban, yo no me atrevía a estar sola adentro. Además, no sé por qué mi mamá llegaba cada vez más tarde, así que empecé a salir en las tardes, al oscurecer, cuando llegaba Lucho. El entraba, yo salía y si él salía a la calle, yo entraba a la casa con cualquier excusa. La cuestión era no estar junto a él.

Yo no sabía ya qué hacer, ni a quién recurrir. Mi mamá decidió no juntarse con mi papá, él enojado había dejado de visitarnos y yo lo necesitaba más que nunca. Me sentía sola. Por cualquier cosa, sentía deseos de llorar, mi mamá nunca tenía tiempo ni paciencia para escucharme. Además si mis problemas afectaban a Lucho, antes de empezar, me cortaba.

Yo siempre usaba el pelo tomado en una cola de caballo, pero ahora no quería mirar a esa gente, tan sucia de mente, así que empecé a usarlo suelto.

El tiempo seguía pasando y yo veía, o mejor dicho adivinaba, que las relaciones de mi mamá con el señor ese que tenía un puesto propio en la feria libre, se iban estrechando cada vez más. Ya casi no la veíamos. Empezó a salir hasta los sábados. Yo tuve que hacerme cargo también del lavado.

H. Tuve que retirarme del equipo de basquetball para criar a mis hermanos.

Tuve que retirarme del equipo de basquetball del colegio, porque jugábamos los sábados en la tarde, y a esa hora, yo ahora tenía que lavar.

Pero qué cosa tan rara, ya no sentía ni tanto dolor ni tantos celos, sino vergüenza, mucha vergüenza. Yo no sabía si cuando Lucho llegó de Viña, al visitar a mi mamá, ésta estaría viviendo con mi padrastro o sola pero ahora sabía lo que estaba pasando y yo no podía comprender o entender lo que pasaba, pues la única persona que tenía más cerca, era la que justamente me perjudicaba. A la vez de estar tan cerca había un mundo

de distancia, porque él no sabía entender el por qué de mi comportamiento.

Nadie, creo yo, podía contarle o explicarle, lo que me había sucedido al separarse mis padres, porque nadie sabía lo que yo sentí y sufrí. El no comprendía por qué yo no podía tener amigas.

Y era porque yo nunca las había necesitado al vivir con mi papá. Yo dedicaba mi tiempo a los patios, a plantar, criar aves, entonces, de qué podría hablarles a mis amigas, si yo no tenía experiencias? Tampoco de pololos, y ellas sólo hablaban de eso. Del vestuario tampoco, nunca me preocupó ser pretenciosa y ellas también hablaban de eso. Yo sólo me vestía con jeans, o con pantalones pescadores que se usaban en ese tiempo.

Tampoco era creída como decía él, sino muy corta de genio, muy vergonzosa, además él mismo era culpable de que yo no tuviera amigos. ¿Quién se iba a atrever a hablarme, si él andaba siempre a la cola mía? Yo trataba de obligarme, a poder soportarlo, ya que él siempre iba a ser de la familia.

Pero cada vez que me proponía y decidía tener voluntad para hablar con él, era él el que llegaba y "metía la pata". Cuando dejé de ir a jugar, el profesor de basquetball, mandó a preguntar por mí. Como ahora salía a la calle, cuando vinieron mis compañeros de clases y de equipo, me encontraron afuera y me empezaron a confesar. Estábamos en eso, cuando apareció él y tan graciosamente me gritó: "¡ya, ya!", para adentro, a estudiar. Sin ni siquiera saludar, ni a mí, ni a mis amigos.

Para más desgracias unas vecinas iban pasando. Yo no atiné a nada, sólo a irme para adentro, muerta de vergüenza, sintiendo más rabia e impotencia contra mí, que contra él, pues él se aprovechaba de mi timidez para ser tan pesado.

Un sábado en la tarde mi mamá llegó muy apurada. Se bañó, cambió y perfumó y sin mirar el té que le había servido se despidió y salió. Yo sentí un pesar grande en el pecho y no sé por qué

me dio miedo. Le pregunté si llegaría temprano, se enojó y me dijo si es que necesitaba pedirme permiso para llegar tarde. Por eso yo mejor no hablaba ni preguntaba nada, porque siempre recibía malos tratos y retos.

Yo estaba creciendo y desarrollándome con una opresión muy grande en el pecho. Era como un peso, una sensación como que de repente me iba a asfixiar o la cabeza me estallaría. Eramos cuatro hermanos que quedábamos, sólo tres de ellos éramos mujeres, el menor hombre, apenas cumpliría cuatro años en noviembre. Yo y mi mamá no nos llevábamos bien. Ella sabía que yo estaba con ella contra mi voluntad, que mi único deseo era irme a vivir a la casa grande, como llamábamos a la casa de mi papá, aunque fuera sola.

Esa tarde, cuando llegó Lucho, yo estaba como ya lo hacía desde un tiempo en la calle, allegados a los troncos de los árboles, de la vereda. Habían unos peñascos grandes, ahí me sentaba, porque los árboles daban harta sombra oscura y como mis recuerdos, me hacían llorar, nadie se daría cuenta, si lo hacía, pues sufría sola y callada. Si tenía problemas graves o simples, tenía que resolverlos sola, como pudiera. No tenía con quién conversar, ni tampoco podía buscar a alguien, pues ¿a quién podría contar que había tenido un padrastro y ahora iba a tener otro?

I. Nuevamente un padrastro.

Como adivinando, lo que yo estaba pensando, Lucho al tiempo que me allegó un pañuelo en la cara me dijo: así es que vas a tener un nuevo papá.

Al escuchar esto de boca de él, aunque era bien conocido, sentí un dolor muy raro y una corriente eléctrica en todo el cuerpo, porque yo pensé, que si lo sabía, no tenía para qué, venir a decirlo. Además, en el lugar en que estábamos.

Esa noche de sábado, mi mamá no llegó. Me

De repente mi hermano preguntó por mi mamá, yo le dije que no había llegado esa noche.

¿Y por qué? me preguntó.

Qué sé yo, le dije. Pregúntale a él, le dije señalándole a su amigo. ¿Y qué sabes vos? le dijo mirando a Lucho.

Menos que tú, le contestó él. Yo le menté anoche a tu hermana, para que se acostara tranquila porque tenía la cara hinchada de puro llorar parece.

¿Y por qué llorabas mierda? me dijo mi hermano, que era bien despota con sus hermanos chicos. Fueron a comprar, entonces y trajeron pan azúcar y huevos.

Recuerdo que mientras ellos fueron a comprar, yo apuradita me cambié ropa. Como había dormido vestida y el día anterior había lavado todo, no tenía qué ponerme. Total, me puse cualquier cosa después del desayuno.

Salieron: mi hermano y Lucho.

En eso llega mi hermana, yo no sabía qué hacer de almuerzo. Ese día domingo había feria cerca de las doce volvió Lucho, se acercó donde yo estaba, cambiando a uno de mis hermanos y me dijo:

Te alcanza ésto para el almuerzo mientras tanto? dejando unos billetes. Entonces entró mi hermana y dándole un coscorrón en la cabeza le dijo: ¡ay Toñito!, vamos a la feria, ¿quieres? Fíjate que venden unos aritos haciendo juego con pulseras y prendedores, ¿ya?

A mí me daba vergüenza porque mi hermana era así. Todos la encontraban pedigüña.

Llegó mi mamá y fue todo órdenes, gritos y mandatos. Yo tuve que acompañarlos a la feria porque según ellas, yo sabía en qué puestos comprar. Porque ya tenía caseros conocidos.

Como me había acostado con los únicos pantalones que tenía secos, tuve que ponerme una falda. Casi nunca usaba faldas o vestidos y no se

por descuido o por dejada. No me di cuenta que los cuadros que me puse tenían elástico más o menos vencido. La cuestión es que cuando llegábamos a la feria sentí que éstos se me resbalaban. Por

más que me sujetaba con disimulo, claro, a mi hermana se le ocurre adelantarse y a mí, que voy atrás se me terminaron de caer los calzones. Total, bien rápido saqué un pie, bajo la bolsa encima de éstos, saqué el otro pie, me agacho bien, los agarro enrollándolos bien con la mano y los echo en la

bolsa por qué llorabas mierda? me dijo mi hermano, En eso Lucho me toma la bolsa para recibir unas frutas y me pregunta: ¿no hay nada que pueda reventarse? mirando dentro de la bolsa; no me quedó más que hacerme la lesa, creo que por hacerme pasar vergüenza no más lo hizo.

En la plaza Garín, habían llegado unos jugos, mi hermana le pidió a Lucho que la llevara. Este invitó a mis hermanos chicos y a mí. Mi mamá me recomendó, harto a mis hermanitos, pero a mi hermana grande no le hizo ninguna recomendación.

No sé en qué momento mi hermana se juntó con un grupo bien grande de amigos y amigas y de repente se perdió. Yo viéndome sola, me dio miedo que se me perdiera un cabro chico y como la casa

quedaba bien lejos, decidí irme mejor. Tenía que pasar por unas avenidas de árboles bien frondosos y que era muy oscura porque no había luz en los postes. Así que yo caminaba sintiendo un cuchillo en la espalda juraba no acompañar nunca más a mi hermana.

De repente por una esquina aparece Lucho, pero solo. Según él creyó que nos habíamos venido las dos juntas pues a él también se le había perdido de vista mi hermana y quería devolverse a buscarla, pero yo no quise porque el niño más chiquito tenía sueño y hacía mucho frío para él.

En el camino a casa cada uno llevaba un crío. Yo con uno en brazos y el con otro montado sobre sus hombros. Lucho se deshacía en preguntas, que



¿cómo me gustaban los hombres? , acaso pololearía con un hombre que tomara, o me caían mal los que fumaban, y puras cosas así.

Yo bien sería le contestaba: me gustan los hombres con pantalones y ojalá ciegos y mudos.

Entonces él decía: habrá que callarse entonces. Esa noche cuando llegamos, mi mamá casi me pegó, casi eran las diez y los niños sin comer y todo por buscar a mi hermana. A mí no me dejó explicarle nada.

En cambio cuando Lucho le dijo que ellos me habían dejado sola y que después él quería que nos devolviéramos a buscarla de nuevo.

A él sí que le puso atención y lo escuchó. Dijo que había creído que yo de parada no más, me había separado de ellos. Pero a mí no me pidió disculpas y me quedé con los retos injustos. Entonces me daban ganas de llorar y echaba más que nunca de menos a mi papá. Él siempre me escuchaba y me contestaba las preguntas, aunque siempre las arreglaba a mi medida.

Esa noche le tocó trasnochar a mi mamá esperando a mi hermana. Yo después de darles de comer a mis hermanos, los acosté, terminé mis tareas para el otro día que era lunes y me acosté.

Mi mamá se quedó conversando con Lucho en la otra pieza y mientras mi mamá tomaba puntos

de medias Lucho le preparaba mate, que tomaban con aguardiente, para el frío decían ellos.

Yo no me separaba de la muñequita que me regalara la señora que había tenido por dos años y dormía con ella, le cosía y le tejía ropita. Esa noche estaba quedándome dormida cuando escuché que mi mamá le dice a Lucho: Oye Luchito, ve si esta chiquilla tapó bien a los niños, mira que como se acostó taimada, quizás cómo los acostó.

Yo me hice la dormida y Lucho abrió la puerta, prendió la luz, vio a mis hermanos y luego se acercó a mí, tomó las tapas para taparme más, y al verme dormir con mi muñequita se largó a reír a toda carcajada.

Le gritó a mi mamá a la otra pieza, sin parar de reírse le preguntaba: ¿cómo yo que era tan tiesa, creída y orgullosa, podía ser tan infantil y por qué ella dejaba que yo fuera así? Mi mamá me sacó la muñeca y fue a ponerla encima de la cómoda, entonces él me pasó la mano por la cara y me apartó las chasquillas de los ojos, me sopló la cara.

Entonces yo me enderecé, lo hice salir de la pieza y él, al salir, me tiró la muñeca a la cama y me dijo: tome su guagua, señora.

Llegaron los exámenes de fin de año en la escuelita donde estudiaba y como regalo de fin de año los curas y monjas que lo manejaban, organizaron un paseo por tres días a la playa.

Los alumnos que tuvieran más altos puntajes, podían llevar un pariente gratis. Este pariente tendría que hacerse cargo de un grupo de alumnos fuera de su pupilo. Por supuesto, yo que durante todo el año me pelié el primer lugar con una compañera que se llamaba Margarita Campos, quedé seleccionada para llevar a un pariente.

Mi hermano mayor me dijo que me fuera a la cresta. Apenas los aguanto a Uds., me dijo, y voy a cuidar mierdas ajenas. Si yo no llevaba a alguien, todo mi grupo no iba a poder ir.

Entonces recurrí a mi hermana, ella dijo que

sí cuando vio al profesor, quedó encantada. Este tenía 26 años, era muy buen mozo, moreno y de bigotes: lo que no sabía era que era zunco, y como lo vio de lejos, no se dio cuenta.

Me entregaron los pasajes para el bus que vendría a buscarnos a la puerta de calle y esa noche, mientras yo preparaba mi paseo, Teresa, mi hermana mayor se arreglaba el pelo para un peinado nuevo; se lijaba las uñas y los talones de los pies. Lucho nos contemplaba a una y a otra.

De repente me pregunta: ¿Oye, cómo quedó zunco tu profesor? Antes que contestara, Teresa gritó: ¡Qué! ¿Es zunco? ¿Y por qué no habías dicho?, me gritó.

Y que tiene que ver mi profesor, dije yo sorprendida.

¿Cómo no te vas a imaginártelo en traje de baño y con un solo brazo? ¡no! de ninguna manera voy yo a ese paseo mañana. Dijo enojada.

Fue como un balde de agua fría para mí. Mi hermana no había aceptado por mí, sino por la estampa del profesor, lo que me hacía sentir más insignificante. Mi mamá no le dio importancia al asunto, por lo que dijo: Bueno, sino van a ir, sirvámonos lo que había preparado para el viaje, entonces.

Teresa, echando pestes porque yo la había engañado, empezó a sacar los paquetes. Yo sentía que las lágrimas me iban a salir, dije que iba al baño y salí.

No sé si era por la rabia, pero me picaban las palmas de la mano, y en esos momentos así, sentía vergüenza de mi familia. Estaba aburrida y cansada de esa vida. Yo no había convivido nunca con ellas, sino los últimos tiempos solamente, por lo tanto, no podía ser así. Y esto cualquier persona lo constataba casi al momento.

Al poco rato, ya serena y conforme entré. Me preparaba para acostarme cuando mi mamá que conversaba con Lucho me gritó diciendo que él iba

a acompañarme. La verdad que no podía creerlo. Era como si fuera sola en el mundo. Así me sentía y siempre era él el que acudía en mi ayuda.

Cuando subimos a la micro, ya no me cabía más vergüenza, me imaginaba que todos se daban cuenta que él no era de mi familia y sentía que todo el profesorado tenía la vista fija en mí.

Al llegar a la casa, en la playa, ésta era bien grande y bonita, se llamaba Casa de la Joc y era de propiedad de una organización de curas. Estaba ubicada frente a una placita, en el Quisco y muy cerquita del mar.

Yo que había estado tan entusiasmada con el viaje, apenas llegamos, quería devolverme. Todo el entusiasmo de jugar y correr por la arena se me quitaban cuando miraba a Lucho que fue como un carcelero con el grupo de compañeros que le tocó, entre los cuales estaba yo. En la playa se subía en la punta de una roca, se sentaba y cuando cualquiera de su grupo estaba más feliz en el agua, a puros piedrazos los hacía salir. Sin embargo, cuando le tocaba bañarse a las personas grandes, era él el que hacía preocuparse a todos porque se iba nadando mar adentro, y no volvía nunca.

Entonces yo, cuando los veía muy asustados, tenía que ir a explicarle que había sido mariscador y salvavidas y además era casi porteño. Aunque para mis adentros pensaba: "ojalá se ahogue".

La tarde en que volvíamos, se preparó un pequeño cocktail. Se premió a quienes se portaron mejor en el paseo y para sorpresa de mi grupo y mía, casi todos los premios se los ganó Lucho.

Fue muy felicitado por los profesores y apoderados, porque había sido muy responsable con su grupo y éste, volvía tal cual. Yo y mis compañeros decíamos "claro, volvimos igualitos, hasta sin bañarnos". Además, la rabia que sentíamos era que lo premiaron por responsabilidad siendo, que cada vez que él se metió al agua, ellos habían pasado susto y yo me arrepentía de haberlos tranquilizado.

Mi mamá y Lucho decidieron por mí.

A. Conocí lo que era un cité.

Al cabo de unos meses, mi mamá buscó otra parte donde cambiarse. Se juntó con el caballero de la feria y llegamos a vivir en un cité, en una sola pieza chiquita y que tenía el pozo séptico casi en la misma puerta de entrada. En ese cité vivía pura gente de feria, además este caballero tenía un hijito chiquito con una mujer que vivía casi a la entrada del cité.

Nosotros llegamos a vivir al fondo, entonces yo decidí entrar a trabajar. En la mañana trabajaba ayudándole a coser a una señora que tenía un taller muy grande de modas, por ahí por Tobalaba, en la calle Renato Zanelli, pasado los Aguiluchos.

Me quedaba tan re lejos. Además no me sabía ir, ni venir sola. En la tarde decidí seguir estudiando. Debido a que el trayecto a mi trabajo era muy largo, debía levantarme casi antes del amanecer.

Para poder levantarme tan temprano debía, también acostarme temprano y no podía hacerlo, pues el caballero éste, llevaba todos sus amigos, en las tardes a la casa, mejor dicho a la pieza. Ahí mi mamá debía prepararles comidas, las que eran muy regadas y copiosas. Estos amigos eran de pésimo vocabulario, groseros al máximo y hablaban a todo grito y tenían unas risotadas tan estruendosas que despertaban a todos los vecinos, porque las piececitas estaban pegadas unas a las otras.

Por todos estos defectos yo y mis hermanos menores les teníamos un miedo tremendo, ya que cuando conversaban se insultaban entre ellos. Era su costumbre, pero nosotros no lo sabíamos. Entonces creíamos que se estaban peleando.

Al juntarse mi mamá con este señor, de inmediato quedó establecida una rivalidad inquebrantable entre él y yo. Sin mirarnos, sin hablarnos, los dos sabíamos que nos odiábamos a muerte. Mi mamá se iba conmigo en la mañana, me dejaba a una sola micro de mi trabajo y se iba al suyo. Luego, debía ir a buscarme para dejarme en la micro

para la casa, por lo que debía acompañarme hasta Mapocho, lo que le causaba mucha pérdida de tiempo y gasto de pasajes. Pero como siempre me llevaba por lugares diferentes para que supiera todos los recorridos, yo no podía aprender a hacerlos sola. Cada vez que volvía a casa para irme luego al colegio, este señor estaba en casa, durmiendo.

Mis hermanos se fueron acostumbrando a él, pues no era malo, pero yo nunca pude tenerle ni la más mínima buena voluntad.

B. Descubrí lo que era una lesbiana.

Empecé a tener problemas con una mujer que yo encontraba muy rara. Esta vivía a la entrada del cité. Vivía con otras dos más jóvenes, a las que trataba con mucha rigidez. Siempre usaba medias verdes oscuras, por lo que la llamaban la "patas verdes".

Cada vez que me iba a la escuela, ésta, me atajaba a la pasada. Me invitaba con mucha insistencia a aceptarle una bebida o un "traguito", decía ella "para que tuviera "colorcito" en las mejillas, pues yo era muy blanca", este problema se me empezó a presentar muy seguido. Como yo les tenía terror a toda esa gente, creo que se me notaba en la cara el miedo que les tenía. Y al negarme, la mujer se ponía cada vez más insistente. Entonces, una vez se me acercó un joven, como de unos 25 a 30 años, que casi siempre veía lo que me sucedía con ellas, y me propuso ayudarme. Para poder hacerlo sin que se notara, él me esperaba en la esquina y mediante un cambio de revistas o libros, me acompañaría un par de cuadras, para despistar a esta mujer. Porque él me explicó que era lesbiana. Yo no comprendí lo que esto significaba, pero luego de un tiempo descubrí que todas las arrendatarias le tenían miedo porque era "única" con la cuchilla. Las llamaban "las mariconas".

Más miedo tuve, cuando una mujer baja,

gorda, con la cara llena de cicatrices, con una cortaplunas en mano se acercó una tarde a conversar. Dijo que ella era la mujer de Alberto y que nadie podía quitárselo sin llevarse un par de tajos en la cara y que le habrían contado que yo andaba con él. El pelambrierío en el cité era el comidillo y todas cuchicheaban.

No faltó quien me contara que ella era prostituta y que no dejaba que nadie mirara a su hombre, como lo llamaba. Las peleas entre los vecinos eran cosas de todas las tardes. Se dejaban los cuerpos rayados a tajos. Se machucaban de una forma tan atroz que no se puede explicar con palabras. Cuando estaban borrachos se formaban orgías brutales, donde un vecino violaba a la mujer de otro y viceversa.

Esto lo describían con gritos y aullidos que ni podían hacerlo, con la borrachera que tenían. Yo, lo que no podía casi nunca, era acostarme temprano, porque los amigos de mi nuevo padrastro tomaban con él hasta muy tarde y además se ponían a cantar. Empecé a rezongarle a mi mamá por no poder acostarme temprano. Además, la pieza estaba siempre con olor a trago, y este olor se confundía con las hediondecas del pozo que teníamos en la misma puerta. Porque cada vez que uno se acostaba, no faltaba el borrachín que iba a vomitar y se estrellaba contra la puerta de nuestra pieza. Mi cansancio, el sueño y el decaimiento, me empezaron a desesperar. Me dormía en la escuela. Caminaba como sonámbula y empecé a enfurecerme por cualquier cosa.

Mi padrastro empezó a meterle en la cabeza a mi mamá, que yo era muy atrevida y que ella era la mamá y no yo. Que no me permitiera levantarle la voz y que luego yo iba a pegarle a ella, porque era lo único que me faltaba por hacer.

Recuerdo que esto sucedía para el mundial. Todo se juntó en contra mía. En ese tiempo, mi tercer hermano como automovilista profesional,

se fue a vivir al extranjero. Antes de irse, nos visitó para despedirse definitivamente de nosotros. El se crió con la familia de mi papá, y como todos son de situación acomodada, pudieron financiarle su carrera.

Cuando por fin dio con nuestro paradero, estaba muy enojado con mi mamá y la retó mucho. Le dijo que yo tenía pura cara de tísica y le dejó dinero para que me llevara al hospital.

Cuando llegó mi padrastro, mi hermano lo sacó, agarrándolo por las solapas con una mano, y con la otra le dio un puñete que lo metió dentro del pozo negro.

Yo me acuerdo que en ese tiempo, Lucho ya no se portaba como antes con mi mamá. Cuando llegaba de visita, sólo llegaba hasta la puerta. No entraba, ni tampoco mi mamá lo invitaba a entrar. Daba cualquier excusa entre dientes y no entraba.

Con la pelea de mi hermano, mi padrastro se fue por un poco tiempo y llegó mi tía a vivir en la casa. Mi tía ya era solterona y una tarde estalló la crisis de nervios que yo estaba acumulando. Como siempre mi tía no nos había querido a nosotros, yo no la quería ni la odiaba. Pero esa tarde, al volver del trabajo ella estaba peinando a mi hermana más chica y no sé si ella la tironeó, del pelito, o a mí se me imaginó, pero la cosa es que vi que la tiraba del pelo: mientras la retaba; la niña lloraba. Furiosa, yo hice lo que jamás soñé hacer. Le llamé la atención, le grité y le dije que todos me tenían hasta la coronilla. Que me daban asco hasta mi mamá y que estaba decidida a irme de la casa. Y me iría no más. Que cualquier día, no volvería más a la casa.

Esa noche cuando volví de clases, me encontré con unos jueces implacables. Todos me juzgaron, encontrándome culpable.

En ese tiempo a la "patas verdes" se le había escapado una de las mujeres y andaba desesperada buscándola y buscando "repuesto" al mismo tiem-

po. Debido a ésto, mi mamá tenía miedo de que esta mujer me pudiera pillar sola y le pidió ayuda a Lucho para que me fuera a buscar al trabajo y me dejara en la casa.

Lucho, muy callado ahora, se me acercaba cuando yo salía del taller y sin decir nada caminaba a mi lado, muy serio, como pensando algo muy grave. Llegábamos al paradero y sin despegar los labios subía a la micro detrás mío y luego, todo el trayecto lo hacía mirando fuera de la ventana del micro. A veces yo lo miraba y no me podía explicar su cambio. Me acompañaba hasta la puerta del cité, sin siquiera decir chao.

Un día me asaltó una idea. A lo mejor le daba vergüenza tener que acompañar a alguien que vivía ahí, pues al cité le tenían apodado "el conventillo del diablo" y empecé a pedirle a mi mamá que no lo hiciera más acompañarme. Mi mamá se desesperaba porque me decía que a mí me gustaba el peligro.

Yo empecé a hacer mi trabajo bien apurada para salir antes. Como éste consistía en hacer bastas, abrir ojales y encandelillar, lo hacía bien ligero y salía antes, para que Lucho no me alcanzara a encontrar.

Yo tenía esa idea metida en la cabeza y pensaba ¿qué se imaginará el infeliz? y pensar que poco tiempo atrás, me llegaba a aburrir de tanto que hablaba.

Una tarde de esas, cuando terminaba de vestirme para irme a la escuela, apareció la "patas verdes" que hacía unos días que no se veía, porque andaba buscando a su mujer que se le había arrancado, y empujando la puerta me sacó de un brazo y muy zalamera me rogaba que la acompañara a la posta, porque estaba muy enferma y no quería que ninguna de esa gente desgraciada de ahí, la acompañara. Ella quería ser acompañada de una señorita decente, como yo, decía ella.

Yo asustada, me puse a llorar y para calmarme

se sacó el reloj pulsera que era precioso y me lo colocó en la muñeca, diciendo que me lo regalaba, por puro acompañarla. Yo la veía muy sana y ningún vecino, de los que miraban burlones, me ayudaba a defenderme. Por último me sacó a la rastra con ella.

Cuando estábamos en el paradero de las liebres Mapocho-Endesa, esperando que llegara alguna, (un pésimo recorrido) ella me prometió muchas cosas. Me hablaba como si no fuera a dejarme nunca volver a mi casa. Yo no me atrevía a gritar pidiendo ayuda a alguien, porque calculaba que antes que alguien reaccionara para ayudarme, ella me iba a atravesar de un cuchillazo. Todo ésto pensaba, mientras no dejaba de tiritar como un gato mojado.

Cuando en eso llega una liebre, y de ella baja Lucho. Creo que nos vio de lejos, porque se bajó y atravesó de un par de trancos, me agarra de un brazo y de un solo tirón, me suelta y aparta de ella. Me grita: ¡iarráncate! Yo corrí y atrevesé la calle, pero ella se le fue encima insultándolo. Entonces, él se dio vuelta y le aforró un puñete debajo de la barbilla. Ella cayó sentada hacia atrás, corrimos un poco, pero de nuevo nos alcanza.

Entonces Lucho se paró, se sacó el vestón y el reloj y me los pasó y se agarraron a golpes. De repente ella ganaba, Lucho estaba lleno de tierra y sangre. Entonces alguien en la garita, fue a buscar los carabineros o los llamó. No sé, la cosa es que llegaron con dos pacos a la pelea.

Se llevaron a la "patas verdes" y Lucho quedó con los dos brazos cortados y un corte superficial en las costillas. El les explicó mi caso y lo dejaron citado solamente para el juzgado. Yo en tanto, me había adelantado hacia la casa. El peligro que había corrido me hacía ver todo tan bonito, al ver que estaba a salvo.

Recién había entrado a la casa, cuando entra Lucho y me agarra furioso de los dos brazos. Me



empieza a sacudir casi desarmándome y me grita diciendo: ¡no ves lo que hiciste!

¡Date cuenta, el problemita que vamos a tener ahora con esta gente!

¡Y todo porque la muñeca se cree mayor y quiere mandarse sola!

¡Por qué siempre miras en menos a los demás! ¡dime!

Por último dijo resignado: ¡Debí dejarte que te llevara! ¡Porquería no más!

Yo no pude ir a clases, tuve que ayudarle a curarse, preparar vendas y no podíamos hacer que se estancara la sangre. Esta le corría a chorros por los brazos. Entonces, como me vio afligida, más encima me asustaba diciéndome: ves lo que provocaste, ¿quién te dijo que te vinieras sola adelante, o es que estás pololeando escondida?

Dime, no ves que yo no tengo porque tener problemas por causa tuya. Yo no tengo nada que ver contigo y mira como me tienes ahora aquí. Voy a perder hasta mi trabajo ahora.

Luego miraba el reloj y decía: ¡ay, todo el tiempo que llevo sangrando, me voy a morir aquí, y pa' más desgracia al lado tuyo!

La verdad es que yo le encontraba toda la

razón y como él me había defendido, esa noche aguantaba todo lo que me decía, calladita. Cuando llegó mi mamá y mi padrastro, llegaron con la tremenda noticia de que la "patas verdes" había pillado y descuatizado a la niña esa mañana. Pilló a la niña que se le había arrancado, en un hotel, hirió a otras personas.

La noticia estaba en los diarios y salía en titulares grandes y rojos en la tapa de los diarios, con toda la historia y pormenores. Después siguió saliendo por un largo tiempo en radios y diarios.

Esa noche cuando mi mamá vio a Lucho, casi se murió. Este estaba casi transparente de pálido. Mi mamá me retó e insultó hasta que se cansó. Entre varios retos e insultos, me dijo que deseaba no verme más. Que era la única rebelde; yegua indomable; mal agradecida!

Recuerdo que como para parar, esta avalancha de insultos, Lucho, con un hilito de voz, se enderezó y le preguntó a mi mamá ¿entonces que hubiera hecho Ud., si se la hubiera llevado no más?

Mi mamá gritaba histérica: ojalá se la hubieran llevado no más, me habría salvado de un cacho que me tiene cansada. Un clavo que ya no se ni cómo lo agunto. A todo esto, mi padrastro también apor-

taba diciendo: si es tan tiesa, no mira a nadie, no saluda, no habla, no contesta, es atrevida, insolente, orgullosa, pituca.

Recuerdo que Lucho los miraba con una cara bien rara. Con unos ojos grandes y la boca medio abierta. Me llamó la atención esa forma de mirarlos.

Yo, lo único que se me ocurría decirle a mi mamá, era que iba a buscar a mi papá y me iba a ir con él. Entonces mi mamá se revolvía furiosa gritando que no le nombrara a ese infeliz, tacaño, que ese debía morir botado como un perro y que los diablos se lo tenían que repartir a pingajos y decía tantas barbaridades de mi papá, que yo sentía tanta pena y pena y dolor que no me dolían las cosas que me decían a mí.

Decía que yo era una yegua desgraciada como mi padre, por eso nunca me había podido soportar. Ahí yo le decía: bueno, ¿quién la obligó a sacarme del lado de él entonces?

Tu siempre me has dado y me darás problema me decía; siempre. Has sido la única hija tiesa. Siempre rebelándote a mis mandatos. Entonces, yo decía bien serena y como reflexionando: usted no me dejó tener infancia, no se da cuenta?

No ve que yo lo único que quiero es volver a la casa grande de mi papá.

Desde que salí de ahí, usted me ha tenido presa de mis hermanos chicos y de los quehaceres de la casa. Nada más. Entonces, ella en vez de tratar de comprenderme, paró en seco toda la conversación y me dijo: bueno, ¿así es que siempre has deseado que tenga empleada?

Desde mañana mismo te dedicarás a buscar a tu papito, arreglas tus tiritas y te vas con él.

Yo miré de reojo a mi padrastro y tenía una cara resplandeciente, disimulada sí. Lucho que trató inútilmente de aplacar los ánimos, también recibió un ultimátum.

Mi mamá, casi gritando, le ordenó: y tú Luchito, desde hoy mismo te desentiendes de ella.

Déjala sola no más. Tu has visto que no hay cómo entenderla. Quiere que la rueguen. Mira lo que te pasó hoy por tratar de ayudarla. Siempre haciéndose la interesante. ¿Sabes qué siempre estaba dándome quejas de ti?

Ahora, yo creo que por dejarte plantado se vino sola. Nunca le ha gustado tu compañía.

Mi mamá como regalo de despedida, me estaba consiguiendo enemigos. Me di vuelta a mirar a Lucho para ver cómo reaccionaba con lo que mi mamá le estaba diciendo, entonces él me dijo: éste es un juego en el que uno de los dos debe ganar.

Yo quedé más intrigada. Pero como el ambiente se me ponía cada vez más pesado, no le puse mucha atención, pensé que sería por la fiebre.

Al otro día cuando llegué del trabajo, al entrar, me encontré con la mamá de Lucho. Mi mamá no había ido a trabajar por si venían los carabineros. Yo creo que debe haber hablado harto de mí, porque cuando entré, la mamá de Lucho me dijo: hola, y luego dijo a mi mamá: así es que ésta es la culpable de lo que pasó ayer.

Atrasito entró él y cuando ella lo vio, se paró y muy alarmada le dijo: ¿Y para qué te paraste chiquillo, si quedaste tan débil?

Lucho vio cuando yo hice un mohín de burla, detrás de ella. Sin malicia claro, y molesto, la hizo a un lado. Yo me peiné, mirándome en el espejo. Lo que nunca hacía. Me puse uniforme y en un momento en que noté que me miraban, tomé un lápiz y me deliné las cejas y las pestañas con un cuidado y paciencia como si lo supiera hacer tan bien. Cuando me volví para salir, la mamá de Lucho al verme, se tapó la boca. Cuando ya me iba, le escuché decir: ¿Y la permiten así en la escuela? Mi mamá le contestó: ¡sí ésta me salió loca! Y quedaron hablando las dos.

Yo me sentía pésimo en la calle al recordar la cara de la mamá de Lucho. Me daba más vergüenza. Y lo peor era que no sabía por qué había

hecho eso. Los ojos se me pegaban como si hubiera echado engrudo y me empezaron a llorar, como si hubiera picado cebollas.

Me iba a limpiar con el pañuelo antes de llegar a la escuela, cuando escuché una carrera corta y me tomaban con fuerza un brazo. Pensé que me iba a caer muerta de miedo, pero era Lucho. Casi no respiraba. Más bien dicho, bufaba de rabia y de dolor del brazo.

Al alcanzarme a mí me empezó a refregar la cara en plena calle y con la bufanda de él que era blanca. Me retó a toda boca, fuera de sí. Me zamarreaba, mientras a puros refregones trataba de sacarme la pintura junto con mis ojos.

El me decía, hasta cuando vas a seguir "güeviando", por qué no te dejas de una vez y obedeces. De quién te estás riendo ahora. ¿De quién? ¿De quién te quieres desquitar? ¡ya, ya! gritaba y refregaba y refregaba mi cara.

La lana parece que me desollejaba la cara.

Lucho me decía burlón: así que estás imitando a la muñeca brava del tango.

Quedé con la cara más roja que un tomate y hasta la frente me quedó tiznada. Esa tarde Lucho volvió a entrar en la casa, tomó onces en la casa por primera vez desde que nos cambiamos. Por lo que hablaba mi mamá y mis hermanos, su mamá se llevó pésima imagen de mí. Total pensaba, sólo yo sé como soy. Y con eso basta y sobra.

Mientras ellos tomaban onces y conversaban de mi sublevación esa misma tarde, cuando salí pintada a la escuela, sentada al lado de la cocina, yo me comía las uñas. Me daba una rabia tan grande, porque hablaban de mí como si fuera una "cosa" y no una persona de su familia y que además estaba presente.

De repente, no sé cómo le ordené a mi hermana Teresa: ¡Y tú Teresa, le vas a decir a tu marido que se deje de meter en mis cosas! Mi hermana me miró y me dijo ¿cuál marido? ponién-

dose una mano en el pecho. ¡Lucho! le dije yo.

¡Ah! dijo ella sin agregar más; pero yo seguí y le enumeré una a una, todas la veces en que él había intervenido en mis cosas.

Ella me contestó: Mira, él lo ha hecho sólo por ayudarte y además sólo ha obedecido. Y no me hizo más caso.

C. Me retiraron del Colegio para casarme.

En los días que siguieron, Lucho seguía viniendo, pero de nuevo no entraba. Se apoyaba en el marco de la puerta y ahí se quedaba fumando y leyendo. Así estaba horas enteras. A veces salía a la calle y volvía de nuevo al mismo sitio.

Luego cambió de táctica. Dejaba de venir un día o dos y cuando aparecía, contaba unas "historias" y lo hacía riéndose y con detalles. Empezaba a contar que se había hecho amigo de una niña morena, crespita, que trabajaba cerca de él. Que la había llevado al cine, luego a comer y bailar y que habían pasado la noche juntos. Antes que llegara a detallarme lo demás, yo me paraba y le decía: míreme bien señor, no tengo sotanas, y lo dejaba hablando solo.

Varias veces volvió a hacer lo mismo, hasta que una vez lo reté y le dije que era un degenerado y que lo iba a acusar a mi hermana por engañarla.

El, bien serio, me preguntó: ¿sólo por ella te enojas? En esos días, estando en el recreo en la escuela, encontré a un amigo de mi papá y me dio la dirección de él. Llegué tan feliz a la casa que entré de un solo golpe y grité: ¡lo encontré! ¡me voy! ¡me voy! Todos se quedaron viéndome. Me senté y como pude se los conté. Me costaba poder respirar. Estaba tan feliz, pero como siempre, Lucho mató mi alegría.

Bien tranquilo, me dijo: ¿Sí? ¿y la escuela? ¿dónde queda el domicilio de tu papa? La verdad, es que no habían pensado en eso. Mi papá estaba

viviendo con una hermana de él en la Población Clara Estrella. Tenía el número, pero no sabía llegar sola. Pero no pensaba dar mi brazo a torcer.

Esa noche, era lunes, decidí jugarme entera y de una vez por todas. En un momento en que creí que Lucho se había marchado a su casa, me acerqué a mi mamá que cosía sentada en una cama y le hablé. Yo lo hacía con el corazón en la mano, clamando al cielo y a todos los santos que me entendiera. Le pedí por última vez que me ayudara y que me acompañara donde mi papá. Que yo sola hablaría con él, ya que ella sabía que yo no podría adaptarme nunca a ella. Por último, le dije, si no lo hace Ud., buscaré cualquier manera, pero me iré. Al terminar de hablarle me di vuelta y choqué con Lucho que parado a mi espalda, escuchó todo.

Lucho extrañado y como sin entender dijo despacito: ¿pero por qué? Como mi mamá no me contestó ni una palabra y ni siquiera movió la cabeza para mirarme mientras yo le hablaba, salí para afuera. El se acercó y empezó a preguntarme: ¿Qué piensa hacer? No me diga que va a dejarla. Alcancé a escuchar a mi mamá que le decía: Esta va a terminar matándome. Si no consigo encerrarla en un reformatorio. Yo no sé que hacer.

No pude seguir escuchando, pero al cabo de un rato largo, cuando entré, todavía me "pelaban".

Al día siguiente, cuando llegué del trabajo y me preparaba para irme a la escuela; al salir, mi mamá me dio la noticia. La noticia que en mis noches de fantasía yo imaginaba darle, con mucha alegría, llena de felicidad, la había imaginado de



mil maneras distintas. Pero en todas, me veía dándoselas yo; y a ella y a mi papá juntos. Sin embargo, mi mamá me estaba dando ella a mí. Porque era ella quién me estaba dando la noticia de que yo me casaba. Y sin siquiera pololear.

Me dijo cuando ya me iba: avisa en la escuela que ya no vas a seguir estudiando. ¿por qué? le pregunté. ¡Por qué te casas! me contestó y se dio vueltas y entró. Yo quedé sola ahí unos instantes y pasaron tantas ideas por mi cabeza. Pero en toda esa película que se prendió y apagó de un chispazo en mi cerebro, no pude imaginar quién iba a ser mi marido.

Me devolví, entré y apretando bien fuertes mis cuadernos, afirmándome en ellos, le pregunté, tiritándome mucho la pera: ¿con quién? Mi mamá se dio vueltas, me miró y con una sonrisa muy feliz me dijo: Con Lucho. Yo iba a reclamar, pero al oír lo que dijo al último, mi boca se cerró de a poquito y mi cabeza giraba y giraba.

Sentí que el suelo se balanceaba y vi muchos puntitos brillar. Luego me paré, tomé de nuevo mis cuadernos y me fui a la escuela. Caminé despacito y sin pensar en nada. De repente creo que reflexioné, como de un choque en el estómago. Me paré ahí en la calle y mirando hacia mi casa, pensé: ¿y mi hermana?, ¿de qué se trataba todo este lío? ¿qué diablos, qué enredos habían?

Llegué a la escuela atrasada. El profesor Gilberto me llama a su lado para tomarme un dictado oral, que era la materia que tocaba. Como yo tenía la mente en blanco, erré todas mis respuestas. Enojado me iba a aplicar el castigo correspondiente, cuando al mirarme me pregunta: ¿Qué te ocurre, Mary? ¿Tienes algún problema? Yo sin poder contestarle y al ver que él, que sólo era mi profesor, me daba esa sensación de apoyo y comprensión; sentí tanta lástima por mí misma, que me dio una pena tan grande y sentí que yo era una pobre miseria para mi familia. Me largué a llorar

desesperada, al sentir esa manera suave de hablarme de ese profesor que me inspiraba tanta confianza. Hablé sin ningún tapujo. Me atoraba con llanto, empecé a contarle todo. Al ver de qué se trataba, les dio recreo a mis compañeros, los que salieron callados, mirándome muy asustados. Cuando terminé de hablar, el profesor me hizo prometerle que me quedaría tranquila, que tendría calma y así trató de conformarme. Mandó llamar al Director y habló con él. El Director, al terminar el día de clases, me entregó el sobre cerrado para mi mamá.

Cuando mi mamá leyó la carta creo que no le gustó nada, lo que le decía, porque lo único que me dijo fue: desde hoy mismo dejas de ir a perder el tiempo a la porquería de escuela.

Estábamos en los primeros días de agosto, yo cumpliría 14 años en septiembre. Iba a perder los exámenes de 1ero. humanidades, no podía entender por qué mi mamá hacía eso conmigo. Además, disponía de mis estudios como si fueran cualquier cosa. Yo no le causaba ningún gasto a ella ni a nadie. Todo lo contrario. Desde que decidí trabajar, todo lo que recibía se lo entregaba a ella. Yo no me compraba nada más que lo más necesario.

Nunca tuve pretensiones. Yo era muy apagada, más bien vivía amargada. En el colegio, no recuerdo que me pidieran muchas cosas o útiles caros, entonces lo poco que me iba necesitando, lo compraba yo misma y a mi mamá nunca la molestaba en nada.

Entonces, ¿por qué disponía así de mis estudios?

D. Yo escuchaba lo que decidían hacer conmigo.

En los días siguientes, hubo mucho trajín haciendo los trámites para el casamiento. Yo esperaba que apareciera mi futuro marido, porque tenía listo un discurso muy bien preparado para dejarle bien en claro lo que yo haría con mi persona una

vez casada. Como mi papá siempre me enseñó que las leyes que el hombre había creado en la tierra, eran o tenían que ser sagradas, yo decidí no manchar esas leyes con un casamiento así.

Quise casarme por la pura Iglesia, no más. Total pensaba yo, cuando pueda mandarme sola no me costará nada separarme y listo.

Pero Lucho brillaba por su ausencia. Mi hermana Teresa tampoco estaba en la casa. Como yo era menor de edad, costó mucho, muchísimo conseguir el casamiento y cada documento y cada trámite costaba hartó dinero.

Porque yo, aparte de ser menor de edad, no tenía el permiso de mi papá.

Yo estaba muy contenta cuando supe ésto, al escucharlo en una conversación de mi mamá con mi padrastro, entonces hice la embarrada más grande de mi vida.

No supe reflexionar ni pensar las cosas y decidí romper la dirección de mi papá. Nunca se me ocurrió pensar que al saber él lo que estaba pasando; si lo iba a buscar, él me podría haber apoyado defendiéndome. Cuando cai en la cuenta de lo que había hecho, ya no sacaba nada con ponerme a llorar.

Quién tuvo que hacer todos los trámites y gastar lo que no tenía, fue Lucho y también tuvo que llevarme a sacar carnet, porque yo no tenía.

Días antes de que yo me casara apareció mi hermana. Se había casado con el compadre aquel que venía a llorar sus problemas a mi mamá. Este señor siempre me hacía bromas. Me preguntaba siempre acaso yo estaba comiendo limón; porque yo siempre andaba con el ceño fruncido. Este señor tenía tierras y animales propios en Valdivia. Además mantenía siempre una sonrisa burlona, que le hacían aparecer los ojos como si fuera chino. Yo sentí mucha pena por ese matrimonio, porque este señor ya era un poco mayor, además tenía dos hijos que seguramente se llevaría a vivir con ellos.

Mi hermana siempre me había dicho que cuando se casara, ella no llevaría ni trapos cagados, ni zurciría tiras viejas y que nunca, andaría cargando ni arrastrando crías. Además, si se hubiese casado con Lucho habrían hecho una pareja bien bonita porque ella es morena y él rubio.

Cuando mi hermana y su marido llegaron a la casa, yo todavía no volvía del trabajo, porque no quise dejar de trabajar.

Cuando entré y supe la noticia, no supe qué pensar. Quedé mucho más confusa. Ese día viernes yo venía pagada, le pasé la plata a mi mamá y dejé algo para mí. Iba saliendo con mis hermanos chicos a comprar, cuando entró un joven con dos bebidas y una botella de vino en una bolsa. Yo sentí algo de vergüenza pero salí bien rápido para afuera.

Al volver de comprar, este joven estaba parado afuera del cité y empezó a jugar con mi hermano más chiquito y así me empezó a conversar, y supe que era sobrino de mi nuevo cuñado. Quería saber dónde había una piscina y yo se lo indiqué, pero el bruto, como era huaso, no me pudo entender la dirección. Además como hacía calor y era temprano, decidí llevarlo hasta la misma piscina caminando. Entonces, para agradecerme, me invita a ir al día siguiente. Yo, por pura maldad se lo acepté, pero le dije que no lo tenía que saber mi mamá.

A ella le dije que debía ir a trabajar en la tarde de sábado. Para despistarla me llevé el traje de baño puesto y me junté con el joven a la entrada de la piscina.

Como siempre he sido bien quemada, no me acordé de llevar una toalla y tuvimos que acomodarnos los dos en una sola. Así estábamos conversando, al sol: él me contaba muchas de sus cosas, yo le observaba, pero mientras más lo veía y lo escuchaba, menos me gustaba.

Era más bien bajo, grueso, hablaba raro y su nombre me pareció tan ridículo. Me causó risa,

pero no me ref. Se llamaba Alamiro y tenía 25 años.

Yo nunca me imaginé que tuviera "agallas" para hacer lo que estaba haciendo: eso de salir a escondidas con un hombre, yo sola. Era algo tan nuevo. Una especie de aventura peligrosa a la vez exitante. Mientras más peligrosa, más divertida.

Al caer la tarde, él me preguntó si yo pololeaba. Yo le dije la verdad (a medias). Le dije que no. Me preguntó cómo lo encontraba a él. Le dije que "simpático". Me pidió pololeo, yo sentí algo raro, pero no pude contarle la verdad y le dije que, lo pensaría.

En mi interior yo pensaba: ¿qué pasaría si me enamorara de él? ¿y si después de casada me gustaba otro hombre? ¿qué iba a hacer? Entonces yo trataba de hacer que él me gustara y no se por qué sentía miedo a la vez. En eso: de repente, veo venir a Lucho hacia nosotros.

Lo vi y volví la cara al otro lado; no sentí miedo ni vergüenza ni nada. Esperé que él hablara o hiciera lo que iba a hacer no más. Pero por más que esperé, él no llegó hasta dónde estábamos.

Con mucho disimulo volví la cara por debajo de los brazos, lo miré (estábamos boca abajo). Estaba sentado en una mesa, bajo una sombrilla fumando.

Alamiro me dijo: démonos una última zambullida antes de irnos, pero me daba vergüenza hacerlo. Recordé todas las pesadeces que Lucho me había hecho y entonces acepté y me tiré al agua junto a Alamiro.

Luego fui a vestirme. Pensaba en cómo salir de ahí, con este joven, delante del otro y pensaba por qué Lucho había llegado a la piscina si nadie sabía que yo estaba ahí. Además, por qué no se había acercado a hablarme y aparecía ahí, después de tanto tiempo que no iba a la casa.

Todo el discurso que tenía preparado se me olvidó, además eso no era el ambiente que yo había

pensado para decírselo. Por lo tanto todo se me desmoronó.

Cuando estuve vestida, salí. Alamiro ya me esperaba, miré a Lucho y vi que se estaba sirviendo una pilsener. Me dio miedo, pero disimulaba. Traté de hacerle el quite. No pude evitar que Alamiro me pusiera las manos sobre el hombro al salir y cuando iba saliendo, Lucho me alcanza de un brazo y muy enérgico me pregunta: ¿te puedo ofrecer una bebida?

Alamiro muy sorprendido me quita del lado de Lucho. Entonces éste con mucho odio, le asestó en la cara un tremendo puñete.

Lucho siempre fue muy "perro" para pelear. Cuando peleaba con mis hermanos mayores, casi se mataban los tres.

Alamiro trataba de preguntar por qué pasaba esto, pero Lucho tan bruto, lo levantaba y luego lo botaba de otro puñete. Yo, más odio sentí contra él. Decidí salir con cuanto joven me lo pidiera: estuviera casada o no. Apenas empecé a caminar hacia la casa, Lucho se fue detrás de mí.

Yo pensé entre mí: "este desgraciado, capaz que trate de pegarme". Pero yo había cogido una piedra y decidí: si trata de hacer algo, le chanco la cara. Pero sólo caminó detrás de mí. No trató de alcanzarme. Al llegar a la casa, apenas entré, mi mamá me ensartó a insultos. Ahí entendí.

Claro, Alamiro le había contado a mi cuñado que me había invitado a la piscina. Como mi mamá le dijo antes a Lucho que yo estaba trabajando, y éste al ir a buscarme no me encontró en el taller, sacaron conclusiones y supieron que yo había aceptado salir, estando por casarme. Mi mamá hizo un escándalo porque yo engañé a su "Luchito".

Yo sin darle importancia le contesté: tanto que gritan, además el que se casa es él no yo, porque ni siquiera me han preguntado si acepto o no.

Lucho se largó a reír cuando yo dije eso y me preguntó con sarcasmo: ¿cuándo vas a crecer?

¡Tienes salidas tan infantiles! Pero apenas encontró ocasión de estar un poco solos, me amenazó de muerte.

Me dijo: Este jueguito de hoy, no lo voy a olvidar nunca. Ahora le tocó a él solo. Pero a ti te queda pendiente. Si te vuelvo a pillar, los "degollo" a los dos. Para jugarme sucio no tienes nada de infantil, ¿verdad?

A mí, no se quién me hizo hablar como lo hice, pero bien tiesa le contesté: Cállate, maricón, si hubieras tenido un dedo de hombría no hubieras hecho lo que hiciste. Además, siempre andas con juegos sucios por detrás, primero negocias tu matrimonio y segundo, te sientas a mirar como tu futura esposa se baña con otro hombre, mientras él valientemente, mira de lejitos. Si te crees tan hombre, ¿por qué no nos degollastes ahí mismo?

Y para rematarlo, le dije: ¿quieres saber que es lo que pienso de ti? Que eres un pobre tonto para la risa.

Sin esperar respuesta me metí más rápido para

adentro. Pero no quedé muy satisfecha. Sólo le dije algunas cosas de las que había preparado. El lunes por la tarde, cuando llegué del trabajo, él me estaba esperando en la casa para llevarme a probar el vestido para el casamiento.

En la casa estaba mi hermana Teresa. Encontraba tan fea esta situación y lo único que sabía, era que no quería casarme.

Mientras me probaba el vestido de novia, una de las señoras comentó que yo me veía tan bonita. Que como era tan bonita, parecía más de primera comunión que de novia.

Entonces decidí que no me casaría de blanco. Cuando salí y se lo dije a Lucho, éste hechó fuego por los ojos y con los dientes apretados me preguntó arrastrando las palabras: ¿por qué? ¿Me hiciste otra jugadita? ¿Con quién ahora? y puras estupideces así.

Era tan absurdo todo, que me parecía estar soñando. A veces creía que cuando despertara, todo iba a terminar bien.

El casamiento.

A. Mi marido me enseñó a descubrirme como mujer.

Pero no desperté nunca y llegó el día de mi casamiento. Recuerdo que recogí un perrito vago, más o menos cachorrito, lo estaba criando escondida. Cuando se acercaba la hora de vestirme para irme a la Iglesia, decidí darle de comer y amarrarlo para luego llevármelo, porque después de casarnos nos iríamos a Viña.

Pero el perrito no aparecía, cuando llegó la hora. Mi hermana Teresa salió a buscarme para vestirme, pero yo desesperada buscaba a mi perro y no podía ser capaz de dejarlo botado, entonces la convencí que me ayudara a buscarlo.

Se nos pasó la hora del casamiento. Era a las 17:30 y llegamos a la Iglesia a las 19:00. Ya estaba oscuro. Mi mamá y Lucho tuvieron que tramitar por aquí y por allá hasta que el mismo cura que la casó a ella y nos bautizó a casi todos los hermanos, aceptó casarnos. Yo miraba tantas velas, tantas flores lindas, azucenas blancas y rosadas, que no escuchaba lo que el cura hablaba.

De repente siento un pellizcón y mi mamá me dice al oído: di que sí, mierda.

Yo casi repito lo mismo, pero Lucho me sopló y dije que sí.

A la salida de la Iglesia me subieron a un auto. No nos fuimos a la casa de mi mamá sino a la de Lucho. Ahí sería la fiesta. Yo pensaba que después, no podría ir a buscar a mi perro y qué quería ir a buscarlo al tiro. Mi mamá, como estaba que explotaba por la espera, me dijo que si seguía fregando, ahí mismo me aferraría.

Pero Lucho le dijo: déjemela quietita no más. Yo me encargaré de eso. Ya va a saber quién es el maricón para la risa de su marido.

Mi mamá quedó más colgada, pero yo que sabía, quedé helada.

Entre toda la batahola de la fiesta y abrazos

y felicitaciones y bromas que los amigos de Lucho le hacían, éste decidió partir a Viña.

Su jefe en la fábrica era hermanastro de mi suegro y él nos llevaría como regalo de matrimonio. Pero yo bien firme, decidí no irme sin mi perro.

Lucho, fingiendo paciencia decidió ir a buscarlo y su tío se ofreció para llevarlo y traerlo más rápido. Cuando subían al auto, su tío le dijo riéndose: no ve lo que le pasa por hacer las cosas apuradas. Recién se casó y ya tiene un hijo. Y le salió peludo.

Lucho se enojó y lo retó.

Como decía, Lucho fue de malas ganas a buscar al perrito, pero cuando lo vio también le gustó. Con mucho cariño lo desató y lo tomó, lo acarició y nos fuimos a Viña con el perrito.

Durante el viaje, que fue de noche, yo iba muy asustada. No sentía ninguna emoción de las que había escuchado hablar. Yo lo único que tenía en esos momentos era miedo. No sabía a dónde me llevaba. Ni conocía las personas de las que iba hablando Lucho. O sea, los había visto cuando vivíamos con mi papá, enfrente de la casa de Lucho. Pero no los recordaba bien. Además, pensaba en el momento de quedar solos y lo único que deseaba era arrancarme. Pero no podía. No era capaz, (me sentía tan cobarde). Tampoco tuve la oportunidad de hacerlo.

Al llegar nos estaban esperando. Nos recibieron muy contentos, con mucha amabilidad. Cuando nos sirvieron un café, después de un rato, fue tremendo para mí, pues yo era muy tímida delante de la gente y sentía mucha vergüenza. Nos mostraron la pieza que nos habían preparado, y en eso, la tía que es melliza con mi suegra, como que recuerda algo y preguntó algo extrañada: ¿bueno, tú no eras la Teresa, no?

Lucho había salido al baño y yo no le contesté. Me daba vergüenza.



Cuando Lucho entró, yo salí para afuera y no me atrevía a entrar de nuevo. Al cabo de mucho rato salió Lucho a buscarme. Me llamó para adentro. Entonces, como no me atrevía a decirle que le tenía miedo, lo único que pude hacer fue ponerme a llorar.

Lejos de enojarse, o burlarse de mí (como yo creí que lo haría) Lucho me entendió, me tomó de un brazo y me hizo mirarlo. Como recordando algo, me dijo:

la verdad, es que los dos metimos la pata. Tú por ser tan rebelde con tu mamá y yo más por haberte querido desde que eras bien chiquita. Pero como decidiste irte de la casa, no sé, pero fue lo único que se podía hacer.

En ese momento yo me sentí muy aliviada. No supe valorar el acto o la manera que tuvo de portarse él, sino que al pasar los años, me he ido dando cuenta que tuve mucha suerte de que él fuera así.

Fueron pasando los días. Estuvimos 15 días en Viña y cada barbaridad que a mí se me ocurría hacer, hacía desesperarse a Lucho. Siempre se enojaba porque yo no sabía comportarme como "señora" decía él. Cuando íbamos a la playa, cada concha que encontraba la guardaba para traerla a Santiago. En cada plaza o jardín me robaba una planta. Dos veces lo retaron unos caballeros que cuidaban las plazas, por dejar que la "niñita" hiciera destrozos.

Bueno, pasaron los días y volvimos a Santiago, pero yo no tomaba conciencia de mi nuevo estado. Seguía portándome igual que antes no más. A Lucho, ni lo tomaba en cuenta. A los pocos días de haber llegado, caí enferma. No sé qué es lo que tuve, pero casi me morí. No sé cuantos días estuve en cama, pero recuerdo que él me daba mucha agua en un jarro con muchos palitos adentro.

Después supe que me daba aguita de natre. Que su abuelita que vivía a unas cuadras, le iba re-

cetando, hasta que sané. La familia de Lucho vivía en una casa de dos pisos, pero sólo arrendaban el piso de abajo y en la parte de arriba, Lucho ocupaba dos piezas muy bonitas. Daba mucho gusto estar en ellas, había una cocina muy linda y muchas cosas nuevas de cocina. Mucha loza y de todo para la casa. Todo nuevo, había pensado en todo, pero lo que yo no sabía, era que todo esto lo había comprado él para nosotros. Yo creía que todo eso era de mis suegros.

Ellos no ocupaban luz eléctrica, por lo tanto no se podía escuchar radio. Yo no usaba reloj entonces, a veces, perdía la noción del tiempo y las horas se pasaban volando.

Recuerdo que yo no sentía por esas piezas, el apego que tenía por las piezas en que viví con mi mamá. Ahora no me daban ganas de limpiar ni ordenar. Las miraba y sentía ganas de no verlas más. La verdad, me puse floja, re floja.

Al volver de Viña nosotros, se fueron mis suegros a veranear, así que estuvimos solos. Recuerdo que al volver Lucho a trabajar, llegó a almorzar el primer día. Fue la primera noción que tuve de la vida que iba a llevar. Llegó al medio día. Yo ni siquiera estaba vestida. Me había entretenido pillando una laucha con uno de los gatos de mis suegros. Ni siquiera había barrido, ni tenía puesta la tetera. El no me decía nada. Callado ponía la tetera y salía corriendo a la carnicería a comprar unos bistecs y huevos; él mismo los cocinaba. Yo ni siquiera lo acompañaba a almorzar. Entonces él me dejaba todo listo. Lo guardaba y se recostaba un rato, antes de volver a la fábrica.

Yo sentía vergüenza, pero no sentía deseos de hacer nada. Todo había dejado de tener interés para mí. Como enfrente estaba la casa en que vivía con mi papá, me quedaba mirando horas enteras las copas de los árboles que se veían por encima del techo. Ahora permanecía cerrada. Entonces recordaba y me resultaba difícil de creer todo lo que ha-

bía pasado. Cuando veía los enjambres de pájaritos que revoloteaban por los techos, comprendía lo que sentían los que eran apresados y metidos a una jaula, porque así me sentía yo, cuando me arrancaron de esa casa y me llevaron a vivir sólo a dos piezas pequeñas.

Ellos también, luego de vivir libres y gozar volando hacia donde quisieran, viviendo en los ramales de los árboles, debían perder el interés de vivir al ser encerrados en una prisión sin espacio, mirando sólo a través de los barrotes de sus jaulas. Toda la belleza y el aire que habían perdido, al ser condenados a morir encerrados.

Yo también me sentía así. Odio los espacios pequeños, las piezas cerradas, aunque sea invierno. Yo deseo aire, no soporto las ventanas ni las puertas cerradas.

Lucho tuvo mucha paciencia, él me fue enseñando todo lo que una niña debe saber a medida que va creciendo. Me explicaba todo muy detallado y como no sabía tener palabras muy bonitas ni rebuscadas, a veces era muy crudo para decir las cosas y yo sentía mucha vergüenza.

Lo primero que hizo al casarnos fue cambiarme de nombre. Siempre me habían llamado Mary. Pero ahora quiso llamarme Mercedes. Dijo que la Mary se había acabado porque ahora iba a vivir tranquila y que ahora lo iba a tener a él para darme todo lo que necesitaba. Lo segundo que hizo, fue hacerme volver a estudiar. Como perdí los exámenes del primer año de humanidades al casarme, me colocó en un colegio donde estudiaban en verano. Ahí me tomaron los exámenes para pasar a segundo: luego decidí estudiar modas. Después jugaría, luego quise estudiar Multitaller. Ahí le empezó a salir caro, pero decía que si a mí me gustaba seguiría estudiando, porque él quería que yo terminara una profesión que fuera de mi gusto y que

me diera luego la oportunidad de valerme sola, para que no me pasara lo que a mi mamá.

Y si yo llegara a quedar viuda, no tuviera que darle padraastro a mis hijos. A mí no me gustaba nada que hablara de hijos, no me gustaba la idea, sentía tan feo el imaginarme hijos de él.

Paso algún tiempo debido a que yo no mostraba ningún interés a los quehaceres de mi nueva casa. Lucho se vió obligado a tomar pensión, porque se aburrió de comer huevos o carne frita, que era lo único que sabía hacer. Luego por su trabajo, tuvo que salir fuera de Santiago, entonces tuvimos problemas. Él, bien serio me dijo: voy a tener que salir para afuera de Santiago y no hay ropa limpia. Yo he tenido que sacarme la ropa sucia y ponerme la que había sacado antes, también sucia. Y quiso hacer un arreglo. Como era viernes, me dijo: mira, para que no te salga pesado, hoy vamos a dejar remojando y mañana, mientras yo encero, tu lavas y luego yo enjuago y tu cocinas. No le dije nada, pero me dio vergüenza y me sentía tan decaída.

Al otro día cuando quiso empezar a distribuir un tiempo para una cosa y otra, yo me taimé y no quise hacer nada con él metido en la casa. Limpié y ordené. Quedé más cansada. Luego como a las tres de la tarde empecé a cocinar. Él, disimulado, para no hacerme enojar, embolsó la basura que yo había sacado y la fue a botar. Luego, mientras terminaba de cocinar, él empezó a preparar una ensalada de tomates.

Cuando le tocó irse, quería llevarme con él, pero yo no quise y no hubo forma de hacerme cambiar. Él se enojaba y buscaba una y otra forma de convencerme, pero no fui.

La primera noche que pasé sola en esa casa, lloré casi toda la noche. Aunque no dormíamos juntos, ni en la misma pieza, yo me sentía sola y pasé mucho miedo. Dormía de a ratitos.

B. Me casé y quedé como "muerta-viva".

Llevaba unos días sola, cuando una tarde en que estaba cosiendo para mi muñeca, llegaron mis suegros de Viña. Entonces yo no sabía qué hacer; me sentía como una intrusa. De repente me encontré deseando que Lucho volviera. Entonces para colmo, me di cuenta que habían traído visitas, a pasar un tiempo acá con ellos. Habían estado muchos meses en Viña.

Esa misma tarde, casi al anochecer llegó Lucho y trajo cualquier cantidad de paquetes. Subió derecho a las piezas de arriba y me hizo cambiar de ropas para ir al cine. Cuando volvimos, estábamos sirviéndonos unas tazas de té, cuando mi suegra le preguntó con algo de ironía a Lucho: ¿Ahora le habrás comprado lo que siempre le prometes a la Margarita?

Ella es una hermana de Lucho. El no le contestó y yo me sentí mal. Cuando subimos, él me pasó todos los paquetes, pero estaban todos mal envueltos y él se dió cuenta que los habían trajinado. Furioso revisó y bajó a reclamar.

Yo fui a ponerme una bata y me di cuenta que todo había cambiado de lugar. Me habían revisado y revuelto todo, pero me quedé callada, porque Lucho discutió mucho con sus papás y hermanos. Entonces supe que casi todo lo que tenían mis suegros, él se los había comprado de a poco y todo lo que tenía el piso de arriba, era sólo de él.

No quería que al casarse, su esposa tuviera que ocupar algo que fuera de ellos, para que sus papás no tuvieran que reclamar nada.

Como yo no me decidía a cocinar para los dos, mi suegra se dio cuenta que Lucho comía en una pensión y trató de llamarme la atención. Mientras tomábamos onces le preguntó: ¿para qué te casaste, para estar comiendo en una pensión? ¿Y tener que servirle a tu mujer desayuno en la cama?.

Entonces yo me paré y subí corriendo a mi pieza. Lucho subió detrás mío: ninguno dijimos

nada. Yo lo hice salir. Se fue a su pieza y yo me acosté. Lucho volvió a discutir con sus papás. No quería que ellos se metieran para nada en sus cosas. Entonces cada vez que yo estaba cerca, mi suegra murmuraba algo en contra de nosotros. Mis cuñados, cuando se referían a Lucho, lo llamaban el "arrastrado" o el "agarrado de la jefa". Yo no les decía nada, pero cuando se presentaba la ocasión de que estuvieran juntos, yo le decía a Lucho que le habían puesto otro apellido, y le decía los apodos que ellos habían dicho en el día.

Entonces se formaban tremendas peleas entre sus hermanos y él. Mi suegra se enojaba mucho cada vez que Lucho compraba algo para la casa, todo le parecía mal. Pero cuando él compraba algo para la casa de ellos, ahí sí que estaban bien de acuerdo. Entonces me di cuenta que era egoísta. Yo quise que Lucho me comprara una arteza de bordes más altos para poder enjuagar más ropa, pero habló tanto.

Dijo que en el patio, ya no cabían más cachureos y que los dueños, se iban a enojar. Entonces yo decidí ir a hablar con la dueña. Y compramos la arteza.

Luego decidió cocinar ella para todos. Ahí sí que empezó un calvario para mí. Economizaba cada chaucha. Decía que podía cocinar de lunes a jueves, viernes y sábados sólo se tomaba té. A veces sólo le duraba la plata hasta el miércoles y vivía pidiéndole a Lucho. Empecé a tener problemas con el dinero del pasaje. A veces no podía ir a clases porque ella decía: la parafina que compré para ustedes ya se acabó. Siendo que nosotros éramos dos apenas, se ocupaban 15 litros, 10 para ellos, 5 para nosotros, y a veces Lucho compraba 10 para ellos y 10 para nosotros. Si yo iba a prepararme una ensalada, no podía ocupar aceite porque estaba justo para la comida, y el detergente también me lo medía. Una vez, casi quedo ciega por echarme el detergente ella misma en el agua.

C. Quise trabajar para disponer de mí misma.

Entonces decidí trabajar. Obligué a Lucho que me buscara un trabajo, y ni siquiera le pedí permiso. Decidí trabajar y listo. Entonces empecé a tener puros problemas, tanto con mis suegros como con Lucho. Encontré trabajo en una fábrica de zapatillas de descanso. Y ahí trabajaban hombres, hacían guantes y calzones de goma para guaguas.

Lucho era celoso a morir. El me acompañaba en las mañanas, nos veníamos juntos a la hora de almuerzo y en las tardes, él me tenía que esperar porque el recuento de lo hecho en el día, se entregaba fuera de las horas de trabajo. El trabajo era a trato y a mí me gustaba empezar a ganar buen sueldo... pero también empezaron a pasar otras cosas.

Como sólo empecé a tener sábados y domingos libres ahora no podíamos salir tanto como a Lucho le gustaba, pues el sábado lavaba todo el día y el domingo planchaba y cosía.

Ahí hubo otra cosa mala. Mi suegra quiso lavar ella y cobrarle aparte. Yo no quise. Nunca me ha gustado la idea de que alguien me lave. Entonces empecé a encontrar mi artecita sin agua en la noche y toda abierta y reseca.

Lucho me celaba con los jóvenes que trabajaban en el taller de goma y mi suegro cada fin de semana no dejaba dormir, hablando de nosotros, remedando hasta mi manera de hablar. Decía que yo iba a dejar en la ruina a su Luchito, porque hasta tenía que pagarme la escuela. Que ni eso fueron capaces mis padres de darme. Como yo era bien educada para hablar, él me encontraba siútica, pituca y me remedaba mucho. Retaba a Lucho porque no se casó con mi hermana. Pero cuando estaba sano y bueno, no decía ni pío.

Mis suegros peleaban todas las mañanas hasta

por un fósforo o una chaucha. Tenían tremendos alegatos.

A veces Lucho me servía el desayuno y yo me iba sin tomarlo, por no oír sus peleas. Y mi suegro todo lo observaba y guardaba para sacarlo en cara cuando se emborrachaba.

Hasta que una vez Lucho le levantó la mano. Recuerdo que fue tanto lo que me molestó porque yo trabajaba. Decía que yo sería igual que mi mamá. Que cuando empezó a trabajar, era porque estaba vistiendo a un lacho y café y que yo también debía estar haciendo lo mismo por eso trabajaba, para ponerle el gorro a su hijo y que por eso no quería dormir con él y no le cocinaba. Hasta que yo me puse a llorar desesperada.

Entonces Lucho lo agarró a palos. Su mamá y hermanos se opusieron y se armó la grande.

Entonces echaron a Lucho de la pieza donde dormía con mis cuñados. Llevábamos casi un año de casados y esa vez pasó lo que tenía que pasar alguna vez no más. Yo seguí trabajando y mi suegro se portaba cada vez peor. Esto, quiera o no influía de alguna manera en Lucho. El trataba de retenerse pero a veces como que le encontraba la razón en algo a su padre. Recuerdo que en la esquina donde yo trabajaba, había una casa quinta donde al medio de una arboleda, a la entrada, había un inmenso monstruo montado sobre una roca. Me daba pánico verlo. Pero me fascinaba ir a mirarlo. De tanto mirarlo veía como que él se venía sobre mí y salía arrancando, luego volvía a mirarlo y así. Lucho tenía que entrar al taller y no me encontraba. Salía a buscarme y me retaba y me celaba. Esto empezó a cansarme y empecé a pararlo, cuando él se ponía así.

Para colmo, como nadie en el taller sabía que era casada. Una vez un joven, que siempre me guiñaba un ojo o me decía piropos, le habló a Lucho pidiéndole permiso para pololear conmigo.

Creía que éramos hermanos. Cuando yo salí, Lucho echaba chispas hasta por las orejas. Cuando llegamos a la casa me lo contó todo, y yo casi me morí de la risa. El estaba muy enojado y decía que yo tenía que haberle dado motivos a ese joven, sino, ¿por qué pensaba eso?

Me prohibió seguir trabajando, pero yo no le aguanté y fue la primera pelea que tuvimos. Tanto pegó él, como pegué yo. El de un combo me hacía volar por encima de la cama sin tocarla, pero él quedó con la cara, cuello y pecho como reja de gallinero, todo rasguñado. Le sangraba la cara y el cuello, la camisa le quedó imposible. Subió su mamá y yo la eché con un par de garabatos para abajo y le hice burla de que él se creía valiente, porque la mamita estaba ahí para defenderlo. En cambio yo, estaba sola. Más furioso se ponía y seguíamos dándonos. Fue una pelea descomunal.

El no se atrevía a ir a trabajar al otro día. La cara y manos le quedaron imposibles. Yo fui igual no más. Me dolía el cuerpo por los forcejeos que había hecho y el maxilar de abajo, como que tenía descentrado. No podía mover la boca. Esa noche decidí irme. Fui a hablar con mi hermano que había llegado a vivir cerca, pero no estaba. Mi cuñada aceptó dejarme, pero cuando mi hermano llegó, no quería tener problemas con Lucho.

Me dijo: ¿qué sacas con irte de la casa si ya estás casada? Tienes que aprender que tu marido tiene mal genio y el guevón es más celoso que la cresta. Y eso fue todo.

Volví pero no dormí en la pieza, me encerré en la cocina y separé todas mis cosas. Y empecé a cocinar y lavar para mí no más.

Como las artesas se habían desarmado, porque siempre me les sacaban el agua, compré un baño de niños de latón bien grande y dos baldes de latón también. No le recibí ni un cinco más para la escuela. Yo me la pagaba. Yo compraba mercadería, verdura y todo para mí sola. Lucho no hallaba qué

hacer y empezó a llegar borracho todos los fines de semana. Empecé a vivir un infierno doble, tanto con mis suegros como con Lucho, que cada vez que tomaba, me hacía la vida imposible y trataba de pegarme porque yo no le quería.

Hasta que una vez decidí hablarle. Le dije, bien calmada, de muy buena manera que yo no podría nunca quererlo. No sabía por qué, pero estaba segura que nunca podría quererlo y que mejor nos separáramos.

El juró que nunca volvería a pasar eso de nuevo y que jamás volvería a tomar, pero yo sabía que todo había cambiado porque el rencor había quedado en mí.

Empecé a ser más independiente todavía y no le hablaba si él no lo hacía. Lucho se humillaba bastante, me rogaba mucho y yo, peor me portaba. Para salir a cualquier parte, cuando me invitaba, yo le contestaba ¿por qué no vas a invitar a esa niña morena que invitabas antes y te quedas la noche con ella otra vez? Y me dejas tranquila a mí. Cada vez que él me empezaba a rogar, más rabia me daba. Sentía odio por lo sumiso que era.

Mi suegra se enfermó. Siempre ha tenido mala salud y mi cuñada no sabía o no le gustaba cocinar. Además pasaba todo el día en el vecindario. Empecé a cocinar yo y descubrí que apenas se gastaba poco más de la mitad de la mercadería en la semana, cocinando de lunes a domingo. Esto me dio más rabia todavía y cuando se lo hice ver a Lucho, mostrándole que su mamá exigía que pidiera dinero a mediados de semana.

Fue motivo de otra pelea, porque empezábamos discutiendo de una cosa y terminábamos agarrándonos a golpes por una cosa que no tenía nada que ver. El quería que yo me quedara en la casa y yo le recordaba que a mí me conoció en mi casa, pero trabajando. El me reprochaba por qué me resistía a hacer las cosas en mi casa, si cuando vivía con mi mamá trabajaba el doble.

Una vez le dije que ya no dijera más que esa era mi casa porque no lo era. Que yo tendría una casa cuando y viviera con un hombre que yo quisiera. Esa vez quería matarme. Tuvo que meterse mi suegro y cuando supo toda la verdad de como fue el casamiento, entonces cambió totalmente.

D. El remordimiento de haber deseado la muerte de mi hijo.

Habían pasado muchos meses desde que mis cuñados echaron a Lucho de sus dormitorios. Yo empecé a sentirme rara y un día cuando me preparaba para irme a almorzar, la jefa del taller me dijo: ¿Ud. está gordita ah? ¿Cuántas meses tiene?

Yo quedé sin saber qué decir. No se me había ocurrido pensar en eso, y sentí asco de mí misma, de la comida, de tener "eso" adentro de mi cuerpo y no quería ni imaginarlo siquiera nacido. Traté de disimularlo lo más que podía, y al juntar el apellido de Lucho y el mío veía que no rimaban para nada y no podía aceptarlo.

Empecé a rezar mucho para que no naciera. Estábamos en invierno y cuando Lucho llegaba borracho, yo salía al patio colindante con un potrero inmenso que tenía unos hoyos muy grandes. Estos se llenaban de agua de lluvia y daban mucha humedad. Ahí me allegaba yo para tomar toda la humedad. Hacías las cosas más pesadas que había que hacer. Cada vez que mi suegra necesitaba la máquina de coser, yo me ofrecía para ir a buscarla y la traía y llevaba cargada en mi guatita. Me juraba que si perdía esa guagua me separaría como fuera de Lucho y pedía y rogaba a Dios que no naciera.

Una tarde estaba bañándome, cuando al salir envuelta en la toalla hacia el dormitorio para vestirme, Lucho, que iba subiendo me vio y cómo qué se asustó. No sé, pero puso una cara de sorpresa, claro, con la toalla ceñida se me veía tremenda panza.

Como que sintió vergüenza y no sé, pero siguió detrás de mí y no pude cerrar la puerta para dejarlo afuera. Lo primero que hizo fue decirme: ¿es mío, verdad? Yo sentí un odio tan grande y una humillación por la manera de pensar que tenía y le dije bien tranquila ¿qué cosa? ¿esta mugre? Sí, es tuya, y le tengo tanto asco como a ti.

Me dio una cachetada en la cara y se puso a llorar. Yo no hice ningún gesto de dolor pero él siguió llorando. Me preguntó que podía hacer él para que yo cambiara. Que qué era lo que quería, que ya no estaba con mi mamá para que me portara así, que razonara ahora que íbamos a tener un hijo, que yo tenía que tomar conciencia de mis deberes.

Yo pensaba para mí: "sí, no estoy con mi mamá, pero tampoco estoy donde quisiera".

Entonces, él buscando un arreglo me propuso olvidar todo y empezar de nuevo. Ahí dejé la crema, porque le dije que no. Que yo no quería ni a esa guagua ni a él tampoco y apenas lo perdiera, nos íbamos a separar. Lucho entonces me dijo tranquilamente "si haces algo para matarlo, o te vas de mi lado; no vivirás más de dos días, y eso, porque te busco por todas partes y ahí mismo te mato". Esto, grabátelo bien en la cabeza.

Cambió, no volvió a tomar, siguió cariñoso, igual que si nunca hubiéramos tenido problemas, pero yo no podía sentir algo por él. Era como si el corazón se me hubiera secado, cuando mi mamá abandonó a mi papá.

Y pensar que en cambio, me había enamorado de una foto. Lucho demostraba que me quería, de una u otra forma. Todo el tiempo me decía que sólo nos separaríamos cuando uno de los dos muriera y me juraba que él toda la vida iba a estar buscándome, hasta que sintiera que yo lo quería.

Ya tenía seis meses de embarazo, cuando Dios decidió cumplir lo pedido, pero yo no podría nunca pagar lo prometido.

Resulta que estando yo en el comedor que teníamos, Lucho chacoteándose tropezó y cayó. Yo me agaché y agarrándolo del pelo lo arrastré hasta la otra pieza. De inmediato sentí dolor. Esa noche no pude dormir. Los dolores se iban y volvían. Cada vez era peor, hasta que tuve que dejar de ir a trabajar.

Quince días estuve haciendo las cosas a la rastra. Una tarde Lucho decidió llevarme a la posta, pero me mandaron a maternidad. Ahí me retaron por no controlar mi embarazo, me dijeron que si me seguían los dolores volviera al otro día y me entregaron supositorios. Yo me amanecí con los dolores y me arrepentí mucho de haber deseado eso.

Lucho no decía nada. Me cuidaba y me atendía bien callado. Esa mañana, al irse a trabajar le dejó dinero a su mamá para que me llevara en un auto al hospital. Yo lo supe después. Ella me llevó en micro. Como la calle era empedrada todavía, la micro saltaba como endemoniada. Para colmo, desde el paradero hasta el hospital quedaban varias cuadras. Cuando me venían esos tremendos dolores yo me paraba apoyándome en la muralla. Luego seguía caminando.

Quedé hospitalizada. Nació mi guagua cuando yo tenía 16 años. Fue hombre y rubio de cabellos, casi blancos. La matrona lo encontraba bien grande para ser prematuro y los médicos me preguntaban: qué había hecho yo para adelantar el parto.

Mi suegra me dijo que yo tenía que mentir, que no dijera la verdad. Si lo hacía, yo y su hijo iríamos presos.

Les dije que me cai, no más. Ellos decían, pobre chiquilla, si llegas un par de horas antes, te sujetamos tu cabrito, claro que él se defiende y lucha como un campeón por vivir. Esas palabras y la cara del doctor, jamás he podido olvidarlas.

Ese mismo día, en la noche, una enfermera me llevó en una silla de ruedas a ver a mi guagua.

Tenía unas sondas en la nariz y a los pies de su incubadora decía "Riquelme Grez", sentí una cosa tan rara. Como si Lucho estuviera ahí. Me lo pasaron para darle de mamar, yo lo veía sanito y se movía mucho. Estiraba sus manitos abría los dedos de repente, como que saltaba asustado. Cuatro días estuvieron llevándome cuatro veces al día para que mamara. Pero ni a mis suegros ni a Lucho quisieron mostrárselo.

Yo me sentía tan criminal por haber deseado hacerle daño a una cosa tan pequeñita e indefensa, pero nunca lo había imaginado así. No sabía si era bonito o no, porque nunca vi a una guagua así antes.

Cuando Lucho, su mamá y la mía llegaron a visitarme, me llevaron cualquier cantidad de ropas para la guagua, chupetes y mamaderas chiquitas, pero yo no tenía la guagua conmigo. Hacía 5 días que había nacido y ellos quisieron verlo, pero no los dejaron. Les dijeron que la guagua estaba mal, sin embargo, al rato que ellos se fueron me llevaron otra vez a darle pecho. La guagua no estaba enferma.

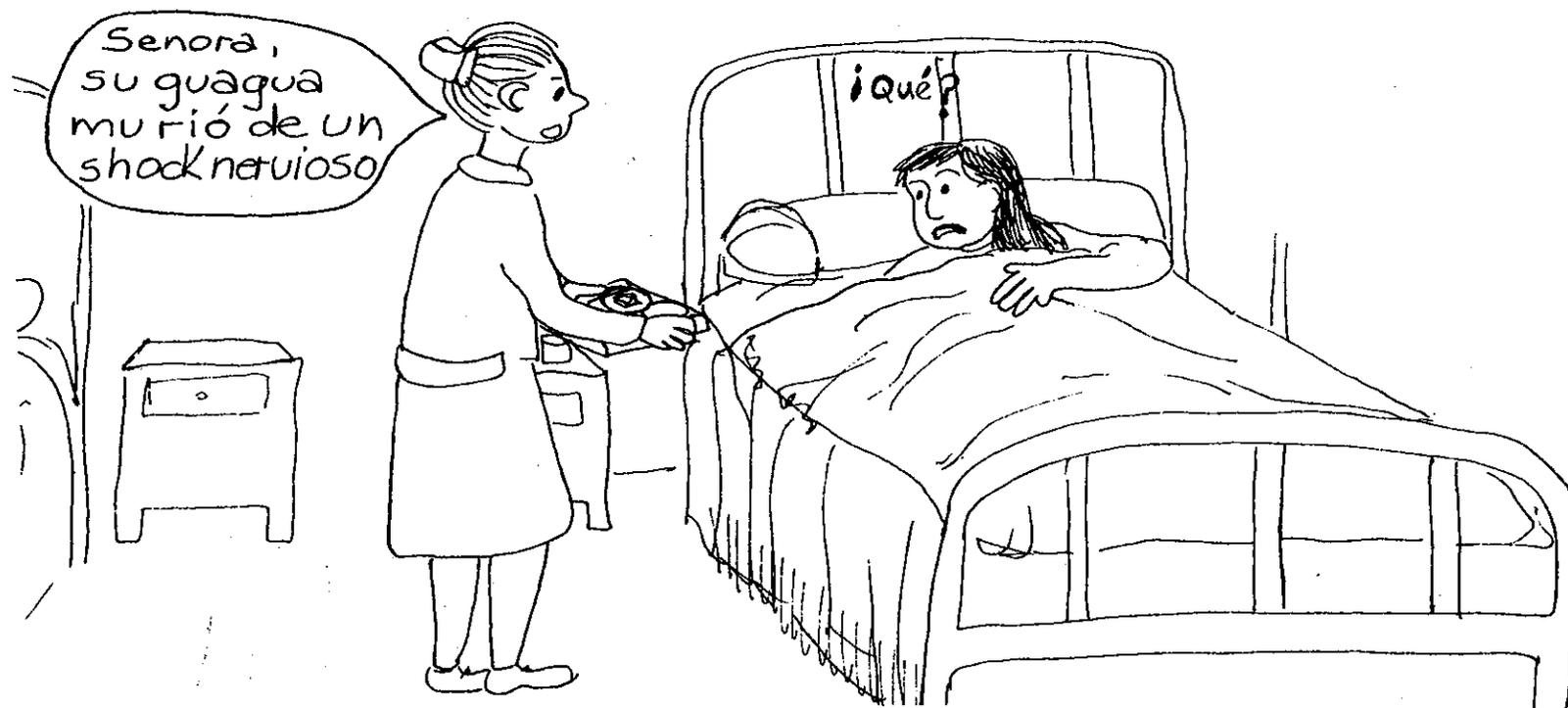
Cuando llevaba siete días hospitalizada me dijo una enfermera: Mijita: tu guagüita falleció de un shock nervioso. Yo sólo pude decirle "bueno" y nada más. No pude ni llorar.

Cuando fue hora de visitas y llegó mi suegra con mis cuñadas, decidió ir a avisarle al trabajo a Lucho.

Este llegó y me miraba con mucho rencor y tenía pura cara de pena. Pidieron el cuerpecito para sepultarlo, pero se los negaron. No sé dónde fue a hablar con una visitadora o abogado.

Una llegó a visitarme y me preguntó muchas cosas. Luego ella misma acompañó a Lucho, pero cuando le entregaron a Lucho los documentos para recobrar el cuerpo, ya habían pasado más de veinte días y no se pudo hacer nada.

Al darme de alta, no me entregaron ningún



papel que certificara el nacimiento ni el fallecimiento de mi guagua. Al salir, Lucho me esperaba en un auto.

Cuando íbamos a la casa, me dijo: te das cuenta, me dejaste con la ilusión, ni siquiera conocí la guagua. Hasta en eso me cagaste.

Siguió culpándome. Entonces yo le contesté que si ese día me hubiera ido en un auto o ambulancia derecho al hospital, el médico había dicho que salvaba a la guagua, sin embargo me tuve que ir en micro y claro, ésta se demoró mucho, más la caminata. Ahí se dio cuenta de la maldad de su mamá.

Yo le reproché que debió haberme pasado a mí el dinero.

El contestó: claro, si decidiste no recibirme nada.

Entonces Lucho culpó de todo a mi suegra. Cuando mi suegro llegó borracho, también sentía mucho la pérdida de la guagua y hasta sus lagrimones dejaba caer. En una discusión que tenían entre ellos, mi suegra insinuó que ella no creía nada de lo que pasó y que estaba segura que yo había regalado la guagua.

Lucho no sabía más que tomar. Incluso salía en las mañanas como si fuera a trabajar y al rato llegaba bebido y empezaba a llorar a su hijo. Me reprochaba que yo, más amor le tenía al perro. Que era el único hijo que había sabido darle. Acaso eso es lo único que me merezco de tí? me gritaba.

Vivía amenazándome. Me decía que la pérdida del niño la conseguí porque eso dependió de mí, pero que dejarlo a él no lo conseguiría porque eso dependía de él.

Fuí niña y adulta a la vez.

A. Los consejos de una abuelita me enseñaron a encontrar la paz.

En el día, Lucho me llevaba donde su abuelita, esta viejita me atraía bastante. Siempre me ha agradado la gente mayor. Ella influyó mucho en la vida de Lucho y en la mía.

A ella le conté toda mi vida, me escuchaba y me aconsejaba diciéndome que Lucho no era malo, que él tenía que quererme mucho, que eso se notaba y que hasta un ciego lo podía ver.

Mijita, me decía, una mujer puede hundir o levantar a un hombre moralmente. Puede hacerlo triunfar o fracasar en la vida.

Y por lo visto, hice lo primero. Entonces me dio un consejo algo equivocado, pero que acepté más bien por curiosidad y por contrariar a mi suegra.

Con mucha sabiduría me dijo: Mijita, Ud., lo que tiene que hacer es buscarse aunque sea un cuartucho para vivir los dos solitos. Verá que de alguna manera se llevarán mejor, porque viviendo con los suegros, éstos influyen mal en un matrimonio tan joven. Cuando hay amor, aunque sólo tengan una cama y sólo un cajón donde sentarse y un tarrito para tomar té, todo les parecerá bonito. Pero lo de nosotros era todo lo contrario. Teníamos unas buenas camas, un comedor muy lindo, una preciosa cocina, pero no había amor, por lo menos de parte mía.

Le hice caso, y ella misma me ayudó a buscar una piecesita. Fue un secreto entre las dos. Ella no quiso que le preguntara a Lucho, ni que se lo dijera a mi suegra. Dijo que ella le llenaría la cabeza y él tendría miedo de vivir solos, porque pensaría que yo me podría ir.

Encontramos una casita independiente con un patio detrás, muy grande y un jardín muy lindo adelante. Yo me volví loca de gusto estaba feliz y no hallaba la hora de cambiarme. Pero ella decidió que había que hacer unos cuantos arreglos y que

faltaba poner manos de mujer, decía. Me llevé las cosas de a poco. Cuando sólo faltó llevar las camas y los muebles más grandes le pedí a mi hermano que lo hiciera en un flete. Mi suegra quiso impedirlo, pero su suegra fue y la retó y ella misma ayudó a sacar las cosas.

Cuando Lucho pasó a buscarme esa noche, yo le pasé unos cuantos bolsos y me despedí de su abuelita. Ella nos acompañó hasta la calle y nos deseó muchas felicidades.

Lucho no entendía de qué se trataba. Cuando quiso dirigirse hacia su casa yo le grité: ¡No, es para acá! y caminé delante.

Cuando llegamos, Lucho pensó que ahora se acabarían todos nuestros problemas. Y así fue.

Por varios meses nos llevamos bien, aunque después seguimos peleando, pero no era como antes. A Lucho le gustaba mucho salir, sobre todo al cine. Yo sentía que me ahogaba ahí en esa obscuridad y a veces no quería ir.

El se enojaba porque a mí me gustaba mucho ir a la Quinta Normal, me sentía feliz en ese gran espacio lleno de árboles, como mi casa paterna. Entonces él decía: ése es el paseo de los indios ¿caso te gustan los gallos indios ahora? Ahí empezábamos a pelear, pero nunca más nos golpeamos como cuando vivíamos en su casa.

Todos los fines de semana nos íbamos fuera de Santiago a pasear. Lucho quería que yo conociera todos los lugares que él había recorrido solo, por su trabajo cuando era soltero. Decía que eso lo había decidido cuando yo estaba muy chica todavía.

Quedé esperando guagua de nuevo y él empezó a vivir un calvario. Yo no tuve molestias pero él las tuvo todas, se le antojaban puras estupideces y se amanecía todas las noches con dolor de muelas y a veces también de oídos.

En ese tiempo, la fábrica donde el trabajó desde que volvió de Viña, se asoció con otra firma metalúrgica también grande. Entonces los trabajadores pusieron un sindicato.

Los patrones no querían aceptarlo, entonces no recuerdo por qué los obreros decidieron hacer dos grupos: uno cuidaba la fábrica en el día, el otro de noche.

Cuando le tocaba trabajar de noche a Lucho, él me rogaba mucho que no hiciera nada malo con "su" guagua esta vez. Y a veces venía a medianoche, cuando paraban un ratito, a verme y volvía a tener miedo de mí.

Luego vinieron unos señores a la fábrica, hablaron con los trabajadores y se formó el sindicato. Empezaron las reuniones para sacar el pliego de peticiones y como Lucho era el que más cosas exigía, lo obligaron a formar parte de la directiva.

En el pliego, pedían leche todos los días (para el humo de la soldadura), bototos, overoles cada cierto tiempo, máscaras nuevas, delantales de cuero

para soldar, cascos de seguridad, guantes semanales, e instrumental de seguridad para cuando trabajaran en edificios, bonificaciones y muchas otras cosas.

Los patrones aceptaron la mitad de lo pedido; en esa pelea estaban, cuando, mientras esmerilaba un ayudante, se rompió el disco del esmeril y como no tenía repecho de protección, la mitad del disco se le incrustó en el estómago y sólo porque chocó en el reloj que éste tenía en el bolsillo de la chaqueta, no le partió la columna.

Todos decidieron pararse y en una reunión, Lucho propuso agrandar el pliego de peticiones. Lo hicieron y pasó un tiempo en que se llevaban en reuniones y alegatos, mientras conseguían todo lo que exigían. También obligaron a la firma a correr con todos los gastos de hospital y pagar semanalmente el sueldo íntegro a este obrero. Además aconsejaron a la esposa, que mediante un asistente social del hospital, hiciera que le entregaran al día la libreta del S.S.S. de su esposo, porque también a todos se las tenían atrasadas. Poco a poco fueron consiguiendo todo lo que pedían. Cuando todo estuvo al día entre el sindicato y la firma, llegaron unos señores de la Mendocina a ofrecer muebles, ropas y línea blanca.

En convenio con el sindicato, Lucho me sacó una máquina de coser semi industrial, una cocina a gas y una radio de comedor Telefunken.

Recuerdo que en esos tiempos recién estaban saliendo esas cocinas y en el barrio nadie tenía. Yo le tenía terror, era todo un espectáculo prenderla. Recuerdo que mientras ponía un palo largo con un papel prendido, daba el gas y arrancaba como media cuadra, para ver si explotaba el cilindro de gas. Me costó mucho acostumbrarme.

Para él, sacó una bicicleta y una radio de velador modelo VIC y ropa para los dos. Recuerdo que cuando tuvimos una discusión, yo agarré su radio y se la zumbé a la cabeza. Al caer se quebró, la parte de afuera, era de plástico.



B. La primera hija me acercó a mi marido.

A los cinco meses de embarazo tuvimos que casarnos por el civil para llenar unos papeles del sindicato y para cobrar el prenatal. Ahí supe que había metido la pata desde el principio al casarme por la iglesia, porque es justamente, la que no da la separación.

Cuando nació mi hijo, Lucho sufrió mucho. No creía que pudiera nacer bien. Le parecía algo tan difícil.

Pero lo horrible fue para mí, porque en el momento que estaba naciendo viene un temblor tan fuerte a las doce del día. Fue el terremoto que derrumbó un tranque en El Cobre y arrasó miles de casitas y sepultó a miles de personas en el barro.

Mi hija nació grande y sanita. Pesó 4 kilos y 300 gramos pero creo que yo esperaba que naciera de nuevo mi primer hijo.

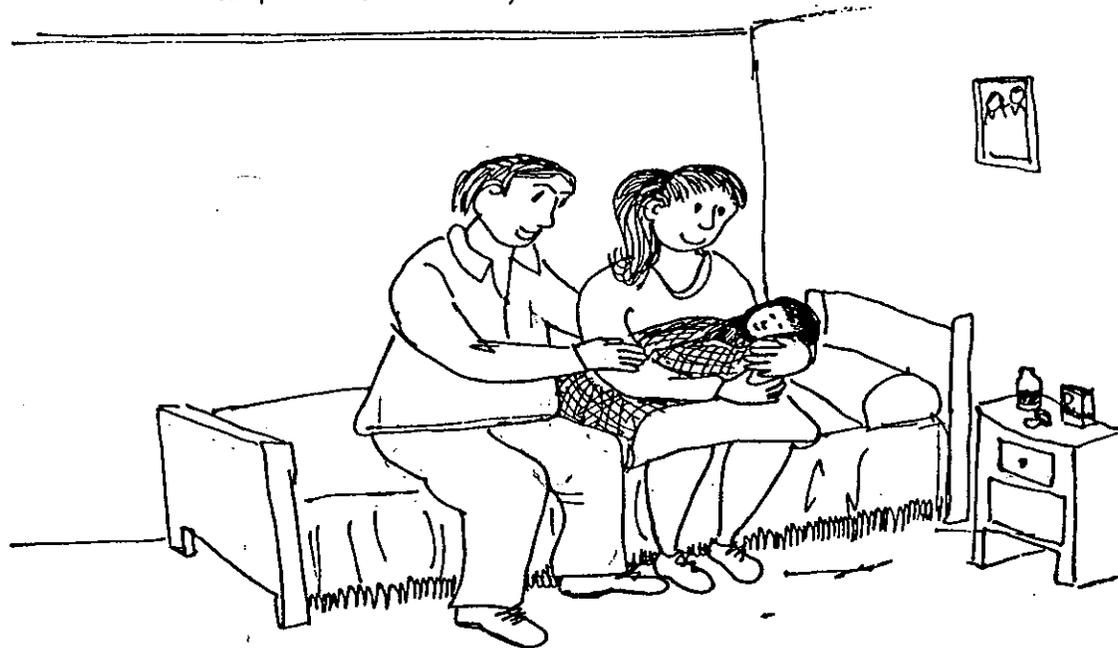
Era como una obsesión para mí, desde que supe de su muerte. Lo tenía presente noche y día.

Incluso una vez que salimos y vi en una vitrina un muñeco igual a él, Lucho tuvo que comprarlo. De repente pensaba que era mi guagua, pero mi hija ni siquiera se parecía a su primer hermano. Era muy gorda y de pelito muy oscuro. Cuando salí del hospital, Lucho me llevó a casa de sus papás, para pasar unos días. Al llegar, sus amigos le hacían bromas cuando iban a conocer la guagua, pues él era tan flaco y era papá de una guagua tan grande y gorda. El se sentía tan emocionado con las bromas. Se turbaba y no hallaba qué hacer cuando sus amigos le decían "papá".

Pero yo sólo estuve ese sábado en casa de sus papás y quise irme a la mía. En la tarde, Lucho estaba muy nervioso y cuando yo le decía: ya, vámonos, buscaba cualquier pretexto para quedarse hasta que yo agarré mi guagua, mi bolso y salí.

Apenas podía andar, tenía muchos puntos. El se vio obligado a salir detrás mío y ayudarme.

Las cosas siguieron más o menos no más.



Tuve todo lo que había soñado con volver a tener y de nuevo lo perdí.

A. La enfermedad de mi mamá nos hizo volver al cité.

Luego de dos años y medio llegó la segunda hija. Ahí paso algo que nunca llegó a gustarme. Esta niña tuvo problemas desde que se empezó a gestar porque su sangre era contraria a la mía, no me acuerdo muy bien.

Desde el momento de nacer causó admiración y revuelo en todas las salas del hospital y la recibió mi marido. Cuando las enfermeras y matrona la vieron, no podían creer que estuvieran viendo una guagua tan linda.

A mi marido toda la gente lo atajaba en la calle para mirarla bien, hacerle cariño. Era crespa y de pelo dorado brillante. Además, él siempre le compraba ropas que le hicieran resaltar estos dos aspectos. A mí no me gustaba esto porque mi otra niña se podía poner celosa, cosa que no pasó.

Después de un año y medio mi mamá cayó enferma de bronconeumonía y estaba casi sola con mis dos hermanos más chicos. A Lucho se le ocurrió cambiarnos a una casita cerca de ella. Pero resultó que cuando llegamos con las cosas, la dueña se había arrepentido y no arrendaba la casa.

Nos vimos obligados a aceptar un cuartucho al lado del de mi mamá. Yo quería morirme pero me vi obligada a aceptar. Porque no podía dejar sola a mi mamá.

La cuidamos y la llevamos a los médicos hasta que sanó bien. Lucho no la dejó trabajar, hasta mucho después que pasó los cuarenta días de reposo. Después empezó lo malo. Mi mamá malcriaba a las niñitas (las mías), les consentía todo lo que se les ocurría. Cuando no querían comer yo las retaba. Ella me venía a retar a mí.

Se las llevaba a su pieza y les daba cualquier golosina y las niñas menos comían. Llegó el momento en que ni siquiera querían dormir en sus camas, porque querían dormir con su abuela.

Cuando la menor cumplió dos años se le declaró una anemia empástica y hubo de cambiarle toda la sangre, pues el problema venía desde antes que naciera y como dejó de alimentarse como debía, se le agravó.

Lucho nunca creyó lo que pasaba. Decía que yo le exigía mucho a las niñitas y que mi mamá tenía razón.

A esto, se nos unió el problema de que todos los muebles que teníamos guardados en otra de las piezas, se nos estaban echando a perder con el encierro y la humedad.

Antes de que mi hija terminara de sanar se declaró en quiebra al firma metalúrgica en que trabajaba Lucho y él recibió mucho dinero y unas maquinarias en parte de pago.

Entonces me dijo que yo debía decidir si quería que comprara un sitio o daba el pie para una casita.

Pero yo tan tonta irresponsable le dije que no quería ni lo uno ni lo otro. Lo que yo quería era quedarme sola.

Entonces él invirtió todo en maquinarias. Después de un tiempo se juntó con un conocido de él, de mucho dinero e hicieron una sociedad. Mi marido llevó a su hermano, a dos míos y un par de amigos de la infancia y montó un taller de 18 operarios.

Arrendó una casita en Vitacura, al lado del taller y ahí vivimos muy bien. Mis hijas siempre andaban muy bien vestiditas y no se diferenciaban en nada a los demás niños.

Además, yo ahora me doy cuenta que la gente que siempre ha sido acomodada, es mucho más sencilla que la misma gente pobre.

Ahí nació mi tercera hija. Y un par de años después, antes que naciera la cuarta, ya contaba con una casita propia, porque al lado nuestro, en la avenida Lo Beltrán, vivía un matrimonio árabe muy ancianito, cuya única hija se había parecido

muchísimo a mí y murió en su primer parto.

La casita muy linda y elegante que había pertenecido a su hija, era anexa a la de ellos pero de madera y se la legaron a mi guagua antes que naciera. La pidieron de ahijada y aceptamos.

Serían los únicos padrinos extraños; todos los demás eran familiares.

Pero una vez convenido el compadrazo vino lo malo. Cuando ellos querían, metían a mis tres niñitas al auto y salían a pasear sin avisarme. A veces yo les preparaba sus onces o comida y cuando se las tenía servida no las encontraba en ninguna parte. A veces llegaban casi de noche con ellas, después de visitar a sus amigos. Lucho me retaba a mí, yo se los decía a ellos, pero como eran tan viejitos luego se les olvidaba.

Nació mi cuarta hija y aunque sólo tenía un par de días no paraba en casa. Querían tenerla sólo en la de ellos, todo el día. Esto enfurecía a Lucho y empezó a buscar un lugar donde cambiarse. Yo no quería hacerlo porque ahí tenía todo lo que había soñado volver a tener: un inmenso sitio, muchos árboles y cualquier cantidad de aves, pavos, patos, gallinas, gansos, conejos.

B. El horror de cambiar de una vida... independiente a que todos se pasearán por mi sitio.

Lucho encontró quien le vendía un sitio en San Luis de Macul, se lo pintaron en colores.

Se lo ofreció uno de los que siempre le llevaba trabajos grandes. Porque en esa época no faltaban las poblaciones, que les mandaban a hacer rejas, portones, ventanas, protecciones.

Yo tuve que irlo regalando todo, muy poco pude vender por lo apurado.

Fue un cambio, tan pero tan brutal, que nunca he podido comprender cómo pude soportarlo.

Porque nada de lo que él, más o menos me conversó, que había, existía en ese nuevo sitio.

Era un sitio pelado, puro tierral, no había agua. Un hoyo que había sido pozo negro, estaba siendo llenado por las vecinas con basuras y aguas sucias. No tenía arranque de luz y sólo estaba cerrado con panderetas un pedazo de la parte de atrás.

Mi marido antes de cambiarse, porfió por comprar una casita de madera muy bonita y grande y con piso y cielo.

Al compararla con la que vivíamos en Vitacura, yo la encontraba horrible. Era así atornillada, por partes, con inmensos tornillos.

Yo sentía pánico de que se perdiera uno de ellos y se desarmara la casa cuando temblara o corriera viento.

Pero cuando la instaló ahí, sentí más vergüenza, porque parecía un chalet de lujo al lado de las chocitas de tablas que habían.

Me sentía tan mal en ese sitio. Todo comunicado por sus tres lados. Además la anchura de la casa dejaba patio atrás y delante, entonces atrás amontonábamos todo y el dueño del pedazo de panderetas que colindaba a nuestros pies, vino a pelear para que no apoyáramos nada en él. Pero cuando nos vio, cambió totalmente su enojo y se puso muy amable. Hasta nos ofreció agua y luz.

Luego, la gente de los lados me conversaba de que cuanto arrendatario hubo en ese sitio, ellos le habían hecho la vida imposible, hasta que tenían que irse.

Lucho cerró todos los contornos del sitio, porque yo había llevado unos pocos patos, pero lo que me causó mucho dolor fue la pérdida de mi perro Terry, que resultó ser una mezcla de perro Collie con pastor alemán y creció tan enorme que cuando corría y saltaba sobre alguien, éste terminaba en el suelo pisoteado por él.

Al cambiarnos, Lucho lo llevó en el camión con él, pero éste me seguía a mí desde que lo recogí chiquito de la calle. Como yo iba en la camioneta del socio de Lucho con los niños, Terry saltó de arriba del camión en pleno tráfico y lo atropellaron, quedó sepultado en San Luis.

Como para sacar agua, tenía que dar la vuelta a la manzana, colocar manguera, llenar unos tambores que Lucho compró y luego ir nuevamente a cerrar la llave, me cansaba y me desesperaba.

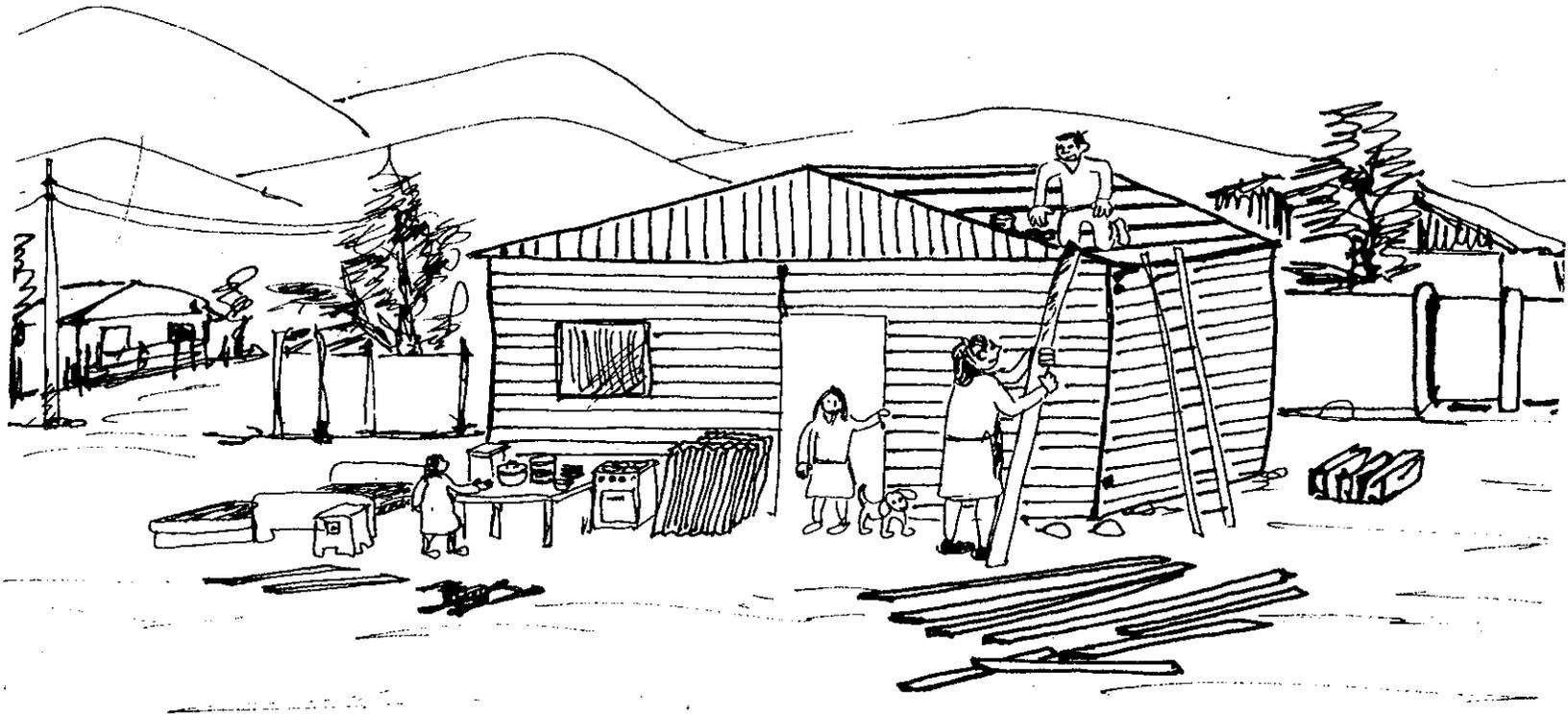
Las niñas le tenían miedo a los otros niños y los encontraban tan raros y cochinos, que no había forma que se hicieran amigos. Los vecinos

las empezaron a llamar "las niñas ricas" o las "rucas rucas", entonces para ambientarlas más, salía a caminar en las tardes.

La tierra me desesperaba. Tanta tierra y sol era horrible y cuando corría viento en las mañanas y tarde, yo escuchaba voces y gritos, canciones medias melancólicas por unos parlantes.

¿Qué diablos era eso? me preguntaba yo, una vez seguí esas voces.

Llegué a una población donde la tierra, sol y amontonamiento me dejó horrorizada. No podía convencerme que alguien pudiera vivir así, unos encima de otros.



El campamento.

A. Viví una experiencia nueva.

Yo caminaba por un camino que había entre el montonerío de chocitas y unos trigales inmensos que se mecían con el aire de la tarde.

Me fascinaba sentarme a mirar esos trigales y escuchar esas canciones en ese camino donde a su orilla corría una acequia.

Una vez, una de mis niñas se puso mañosa, lloraba y no quería seguir caminando. Entonces me dejó muy sorprendida al ver que unas señoras y algunos hombres se acercaron y me ofrecieron agua con mote.

Tomaron a las niñas y las llamaban "gringuitas". Me ofrecieron asiento en unas ramaditas que habían de pasaje a pasaje. Las chocitas no tenían patio y no se por qué, yo mentalmente y con la vista casi medía, en qué sitio cabía mi tremendo palacio, de tablas, que aunque era de madera, también, era tan diferente a esas casitas.

Yo también tenía esa misma diferencia, no me veía igual a esas señoras, que aunque muy sencillas eran morenas, medias aniñadas para hablar y las encontraba de otra manera. En los niños también había diferencia, mis hijas eran blancas, de piel suavcita y se veían de otra manera, no como esos niños toscos, de piel quemada y partida.

¿Y por qué esa diferencia si todos somos personas de carne y huesos? Pensaba yo.

Pero lo que más sorprendió o mejor dicho me dejó intrigada, fue un atardecer en que caminando por la calle principal, vi a una señora que llevaba cuaderno, balde, escoba y un bidón plástico con desinfectante parece y llamaba "compañera" a las otras.

Trabajaran juntas, pensé. Oí que le decía: "mañana le toca a Ud. revisar el aseo porque la compañera Carmen, la llevamos anoche al hospital y tuvo un hombrecito".

Son todas amigas, pensé. ¿Qué aseo revisarán?



Una vez, paré la oreja en la carnicería. Unas señoras conversaban muy mal de esa población. La llamaban "campamento" y decían que nadie podía tener vida íntima, porque los "dueños" del campamento revisaban hasta las sábanas si estaban limpias y si las encontraban sucias retaban a la pobladora.

Lo que me llamó la atención fue que dijeron que si los maridos llegaban un poquito pasados de la "sopaipilla", los llevaban unos gallos del equipo de vigilantes y le sacaban la cresta por curados.

Eso me gustó mucho y lo que remató mi gusto fue que después supe también, que todo un grupo de hombres debía cuidar una noche entera la población cuando le tocara. Y decidí vivir ahí. No sabía cómo, pero tenía que llegar ahí.

Cuando mis vecinas lo supieron, no podían creer lo que escuchaban. Me decían que mi guagua que tenía sólo unos pocos meses, se me moriría. Que las niñas se llenarían de piojos. Pero yo estaba decidida. Escuchando, preguntando. Me costó un mundo dar con el encargado del campamento. Nadie daba datos de él, se ponían desconfiados cuando alguien preguntaba sobre él.

Pero lo encontré y a él le gustó que yo le hablara al tiro de frente y sin rodeos. Encontró que fui muy original dijo, para plantearle mi pedido, porque todo lo que le dije, fue: "Buenas tardes señor... yo quiero saber si me puede dar un pedacito de suelo para poner mi casa.

Así no más, sin explicaciones, ni súplicas, ni por favores dijo él. Pero muy pillo, empezó a caminar, conversando, preguntando y sin saber cómo le fui diciendo que me gustaba todo lo que hacían, la forma en que todo era sólo para ellos: el poli, cerca el hospital, médico a toda hora y las canciones que me emocionaban mucho, pero que no las entendí muy bien. De repente me desconcertó mucho porque me dijo: ¡Bien compañera! cuando quiera trae su mejorita y la "para" aquí.

La forma de llamarme compañera, la encontré

tan rara. Como que no me cuadraba a mí. A todo esto, mi marido no tenía idea, cuando le conté lo que había pensado. Dijo: que todo lo que tenía dado por el sitio se iba a perder y fue aplazando la visita al campamento para conocerlo, con una y otra disculpa.

Pero un día que no corrió locomoción, él llegó casi a las tres de la mañana muy intrigado porque entre Departamental y Cordillera, un grupo de hombres se le acercó.

Me dijo casi me "mie" de susto cuando vi que como ocho guevones se me vinieron encima. Yo creí que iban a cogotearme, entonces yo le dije que eran guardias de la noche y le pregunté: ¿no te gustaría ser igual que un carabinero, sin uniforme así no más?

Claro, me dijo: debe ser rico cagarse de frío, metido en el barro, arrancando de los perros y todo mojado con la lluvia (era tan poco romántico el bruto).

Pero no podía entender de que se trataba todo eso. Los hombres lo fueron a dejar a la misma casa y él los obligó a recibirle unas cuantas cajetillas de cigarros y les agradeció dándoles la mano. Después decía: Putas, que rara la cuestión.

Fuimos los dos a recorrer y no le pudo gustar, menos todavía la escuela y el hospital de madera. Dijo que no, no y no. Pero tuvo que empezar no más, a acarrear los paneles. Cuando tuvo dos paneles se acabó el pedacito de sitio y echando maldiciones llegó diciendo que pararía sólo una pieza para mí y él no pensaba ir a vivir a ese hacinaamiento. Que si uno bostezaba en su pieza se escuchaba al lado.

Pero yo estaba decidida. Porque donde estábamos viviendo, cada vez que yo salía a comprar me robaban las cosas. Como salía a comprar con todas mis niñas, además estaba muy de acuerdo, en que él se quedara viviendo ahí en San Luis.

B. Nunca me imaginé que revisaran la higiene de un hogar.

En octubre, cuando empezó a techar, vino una noche de viento y se volaron todas las fonolas y no podía creer lo que veía: que la gente se las juntaba y se las aseguró en un montón y no se perdió ni un clavo.

Además el dueño de San Luis, no entregaba ningún documento que acreditara lo que uno le iba pagando. Llegamos a vivir al campamento el 08 de diciembre del 71. Lucho no se conformaba. No quería vivir ahí y, sólo mientras terminaba de instalarme bien, se quedaba a dormir. Sólo una piecinita chiquita cupo ahí y tuvo que achicar los tableros. Entonces el encargado del campamento le dijo que se aguantara un poquito, que un compañero se iba a ir al sur y que nosotros podríamos tomar su sitio porque en esa manzana habían más familias de las debidas.

En esos días a Lucho le tocó hacer guardia de la manzana y tuvo que salir. Lo hizo sin ningún problema. Yo creí que no lo haría, pero le gustó la idea. Lo que no le gustó era que pasaran a cada rato golpeando las tablas y gritando: ¡a la guardia compañero! Las niñitas se asustaban y lloraban. Como a las cuatro de la mañana entró a acostarse. Yo me asusté, creí que había dejado la guardia botada, pero se habían repartido en dos grupos. Uno dormía mientras el otro grupo recorría vigilando hasta las cuatro o cinco. Luego salía el otro grupo y terminaba la guardia el grupo que durmió hasta las cuatro. Lucho siempre vigilaba hasta las cuatro, como él no tenía que cumplir horario en ninguna fábrica, le empezó a gustar la manera de vivir ahí. Tenía algunos amigos, pero así de pasadita no más, tenía harta voluntad para todo lo que se necesitaba hacer.

El día que me tocó revisar el aseo quedé como la mona delante de mis vecinas. Cuando fue la



señora del delegado y otras a dejarme las cosas y el cuaderno, yo tenía un pie como empanada. Me había caído un tablero de piso sobre el pie y un clavo me lo atravesó. Me dolía la cabeza. La otra señora dijo: si yo sabía que esta señora no querría hacer el aseo. Entonces le mostré el pie. La señora del delegado quiso llevarme de inmediato al poli.

Al llegar a vivir al campamento, nuestra vida cambió totalmente. Lucho no volvió a tomar y en una pelea que tuvimos, entró de inmediato el frente de disciplina. Claro que nunca había pasado tanta vergüenza, pero fueron a la casa unos caballeros muy serios, más el delegado y le hablaron calmado, pero bien seriamente: qué ahí no se admitían esas cosas.

Empezamos a participar en cuanto acto, salidas y asambleas se hacían en el campamento. Yo nunca me había sentido más cuidada, segura y tomada en cuenta como persona, como en ese corto tiempo. Cualquier cosa que tuviera que deci-

dir, ya para la manzana o para la construcción, siempre nos tomaban el parecer, tanto a Lucho como a mí. Mi cuarta hija aprendió a caminar ahí, entre peñascos, tierra e incomodidades. Y quedé esperando la quinta.

Ese embarazo fue avanzando entre salidas a protestar, tomas de diarios, de frigoríficos, apeñascamientos a locales, botadas de basuras al alcalde, marchas para exigir una u otra cosa. A veces Lucho no quería que fuese en ese estado y se quedaba en casa para ir él, entonces él se subía a un bus y yo me encaramaba en otro atrás.

Luego aparecieron las canastas. Yo siempre dejaba las dos, una para mi hija más chiquita y la de la mercadería. Cuando se cambió de delegado, hubieron algunos problemas porque quien no tenía el dinero de inmediato, perdía su canasta. La compraba otro poblador y después la vendía por artículo y al doble del precio. Eso me parecía mal muy mal y en una reunión de manzana estuve tiritando como media hora antes de atreverme a hablar y preguntar: por qué se hacía eso. Pero casi todos estaban contra eso y quedó arreglada la compra igual que antes.

A mí me tocaba tener mi guagua los últimos días de agosto y si era hombre se llamaría Alfonso como mi papá. Si era mujercita, Moira. Como Lucho era quien se antojaba, siempre quería sopapillas para tomar onces. Recuerdo que aquel martes 02 de agosto, cumpleaños de mi papá, yo fui a dejar a mi hija mayor a la escuela a la 1 de la tarde. Como ya apenas caminaba, me demoré y al llegar, me puse a remojar ropa para lavar en la noche, porque nunca podía hacerlo de día, porque siempre había ya una reunión de manzana o cualquier cosa y con cuatro niños chicos, no tenía quien me ayudara como había tenido antes, cuando vivíamos en Vitacura. Dejé la ropa remojando, hice dormir en el coche a mi guagua menor que tenía un año y poquito más, pero no hubo caso.

Como amenazaba con caer lluvia, mejor la envolví y salí a comprar el zapallo para las sopapillas. Me demoré mucho, porque una vecina que también estaba gorda, era tan delicada, que hizo más teatro para cortar un zapallo y al final ni me vendió.

Seguí buscando hasta que escuché ¡incendio! ¡incendio! y pensé: Dios mío, quién se estará quemando. La gente corría gritaba, lloraba y pedía auxilio. Yo seguí comprando.

Cuando llegué a mi casa la gente amontonada no me dejaba ver mi casa. Como pude me metí entre medio. Todos decían que había una guaguita quemada. Tanto lo repitieron que yo les dije que no fueran mentirosos. Una señora del frente, en la manzana R, me quitó la guagua y se llevó a la más grandecita, pero Adriana con el espanto, salió corriendo con los brazos abiertos y gritaba y lloraba corriendo detrás de ella. Volví al incendio cuando ya no había más que barro y fierros, somieres retorcidos. Nada más.

Todo había desaparecido. Luego recordé la maleta de mi guagua que ya iba a nacer, mi máquina de coser, las vitrinas, las cunas, los veladores, pero nada, ni el piso siquiera se había salvado. Todo se lo tragó el fuego, yo no decía nada pero sentía que las sienes me estallaban. El murmullo, las preguntas, y las compasiones de la gente me volvía loca. Deseaba tomar una escoba y barrerlos a todos.

Estar sola, eso quería yo. Con un palo empecé a juntar pingajos humeantes, junto a un señor bajito que a cada rato preguntaba: ¿a qué hora va a llegar la persona que vive aquí?

Hasta que yo le pregunté: para qué la quiere, ¿para qué le abra la puerta?

El me dijo: no sea así compañera. Nadie está libre y creo que la señora también está gordita como usted. Es que yo vivo aquí, le dije.

Si le hubiera puesto corriente no hubiera

saltado tan fuerte creo yo. No podía creer que estuviera tan tranquila. En eso vinieron unos compañeros del policlínico, me agarró Carmencita y me hizo recostarme en una camilla. Me subieron al Jeep y partieron al poli conmigo. Pero no dejé que me inyectaran.

Luego apareció el padre Emilio, me dejó una carta. Cuando volví a mis chamuscos, el delegado y los compañeros estaban tratando de limpiar y despejar para pararme otra mejora provisoria. Pero como mi casa era tan grande y con tantas cosas, había demasiado que sacar y limpiar. Cuando vi el esqueleto del cochecuna donde quise dejar durmiendo a mi niña, casi me desmayé de impresión. Sólo su armazón quedó y todo retorcido.

Empezó a chispear y entonces Romo que siempre trataba de estar a mi lado, decidió facilitarme su mediagua hasta que mi sitio pudiera limpiarse e instalar una mejora.

Las personas de la directiva del campamento me llevaban de un lado a otro para recibir esto y lo otro. Era todo un personaje porque soportaba toda esa tragedia sin ninguna lágrima.

Llegaron dos camas completas, muy usadas, frazadas, ropa, mucha ropa, también ropa para la guagüita que estaba por nacer, al otro día vinieron del S.S.S., hicieron todo unos papeles y Romo me decía que pidiera mi máquina de coser para que me otorgaran una de mano siquiera, pero no saqué nada.

Lucho compró madera y levantó de a poco otra mediagua, pero no quiso hacerla igual que la anterior. Todos trataban de ayudarlo. Cuando estuve de nuevo en mi mediagua empecé a echar de menos todas mis cosas, una a una, y era como que de repente iba a irme a mi casa y ahí, iban a estar todas.

Me gané un espacio distinto en la vida.

A. Todo fue como una pesadilla.

Pasó el tiempo y llegó el día en que todo fue como una película de terror. Los aviones y helicópteros pasaban a cada rato. Yo volvía de la escuela, no hubo clases y cuando iba pasando, escuché unas palabras de Allende llamando a que nadie saliera de sus casas, que estuviéramos tranquilos, pero nadie podía estar tranquilo. Todos hablaban, cada cosa más horrible. Unos decían que el régimen militar iba a poner las cosas en su lugar que sería más disciplinario. Otros decían la realidad que nos esperaba.

Después de unos días los encargados del campamento decidieron tomar una determinación con todo el campamento: Irse o quedarse. Al final, dijeron, si nosotros nos quedamos tendremos que luchar todos y el campamento tal vez sea arrasado y si nos vamos, no creemos que tomen grandes represalias con los pobladores.

Yo hasta lloré cuando al final de la reunión los despedimos y cantamos la Canción Nacional.

Yo no me acostaba casi nunca debajo de la ropa de cama, esperando que vinieran los milicos, pero no venían. Mi marido quería llevarme donde su mamá o la mía, con mis niñitas ya que mucha gente empezó a irse. Otros llevaban a su mujer e hijos fuera de la población, pero yo decía, o nos íbamos todos o nos quedábamos todos.

Mi marido decía que no era capaz de irse y dejar a los demás pobladores ahí. Yo veía que tampoco podía hacerlo. Hasta que una noche en que salí a botar una pelela, escuché una voz que me echaba para adentro de la casa y vi que la construcción donde íbamos a caminar recorriendo las casitas, estaba llena de milicos. Fue la primera vez desde el 11, que pude dormir sin escuchar las balceras que todas las noches nos despertaban aterrizadas a nosotros y a las niñitas.

Los muertos ya se habían hecho familiares

para nosotros. Un amanecer, un avión pasó casi a ras de nuestros techos. Mi marido dijo: Hasta aquí no más llegamos, nos van a bombardear. Yo no le contesté nada, estaba resignada. Tanto había escuchado eso, que ya todo lo hacía con la idea de que iba a morir ese día y así, todos los días.

Siguió pasando el tiempo, hasta que fueron apareciendo las cosas de mercaderías en los almacenes. Fue lo único que me gustó de eso, pues yo vivía en las colas para el pan todo el día casi. Luego aparecieron las murmuraciones de que estaban deteniendo gente del campamento, de que había compañeros y compañeras que estaban entregando gente, especialmente a los que habían organizado el campamento, entonces más gente empezó a irse.

Siguió pasando el tiempo y como yo no me juntaba con mucha gente, andaba algo atrasada de noticias, pero esa vez supe que el encargado del campamento había sido muerto. Esto me dolió mucho pero me resistí a creerlo, mi marido dijo que posiblemente era un truco, para que él se descuidara y pudieran detenerlo más fácilmente.

Yo no entendía mucho lo que pasaba, pero luego, toda la gente que trabajaba, empezó a quedar cesante.

Y empezó la venta de cosas: tanto muebles como ropa, todo tipo de cosas. La situación empezó a ser desesperada.

B. La pérdida del Taller trajo la angustia en la casa.

A mi marido también le empezó a ir mal. Muchos trabajos que tenía casi a punto de ser entregados, no aparecieron nunca sus dueños a retirarlos. Entonces viajó a Talca donde estaba terminando una población muy grande, en Colin. Ahí iba a ganar mucho dinero y como ya habíamos perdido el cariño por las casitas que estábamos esperando en el campamento, él pensaba comprar

un sitio en San Luis nuevamente. Soñaba despierto con lo que iba a ganar en ese negocio. Compraría nuevamente todo lo que perdimos en el incendio y, se hacía tantas ilusiones, que hasta yo me entusias-maba de repente.

Luego quedé esperando mi sexto hijo. El llevaba ya muchos meses en Talca y como el trabajo estaba muy avanzado, él y su socio vieron que no podían viajar mucho a Santiago. Yo tenía muchos problemas con mi embarazo y él tenía mucho miedo por mí, porque estaba sola y ninguno de nuestros familiares quería venirse a pasar unos días con nosotros. Le tenían miedo al cam-pamento.

Hasta que en una noche llegó Lucho y me encontró con dolores. Me llevó al hospital y quedé hospitalizada. Estuve tres semanas. Mi guagua nació de seis meses y medio de gestación. Para mí fue la felicidad más grande del mundo porque fue hombre.

Pero mi marido estaba muy raro, intranquilo y nervioso. No se veía contento por el niño. Yo no sabía qué era lo que pasaba. Al otro día de mi llegada, él se fue a Talca.

Volvió un mes después, casi a las tres de la mañana, borracho, venía sin nada. El cada vez que venía de Talca le traía muchas cosas a las niñas y cosas para la casa. Pero ahora no traía nada. Lloró hasta que se durmió.

Al otro día temprano. Se cambió y salió. Me sorprendió por que no dejó dinero. Volvió en la noche muy preocupado, yo lo encontraba muy cambiado.

Estaba viejo, o sea se había avejentado de repente. A veces me quería conversar pero luego se arrepentía y no entendía lo que pasaba. Para colmo, mi guagua no mostraba ningún avance y nos habíamos resignado a que este hijo sería paralítico.

Un día, mientras llevábamos la guagua al control al hospital, me preguntó si me quedaba plata. Algo, le dije.

Cuídala, me dijo, porque el Vergara me jugó sucio y se echó a volar con todo el taller, completo.

Me contó que cuando llegó a Talca se encontró con que su socio recibió el pago de los negocios y se había arrancado con toda la plata, llevándose hasta el último pedacito de fierro del taller. Mi marido no tenía dinero para seguirle juicio. No encontraba trabajo; teníamos seis niños y el último tenía muchos problemas.

Mi hijo avanzaba con muchos problemas y tropiezos por la falta de dinero y amenazaba desnutrirse.

Conversando con una vecina, ésta me dijo: ¿Y por qué no pone a sus niñitos en el comedor? Ya había aparecido hacía un año el comedor infantil.

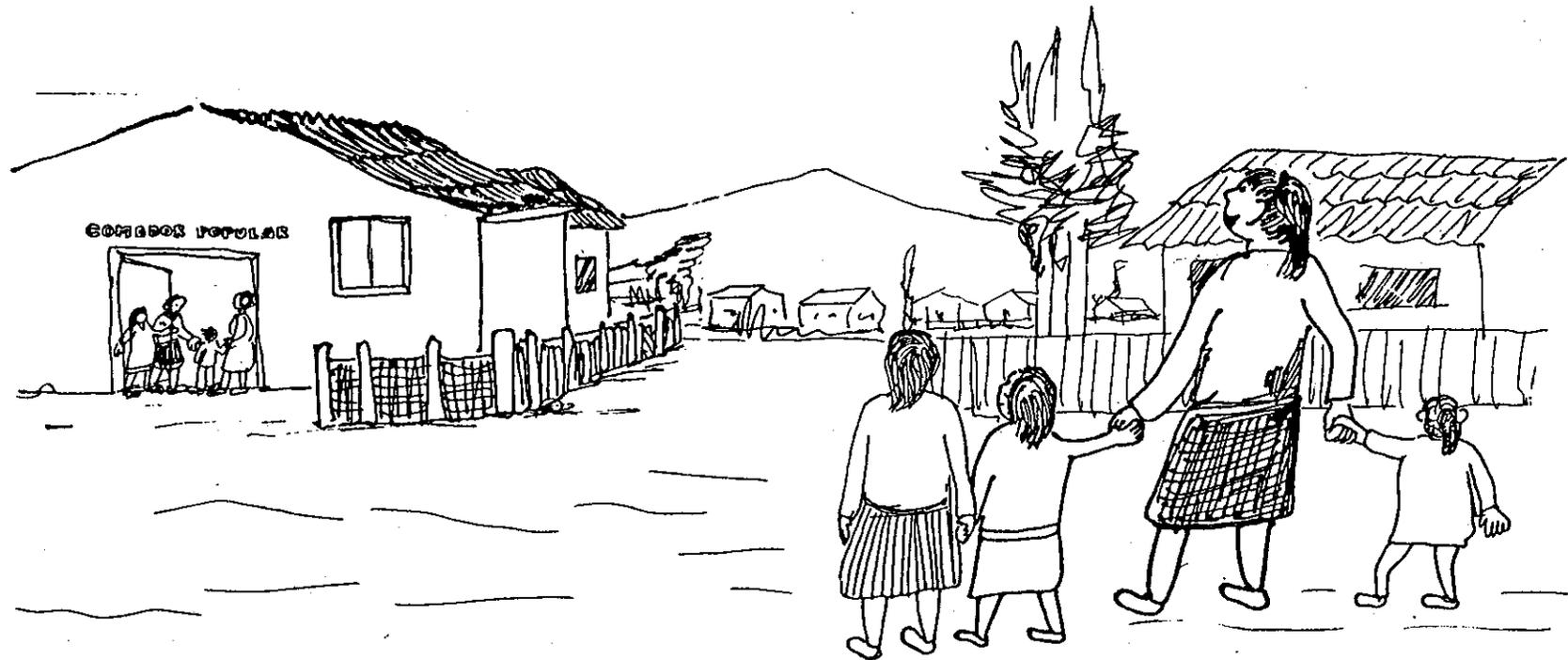
Le conversé a mi marido. No hubo forma de convencerlo; él no perdía las esperanzas de ubicar a su socio ladrón, que lo había dejado en la ruina. Y a brazos cruzados la situación se me fue empeorando cada día más.

Ya estaba neurasténica y le dije a mi vecina que llevaría a las niñas al comedor sin decirle a mi marido.

Fue algo tan horrible para mí; me sentí inútil; me veía que no era capaz de luchar por mis hijas y poder darles su comida en la casa. Sentía tanta vergüenza, que para ir al comedor salía de la casa hacia el lado opuesto, y daba un tremendo rodeo para luego llegar al comedor por el otro lado.

Ahí encontré en las compañeras del equipo, un poco de apoyo. Con la ayuda del comedor nos fuimos balanceando. Algunas de mis vecinas se admiraban tanto de que yo fuera al comedor y a veces, yo me arrepentía de hacerlo, pero me veía obligada. No era capaz de hacer pasar hambre a mis hijas.

Yo no quería inscribir a mi guagua en el comedor pero la coordinadora lo inscribió no más y me entregó la comida para la casa porque el niño tenía problemas para tragar.



C. La organización fue para mí como nacer de nuevo.

Fui participando en cuanto cosa podía. Primero recuerdo, fue en una campaña por los niños que no podían ir a la escuela. Yo y un grupo de jóvenes les hacíamos clases en la mañana y en la tarde, tres veces por semana. Luego fueron otras actividades para Navidad, hasta llegar a los cursos de capacitación para padres e hijos.

Ahí yo estaba buscando trabajo porque en ese tiempo salió el Plan de Empleo Mínimo (PEM), sólo recibían a los hombres o mujeres que fueran jefes de hogar y no a las mujeres que tuvieran marido. ¡Qué venga a inscribirse su esposo! nos decían al grupo de mujeres que íbamos a insistir. Eramos entre tres o cuatro las que tratábamos de quedar trabajando sin negar a nuestros maridos, pero no había forma.

Mientras tanto habíamos llegado a ser moni-

toras del P.P.H. que era una especie de curso educativo donde debían participar hombres y mujeres. Pero siempre habían más mujeres y ahí nos enseñábamos entre nosotras mismas, las maneras más adecuadas de enseñar a nuestros hijos; a conversar con ellos y cómo abordar sobre la enseñanza sexual cuando fuera necesario.

Como yo tengo cinco hijas mujeres, esto me ayudó muchísimo. Fue entonces que unos señores que trabajaban artesanía, vinieron una tarde y nos conversaron que podríamos entrar al taller y bordar arpilleras, que tendríamos capacitación y muchas cosas que yo no entendía muy bien y no sé por qué me causaba curiosidad.

Cuando vi una arpillera que nos trajeron de muestra, yo la entendí de inmediato y hubieron señoras que no quisieron entrar y se quedaron con el puro comedor. Y nos incorporamos a la bolsa de cesantes. Me costaba mucho entender las conversaciones de los integrantes de la bolsa, que

aunque eran pobladores, tenían ya mucha experiencia en política y cuando me tocaba hablar sobre mi parecer, siempre estaba de acuerdo aunque no entendiera bien. Entonces para entender mejor, empecé a tomar cualquier cargo que pudiera y quedé de acompañar a la encargada del taller de arpilleras a la comercialización. Y llegó el día de la evaluación del curso de P.P.H.

Recuerdo que ese día, mi marido estaba furioso porque yo participaba en un grupo de hombres. No había llegado a la casa el día antes. Y yo dejé con la más grandecita a mi niño que recién estaba aprendiendo a caminar, y me fui en la mañana a la jornada que era por todo el día.

La mala suerte quiso, que después de estar contenta todo el día, con la preocupación de mis niños claro, al venir de vuelta, él subiera al mismo micro en que yo venía.

Luego de un tiempo yo caí al hospital. Porque siempre he tenido muy mala salud, debido a un desgarro del útero mal cuidado.

Mientras estuve hospitalizada, mi familia recibió ayuda en alimentos y una compañera, que fue la misma que me acompañó a los controles médicos, y me dejó en la misma cama del hospital. También visitaba de vez en cuando a mis niñitos y les lavaba algo de ropa, porque ellas eran todavía muy chiquitas. Ella era delegada de salud.

Salí del hospital, donde hasta me confesaron y echaron sal en la boca, y llegué participando de nuevo, activamente en cuanto actividad habían en la bolsa, y tanto cariño le fui tomando a la organización, que llegué al punto de tomar esta horrible

decisión: debido a que yo no paraba en la casa, las cosas andaban al lote. A veces mi marido llegaba a almorzar y no había comida, y yo estaba en el taller. A veces pedía ropa limpia, y yo no había lavado durante toda la semana.

La casa nunca estaba ordenada o limpia totalmente y él me celaba de una forma horrible, iba a bucar me al taller y ahí mismo me retaba e insultaba. Me retaba durante todo el camino a la casa.

Yo callaba, no le decía nada. Pero en cuanto entrábamos, yo le contestaba y nos agarrábamos. Pero yo, ya no le hacía la collera como antes, porque me daba miedo que pasáramos a llevar uno de los niños mientras nos golpeábamos y trataba de convencerlo por las buenas.

Pero cada vez iba siendo peor, hasta que una tarde de sábado en que volví del taller en que estábamos planificando el primer paseo a la playa, él estaba medio ebrio y trató de ahorcarme. Yo como pude, agarré una plancha y me defendí zafándole una mano, mientras llamaba al patrulla una y otra vez. Y no llegaba la porquería. Hasta el delegado de manzana andaba para arriba y para abajo en la población porque mi marido quería solamente matarme.

Dos compañeras me aconsejaron retirarme del taller y la organización mejor, y vivir tranquila. Yo les decía: ¡Claro, vivir tranquila, ignorante y aplastada por dos lados y muerta de hambre! y pensaba decididamente separarme.

Llamé a la Central de Carabineros y les grité desesperada por teléfono y llegaron en un instante, se lo llevaron.

REFLEXIONES DE MARY

Los padres siempre deberían hablar a sus hijos, las cosas como son.

Jamás crearles un mundo suave y armonioso. Porque cuando los niños van descubriendo el mundo, realmente como es, se inhiben, se vuelven tímidos.

Creo que mi papá, al inculcarme que no existía la gente mala, ni las mentiras; en vez de hacerme un bien me hizo un mal.

Los padres jamás deben decidir por sus hijos, menos la madre. Esta siempre debe estar con sus hijos, aconsejándolos. Debe facilitarles el camino, pero jamás conducirlos de la mano.

Siempre he pensado que no tuve adolescencia porque al arrancarme del lado de mi papá; el sufrimiento que soporté sola, me volvió vieja y amargada.

Jamás he censurado a mi mamá por lo que hizo conmigo, nunca se lo he reprochado, ni tampoco le guardo algún rencor.

Ella sabrá porque lo hizo, algún motivo tendría. Tal vez lo hizo buscando lo mejor para mí, nunca me lo ha dicho, ni se lo he preguntado, pero estoy segura que debe haber algo que lo justifique realmente.

La madre nunca debe determinar el futuro de sus hijos, todo lo contrario. Eso lo deben decidir los propios hijos.

Pero reconozco que algo muy importante he ganado de esto. Siempre estoy recordando lo que he vivido y me sirve mucho para comprender a mis hijos y saber lo que represento para ellos.

Siempre apoyo sus decisiones y a veces he dejado que se equivoquen. Luego, al reconocer ellos que yo tenía razón, más estrecho es el lazo que nos une.

También, si mi mamá no me hubiera hecho casar, con mi marido, yo no hubiera tenido los hijos maravillosos y comprensivos, responsables, que tengo.

Siempre, he pensado que si la madre se ve obligada a separarse de su marido y a juntarse con otro hombre, su obligación es de conversar con sus hijos este problema y hacerles comprender lo que pasa y dejarlos decidir con quién se quedan. (siempre que tengan edad suficiente).

Una madre, con hijos grandecitos, nunca debería darles padrastro, porque los únicos que van sufriendo desde el principio, son los hijos.

Pero, si se ve obligada a hacerlo, debe cuidar que sus hijos tengan siempre un dormitorio para ellos solos.

Graciela



Lo que yo recuerdo de mi niñez.

A. Yo siempre era la dueña de casa.

Lo que más recuerdo, es que éramos bien pobres, vivíamos en unas canchas y mi mamá trabajaba para nosotros.

Yo era la mayor de siete hermanos, y no podía estudiar como quería, porque tenía que cuidarlos.

Mi papy era borracho, tomaba, tomaba. Lo que se ganaba era p'a tomar, así que mi mami se sacaba la mugre trabajando para nosotros.

También lo que recuerdo, es que nunca tuve un par de zapatos nuevos. Siempre lo que le daban a mi mami, nosotros lo ocupábamos.

Vivía en Nuñoa, en Natalio Stay. Desde que nací, siempre estuvimos en ese mismo alrededor. Yo era la dueña de casa y mi mami trabajaba.

Me acuerdo desde los siete años. Siempre veía los sufrimientos de mi mami, porque mi papy llegaba pegándole en la noche, y ella tenía que salir arrancando con nosotros a las tres de la mañana. Y andar ubicando una casa donde quedarnos.

Eso lo tengo bien claro, porque nunca se me olvida. Mi mami me pasaba la guagua y ella tomaba a los demás. Yo a veces no me podía la guagua porque mis hermanos, eran muy guatones.

Mi mami trabajaba de empleada en una casa, desde jovencita, y la querían hartito.

Yo estudiaba, faltaba más de medio año. Mi papy, como pasaba borracho, decía que no fuera al colegio y yo lloraba, porque yo quería ir al colegio.

Me acuerdo de una vez, cuando yo estaba chica y deseaba salir a la calle a jugar y mi mami dejó encargado a mi hermano chico, al Lucho. En la mañana se levantó e hizo fuego, nos dio desayuno a todos y me dijo: ¡"Cuida a tu hermanito"! cuando despierte lo sentai en una silla y no salgai a ninguna parte porque se puede caer al fuego"

Como hacía frío lo senté y lo amarré en una

silla, y me fui a jugar a las bolitas afuera. Me encantaba jugar a las bolitas.

Se me cayó al fuego. No sé cuánto rato estuve afuera, pero llegué y mi hermano estaba metido en el brasero, se quemó toda su carita.

Me acuerdo de todas esas cosas, y a veces me da pena.

Después llegó mi papá, y yo me subí arriba del techo, porque me iban a pegar.

Llevaron a mi hermano a la posta, y después llegó mi mami con el niño todo vendado. Yo no me bajaba de arriba del techo.

Mi papy me decía: "Bájate de ahí que te voy a pegar", y yo me resbalé y me hice una herida aquí... fue con el pizarreño, aquí en el dedo, y ya la tengo en el brazo.

Mi papá no llevaba nada a la casa. No tengo buenos recuerdos de cuando era chica, porque siempre todos los niños..... para la Pascua, sacaban ropa nueva y nosotros nada. Y el único recuerdo lindo que tengo, es cuando hice la Primera Comunión.

El día siete en la noche, mi mami se pagó y me fue a comprar zapatos. Con el apuro que los compró, me trajó los dos zapatos del mismo pie, los dos del derecho. Y al otro día era ocho de Diciembre, no podía ir a cambiarlos, así que me tuve que poner los zapatos descambiados. Yo estaba tan entusiasmada porque iba a tener zapatos nuevos.

Hice la Primera Comunión. (Esa vez, fue el único año que tuve zapatos nuevos.)

A mis hermanos yo les tenía que dar todas sus comidas. Mi mami era la que siempre andaba pendiente de todas las cosas.

Ella lo que deseaba era que yo estudiara. Pero yo llegué hasta sexta preparatoria y después no pude seguir estudiando.

Yo estudiaba en el colegio Santa Marta, que queda allí en Diego de Almagro por Avenida Ossa.

La casa en que vivíamos, era una mediagua de madera, éramos bien pobres, no teníamos baño, no teníamos nada de nada.

En una cama dormía mi mamá con la guagua, así. A mi papá a veces lo dejábamos durmiendo en el suelo porque como llegaba muy borracho, hacía tira todo.

No puedo decir nada de mi papá cuando era chica, porque nunca lo ví que actuara bien. Mi mamá llegaba con ropita que le daban por ahí, y nos la poníamos. Me acuerdo que me trajo un pantalón "pescadores" que se usaban antes, amarraditos por aquí, bien lindos... Me acuerdo siempre que eran verde botella y mi papá, me obligó a que me los sacara y los hizo tira. No le gustaba que nos pusiéramos pantalones, encontraba que eran p'a los hombres.

Siempre tengo cosas amargas de mi papá.

No tenía amigas. Pasábamos encerradas en el sitio en que vivíamos. Las casas estaban todas juntas, así que no podíamos salir.

Por ser mi papá, tenía todo cerrado al centro, así que todo lo hacíamos, adentro en el patio. Y yo, pendiente de los cabros chicos, que no se vayan a caer.

Yo era bien peleadora, porque yo me robaba las cosas de los vecinos, los triciclos y subía a mi hermana la Suna, arriba del triciclo y salía arrancando y los cabros salían persiguiendo. Así que también tengo eso, de qué por arrancar con la Suna, cuando me había robado el triciclo, nos caímos y ella se hizo un tajo aquí en la pera. También le pusieron puntos, así que yo cualquier cosa que hacía, mis hermanos siempre salían dañados.



Mis hermanos también tenían responsabilidades en la casa, es que yo era la más grande, entonces después venía la Suna. Ella era más chica, nos llevábamos por tres años y los demás venían todos por año. Todos nacían al año, así que todos chiquititos, había la tracalá de cabros.

Me daba cuenta de todo lo que pasaba en la casa, de cuando mi papy le pegaba a mi mamy, y nosotros nos escondíamos debajo de una mesa. Después mi mamy salía con nosotros a ver donde nos podíamos quedar, porque no nos podíamos quedar ahí tampoco.

A veces nos íbamos a la casa de un familiar, llegábamos donde el papá de él.

Me acuerdo que nos recibía bien, a mi mamá la querían harto.

B. A los 10 años entré a trabajar.

Mi mamy me metió a donde trabajaba ella.

Yo me quedé a trabajar y toda la plata que ganaba, se la daba a mi mamá para la casa. Porque la señora me pagaba un sueldo, no era mucho pero me vestía, entonces la platita se la daba a mi mamy.

Trabajaba con la señora Maruja allí en Gorostiaga, era imás buena conmigo! Me trataba bien, me trataba igual que si fuera de la casa.

Tenía que hacer las camas, hacer el baño, y la cocina no. Me servía en la cocina, ella me servía, así que no era mucho lo que tenía que hacer.

En esa casa estuve como un año, yo lloraba porque echaba de menos a mis hermanos y a mi mamy. No quedábamos muy retiradas, pero yo quería estar en mi casa.

Me daba pena porque en la noche, yo pensaba que mi mamy podía estar arrancando con los chiquillos y todas esas cosas.

Mi mamy trabajaba a donde la otra hermana de la señora.

Mi papy empezó a molestar a mi mamy, por-

que me tenía por allá y me tuve que venir para acá. Ya ahí, la Suna estaba un poquito más grande y también cuidaba a los chiquillos.

Pero después, como fue tanta la mala situación que teníamos, mi abuelo, el papá de mi papá se llevo a la Suna.

Ella se crió con ellos, hasta cuando se iba a casar, entonces se acercó de nuevo a nosotros. Es bien alejada porque desde chiquitita la llevaron para allá.

Cuando volví p'a a la casa, seguía cuidando a mis hermanitos chicos y estudiando, pero un día iba y otro día no iba a la escuela.

Y así fue mi vida. Lo que más deseaba era estudiar pero no pude.

Mis hermanos estudiaron algo pero tuvieron bien pocos estudios, porque mi papy los puso a trabajar.

Ya después, mi papy asentó un poco la cabeza bueno, y compró un carretón y mi abuelo le compró un caballo, así que salían a vender frutas por las calles. A mi hermano Genaro, que era el mayor de los hombres, se lo echó arriba. Así que el Genaro por lo menos desde los seis años ya andaba arriba de un carretón vendiendo fruta. Y no podía decir fruta; decía "puta". "Quiere puta, quiere puta" decía. Siempre me acuerdo de eso yo.

La situación mejoró un poco, pero por tiempos, porque mi papy cuando tomaba, se lanzaba a tomar. Y no tomaba un día ni dos, eran meses, entonces allí quedaba el carretón, quedaba todo.

Mi papá era enfermo, era alcohólico... Antes no había esas cosas de tratamiento. Allí volví a la casa, seguí cuidando a mis hermanos.

Después... ya tuve bien poca niñez. Lo único que me acuerdo es de todo lo malo que fue mi papy con mi mamy.

Mi mamy después se inscribió en esta cosa de los sitios y tenía que ir a las reuniones.

Mi mamy llegaba de la reunión y mi papy le

sacaba la cresta, hasta que mi mami consiguió su sitio, aquí en La Faena. Así, es lo que yo recuerdo es malo, muy malo... a veces cuando mi papi está enfermo me acuerdo, pero lo quiero mucho... me acuerdo que fue malo con nosotros cuando éramos chicos y él ahora reconoce. Ahora que está con nosotros no más... que él fue malo con nosotros. Pero, ahí yo le digo: ya es demasiado tarde, no hablemos de esas cosas.

Como a los once años yo entré a trabajar a una panadería, y ahí me empecé a vestir un poquito más, porque siempre fui agrandada. Me gustaba andar bonita pero no podía.

Entré a la panadería así con una chasca inmensa porque tenía un montón de pelo... y como nadie me lo arreglaba parecía bruja. Y me empezaron a pagar bien y mis mismas compañeras de trabajo me empezaron a decir que me comprara esto, que me comprara esto otro, entonces yo me compraba zapatos o vestidos y pantalón y con lo demás, le ayudaba a mi mami.

A la panadería llegué a trabajar por intermedio de mi mami. Ella conversando, habló con este caballero, y él le dijo traígala.

Me acuerdo que mi mami me peinó, me hizo una trenza y me llevó.

Ya, le dijo el caballero, dejémela aquí. Y quedé trabajando, ya tenía 12 años cuando entré a la panadería.

Las otras eran mayores. Habían dos camas en cada pieza, yo dormía con una niña que se llamaba Silvia. Fue buena conmigo, me daba ropa. Si que a veces me quedaba corta, porque ella era más chica que yo, pero la arreglaba y me la ponía.

Me gustaba mucho. Me gustaba estar ahí en

la panadería, me gustaba porque encontraba todo tan bonito, tan limpiecito.

Los fines de semana tenía libre. Las salidas nos tocaban domingo por medio. Así que yo me iba toda la tarde p'a donde mi mami. Me gustaba ir a verla, porque mi mami decía... que nos íbamos. Nos íbamos donde mi abuelo, siempre los días domingos. Iba con todos nosotros p'a no estar con mi papi que estaba borracho.

Estuve hasta los 13 años en la Panadería. Lo único que me acuerdo es que había un chiquillo que se llamaba Guillermo. Me gustaba y parece que también yo le gustaba a él.

Un día me pidió una bebida, porque era panadería y fuente de soda y yo le serví.

Ya, le dije; saque el vale y se lo entrego.

Fue a buscar el vale, me lo entregó y yo le hice el quite, así... y quebramos el vidrio del mesón, con el medio quite que le hice. Así que yo me asusté, porque creía que me iban a echar.

Bajó Don Antonio, (así se llamaba el patrón) "¿Qué pasó?"

Y él le dijo que había botado muy fuerte la botella y que él pagaba el vidrio.

Así que me salve. El me miraba a mí.

Este gallo siempre andaba rondando, iba por las tardes a comprar. Entonces yo no hallaba qué decir.

Después de la panadería vinieron todas mis desgracias, porque yo no tuve juventud, no tuve pololo. Yo no conocí lo que era andar pololeando con uno, con otro, como lo hicieron las otras chiquillas. Porque de temor a mi papi, —no iba cuando nos invitaban a fiesta—, porque mi papi iba a saber.

Conocí al José y cambió mi vida.

A. A lo primero que me invitó fue los juegos Diana.

A los 13 años, cumplidos, casi al cumplir los 14, yo conocí al papá de las niñas más y, ya.

Con él fue el primero que pololié, me invitó a salir, íbamos al teatro...

Yo trabajaba en la panadería, y tenía salida el día domingo. Cuando salía, él me estaba esperando abajo y me llevaba al teatro.

El llegó a comprar a la panadería porque trabajaba por ahí con el papá. Cuando lo ví, me gustó al tiro y empezamos a conversar. Lo primero que me invitó fue a los juegos Diana;

Me llevó y después me fue a dejar porque teníamos que estar a cierta hora.

Tenía que volver a las 11 de la noche.

El día domingo salíamos a las 2 - 2:30, así que después me llevaba al teatro, del teatro p'al trabajo. —Un día me invito a la piscina, yo no tenía traje de baño, y me daba vergüenza, porque iba a mostrar las piernas. No quería ir y las chiquillaş me decían: ¡anda tonta, anda!



Y fui. Después me dijo: después de la piscina: vamos a tomar onces a mi casa. Y yo fui.

El era mayor, tenía como 18 años. Sí, porque me pasa por cuatro años.

Me llevó a la piscina y de la piscina me llevó donde la mamá. Me recibieron bien, caí bien porque era una niña nomás. Y como andaba un poquito arreglada... todos me decían que no era fea.

Así que me dejó en la casa y dijo: de aquí no te vai mover más.

A mí me gustó la idea porque como me habían atendido tan bien y me quedé.

Ya —dije: ¡ipensándolo! ¡mañana me voy temprano!

Porque ¡tan bien que la atendían a uno! y estaba con él que también me gustaba. Así es que me quedé ahí y después al otro día, tampoco me fui, ni nada. Y la señora me conversaba. Tenía niñas de la edad mía y no me trataban mal. El tampoco, no me trataba mal.

Ella me preparó una cama para dormir con la Olga, la hermana del José y pasó el tiempo.

No me fui a trabajar y no supe más de mi mamá. Pero en la noche, me ponía a llorar porque echaba de menos a mi mamá, porque ellos me iban a ir a ver a la panadería y yo no iba a estar.

El patrón iba a ir a la casa diciendo: ¿Qué pasó?

Entonces, todas esas cosas se me juntaron y en las noches me ponía a llorar.

El me dijo que nos íbamos a casar, que yo le gustaba a él. No me quería quedar, pero también me quería quedar...

Y él me dijo: no, sino te vai a ir, te vai a quedar aquí.

—Bueno y yo también quería quedarme, y pensé para qué voy a decir: no. Ya, y me quedé.

Pasó el otro día y después el otro día. Ya cuando iban pasando varios días me sentí un po-

co aflijida, porque echaba de menos a mi mami.

Ellos no sabían nada de mí... Nunca más volví a la panadería.

Toda mi ropa estaba en la panadería... después él fue a buscarla y no se la quisieron entregar, porque mi mami la había ido a buscar.

El no se atrevía a ir a la casa, porque mi papy, —cómo era mi papy—, así que nos quedamos ahí pús. Ya... y después pasó lo que tenía que pasar...

El trabajaba, trabajaba con el papá. El tenía 18 años y yo 14 años.

Pasó lo que tenía que pasar. Pasó cuando la mamá había salido un día domingo. Habían salido y quedamos los dos solos... y él me llevó a la cancha y después volvimos y no había nadie. Entonces me afligía más y pensaba en mi mami y me ponía a llorar. Así que de ahí ya no puedo contar más la niñez, porque me quedé en la casa de él y aprendí todo lo que tenía que aprender.

No sabía ni lavar un plato, porque lo único que sabía era cuidar los cabros nada más. En mi casa cuando mi mami trabajaba, yo lavaba una loza y no la sabía lavar porque tenía que subirme arriba de una silla. Así que así lo lavaba, lo lavaba mal! Cuando llegué a la casa a trabajar ahí la señora me enseñó todo, porque no sabía lavar.

Ellos me aceptaron y me quisieron al tiro. El papá del José me quería mucho. Después hasta él me compraba zapatos, lo ayudaba al José para que yo anduviera bien vestida.

Y yo le ayudaba a hacer las cosas a ella. Estaba contenta pero con una pena por dentro, porque no veía a mi mami.

Estuve hasta que nació la Angélica, yo tenía 18 años. Yo tampoco sabía que estaba embarazada. Me puse bien fea, bien fea y la señora Tina dijo: la Graciela está embarazada.

No, le decía yo, si yo no sé nada.

No me dijo, sí tu estas embarazada. Así que

el José re' contento me llevó a donde la matrona del seguro y tenía dos meses de embarazo.

A mí me gustaba hacerme la idea y un día cuando tenía tres meses de embarazo, amanecí rara, echando de menos a mi mamá. Y sentí un carretón y salgo corriendo p'a afuera. Y veo a mi vieja que venía con mi papy.

Me andaban buscando por todos lados. A mi mami le habían dicho que a mí me habían visto por Avenida Egaña y mi mami llegó.

Y salgo corriendo y me encuentro que es mi mami y mi papy. Mi papy se había bajado con la huasca a pegarme y yo salgo arrancando p'a dentro.

Después mi mami me llamó y yo salí p'a afuera y me abrazaba y me decía: que por qué lo había hecho y yo le conté que yo quería venirme p'a acá porque me gustó venirme p'a acá.

Después mi suegra salió p'a afuera y los hizo pasar p'a adentro.

Mi mami pasó, porque mi mami era bien humilde.

Mi papy no. Y lo que me acuerdo es que le dijo: —sale al tiro concha de tu madre o sino te voy a sacar la reconcha de tu madre.

Siempre me acuerdo cuando le dijo eso... Y mi mami no salió.

Estaba contenta de encontrarme y saber que me habían tratado bien.

Mi papy le dijo a mi mami que saliera al tiro, porque la señora Tina se puso a conversar con mi mami y, en eso llegó el José.

Yo le dije a mi mami: éste es el José mami.

Mi mami empezó a retarlo, a retarnos a los dos.

Y él decía: si ella no se quería ir.

Mentiroso le decía yo: ivos no me dejaste irme!

Después estuve más tranquila. Mi papy quería llevarme y yo no me quise ir, porque me iba a pegar y entonces salió mi suegro y le dijo: déjela

aquí no más, ella no molesta aquí en esta casa y con el tiempo, puede que mi hijo se case con ella. No es mala, no es mala niña.

Yo me quería casar y mi papy le tomó un odio tan grande, tan grande al José que no lo podía ver. Una vez se encontraron en la cancha y mi papy lo siguió con dos curados más para pegarle.

Al José lo conocí como un mes o un mes y medio antes de irme con él. Pero era tan bonito, tenía los ojos verdes, tenía la dentadura tan bonita...

Yo lo quería porque él era bueno conmigo.

Después a mi papy se le pasó la maña y me venía a ver, pero al José le tenía mala.

La familia del José empezó a tener contacto con la mía, se entendían bien.

El José me quería, me traía chocolates, dulces, lo que sea, para engañarme. Me compraba muñecas, decía que así íbamos a vestir a la guagua cuando yo tuviera la guagua.

Después, José entró al servicio y él me dejó en la casa. Se fue al servicio militar.

Yo estaba esperando a la Angélica y el José venía todas las semanas.

Mis suegros me querían hartos, me trataban mejor de lo que trataban a las hijas. Yo ahí nomás, las chiquillas salían a pololear y todo, pero yo me tenía que quedar ahí. A veces iba a fiestas con las chiquillas, me llevaban y me gustaba.

Pero yo no iba más seguido encontraba que tenía que estar ahí, porque el José estaba haciendo el servicio.

En la casa vivían dos hermanas del José y el Hugo que estaba chiquito, a ese lo seguí criando yo. El Hugo siempre me respetaba a mí como cuñada, siempre me quiere. Ahora que está joven joven grande ya, no es atrevido conmigo.

Siempre dormía con las chiquillas y hacíamos la maldad cuando no había nadie.

B. A las 12 del día, me llega un canastillo de flores.

Yo, estaba contenta cuando nació la Angélica. Le tenía harta ropa, mi mammy le compraba pañales, mi papy le compró el chal y me lo mandó a dejar. Siempre mi mammy llegaba con un paquetito a verme.

Mi mammy me traía cosas para la guagua y para mí. Cuando nació mi guagua fue bien regalada y cuando me mejoré no sabía lo que iba a pasar... nada.

Yo estuve tres días con dolores, con suero y oxígeno y lo único que me acuerdo es que la única que me fue a ver, cuando estaba en la sala de pre-parto, era mi mammy. No dejaban entrar a nadie.

Mi mammy estaba parafita ahí en la puerta. Después caché a mi papy que también estaba ahí. Medio cocido estaba, pero andaba con mi mammy.



Me mejoré un día sábado en la noche, me llevó una hermana del José. El estaba en el servicio ese día.

El día domingo el José tenía salida y temprano como a las doce del día me llega un canastillo de flores, de claveles rojos.

No me podía mover p'a ningún lado y le dije a la señorita (porque venía con una tarjeta) que me la pasara, porque yo nunca había recibido flores. Y eran del José que me lo había mandado para adentro y me puse a llorar. Miraba a la Angélica que la Angélica era tan linda y blanquita, sus pestañas bien crespitas.

Leí la tarjeta y me decía: "muchas gracias por el regalo que me diste y más ratito te voy a ir a ver".

Es que no era hora de visitas todavía. Así que después, en horas de visitas, ha llegado todo un regimiento. Tuve hartas visitas, quedé enferma con tanta visita que tuve. Bueno, ese fue cuando recién mi hija, la Angélica nació.

Después me fueron a buscar al hospital y nos fuimos a vivir a una piecitos que me arrendó el José. Al mes que nació la Angélica, teníamos una cama, una cuna, una cocinilla a parafina y una mesita chiquitita. Todas esas cositas que tenía, me las dio mi suegra.

Los dos hacíamos las cosas. El José trabajaba en la fábrica de maceteros.

Yo pasaba cambiándole ropa a mi guagua y limpiándole todo para esperarlo a él. Después le daba onces y él me decía que abrigara a la guagua y veníamos donde la mamá de él o a la Plaza Egaña y nos sentábamos en el pasto.

Yo no conocía a nadie porque era de las "Siete Canchas" y ahora estaba en Los Guindos.

Cuando tenía la pieza me daba vergüenza y pasaba en mi pieza.

El José llegaba y se ponía a jugar conmigo, a chacotear me tiraba agua, jugábamos a las cartas.

Me ayudaba a bañar a la guagua, a cambiarla.

El domingo iba a la cancha y después se iba a donde la mamá, porque yo estaba ahí.

Como no nos alcanzaba la plata y justo allí en la fábrica de maceteros —donde trabajaba él— necesitaban una niña, él habló.

Era por medio día nomás así que entré a trabajar y me llevaba un sandwich y le tiraba otro al José para abajo. Porque él hacía los maceteros. Ahí tiramos p'a arriba.

Yo quería tener una pura guagua porque me costaba criarla.

Cuando me citaron para controlar a la Angélica, antes de los días, la matrona me puso tratamiento (la argolla).

Yo creía que íbamos a tener una sola guagua y la íbamos a cuidar mejor.

Pasó el tiempo y me quedé embarazada de la Mercedes. Quedé contenta porque me decían que iba a tener un hombre.

Como a los siete meses de embarazo el José quedó sin pega.

Buscaba trabajo, mientras encontraba algo le iba a ayudar a un señor a la feria y él a cambio le daba verdura. Era el año 1969.

Mi suegro me decía que me fuera a pasar el día a la casa de él.

La fábrica de maceteros estuvo cerrada como cuatro meses y cuando se abrió de nuevo el José entró, la Mercedes tenía como 20 días.

Me volví a poner en tratamiento, me pusieron el lipset.

Nos entendíamos bien con el José, nunca pelábamos.

En Lo Hermida aprendí a valerme por mí misma.

A. Yo estaba contenta porque tenía mi casa.

La Mercedes tenía como un año y la mamá del José se fue a la toma de Arrieta y me convidó a mí. Yo me fui con la Mercedes y José se quedó con la Angélica.

En la noche nos tomamos los terrenos. Yo tenía miedo, pero vinieron los pacos y no nos hicieron nada.

Estaba la mamá del José, las dos hermanas de él y yo.

No estuvimos en la toma misma, pero llegamos cuando estaban con su ruquita de palitos parados nada más y nos dieron este sitio, fue la misma semana.

Yo ya estaba esperando al Ernestito cuando fue la toma, y al poco tiempo, me separé del José.

No, no hice guardias, ni turnos. No conocía a nadie. Me quería venir porque decían que el sitio iba a ser para mí, y ya no íbamos a estar arrendando ni una de esas cosas.

Nos quedamos ahí y en la semana empezaron a dar los sitios; a mí me tocó al frente de la mamá de él.

El José pidió un préstamo en la fábrica e hizo dos piezas. Yo estaba contenta porque tenía mi casa y mi sitio y sabía que iba a ser mío.

Después, empezamos a tener problemas porque andaban rumores de que en esos sitios iban a hacer departamentos.

Luego vino la toma de Lo Hermida y un primo del José se tomó un sitio y después no le gustó y se lo ofreció al José. El me preguntó a mí y como era más cerca de mi mamá, le dije altiro que bueno.

Y nos llevamos las dos piecitas que me había hecho el José y me hizo una nueva.

Yo no tenía problemas con José.

Al poco tiempo quedé esperando al Ernestito.

Yo no lo quería tener, porque me encontraba muy amarrada con dos guagas.

Una vecina de mi mami me dio unas hierbas para perder la guagua y nada.



El José me decía: ¡Cómo vamos a tener otra guagua!

Fue a hablar con un amigo que tenía una farmacia y me mandó unos remedios chiquititos y tampoco me hizo nada.

Hasta los dos meses tomé cosas ya después, me puse a esperar la llegada del Ernestito.

Yo me veía harto con la familia.

B. Fracasó mi vida.

Fracasó mi vida, porque se me metió una mujer por medio y hasta que se lo llevó. Yo quedé con el Ernestito cuando tenía dos meses.

El no fue malo conmigo. Pero cuando lo conocí al José, me empecé a llenar de chiquillos y después el José me dejó botá. Me dejó botá con mis tres huachos y yo no hallaba qué hacer con ellos.

Los quería, los adoraba a mis huachos... y así es que ya el Ernesto fue el último de mis hijos porque de ahí, ya yo empecé a sufrir. Porque se metió una mujer más viva que yo, se lo engatuzó y se lo llevó nomás.

Mi mami se hizo cargo del Ernestito y yo quedé con las dos chiquillas.

Antes el José tomaba pero no era malo, llegaba contento y pasaba jugando con nosotros.

¡Sí fue un cambio tan repentino! que yo a veces pienso y no le veo explicaciones a este cambio que tuvo él, tan de repente.

El tampoco tuvo juventud, pololeó poco.

Pienso que pasó el tiempo y... que nos vamos a casar, nos vamos a casar y nos vamos a casar. Y mi papy no daba el consentimiento, yo era menor de edad.

Mi papy no lo podía ver de ninguna forma al José.

Le buscábamos la buena, le buscábamos la mala: no, no y no!

Después seguimos viviendo y no nos acorda-

mos más, hasta que se fue con la otra galla y yo aquí me quedé sola.

Antes de nacer el Ernestito él se fue a trabajar con el hermano, en la fábrica de muebles Carlitos, en Avenida Egaña.

Y ahí cagó todo, porque asados todos los días, tomaban todos los días, se iban a bailar con mujeres.

Ahí cagó el José.

Poco antes que naciera el Ernestito, a veces llegaba tarde o no llegaba. Yo le contaba mis penas a mi mami.

Me quedé siempre donde mismo y aquí es donde estamos.

José trabajaba con su hermano Luis. Cuando él estaba conmigo a mí no me faltaba la plata, le tenía de todo a sus chiquillos.

A mi también me tenía de todo, tenía buena pega, trabajaba bien, pero ya cuando se empezó a portar mal, me quitaba la plata.

Me daba para comer y después me la quitaba.

Salía el día viernes y no llegaba hasta el lunes y yo lloraba. Lloraba porque me encontraba tan sola con mis cabros acostados durmiendo.

Con la desesperación un día, dejé a todos mis cabros durmiendo y me fui, porque a mí me decían que él tenía otra mujer. Yo decía que no, ¡era más huevona! y me fui.

Me fui tres días. Donde una señora que vivía en Bilbao. Al Ernestito lo dejé en la cuna, me acuerdo, y a la Angélica le dije: cuida a tus hermanos. Porque era una desesperación tan grande la que yo tenía.

Me encontraba tan sola, no sabía si iba a llegar o no, pero tenía una desesperación tan grande, que me mandé a cambiar y los dejé solos a mis guachos y me puse a trabajar.

Yo tenía como 19 o 20 años, él tenía 23.

Me fui porque me encontraba sola con los cabros y no tenía que darles. Cuando él tenía que

darme plata el día viernes, se iba y llegaba el lunes, el martes a veces. Pero llegaba sin nada de plata.

Yo le pedía plata para los cabros y él decía: donde querís que saque. Y se reía, me hacía burla.

Mi mamy me decía que trabajara, entonces yo andaba buscando.

Me decía, que ella me cuidaba a los niños.

Un día, una vecina me trajo noticias de un trabajo y yo estaba tan desesperada, que me fui sin avisarle a nadie. Sólo le dije a la Angélica que cuidara a sus hermanos.

Necesitaban a una persona, me acuerdo, y yo había visto el aviso.

Pero no lo había visto como para dejar a mis cabros, pero llegó ... Llegó por la mañana y yo estaba desesperada, no hallaba que hacer y me fui y dejé a mis cabros solos.

Y al tercer día yo lloraba por saber de mis cabros y llamé por teléfono a un almacén que había cerca de mi mamá y hablé con ella.

Ahí me agarró: ¡que cómo era posible, que yo había hecho eso!

Mi mamy siempre le daba la razón a él, siempre era yo la que tenía la culpa y le daba la razón a él.

Así es que mi mamy-me dijo: vente altiro porque Ernestito está enfermo. Yo le dije a la señora y me dijo: ¡ya, váyase altiro, no más!

El cuento es que la señora me dio plata, y me dijo que me fuera.

José, hacía varios días que no había llegado y por casualidad llegó esa noche.

Me fui donde mi mamá y los chiquillos estaban con ella. Sólo a la Angélica, José se la había llevado donde su mamá.

Ernestito estaba enfermo y lo tuve que llevar al hospital. Esa noche me quedé donde mi mamá. Llegó el José a ver a sus chiquillos y me encontró a mí, y me empezó a insultar.

Le decía a la Angélica: ¡esa es tu mamá que los dejó botados!

Yo me puse a llorar porque las cabras estaban asustadas y se acurrucaron al lado mío.

Le dije al José que se fuera no más, que yo ahora iba a ver como salía adelante con los niños.

El se fue y se llevó a la Angélica. Al otro día esperé que él se hubiera ido a trabajar y la fui a buscar. No me la querían entregar. Yo le dije a mi suegra que no, que me la llevaba y me la llevé.

Pasó como un mes, José volvió a la casa y empezó una vida normal de nuevo.

El se portaba bien, llegaba temprano, me daba plata. De repente peleábamos, pero no era mucho.

En ese tiempo conoció a la Juana. Un día un amigo de él vino a decirme, me dijo: el José anda en malos pasos.

Yo no le hice caso, pero me dijo donde lo podía encontrar. Un día fui para ver si era verdad. Era una casa donde vendían tragos, yo pregunté por ella (fui con los tres chiquillos).

Me arreglé bien arregladita y partí con mis cabros.

Pregunté por la señora Juana. Ella tiene la misma edad que yo es chica y fea.

Soy yo, me dijo.

Yo soy la señora del José, le dije yo.

Soy yo, la señora del José, me dijo ella.

¿Cómo puede ser, cuando éstos tres niños son de él?

Ah no, me dijo, no puede ser, José tiene sólo dos niños.

Este será del viento tal vez le dije yo, mostrándole a Ernestito.

Ella era pará, pipirigalla, no dejaba hablar.

Me vine llorando con mis tres cabros.

En ese tiempo José vivía con la mamá, el día viernes como sabía que él se pagaba, me venía p'a Plaza Egaña a ver si lo encontraba y me daba la plata.

Yo siempre he tenido mi ropita mejor para cuando salga así es que me la ponía y venía.

El no me daba ni la hora. A veces me hacía pasar a un restaurant y yo le decía que no, que venía a buscar la plata de los chiquillos: él me la pasaba y yo me iba.

El no iba para la casa porque yo lo recibía mal. Le decía: cuando queraí volver, volví con toda tu ropa y si no, no volví.

Yo venía todas las semanas y él me daba. Sólo cuando él estaba muy curado me decía: ¡no tengo!

La primera vez que él se fue: Ernestito tenía dos meses, después volvió tres veces y después se iba.

Un día me encontré con la Juana en la micro y ella se empezó a reír de mi. Yo iba con la Angélica y la Mercedes.

Yo le dije: ¿tengo monos en la cara que te reís?

Y me contestó: no me río de ti.

Cuando ella se bajó, yo me bajé detrás, puse bien rápido a la Angélica en el suelo, le pasé la Mercedes y me fui detrás de ella.

No alcanzó a atravesar y le dije: ahora ríete de mi, y la pesqué de las mechas y le dí un combo. Le pegué en la nariz y le saqué sangre.

Ella me pescó a mi también de las mechas.

Y en eso pasó la patrulla y nos llevó a todas.

Ella gritaba como loca.

Yo estaba contenta de haberle pegado. La Angélica estaba asustada.

Le conté a mi mami y me dijo: cuando queraí pelear sale sola, no vaya con los cabros.

Así que entramos a la comisaría y en eso el carabinero me dice: su marido trabaja muy lejos.

No, le dije yo, aquí no más ... entonces fueron a buscarlo, y ahí estaba la otra. Estaba con la blusa toda llena de sangre.

Llegó él y dijo: ¿qué pasó? así que no le expliqué nada.

Nos llevaron presas no más, le dije yo.

El juez le dijo: ya váyase con su señora y sus hijos. El me acompañó a la micro y me dijo: andate tranquila p'a la casa, que andaí haciendo escándalo.

El ya no estaba conmigo y ella se reía de mi porque estaba con él y yo estaba botada con los cabros.

No me daba plata.

Mi mami me venía a buscar temprano en la mañana y se llevaba a los chiquillos. Yo me quedaba haciendo las cosas aquí.

Ella me alimentaba ... empecé a trabajar medio día, y así no más me buscaba, ya después ... pasó todo esto ... y el José volvió a la casa porque pelió con la mujer ...

No alcanzó estar un mes aquí con nosotros, cuando la mujer lo venía a buscar aquí mismo.

¡Y yo que era huevona! todos me decían: ¿por qué no pescaí un palo y le sacaí la cresta?

No, a mí me daba no se qué ... era muy cabra chica y como tuve tan mala niñez, no me sabía defender de nada, de ninguna cosa.

Así que ella lo venía a buscar y él partía.

Yo creo que él la quería, porque la última vez cuando él volvió a la casa, parece que ella le puso una condición: se casaban o no volvían, y él se casó con ella.

Me vinieron a decir: "Sabís, José se casó el viernes". Y yo veía a mis cabros chicos: la Angélica tenía cinco años, eso es lo único que me acuerdo, que la Angélica tenía cinco años, la Mercedes cuatro y el Ernestito meses.

Cuando él se casó se acabó todo.

Yo era menor de edad cuando él se quiso casar conmigo y como mi papá pasaba curado nunca dió el consentimiento.

Entonces me ví llena de cabros y sin casarme y José se casaba con otra.

Yo cumplí los 21 años cuando él ya estaba casado.

A él le gustaba cuando nacían los cabros, y ahora Dios lo castigó al huevón, porque la mujer no puede darle hijos. Entonces siempre está pendiente de sus cabros.

Yo trabajaba, con la ayuda de mi papá. Porque mi papy cambió. Ahora que estaban todos grandes mi papy cambió. Ahora mi papy es a la "pinta".

La cosa económica, era muy difícil tenía que andar donde mi papá no más. Cuando yo trabajaba, a veces no iba donde mi papy, porque yo tenía mi platita aquí y le hacía comida a los chiquillos y tenía como pagarla.

Si no, tenía que irme a donde mi papá no más.

Después que se casó, al tiempo empezó a venir y yo lo recibía. Yo lo quería. A mí me gustaba quedarme en mi casa.

Bañaba a mis cabros, los acostaba y ahí me sentía sola y lloraba.

Al principio me iba temprano con los cabros donde mi mamy; me quedaba de dueña de casa y ella se iba a trabajar.

Después cuando mi mamy terminó un reemplazo que estaba haciendo empecé a trabajar yo, entonces ella venía todos los días a buscar a mis cabros.

A veces era difícil porque a mi hermana no le gustaban los cabros chicos y peleábamos.

Sufrí harto con mis cabros hasta que yo conocí a un joven; era tan grande la desesperación de verme sola. Cuando uno esta sola cualquiera la pasa a llevar, y me decidí a ponerme a vivir con otro joven. Yo sí, que lo quería.

Estuve 7 años sola.

C. Empecé a participar en el Taller.

Dentré a la lavandería el 21 de agosto y en septiembre, el taller tuvo su aniversario con una torta, con una velita. Era el 76.

A mí me gustó porque encontré que tenía trabajo y pasaba con mis cabros. Lo que no me gustaba era ir a reuniones, y si no íbamos, nos castigaban.

Primero me llevó una amiga que trabajaba en el Taller de arpilleras. Pero no me recibieron, porque según decían, yo tenía muy buena situación. Según ellas, mi marido tenía mueblería.

Yo me acerqué a ellas porque realmente lo necesitaba y las chiquillas de la lavandería me recibieron.

Ese mismo día había habido reunión de bolsas y yo estuve ahí. Como no me recibieron las de arpilleras, me recibieron en lavandería.

Empecé a trabajar sin saber nada. No sabía lo que era una organización, no sabía nada de nada y ahí empecé.

No tenía trabajo, entonces la Josefina y la Alicia me dieron unos lavados de ellas.



Como tenía lavados todas las semanas, empecé a no ir donde mis papás el viernes, sábado y domingo.

Me sentía contenta de recibir mi plata y no ir donde mi mamá, porque a veces sufría harto con mis hermanos porque peleaban con mis cabros, me trataban mal a la Angélica.

Entonces les hacía comía a mis chiquillos y me quedaba en la casa.

Me metí a trabajar y a hacer las promociones de la lavandería. Hacíamos bailes para que la lavandería tirara p'arriba.

También empecé a hacer arpilleras y se me fue arreglando un poquito la situación.

Yo no cachaba bien la organización y cuando peleaban les decía; p'a que pelean tanto, si no hay para qué.

Con el tiempo empezamos a trabajar más p'a tirar la lavandería para arriba, íbamos a hablar con el Galo y con éste y éste otro.

Ya una vez que se empezó a trabajar por el taller me empezó a gustar. Cuando se comenzó a construir la lavandería yo estaba de presidenta, entonces tenía que ir a buscar presupuestos y cosas.

El José seguía viniendo.

La lavandería hizo un baile para juntar plata para la instalación de las máquinas. Ahí conocí al Adrián y me gustó al tiro. Yo lo ví, llamé a la Josefina y le mostré que era bien encachado, a ella también le gustó.

Entre p'adentro y él me quedó mirando.

La Josefina me dijo: ¿a ver quién pincha primero?

Ya, le dije, a ver ...

Al ratito, ya estaba bailando con él.

Quedamos de vernos en la semana y nos vimos y después nos seguimos viendo. Como a los tres meses, un día venía de donde la Nena con él y yo venía del brazo del Adrián y José me andaba buscando.



José me quiso pegar y el Adrián dijo: no tenís n'a que pegarle a ella y le pegó a él y le dejó un ojo morado.

Yo me fui a donde mi papá y allá llegó el José y dijo: no sabe n'a pús, a la perlita la pillé pololeando.

Claro, dijo mi papy, a eso saliste.

Entonces le dije a José, de ahora p'a delante no te vaí más a meter a mi casa porque lo vaí a encontrar a él, porque desde hoy día p'a delante, él se va a ir a vivir a mi casa.

Me dijo: me llevo a mis cabros porque no te los voy a dejar, para que les des mal ejemplo.

Llévatelos si puedes, le contesté.

Y el José no apareció hasta como un año después.

Yo me veía con el Adrián como durante un año y después me junté con él en un mes de noviembre para el cumpleaños de la Angélica.

Yo les hablé a los niños y les dije que no fueran atrevidos con él.

Y a él le dije que cualquier cosa que tuviera que decirles a ellos, me la dijera a mi primero.

Los niños estuvieron de acuerdo con que él se viniera a vivir a la casa, pero al principio la Angélica no quería comer en la mesa. ...

La Angélica no lo quería porque quería a su padre.

El me quería a los chiquillos y se los ganaba trayéndoles cositas.

Para la Pascua, el Adrián nos había llevado a la piscina y veníamos re contentos y de repente el José entró p'adentro.

Le dije: ¿qué venís a hacer acá?

El José dijo: esta es mi casa y échenme p'afuera.

Y el Adrián lo sacó p'afuera.

La Angélica lo fue a dejar, ella tenía 14 años. Ella le dijo: Papy p'a qué venís si mi mamy no quiere n'a contigo.

Los vengo a ver a ustedes porque ustedes no me vienen a ver.

El Adrián era muy amoroso, andaba pendiente, me ayudaba. Trataba bien a mis chiquillos.

Lo que ganaba me lo daba a mí, no se dejaba nada para él.

Le gustaba salir conmigo y no tan sólo conmigo, sino que también le gustaba salir con los chiquillos.

Luego me empezó a crecer la guata y nació la Victoria.

Todos estábamos contentos.

Cuando la Victoria tenía 3 meses peliamos. El se enojó porque al mudar a la guagua vimos que tenía muy apretado el fajero.

Cuando llegó del trabajo no le dí ni bola y siempre cuando llegaba le daba tecito y por ahí empezó la pelea.

Después peleámos por segunda vez y entonces yo pesqué a mis cabros y me fui por dos días donde mi papá. Le puse toda su ropa en una bolsa y le dije que cuando yo volviera no quería verlo ahí.

Empezó a andar mal la cosa, andaba enojado, yo me iba a las reuniones, hasta que un día pezcó todas sus cosas y se fue.

Me dolió mucho, me puse a llorar, pero no lo fui a buscar.

La Victoria tenía como 3 meses.

De ahí ya fue una separación, él ya no tenía sus cosas en la casa: venía y después se iba.

Yo tenía una confusión; quería y no quería tenerlo.

Tenía problemas con los cabros, la Angélica no lo quería, peleaba con él y él me decía que yo le daba el favor a mis cabros.

Cuando él no estaba lo echaba de menos, pero se me hacía problemas con los cabros.

El se fue a vivir con su mamá.

Cuando la Victoria tenía como cuatro meses, José empezó a preocuparse nuevamente de los chiquillos.

Yo todavía vivía con el Adrián pero hasta cuando la Victoria tenía cuatro meses no más. De ahí nos apartamos y él se fue.

Yo lo hecho de menos y la misma cabra chica me hace recordarlo porque es igual a él. Ella sin que nadie le diga, sabe que el papá de la Mercedes no es el papá de ella.

Dice: "este no es papá mío, otro papá mío, allá trabajando".

Entonces todas esas cosas me dan pena porque al José yo no lo quiero, me da rabia cuando llega aquí.

Yo creo que será por lo que me hizo sufrir, no sé. A veces me explico, me hago preguntas y no sé. Yo misma converso con las chiquillas. Ellas adoran a su padre. José vive por esta misma calle que vivo yo, pero hacia arriba.

El ha querido volver conmigo, pero le digo que no, porque yo quiero estar sola.

Me gustaría estar con una persona, pero que fuera el papá de la Victoria. El José llega aquí y a mí me da un odio tan grande, una angustia. Me saliera arrancando porque no sé, me da odio verlo, entonces por eso digo yo que al José antes, yo no lo quería. No sé, no me puedo explicar cómo es la cosa.

He hablado con el papá de la Victoria, y me

dice que nos juntemos, pero yo digo: qué saco con juntarme cuando van a pasar peliando con la Angélica. Yo no voy a dejar que le peguen a la niña porque soy como leona con mis cabros. A mí no me gusta que nadie me les diga nada, ni media palabra, porque yo soy la mamá.

Mi mami falleció hace seis años. Entonces ahora yo tengo a mi puro papá no más. Y cualquier cosita, mi papy me dice que vaya para allá cuando esté mal.

Cuando se me quemó la niña me retó y al otro día, él mandó a comprar el gas, porque supo que la Victoria se cayó al brasero porque yo no tenía plata para comprar gas para cocinar.

Mis hermanos están todos grandes y como son hombres, son tan pesados. A veces los domingos, cuando no tengo qué darles de comer a los cabros, me voy para allá. Y empiezan "Ya llegaron los cuchos?".

Entonces prefiero mil veces quedarme aquí, antes que ir allá porque mis cabras ya están grandes. A la compañera que tengo más confianza en molestar, es a la Isabel.

Cuando vivía con el Adrián trabajaba en la Lavandería, antes tuve medios "pololos", salía ... en casas.

Llegó otra vez la alegría a mi vida.

A. No sabía a qué cueva me iba a meter.

Yo tenía una amiga y ella fue la que me llevó a la bolsa de cesantes.

No sabía nada de organización, no sabía en qué cueva me iba a meter. Me metí en una cueva bien buena! porque pucha que he aprendido, cualquier cantidad!

Yo no entendía nada lo que era una salida, una marcha, nada de esas cosas. Pero ahora soy de las primeras, creo yo, cuando tengo que salir a alguna parte.

Que he notado el cambio, lo he notado bien, bien, con responsabilidad, con todo, hace un año que me cambié.

Antes salía, pero yo no sabía a lo que iba, porque en la organización me decían que teníamos que ir y punto. Hace un año que esto lo he tomado bien en serio y estoy contenta, porque en mi casa todos los niños están trabajando.

Lo que no me gustaba, es que como no sabía: no entendía.

En la bolsa nos decían: tenemos que ir a tal parte, por ser a una marcha, y no me gustaba ..., por el miedo, siempre está el miedo, que nos iban a llevar presas. Entonces no me gustaba y siempre estaba tirando p'a la cola.

En ese tiempo no le tomaba asunto a la cosa.

Era tanto el sufrimiento mío que lo único que quería era recibir plata y nada más. Y yo, no entregar nada para la organización, ni ninguna de esas cosas ...

En el taller no me costó mucho integrarme con mis compañeras, porque eran todas bien humildes. No había nadie, ninguna que la mirara a uno por sobre el hombro.

A veces habían problemas que uno quería contar y no podía porque sabía que lo iban a tomar a la chacota, una cosa así. Así que mejor, uno todo esos problemas más íntimos que tenía, los dejaba p'a uno no más.

Cuando no me aceptaron en el taller de arpilleras tenía pena, porque yo realmente me había acercado porque necesitaba, porque mis cabros estaban todos chicos y me dio pena, entonces no sé ... Estaba la Isabel en ese tiempo, la Teresa y la Berta y me dijeron que podía entrar al taller de ellas.

Y me sentí contenta, porque me fue mal en un lado, pero me recibieron en el otro. Así que estoy bien contenta por haber entrado en el taller de lavandería, porque sino a lo mejor habría sido una persona que todavía estaría en los mismos errores que tenía.

Porque no me gustaba eso de salir a protestar.

Antes no era tanto como se sale ahora, pero siempre teníamos que salir: para un Primero de mayo, que salir para una misa, entonces yo me retiraba, no me gustaba. Allí chocaba yo porque no entendía.

Pero ahora que me he dado cuenta y he aprendido, no voy a decir que he aprendido mucho, pero me encuentro que estoy bien y con el tiempo pienso que voy a ser otra mujer, más servicial.

Ahora yo no puedo estar aquí en la casa, por ser todo un día o dos días en que yo no tenga una reunión, porque las echo de menos.

Igual para una marcha, puedo estar aquí sintiendo el chuchoqueo y no me puedo quedar aquí. La segunda protesta, me acuerdo, que tenía bien enferma a la Victoria le dí remedios y la dejé ... muchos dicen: yo no puedo salir porque tengo mis cabros enfermos. Yo no.

Le dí remedios a mi cabra y partí, la dejé botá y partí para la calle.

Porque no puedo estar en la casa: cuando no estoy en una reunión, me siento rara, como que algo me falta. Ya estoy acostumbrada a la organización.

Yo trabajaba en la lavandería, fui presidenta,



encargada de comercialización y lo que me gustaba era siempre tener un puesto y desempeñarlo bien. Pero hubieron unas cosas raras que a mí no me gustaron.

Fue cuando a mí me becaron, con unás becas que llegaron de una institución.

A mí me dolió mucho, porque mis compañeras dijeron más cuestiones por detrás.

A mí me hubiera gustado que me lo dijeran a mí. Me dio tanta rabia, que mandé una carta a la lavandería con "chuchá" y con todo, y me retiré.

Fue el año pasado. Estuve a punto de entrar a otro Taller. Me invitaban que fuera y que fuera. Y yo siempre ... decía: Ya, ahí lo voy a ver, pero yo lo que quería, era entrar a mi Taller. A mí me gustaba estar con mi gente, no con otra gente.

Y ahí empecé a conversar con la Isabel y por ahí me metí otra vez al Taller.

Mandé la carta, pero estaba herida. No sé, soy una persona que prefiero que me duela a mí un montón las cosas, pero que me lo digan a mí, no que hablen por detrás. Entonces, eso es lo único malo que me acuerdo de la lavandería.

De lo bueno, lo he pasado a la pinta. Y cuando he tendido problemas, me han ayudado. Y lo que pasa es que en la lavandería: las 10 somos una.

Porque cualquier cosa que le falta a una, andamos siempre pendientes. No es que sea yo no más, somos todas. Cualquier problema que tenga una, la mayoría nos aflijimos por esa persona.

El papá de la Victoria no se metía, porque yo era la que mandaba. No me decía nada, si yo tenía que ir a reunión, yo iba no más y punto. No tenía problemas en eso, no se metía. Yo decía que era que se hacía y punto.

El Adrián trabajaba y lo que él ganaba me lo daba, y más lo que trabajaba en la lavandería, era una ayuda y no me faltaba ni para mí ni para mis chiquillos.

El se movía y donde salía trabajaba en lo que

fuera, encerrando las casas, lo que sea. Pero me tenía de todo en la casa.

Lo que más me recuerdo es que me tuve que separar, por la Angélica que no se llevaban bien con él. Sino, a lo mejor todavía estaría con él, porque no era un hombre malo, era bien bueno conmigo y con mis niños ... los quería.

Ahora me encuentro sola, pienso que estoy vieja ya, porque no me entusiasma ninguna cosa. Quiero estar con mis cabros, y de repente, me dan ganas de decir que se vayan con el padre y me dejen a mí, porque como ya estan grandes. A veces les hablo del Adrián, claro me dicen y empiezan con cuestiones. Entonces, es bien triste para una persona estar sola así. Yo ... atiendo a mis cabros (bueno que los atiendo bien poco, porque paso más en la calle, que atendiéndolos).

Pero ellos siempre esperándome y todo: pero yo digo que me hace falta una compañía p'a pelear, p'a estar con él. Aquí a donde la ven sola a uno, siempre la quieren pasar a llevar.

Conmigo no corre, no me meto con nadie tampoco.

Si yo estoy en mi casa estoy aquí dentro de mi casa. No me van a ver en la esquina. Con mis compañeras no más, es con las únicas que converso.

Pero es bien triste estar sola, sabiendo que hay una persona que la quiere a uno y que uno la quiere a él.

Entonces, uno tiene que mirar un poco más por los chiquillos, que otra cosa.

El entrar a la lavandería me cambió la vida ... Me ha abierto otro mundo.

Me ayuda montón porque cuando no tengo que salir, estoy encerrada aquí en mi casa. Pero cuando tengo que pasar en reuniones ni me acuerdo, entonces me ayuda porque si pasara metida aquí en mi casa, sería peor.

Cuado voy a una marcha ahora siento que ten-

go que hacerlo, porque a mí me sale de adentro ir. No es que me digan: "tenís que ir, sino te quitamos la arpillera". A mí no me va ni me viene.

Me gusta porque ahora entiendo más de estas cosas. Entiendo no voy a decir mucho, pero para como era yo cuando recién entré a la lavandería.

Estoy contenta porque la Angélica participa en un grupo súper choro, "los cabros", y como yo también tuve problemas con los chiquillos míos cuando hacía arpilleras.

Tenía problemas con los niños, porque los cabros se daban cuenta que siempre decían: "que las que hacen arpilleras las van a llevar presas". Y claro, la Angélica y la Mercedes me decían ... "te van a llevar presa" ... qué esto, y esto otro ...

Entonces los chiquillos se empezaron a dar cuenta de todas las cosas que pasaban y ahora tengo a la Angélica en un grupo bien bueno, y encuentro que a ella le ha echo muy bien. Porque era una cabra, que a mí siempre me conversaban por ahí: que daban ganas de pegarle un combo en el hocico. ¡tan pava que era!

Y ahora todos hablan de la Angélica que es una niña que es muy buen elemento. Y quiero a mis cabros, la Mercedes y el Ernesto ... Ernestito lleva los mismos pasos que la Angélica. Tiene once años pero es un cabro que le gusta salir.

Me dicen: "no, no por divertirnos, me gusta mamy que salgamos a las marchas" ... a ti te gusta por puro salir a pelusear "no mamy me dice, si tenemos que salir". Encuentro que un niño de once años se da cuenta más de las cosas, que lo que uno antes, que tenía catorce y quince años y era más ignorante.

Lo que aprendí yo, fue en la organización no más. Porque antes yo no recibí nada.

Yo no tuve infancia, por eso son todas mis desgracias que he tenido, donde no tuve infancia. Yo no salía así como te sale la Angélica, la Mercedes. Por eso, yo a mis cabros no les quito. Si quie-

ren salir, que salgan, hasta cierta hora sí. Con la Mercedes tengo un poquito de problemas, pero con la Angélica no tengo problemas.

No quiero que mis cabros pasen lo que yo pasé. como tuve una infancia tan ... Mi padre tan borracho y que no nos daba buenos ejemplos. Por eso no quiero darles malos ejemplos en nada a mis cabros. A veces pienso que yo les dí mal ejemplo, al traerles otro papá para acá.

Pero después pensando. Bueno digo yo, son cosas que pasan. Y entonces no quiero que pasen lo que yo pasé en mi infancia. No quiero que cuando sean grandes ellos digan "No pude estudiar, no pude hacer nada de esas cosas porque no tenía tiempo, tenía que cuidar a mis hermanos chicos. Aquí la que quiere sale y la que no quiere no sale".

He tenido tan mala suerte: me va bien un tiempito y después me va mal.

Claro que he pinchado por ahí, pero que dijera yo, juntarme a vivir: no ... Me han invitado al cine, al teatro, me han invitado a la playa. Voy pero siempre con mis tres, porque desde que conocí al papá de la Victoria no he tenido ninguna aventura más. Y que al papá de los cabros, no me lo saco de encima ré nunca!

El José llega aquí a ver a sus cabros, y yo me boto a aliña. Salgo arrancando p'a donde la Isabel, no me van a pegar.

La otra vez me quería pegar ... salí apretando. Es porque yo le digo que no quiero que venga p'acá. Y él me dice que no me viene a ver a mí, porque viene a ver a los cabros.

Dice que le doy mal ejemplo a los cabros, porque no quiere peleas delante de los cabros y ¡¿P'a que viene? Le tengo mala cuando viene.

El quiere volver conmigo pero yo sé que puede que vuelva un mes y la mujer lo va a venir a buscar, aquí mismo a la casa. Es que ya lo conozco como es, conozco a los dos como son ¡P'a qué hacerme problemas? ¡Y sí no lo quiero, le tengo mala!

B. Uno aprende cosas que no sabe, entonces quiere aprender más.

En fin, yo les he sacado harto provecho a éstos años. No he tenido hombre ni nada, pero en la organización le he sacado provecho. Y ojalá Dios quiera que aprenda un poco más, que aprenda otro poco más y que el tiempo, me dé como diría, más personalidad para enfrentar algunas cosas que tengo que enfrentar.

Enfrentar el ir a una reunión, que hable y que se me entienda lo que hable, lo que quiero decir. Porque a veces yo hablo, y ni yo misma me entiendo lo que quiero decir.

Pienso seguir con la organización, así se vaya este viejo o lo maten, pero igual ...

En la organización uno aprende muchas cosas que uno no sabe, porque uno no ha tenido estudios, y quiero meterme a un partido. Si Dios quiere y el tiempo lo dirá, hasta ese punto he llegado.

Encuentro que, aquí llegamos a un punto en que no me puedo explicar bien lo que es. Pienso que mi hija que tiene quince años, ya está en un partido y yo que tengo treinta y cuatro no lo estoy, no es porque ella ya lo está, pero es que lo siento.

En un partido yo podría saber más cosas de las que yo sé.

Pienso que uno aprende cosas que no sabe, entonces yo quiero saber más, porque hay mucha gente que realmente somos ignorantes frente a todo lo que está pasando. La gente se está cagando de hambre y siempre está con su señor Pinochet. Yo tengo vecinos aquí, que son los más ignorantes que pisan la tierra. Y ellos no hacen nada por nada.

Yo no miro los riesgos ni los problemas. Yo miro una cosa que me sirva. Que me sirva a mí y que pueda servirle a otra gente como mi familia. Porque mi familia es enredada total y yo he conversado con ellos y a mi papy lo tengo bien dado

vuelta. Aprender para ver a qué gente le puede servir esto.

Quisiera que la gente se de cuenta de todas las cosas que realmente pasan y cómo son las cosas.

Encuentro que ésto lo podría hacer mejor dentro de un partido. Un partido significa disciplina, y muchas cosas. Yo encuentro que el taller es una organización medio a lo loca, entonces yo encuentro que una cosa así, tiene que tener una disciplina para todas sus cosas.

Creo que un partido dá más fuerza, dá más perspectivas de lo estrictamente local, aquí uno ve protesta en contra de Pinochet, pero quizás falte más perspectiva global de lo que pasa en Chile. Pero entrar a un Partido, implica tener que aceptar una cierta línea.

Yo quiero saber, quiero aprender un poquito, quiero aprender más de lo que yo sé, porque así yo podría contestar realmente bien.

Quiero aprender más, quiero participar más, para ir aprendiendo más, y darme cuenta de todo, realmente de todas las cosas y cómo pasan las cosas.



En la Unidad Popular las opciones políticas, quizás, eran más claras porque se podían discutir abiertamente y hoy día, uno recibe un panfleto clandestino por debajo del brazo. Pero ahora conversando me doy cuenta que quizás lo mejor sería, poder acercarse para saber qué partidos hay, qué líneas se están planteando, porque hay un montón. O sea yo no pienso que no sea bueno militar, pero también pienso que hay muchas opciones ... incluso este tipo de instancia como CODEPU que te vinculan a otro tipo de cosas. Es decir, no estas sólo haciendo arpilleras, no estás sólo en el taller de lavandería, aquí en Lo Hermida; sino que también uno esta participando de un acto o repartiendo panfletos o sintiéndose vinculada.

Yo quiero servir a otros lados, si es que sirvo. No estar aquí, puro metida como dijera en una organización que es taller. Yo quiero abrirme un poco más. No me sé explicar mucho pero yo me entiendo.

Estoy bien agradecida por todo lo que he aprendido y lo que he aprendido lo aprendí aquí en la organización, en el taller. Antes no salía p'a ningún lado, no participaba en nada, en nada pu ... Sí a mí me interesaba un pucho que salga Pinochet o no salga ... Así era yo antes, el que viniera igual me daba, viviendo yo y viviendo mi familia, no me interesaba lo demás.

Pero es que ahora uno se da cuenta que las cosas no tienen que ser así.

Pasó harto tiempo y después el Adrián siguió viniendo de a poco, sin traer su ropa.

La última vez fue a fines del 84, el Adrián volvió y se quedó hasta el 08 de enero del 85 que peleámos y él se fue definitivamente.

La mamá de él me quiere harto, ella me dijo que el se había ido a vivir con una niña.

Como en junio, él llegó diciendo que se venía a vivir a la casa y yo le dije que no.

Le tiré todas sus cosas para afuera y le dije que no lo quería ver nunca más.

El tomó la maleta y la volvió a entrar. En la semana, cuando vino el papá del Adrián yo le mandé la maleta.

En esa misma semana había llegado el José, el papá de mis niños.

Yo estaba muy nerviosa, tenía miedo de que el Adrián y el José se encontraran y se pelearan.

Pero cuando le mandé la maleta, ya el Adrián no vino más.

El José llegó enfermo y se quedó a vivir en la casa. Yo no quería y si quería. Las cabras querían que el José se quedara.

Y al final le puse como condición, que él no se metiera en mis cosas y él aceptó.

C. Cuando hago el personaje tomo cosas que he vivido.

A veces veo a mis compañeras muy decaídas en el Taller y quiero que aprendan como yo he aprendido.

Les digo: Ustedes entraron primero al Taller y yo quiero que ustedes no dependan de la Isabel y de mí.

Les digo: si yo no he llegado o la Isabel, ustedes empiecen la reunión.

Yo era la mujer más feliz el día en que la Berta subió la escenario y leyó un discurso.

En el Taller me siento bien, las veo a todas el puro martes y las echo de menos los otros días.

Estoy acostumbrada verlas a todas y las echo de menos. Antes la Isabel me conversaba de que me integrara y le decía: "si no me gustan esas leseras, anda vos". Me costó mucho, empecé a participar en reuniones y me gustó. Aprendí.

Al principio andaba siempre con la Isabel y creía que no iba a sacar las tareas si iba sin ella.

Me gusta mucho aprender, no puedo decir que

estoy aburrida. A veces me siento cansada, totalmente agotada.

En las mañanas estoy haciendo las cosas de la casa y no falta que llegue un dirigente y me diga hay que hacer ésto o ésto otro y uno pasa todo el día metida en ésto.

Pero fuera de eso, me gusta, no estoy arrepentida.

Para mí la cosa del teatro, ha sido bien importante. Hubo una jornada en la Vicaría y se planteó la idea de hacer un grupo que mostrara las arpilleras.

Como a mí siempre me ha llamado la atención los grupos de teatro que he visto, me gustó la idea.

Las compañeras decían: ¡ya pús Graciela, métete tú!

Y yo me metí y me gustó.

Veo al grupo de teatro como una necesidad de contar las cosas que pasa el pueblo.

Ahí nos decimos las cosas que podemos decir en una conversación, pero las decimos de otra manera.

A mí me gustó el grupo de teatro porque me sentía bien. Paso mucho susto, estoy nerviosa todo el día, pero cuando estoy actuando me siento bien.

Me gusta que la gente reaccione, que aplauda. Cuando la gente está callada pienso que no lo estamos haciendo bien, claro.

También me gusta que me digan: estuvistes mal, si es que es así; porque eso me hace superarme. Me gustan las críticas porque entonces yo me preocupo más de que me salga mejor.

Cuando hago el personaje, yo tomo experiencia que he vivido o que he visto que le pasan a otro.

Cuando estoy actuando me meto en lo que yo tengo que hacer. Se me olvidan algunas cosas que tengo que decir, pero saco otras cosas y no dejo espacio vacío.

Antes de subir a actuar me comen los nervios, pero en el escenario me meto en lo que tengo que

hacer y me tranquilizo.

Cuando actúo me preocupo de lo que estoy haciendo. La última vez tuve miedo de que mi compañera se quedara callada y no me diera tema.

No me preocupo del público, pero me animo cuando oigo aplausos o reacciones.

He estado en dos talleres de teatro. En el primero trabajé sobre la realidad. Tuvimos que ver porque se empezó a hacer las arpilleras. Todas conversábamos y contaban sus experiencias.

De ahí sacaron un libreto y nos los pasaron. Con ese libreto tuvimos que identificarnos. Ese libreto nos duró dos semanas y no nos sirvió porque no hubo una buena dirección: cada una tomaba lo que quería, unas veces una tomaba una parte y otras veces la tomaba la otra.

Nos juntábamos todos los jueves y decíamos la parte que nos salía.

Lo único que teníamos claro, era el orden en que salíamos al escenario.

Yo empecé a participar en el segundo taller y entonces veía que de la manera que aprendíamos en el primero no estaba bien.

Entonces me retiré del taller y les dije que estaba aprendiendo teatro en otro taller, en que se hacía como tenía que ser.

Ese grupo se desarmó porque no estaban aprendiendo.

En este segundo grupo lo más importante es que el profesor es muy enérgico, se empieza el ensayo y todos estamos pendientes de lo que hay que aprender.

Hay un respeto por la clase y uno está pendiente de lo que habla el profesor o cualquier compañero y después todos damos nuestra opinión y proponemos cosas. El profesor le pregunta la opinión a los otros y al final, ya decidimos con más claridad.

Yo me siento realizada, me siento bien en el teatro, me gusta y quiero aprender más.

REFLEXIONES GRACIELA

Lo más lindo en mi vida, fue tener una madre tan trabajadora y tan luchadora por sus hijos. Eramos siete hermanos y mi mami trabajaba para nosotros.

Lo mejor de mi vida ha sido ser madre y tener cuatro hijos que para mí son un modelo porque están todos aprendiendo como yo, a organizarme y yo no tengo que decir que estén volando ni nada de eso.

Yo me siento otra mujer después de haber aprendido a organizarme, otra de la que era hace once años.

He aprendido a saber lo que es la vida. Antes si había un presidente u otro, me daba lo mismo.

Ahora me doy cuenta de las injusticias y los atropellos que les hacen al pueblo.

Me ha servido para hacerme valer como mujer. Antes José me pasaba a llevar como quería y ahora no. También me ha servido para conversar mejor con él.

Si yo no me hubiera metido a una organización, a lo mejor seguiría siendo la misma "pava" de antes.

El pueblo organizado ha hecho que la Capilla cambie, antes habían puras misas.

El cambio es porque se ha quitado el miedo y eso se da al aprender a organizarse, al participar.

Si uno solamente viene a la misa una vez por semana, no le queda nada. Uno tiene que meterse más en los grupos.

En el Taller de Lavandería he aprendido montones, pero es porque he seguido participando en otros grupos que he seguido aprendiendo. Esto ha hecho que vaya perdiendo el miedo.

Hay compañeras del Taller de Lavandería que son tan antiguas y tienen terror de ir a una marcha, a una protesta, porque se han quedado encerradas en el Taller.

La organización es un primer paso y al ir creciendo uno va participando con otros grupos.

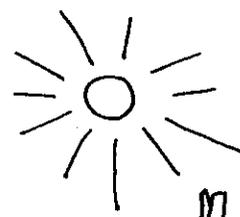
Si nos quedamos con las puras misas, no cambiamos nada.

Acá cuando llegó el cura y se veía que venía en una mejor parada y estaba con el pueblo, entonces dijimos: éste gallo se ve que es bueno, podríamos acercarnos más a él. Y se formó la Comunidad Cristiana Popular.

Mis hijos siempre se emocionan cuando me ven arriba de un escenario, se emocionan y me dicen: "mami te pasaste! Y me animan a que siga. Y yo veo que la Angélica, les dice a sus compañeros "me enorgullezco de mi mami, de lo que hace".

Ella me ve que yo quiero aprender, que estoy pendiente.

A medida de que uno va aprendiendo, ve lo malo y trata de no cometer errores.



Isabel



Desde chica empecé a luchar para sobrevivir.

A. Me defendía como gato de espaldas para vivir

Empiezo a recordar desde los siete años. Antes, no porque a esa fecha llegamos nosotros a vivir a Barrancas y ahí empiezo a recordar. De antes no, porque mi mamá murió a los 4-5 años que tenía yo.

Mi papá por lo que me cuentan, no hallaba que hacer con nosotros, eramos dos hijas, entonces nos dejó con una tía abuela, que se llamaba Isabel. Una tía de mi mamá Olga que murió. Ella quería harto a mi mamá que murió, entonces por eso nos llevó.

Mi papá hizo compromiso con ella, de que nos iba a dar todo lo que nosotros necesitáramos. Y no resultó. Como él tenía sus propias cosas, se olvidó y nos dejó, entonces mi nueva mamá, se metió en una cooperativa de sitios que se llamaba "MEMCH".

En Santa Isabel con Avenida Italia donde vivíamos antes que muriera mi mamá, habían hartos cités; entonces pasaron unas personas inscribiendo para hacer una cooperativa. Iban unas personas que eran abogados y unas señoras que eran dirigentes. Se llamaban Eliana Bronfman, María Astica, Olga Poblete, Isabel Díaz. Ellas hacían las reuniones.

Entonces hubieron sitios allá en Barrancas y nos fuimos.

La gente empezó a pagar una cuota de \$ 5 semanal y los sitios costaron \$ 19.000.

Había 150 familias. Se llamó población MEMCH (Movimiento de Emancipación de la Mujer Chilena).

Todo esto fue en el año 1947.

La señora Isabel Díaz, había estado deportada en Pisagua con 30 hombres. Pero nunca, ninguno le faltó el respeto. Y ahí los trabajos se repartían igual para hombres y mujeres.

Ahí yo no vi en hartos años a mi papá.



Eso fue cuando yo tenía más o menos 7 años.

Mi mamá, o sea mi nueva mamá Isabel, era una tía abuela.

Tenía tres hijas, Mireya, Lidia y Eliana más nosotras dos.

Las hijas eran mucho mayores, trabajaban para la casa.

Nosotros siempre tuvimos problemas con una, la Eliana, porque era muy prepotente, no podíamos comer en la mesa cuando ella estaba.

Claro que hasta poco tiempo atrás, yo siempre, siempre la critiqué.

Pero ahora me doy cuenta de que tenía razón, porque ellas eran dos que trabajaban para alimentar: a mi mamá, a la otra que estudiaba y a nosotras que éramos primas lejanas. Entonces yo le encuentro razón. Siempre teníamos problemas con ellas, pero era debido a que tenían que vestirnos, alimentarnos y todo.

Claro, no era muy humanitaria, ni solidaria, pero antes yo la criticaba montones ... Claro, o sea nunca nos sentimos ... como que teníamos algo mío, todo era prestado, porque la Eliana era muy prepotente, entonces era la que mandaba.

La otra prima, la que estudiaba nos ayudaba montones, pero a escondidas de la otra, porque ella era la que mandaba.

La Mireya era bien buena moza, pero para poder gastar su plata en ropa, nos ponía de pretexto a nosotras y decía: No tengo por qué alimentar a éstas ...entonces la niñez no fue muy feliz.

Mi hermana, dice que ellas tuvieron la culpa, porque nos quisieron llevar. Mi hermana era bien tiesa, nunca se achicó. Al mismo nivel de la otra, ella siempre era la que mandaba.

Ella nunca se achicó hasta que se casó y según mi hermana, se casó por salir de la casa.

Yo creo que ella se casó por tener casa.

Mi cuñado era hijo de un señor que tenía un puesto de diarios en Santa Isabel. Mi hermana pololeaba con él y mis primas la molestaban: a ésta familia le decían "los diareros".

Mi hermana se quedó esperando guaguaita y se casó altiro.

Claro como era mayor que yo dentró a trabajar y aprendió ... mis primas eran igual que mi mamá que murió, eran textil.

Entonces a mi hermana la llevaron a trabajar y aprendió la overlock. Eran tejedoras, entonces mi hermana empezó a ganar más que ellas y eso fue un infierno para ellas.

Resulta que mis primas eran gorditas, bien gordas! Y mi hermana era finita, entonces había como una competencia.

Mi hermana, lo que se compraba le quedaba bien y mis primas eran gorditas, entonces ya empezó a haber una rivalidad de otra serie.

Mis primas eran bien buenas, en el sentido de habernos llevado, pero tenían un modo de vivir

muy ... eran groseras para hablar. Entonces peleaban con cuanto hay de vecinos, peleaban con todos los vecinos.

Era una población chiquita de unas 150 familias no más y donde ellas eran tan peleadoras, se fueron marginando. Ahora yo me doy cuenta, antes no me daba cuenta, me gustaba ayudarles a pelear.

Yo no quería ser como mi hermana, para que no me fregaran tanto. Porque mis primas tienen un lenguaje muy grosero, entonces yo les ayudaba a pelear.

Porque había un local comunitario donde se veían todos los problemas de la población y se hacían bailes pero la familia nuestra, se iba quedando aislada por lo peleadoras.

Claro que a mi hermana y a mí no nos aislaban porque la gente de ahí conocía a mi mamá Olga desde antes que muriera.

Tampoco la Mireya era peleadora como sus otras hermanas. Yo por estar bien con ellas, hacía cuanto diablo se les ocurría.

Había un milico al frente. Ay! al pobre milico no lo dejaban vivir en paz. Porque son gritonas así, todo lo hablan a gritos. Entonces peleaban con todo el mundo.

Mi hermana estudió hasta como tercer año. Mi mamá que murió, la tuvo interna en unas monjas ahí en Salvador, entonces eso se le quedó a ella, ese poquito de educación buena, que le dio mi mamá. Se le quedó porque hasta ahora, ella es distinta a mí y distinta a ellas también.

Ella tiene más carácter, más personalidad. Si hay que hablar con cualquier persona, ella no se siente menos que nadie.

Cuando uno sabe más, se siente más segura para plantear cualquier cosa.

Desde los cinco años yo me crié como eran ellas. Así peleadora. Ladronaza era yo, cuando chica. Porque eran dos las que trabajaban y las fá-

bricas nunca han sido bien pagadas.

Mis primas trabajaban en José Manuel Infante, cerca de donde vivía mi papá y cuando la cosa se ponía muy pesada, ellas me traían a donde vivía él.

Eso era casi siempre el día sábado, porque ellas trabajaban medio día. Entonces me dejaban allá y después me llevaban el día lunes en la tarde, cuando volvían del trabajo. Así al menos tenían una boca menos durante tres días, en la casa.

Mi papá arrendaba una pieza y al lado vivía una sobrina. Más allá vivía una tía mía.

A veces mi papá no llegaba en los días que yo estaba ahí, entonces yo comía donde mi prima o mi tía.

Una hija de mi tía que vivía con ella, me quería mucho, pero tenía cáncer, entonces tampoco podía ayudarme.

Así es que cuando volvía a Barrancas con la Eliana; sí llevaba plata era bien recibida, pero sí no, en la misma esquina de Maira con Manuel Infante, empezaba a gritar garabatos para que los escuchara la familia de mi papá.

Por eso, en la población yo hacía lo que podía para conseguir cosas para la casa.

Para mí era muy amargo que me sacaran el fin de semana, porque en esos días había partidos de basketball y juegos y a mí me encantaba estar ahí.

Entonces yo era re-ladrona... pero siempre robaba cuestiones para comer. Habían muchas chacras por allá y yo andaba siempre robando. Iba a comprar y llegaba con las bolsas llenas, llegaba feliz.

Yo era chica y en una población no hay como trabajar. Porque después cuando se formó un taller, yo al tiro entre ahí.

Yo creo que si hubiera habido donde trabajar yo lo habría hecho. Hasta grande me ha quedado esa sensación de culpa, porque cuando grande yo todavía seguía llegando a una casa y me sentaba con las manos a la vista. Y sí se perdía algo en una

parte, yo me ponía verde, blanca, roja, me corría agüita por la espalda.

Me acuerdo así, pero son cosas que me quedaron bien patentes ... a ellas les gustaba hacer hartas fiestas el día sábado y domingo y los otros días, no había nada para comer. Entonces cuando ya no había qué comer, yo me las intelegenciaba para llegar con qué comer.

Las gallinas pasaban susto por ahí y es como que algo queda. Porque yo a los chicos míos nunca les he permitido ni siquiera que lleven un lápiz que no es de ellos.

Yo sabía que toda la gente, me conocía, que yo era ladronaza. Porque había una casa donde había una niña de la edad mía y me querían harto, habían conocido a mi mamá Olga.

Ellos plantaban melones, frutillas, todas esas cosas. Y cuando yo iba p'a donde ellos, jugaba, me daban ropa; pero cuando salía me iban a dejar a la puerta, porque sabían que yo arrastraba con todo lo que pillaba. Los melones no se los dejaba.



Y me sentía avergonzada. Yo sabía que todos sabían que me robaba las cuestiones. Pero... era para tener contenta a mi mamá, porque después le dio parálisis en todo el lado derecho. Entonces yo pasaba con ella en la casa no más.

Como ya la Silvia y la Mireya empezaron a trabajar, pasaba con ella en la casa. Entonces para tener contenta a mi mamá Isabel, yo hacía cuanto diablo. Pasaba p'al lado, andaba calladita arriba de todos los árboles, robándoles la fruta.

Los cabros míos nunca, no podían traer nada, ni una cuestión, porque casi los remataba. P'a que no se acostumbraran.

A mí me daba vergüenza. Allá como era chiquitito se formó un club, entonces jugábamos basketball. Pero, yo nunca tenía la plata. Nunca me daban un puesto así... porque había una presidencia y todo eso... No me daban la plata porque la gastaba, y cuidaban sus chaucheras porque sabían que yo les robaba la plata. Yo veía una plata y me la llevaba. Y yo sabía y me daba vergüenza, pero lo hacía.

Yo creo que lo hacía porque no tenía un papá o una mamá a quien pedirle. Ni posibilidades de trabajar.

Porque después dentre a trabajar en una fábrica de pinzas, más o menos cuando tenía 13 años y nunca más me robé las cosas.

B. Yo quería estudiar y no tuve cómo.

Fui hasta cuarto año de colegio y ya en quinto quería seguir estudiando y no podía. No podía porque no tenía nada. Entonces mi mamá Isabel dijo que entrara a trabajar a esa fábrica de pinzas, p'a poder mantenerme.

Quería seguir estudiando y esa amiga que me daba ropa, la Sonia me fue a inscribir a un colegio, en José Joaquín Pérez. Porque allá en Barrancas no habían colegios todavía. Entonces me inscribió, fui

como dos meses y después no fui más, porque dentré a la fábrica.

Mi hermana trabajaba pero a pesar de eso no había plata, porque mi mamá Isabel le decía a mi hermana, que tenía que darle tanto para la casa, y ella se lo daba. Y con el resto se vestía, porque empezó a vestirse. Se compraba cosas más bonitas, más caras.

Ahí cuando la Sonia me inscribió, mi mamá Isabel dijo: bueno, si querís seguir estudiando, si te admiten así, anda. Pero es mejor que trabajís porque así te comprai tus cosas, te comprai zapatos.

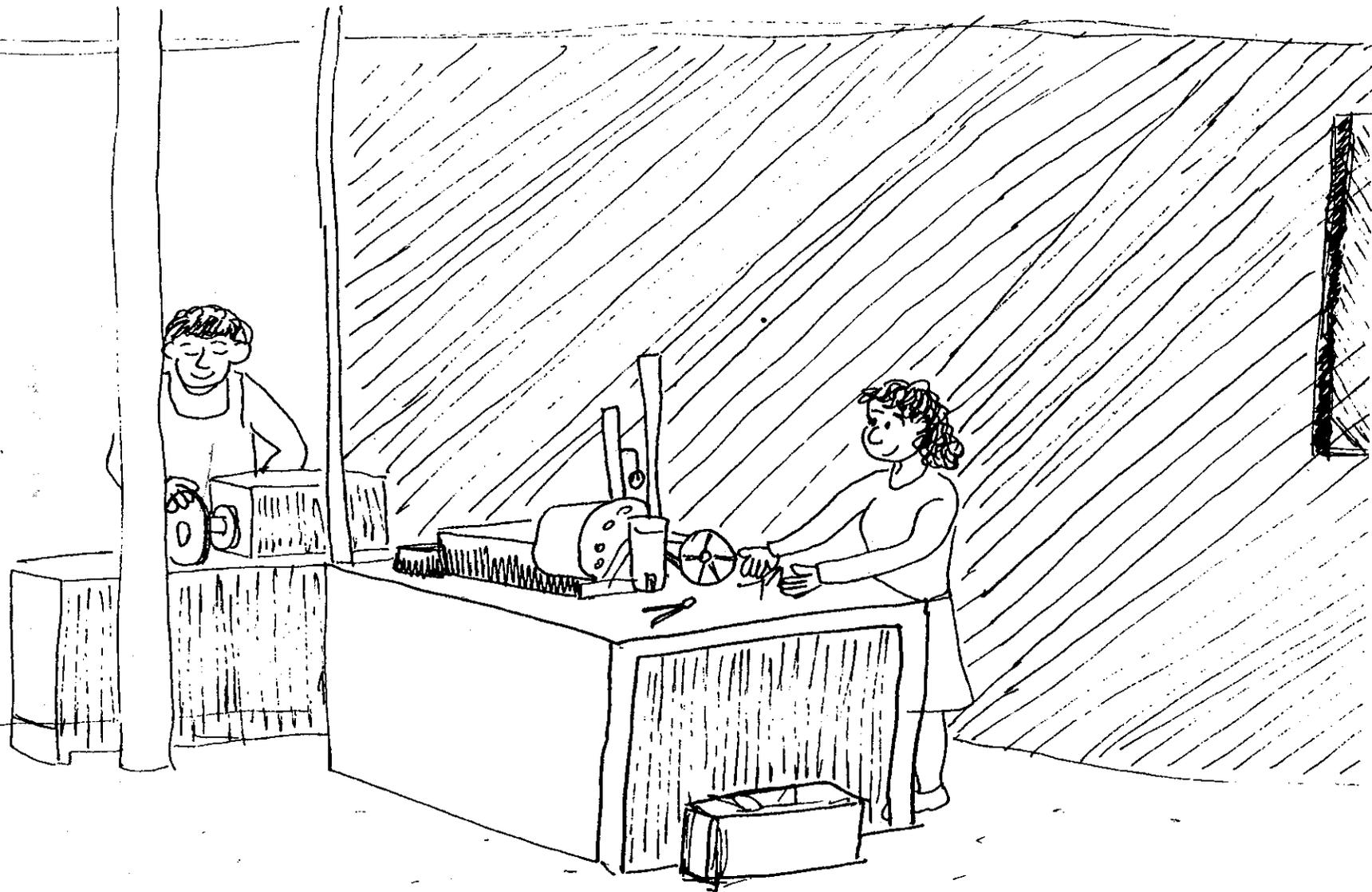
Entonces yo fui al colegio como dos meses y me salí porque dentré a la fábrica. Y como era cerquita de la casa, dentré a trabajar ahí.

Era una casa en que tenían un taller, donde hacían pinzas p'al pelo. Ahí aprendí a trabajar en una máquina. Entonces le daba el sueldo a mi mamá y ellas me compraban. La Mireya se encargaba de comprarme zapatos, cosas. Ya empecé a usar medias y me compraban medias, me acuerdo. Fue rico, la primera vez que me pagaron un sueldo, llegué corriendo donde mi mamá y yo siempre andaba con los vestidos rajados en la cintura. Entonces la Mireya me dijo, que me iba a hacer vestidos sin cortar en la cintura, porque así no los iba a rajar. Entonces me hizo vestidos sin corte en la cintura y yo estaba contenta, porque era p'a un 18 de septiembre y me compró un género rojo y me hizo un vestido lindo.

Allá era bien típico, para los 18, p'a las pascuas todos sacaban vestidos nuevos. Yo estaba feliz porque también iba a tener.

Al principio se hacían actos culturales en la cancha e iba a cantar la Margot Loyola, después se hizo el local comunitario.

En el local comunitario de la población, se armó un colegio. Era una sala donde se hacía hasta 4º año. Se hacía 1º y 2º en la mañana, en una



pura sala y 3^o y 4^o en la tarde.

Entonces ahí se hacían las fiestas, p'a las pascuas, p'a los años nuevos.

Me acuerdo: había una niña que yo siempre le tenía envidia porque siempre sacaba los vestidos más lindos de todas.

Entonces como yo no podía, le echaba pica a mi amiga Sonia, para que sacara vestidos más lindos que la otra.

Esa niña siempre entraba con los vestidos, esperaba que estuvieran todas, según yo, esas eran las ideas mías. Entonces entraba por el medio y se pavoneaba con el vestido.

Esa vez yo esperé que todas estuvieran, esperé mucho rato y entré pavoneándome con mi vestido. Allá todos me querían, porque todos me conocían desde chica. Toda la gente era de Santa Isabel y se fue para allá, p'a la población. Todos se conocían y sabían que había muerto mi mamá, habían ido al velatorio. Entonces, todas me conocían desde chica, así es que estaban felices con mi vestido nuevo.

No echaba de menos a mi papá, porque casi no lo había conocido. De cinco años, es muy chica.

La experiencia de trabajo en la fábrica fue buena, porque como era pura gente de ahí, eran todos conocidos.

Después empecé a pololear y mi mamá Isabel me pegó porque dijo que yo era muy chica, entonces yo no tenía que pololear.

En la población todas pololeaban en sus casas, pero yo no tenía casa, entonces estaba en la cancha con mi pololo.

Estaba pololeando no más y mi mamá me pezcó de las mechas y me llevó p'a la casa altiro.

C. Estuve feliz de salir de la casa.

Entonces, para evitarse problemas, mi mamá Isabel, mandó a buscar a una hermana de mi papá, a mi tía Olga, que no iba nunca, para que me buscara trabajo puertas adentro.

Ese día tuve una pelea con la Eliana, le tiré



una cuchara y le corté aquí el ojo. Entonces me tuve que arrancar y dormí dos noches, entremedio de unas chacras. No llegaba a la casa, porque creía que me iban a pegar.

Había una señora que era dirigente de la población y fue a hablar con mi mamá porque, me iba a llevar. Así es que me llevó de allegada. Ella también se llamaba Olga como mi tía.

La mamá de la Sonia me prestó un catre así chiquitito y ahí me hicieron la cama. Me fui con ellos y estuve como seis meses. Ahí dejé de trabajar en la fábrica, porque ahora tenía que ayudarle a la señora Olga.

Estuve contenta porque parece que yo quería irme de donde mi mamá Isabel, pero como no tenía dónde...

Desde que mi mamá Isabel se enfermó y quedó con parálisis, perdió autoridad y entonces mi prima Eliana que era muy pesada, quedó a cargo de la casa.

Entonces estuve feliz de irme. Donde la señora Olga, estuve como 6 ó 7 meses. Le ayudaba a hacer las cosas, le ayudaba a limpiar las chacras, el pasto. ¡Estaba gorda! porque tenían plantadas, hartos duraznos y uvas, así es que yo comía como condenada.

Me gustó estar ahí, porque tenían cocina con agua y todo era bien acomodado. Era ella y una hermana más, así es que estaba contenta.

Un día viernes yo fui donde mi mamá Isabel y llegó la Eliana. Esa vez venía pagada y dijo: ¿y qué anda haciendo esta tal por cual aquí? Y me iba a pegar y yo agarré un salero que había en la mesa y se lo tiré en la cara, y le cayó la sal a los ojos.

¡Ay! todos gritaban...

Ahí, ya no pude llegar más. Con mi hermana en ese tiempo nos veíamos así no más, porque ella se había casado.

Cuando se casó, ella se fue a vivir a la casa

del marido y vivían con el papá, las cuñadas, toda la familia. Entonces, no habían posibilidades de que yo me fuera con ella.

Después la señora Olga tenía un compañero que venía del sur. Entonces un día llegó el caballero y era medio lanzado y andaba a la cola mía.

Yo me quedaba calladita porque pensaba que me podían echar. Le decía que no me molestara porque la señora Olga se podía enojar.

Un día le dije que si me seguía molestando, lo iba a acusar.

Todo eso lo hacía para que no pasara más allá.

Entonces no le gustó a la señora Olga, pero a mí nunca me dijo nada y a él lo insultó una noche: que ya lo conocía que antes era con la Rosita, la hermana de ella y ahora la Isabel, le decía.

Si yo echo a la Isabel, donde se va a ir, ¿a la calle? Entonces se enojó éste caballero y se fue. Entonces ya la señora Olga me empezó a decir que yo me tenía que ir donde mi mamá.

Yo fui a hablar con mi mamá. Y mi mamá mandó a buscar a mi tía Olga otra vez y ahí me consiguieron una casa por Blanco Encalada. Ahí estuve dos años.

D. En Blanco me sentí sola: no había como hacerse de amigos.

En Blanco dentré a trabajar como a los 14 años y me quedé dos años. De ahí salía bien poco, porque yo no sabía andar en las micros. Entonces ahí en ... la Universidad, en la Escuela de Ingeniería, trabajaba un caballero de allá de la población, que le decían el maestro. A veces él me llevaba p'a la casa y después me traía el lunes en la mañana, cuando se venía a trabajar. Yo lo salía a mirar todas las tardes, cuando él salía del trabajo y se iba a su casa.

En la población me sentía segura pero acá me sentía más insegura porque todo era muy grande, desconocido.

En la población da la impresión de que uno entra a una casa y otra, y todos son conocidos. Pero en Blanco, estuve más de un año y no conocí a nadie.

Era un matrimonio, un joven que vivía con ellos. El trabajaba, tenía un almacén grande. La señora trabajaba en una oficina, que era de las que limpiaba mí tía Olga.

Ahí estuve bien porque pasaba el día entero sola. Me leía así! un alto de novelas de Corin Tella-do.

Ellos no dejaban la radio prendida, y soltaban el tubo, para que no se gastara mucha luz con la radio. Y yo decía: ¿por qué no prende la radio? Hasta que le encontré el tubo. Yo lo apretaba, escuchaba radio todo el día y cuando iban a llegar, soltaba el tubo.

Recorría el parque Cousiño entero. Salía en la tarde y recorría todo el parque Cousiño y toda la avenida Blanco, de acá hasta allá, p'al Club Hípico.



Tenía sólo las amigas de la población, no más. Cuando iba, jugábamos en la cancha, yo era bien buena para jugar a la pelota. Después ya no las veía porque tenía que estar acá. A la señora Olga no la vi más.

La vine a ver ahora, no hace mucho. Y ahí entendí porque ella salía en la noche. Salía a reuniones. En ese tiempo yo decía: ésta vieja, se anda puro en reuniones, y no hace nada y yo tengo que hacer todo. Y siempre regañaba. Ahora vine a saber que ella andaba en todas éstas reuniones en que yo ando ahora. Claro que era más metida. P'al golpe estuvo detenida harto tiempo. La otra vez nos encontramos en un bautizo, allá donde vive ella. Yo le dije: usted es más lesa, debía de haberme llevado señora. Ella me abrazaba y me decía que, en qué mala honda estábamos metidas las dos ahora.

En ese tiempo ella era modista.

Con los patronos nuevos era poquito lo que se podía hablar porque la señora trabajaba en la oficina. Iba a almorzar de carrerita y después se iba a su oficina. En la noche, antes de llegar pasaba al negocio y llegaban como las 10:30 - 11 P.M. y en el verano más tarde, como a las 11:30. Yo pasaba sola.

Pasaba días y días sin hablar, no tenía a nadie para contarles mis cosas, era un matrimonio de edad.

Cada dos meses más o menos él se curaba, se empiluchaba, y se paseaba por la casa, y yo tenía que echarle llave a la puerta.

Si no alcanzaba a cerrar la puerta, tenía que saltar al techo de la casa del lado.

Y no me atrevía a decirle a la señora, porque pensaba que a lo mejor me echaba, y entonces iba a tener que volver a Barrancas. Me daba rabia contra el viejo.

Cuando iba a Barrancas, tampoco podía con-

tarle a las otras niñas porque ellas tenían a su papá, a su mamá, que eran diferentes.

Yo pensaba que el viejo se trataba de aprovechar porque no tenía a nadie a quién responderle de mí. Debo haber tenido 14 o 15 años.

En la población las relaciones eran como las de una familia, todos habíamos crecidos juntos.

Cuando entré a trabajar, empecé a conocer a otra gente y entonces tuve la impresión de que si un joven se acercaba a mí, era para aprovecharse.

Me sentía mal, porque ahí no había cómo hacerse de amigos. Los únicos amigos que hice fue después, ya casi cuando iba a salir de ahí, fueron los jóvenes que trabajaban en un negocio. Eran dos jóvenes. Entonces a uno un día lo estaba retando porque andaba con el delantal sucio y le dije que por qué yo no le lavaba el delantal. Yo me reía de él, pero así p'adentro porque tenía los pies bien grandes y andaba así ...

Entonces le dije, y nos hicimos amigos. Y después, siempre les lavaba los delantales. Porque usaban unos delantales blancos encima de la ropa.

Me lo llevaba puro leyendo. Vivía en eso se puede decir. A veces leía como hasta las 4 de la mañana, hasta que terminaba las novelas. Al otro día me levantaba y dormía en la tarde. Esa era la vida que tenía.

Cuando me pagaban iba y me compraba ropa y le compraba regalos a mí mamá. Le gustaba el queso, así es que siempre le llevaba queso. A ella le gustaba que yo fuera, porque siempre le llevaba cuestiones y me compraba ropa.

Después de estar ahí, una vez me enojé con la señora y me fui. No me fui, sino que fui a pasear a Barrancas y le pregunté a mi mamá Isabel si acaso me iba.

Ella me dijo que si estaba mal que me fuera, que ya la Eliana no iba a ser tan peleadora porque: "anda pololeando".

Y me fui. Estuve poquito tiempo sí. Volví a

trabajar a la fábrica de pinzas. Pero ya me había acostumbrado a trabajar puertas adentro.

No me acostumbraba a la casa, porque ... no sé ... no me gustaba estar allá. Encontraba que todo era feo, que la casa era pobre. Hacíamos fuego para cocinar y yo quedaba con las manos tiznadas ... Entonces, una vez salí a una agencia de empleos por ahí en Monjitas. Yo no había ido nunca a buscar trabajo sola, pero me entretuve mirando. No encontré trabajo. Había una señora y yo era bien tímida, o sea no tímida si no que bien corta sí. Yo estaba sentada no más y creía que me tenían que llamar. Entonces la señora llegó con una niña a buscar una empleada para una hija y me habló a mí me dijo: ¿tú estai esperando?

Sí le dije yo: estoy esperando. Pero sí no te resulta te podría ir con mi hija, dame tu dirección y le di la dirección. Y se fue sin entrar.

Yo esperaba que me llamaran. Iban a cerrar y yo seguía sentada esperando que me llamaran. Cuando iban a cerrar la niña me dijo: No, si tenías que entrar, y ahí te inscriben y te mandan. Entonces otra señora que había, ya no quería seguir atendiendo y me dijo: ven mañana. Ya, le dije y me fui para la casa.

Mi mamá Isabel me dijo: ¿cómo te fue? Dijeron que fuera mañana, le dije, pero no sé, no me dejaron n'a inscrita y seguí trabajando en la fábrica de pinzas. Como una semana después, llegó esa señora a buscarme.

Así es que mí mamá Isabel me mandó a buscar.

Y me dijo mí mamá; ¿cómo dijiste que no te habían inscrito? No, dijo la señora. Si ella estaba esperando que la llamaran y yo le tomé la dirección. Así es que me vine a trabajar a Luis Pereira.

Ahí estuve cinco años. El es doctor y ella estaba en la casa no más, la señora Nana. Habían dos niños: Marcial y Gonzalo.

Ahí sí que estaba contenta porque eran

re-buenos y los cabros me tenían p'al fideo, jugaban conmigo, me hacían travesuras y yo jugaba con ellos. Y lo pasaba re-bien, no hacía muchas cosas porque ahí vivía un matrimonio con dos niños y la suegra.

El era el único hijo, entonces a ella le gustaba hacer las cosas porque antes esa era su casa. A ella le gustaba hacer re-hartas cosas, así que yo hacía poco. Y en la mañana ella iba me despertaba y me decía: no te preocupís porque yo voy a llevarle el desayuno a Marcialito. Marcialito era el hijo de ella. Me quería harto ahí, íbamos a la playa 2 meses, todos los años. Al Quisco.

Ahí estuve más contenta que nunca. Era como otro trato. Me sentía querida. Ellos después me contaban que al principio, cuando yo entré a trabajar ahí, creían que yo era evangélica. No sé por qué.

Así es que llegó la niña evangélica a trabajar con ellos. La señora Nana cuando me pagaba, me llevaba y me compraba cosas lindas. La primera vez que fui, vine a comprar zapatos a Irarrázabal, y me acuerdo que me compré unos zapatos puntudos que se usaban y no podía andar con ellos. Entonces la señora Nana me dijo: nunca más vaí a ir sola a comprar. Hasta que no aprendaí, yo te voy a acompañar. Y me compraba cosas bien bonitas y me daba harta ropa de ella y me la arreglaba, porque ella era mucho más alta.

Me hacía vestidos p'a los 18. Y p'a la playa hacía p'a ella y hacía p'a mí. Yo en la playa andaba con shores que ella me hacía y yo me sentía ... regia.

Pero no sé pús, siempre los quería re-harto y ellos también, porque después que tuve al Beto,

una vez fui a verlos y los chiquillos ya estaban hombres. El Marcialito, el mayor, me agarró de un brazo y me dio una vuelta. Me decían "Clomi", no sé porque me decían "Clomi".

Entonces esa vez me daba una vuelta y me besuqueaba. Así es que lo pasé re bien ahí. Después se enojaron cuando yo concí al Javier y empecé a pololear. Me juntaba con otras niñas de la cuadra y veníamos a bailar a la plaza Egaña ... y ahí conocí al Javier.

Yo tenía una amiga, que se llamaba Marta, entonces el Javier y el pololo de ella eran amigos.

El amigo tenía un chiflido para llamar a la Marta, entonces cuando yo sentía el chiflido sabía que andaba el Javier por ahí. Y salía. Este cabro no tenía trabajo y pasaba casi todo el día por allá chiflando.

Entonces creían que era el Javier que se llevaba chiflando y decían que era un flojo, que era así, que era así, que no tenía ningún porvenir con él.

Decían que me iban a ir a acusar donde mí mamá Isabel para que no anduviera más con él. Y seguí con él no más hasta que una vez me cerraron el portón para que no saliera más en la noche. Porque yo salía escondidita y me pillaron que salía, entonces me cerraron el portón con llave. Y yo me subí a la pandereta y salí por arriba entonces en la mañana, cuando llegué, me estaban esperando. O sea parece que dormirían con un ojo, como fue que me estaba esperando en la pieza.

Me dijeron que era una sinvergüenza, me dieron unos tirones, la sra. Nana me dijo; "si te pasa algo: que voy a decirle yo a tu mamá". Entonces ... ya, le dije yo: no voy a salir nunca más ¿ya?

En Javier encontré una esperanza.

A. Creía que los dos íbamos a construir algo juntos.

Con el Javier arreglamos que nos íbamos a ir juntos a la casa de su amigo. No teníamos cama ni él, ni yo. El vivía con su mamá en Pérez Rosales, entonces ella no le iba a dar la cama.

Fuimos a Barrancas, donde mi mamá Isabel y le dije que me había cambiado de trabajo, y que tenía que llevar mi cama.

Mi mamá no quería darme la cama, entonces yo le decía: ¡púchas si usted, no me dá la cama voy a perder el trabajo.

Así es que me dijo: "ya ven a buscarla, pero a mí me gustaría que viniera tu papá contigo."

Ya le dije: yo lo voy a ir a buscar. Una noche fuimos en auto, con un amigo del Javier a buscar la cama. Entonces mi mamá lanzó el grito: ¿Y tu papá sabe donde te vai?

Sí, le dije: sí él fue a hablar con la señora. Y nos trajimos la cama, y nos fuimos p'allá p'a la casa del amigo que vivía en Simón Bolívar, p'a arriba.

La señora Nana me decía que me iban a pasar una y mil cosas.

Después fui a buscar la ropa y le dije que me iba a casar y que mientras tanto estaba en Barrancas. Andaba con puras mentiras no más.

Entonces me regalaron paños de cocina, me regalaron platos porque yo me iba a casar.

Me fui así nomás, nos fuimos los cuatro. La otra amiga, la Marta, también se fue conmigo.

Pero el otro era tan ladrón que nos robaba todo y lo vendía. Nos dejó casi sin ropa, toda la ropa la vendía. Entonces la Marta se fue a trabajar y yo me quedé con el Javier.

A mí me daba vergüenza decir que era casada si no era casada.

Un día vimos un letrero que decía: SE ARRIENDA PIEZAS A SEÑORITAS SOLAS, entonces fuimos con la Marta y la arrendamos. El Javier entraba por la ventana.

Trabajamos así ... la Marta quedó trabajando puertas afuera. Y el Javier también algo daba, pagaba la pieza. Entonces un día nos pilló la señora ... y nos insultó. Nos trató re mal. Y tuvimos que dejar la pieza. Nos fuimos.

La Marta estaba sola, porque hasta el reloj le robó el otro.

Entonces de ahí, de esa casa; ya nos separamos con la Marta. Porque yo me fui a arrendar una pieza diciendo que era casada, que tenía marido. Y la Marta se fue a trabajar nuevamente. Después vino mi suegra a conocerme y venía bien seguido. Venía a hablar con la dueña de la casa y ella le contaba que yo me llevaba durmiendo.

Dormía el día entero y comíamos puro beefteak y huevo. No hacíamos comida, si no teníamos nada que hacer. Teníamos la pura cama.

Mi suegra no me quería por lo que la dueña de la pieza le contaba a ella. Se hicieron bien amigas las dos y mí suegra llegaba ahí a preguntar ... yo estaba re floja en ese tiempo, dormía no más.

Es que nos había dado la cuestión de los bailes, íbamos a bailar todas las noches, viernes, sábados, domingos, miércoles, todas las noches íbamos. Así es que pasábamos durmiendo. El Javier trabajaba de vez en cuando, trabajaba en la Coca-Cola y iba a veces no más, para que no nos faltaran los beefteck con huevo.

Entonces, después mí suegra no me quería. Le decía a Javier que yo no era para él, que yo no era la mujer para él, que él necesitaba una mujer trabajadora y cuestiones así.

B. La inseguridad de no tener dónde vivir.

Y me quedé esperando al Luis. Entonces el Javier no hallaba qué hacer, si seguir conmigo o hacerle caso a la mamá. Parece que también me encontraba media floja porque estaba indeciso.

Yo lo notaba y entonces, busqué trabajo. En una fábrica de maceteros que hay en Egaña, ahí encontré. Y me compré una cocina que vendía la señora. Yo siempre he sido buena para trabajar, pero ahí estaba floja.

Estaba triste, avergonzada.

Mi suegra decía que yo andaba haciendo de tony, porque andaba contándole a medio mundo que estaba esperando guagua.

Después, a mí ya me daba vergüenza hablarlo, porque a lo mejor estaba haciendo una tontera. Pero mi suegra tenía mucha educación, siempre estaba por sobre mí.

Empecé a trabajar, me compré una cocina, me compré una mesa que vendían, busqué una pieza y me fui.

Dejé todas las cosas del Javier, pesqué la ropa y le dejé dicho que se fuera con su mamá, porque yo me iba sola.

Y me fui a arrendar una pieza a los Corteses, en la casa que era del papá de la Gladys de mí cuñada (que en ese tiempo ni nos conocíamos). Cuando me fui, en mi trabajo hacía planes de que iba a pagar la pieza y todo. Como a los dos días, el Javier estaba esperándome en la puerta del trabajo; que, qué me creía yo, que aquí y que allá y se fue. Se fue conmigo p'a la pieza y seguimos viviendo juntos. Después nació el Luis y ahí llegó la señora, la abuela a verlo y dijo: "que era tan lindo' Que así era el Javier cuando chico".

Yo me reía: si el Javier es negro! Pero en el hospital, yo decía ¡ay! van a creer que este cabro no es n'a del Javier, porque era blanquito.

Yo estaba segura que era de él, pero tenía

miedo de lo que ellos pensarán. Pasaba asustada. Y el Javier lo quiso altiro y re hartó.

Y después de Los Corteses fuimos a dar a Barrancas, porque no pagábamos el arriendo. Si no teníamos plata.

Debíamos el arriendo, entonces nos pidieron la pieza y tuvimos que cambiarnos de casa.

Fui a Barrancas y ahí me ofrecieron arrendarme una pieza que estaba sin terminar y nos cambiamos.

Juntamos todas las cosas que teníamos y un amigo del Javier nos llevó en un auto. Cupo la cama, la cocina y la cuna de mimbre del Luis.

Allá tuvimos que dejar, un trinche para poner los platos, una mesa y un velador. Todas esas cosas las habíamos hecho nosotros de manera bruta.

También tenía hartos maceteros con plantas y se quedaron todos ahí, porque no los pude llevar.

Yo tenía un puro colgador con la mejor ropa que tenía y se me quedó; porque el chofer no nos cobraba, pero cómo tenía que trabajar, nos apuraba.

Fueron dos golpes duros, los que tuve.

Llegamos a Barrancas y ellos esperaban que como veníamos de acá arriba, tuviéramos más cosas.

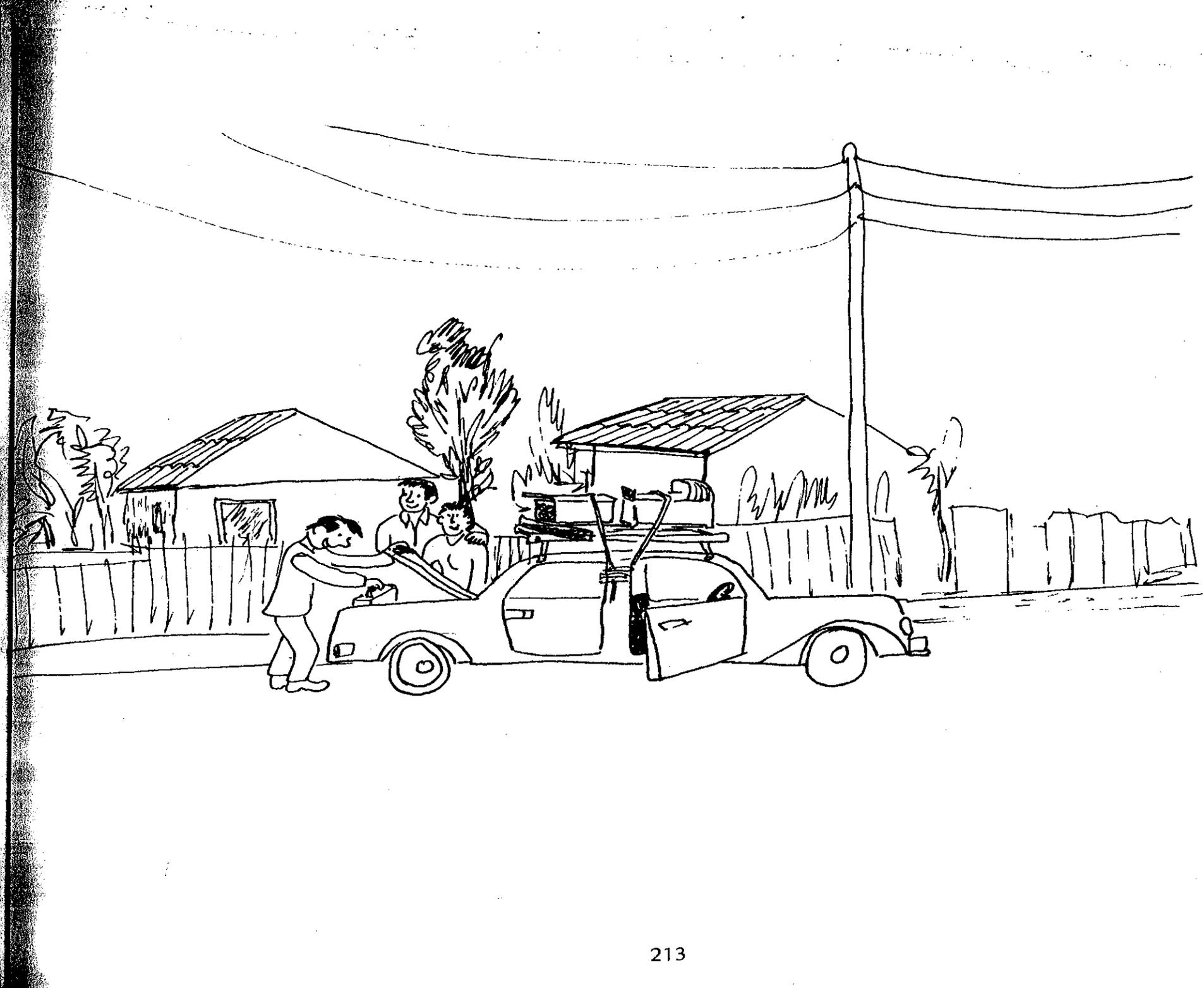
Cuando hablé con ellos la primera vez, me preguntaron que dónde vivía y les dije que en Ñuñoa.

Cuando vieron lo que llevaba, yo creo que pensaron que llegaba una limosnera, porque les cambió la cara.

La dueña de la casa, había sido dirigente del club de basketball donde yo participaba cuando chica.

Yo noté que la relación cambió totalmente, porque después iban a mirar el sitio y no pasaban ni a saludar. Tampoco siguieron arreglando la pieza, como lo habíamos acordado.

El segundo golpe fue cuando volví a buscar la



ropa y no me la quisieron entregar hasta que pagara.

De ahí me fui a los pacos y en la comisaría, me dijeron que me iban a acompañar dos pacos.

Llegamos donde el dueño de la casa y éste les dijo a los pacos que yo vivía así no más con el Javier.

Entonces los pacos me preguntaron si estaba casada y como les dije que no; aceptaron que el viejo no me entregara las cosas hasta que pagara, y le pidieron disculpas.

Después de haber peleado con mí suegra, de haber dejado al Javier en un momento; el hecho de dejar el trinche que habíamos hecho los dos, era como dejar parte de mí vida.

Era el deseo de querer tener algo, de querer vivir.

Una planta hay que plantarla, hay que regarla; uno se preocupa de que crezca cada día y dejarla, era dejar la esperanza.

Fue difícil comenzar a vivir en Barrancas. Cuando nos cambiamos, el Javier dejó las cosas en la pieza y se fue con el chofer.

Yo sabía que no tenía nada que hacer, que se fue a tontear no más. Pero ahora yo pienso que él se sintió muy poca cosa, y como hombre no resistió la situación.

Porque fue tan notorio el cambio de la dueña de casa, que él no esperó ni para armar la cama y se fue.

Yo dejé las cosas adentro y como a mí mamá Isabel estaba cerca, la fui a visitar.

Teniendo la familia cerca, sentí que a lo mejor allá lográbamos algo más.

Pero también equivoqué el camino, porque empecé a hacer una vida como cuando era cabra.

Al llegar a Barrancas, pensé que llegaba igual que en los tiempos de cabra chica. Empecé a jugar al basketball, llegaba tarde, no le daba la papa a sus horas al Beto, tampoco le tenía mucha ropa y él pasaba frío.

Yo estaba desorientada y no pensaba que ahora tenía un rol diferente. Tenía un hijo y no sabía cómo hacer las dos cosas bien.

Empecé a visitar a las antiguas amigas pero en sus casas me sentía inferior a ellas porque todas tenían sus casas.

En la cancha me sentía bien.

Todas se habían casado con jóvenes de la población y trabajaban. Vivían mucho mejor que yo.

Javier volvió al otro día y llevaba un pollo asado. Yo me sentía feliz, pero al mismo tiempo me daba vergüenza que llegara otra gente y nos viera.

Como qué yo fui culpando al Javier de toda la situación económica que vivíamos.

Empecé a trabajar en un taller de sastrería de un amigo. El Javier se venía para acá arriba, (Ñuñoa) y pasaba días y días sin volver.

El Javier decía siempre que se lo habían llevado preso. Yo, casi creía que era como un delincuente internacional.

Estuvimos hartos tiempo ahí. Casi se me murió el Luis. Tuvo bronconeumonía, tuvo diarrea como tres meses. Diarrea crónica parece. Así es que, después que se mejoró el Luis nos vinimos a cuidar una construcción. Ahí, del Teatro California para adentro. En toda la esquinita, estaban haciendo una construcción y nos vinimos a cuidarla con el Javier. A él no le gustaba la pega de construcción y casi no pasaba ahí, porque no le gustaba. Se desocupaba, y salía "boleaito" de la pega y no llegaba hasta el otro día. Después volvía y de nuevo no llegaba hasta el otro día.

Me quedaba sola con el Luis y estaba esperando al Javier.

Yo me quedaba esperándolo, pero no hacía algo por mí misma, pasaba sentada esperándolo o salía a buscarlo.

Ahora no, porque yo buscaría un trabajo, algo por mí misma.

C. Sentí que ya no podía seguir viviendo.

Cuando yo estaba mal, mal, un día pasé en la micro y vi a mí papá. Entonces me fui donde él y después él siempre me visitaba. Me gustaba que me visitara.

Allí mí papá vivía cerquita, en José Manuel Infante. Aunque viviera meses afuera, él tenía siempre su pieza ahí y cuando estaba acá, pasaba bien seguido a verme.

Entonces un día mí papá, le dijo al Javier: que hasta cuando iba a esperar, que no se casaba. Que iba a nacer otro niño ... Y así fue que nos casamos.

Yo tenía ganas pero el Javier no quería n'a casarse. Tenía ganas de casarme, quería estar casada porque no sé pues, era como ... no se pús ... toda la gente conocida estaba casada.

Parece que me iba a sentir más segura porque ... no sé pús ... yo nunca decía que, vivía con él nomás, sino que estaba casada. Entonces era preferible casarme, pero Javier no quería casarse.

Bueno nos casamos, después nació el Javier y después nos vinimos dos cuadras p' arriba de la Plaza Egaña.

Yo lo quería hartoo, hartoo, al Javier. Al principio cuando vivíamos en Egaña, yo me fui porque él estaba indeciso, donde la mamá le decía que yo no era para él. Un día vi que arrendaban una pieza y me fui no más. A los dos días llegó o sea que pasé una pura noche sola, entonces no lo alcancé a echar de menos.

En la Plaza Egaña yo tenía al Luis y al Javier chiquititos.

Y ahí empezó el Javier a quedarse a fuera hartoo, hartoo tiempo. Se lo llevaban preso, decía.

En la Coca-Cola, siempre se lo llevaban preso al Javier, y yo pensaba mil cuestiones.

Ma daba vergüenza que sus amigos me vieran buscándolo.

Yo me doy cuenta lo que me dolía porque ahora yo lo puedo hablar, antes me ponía a llorar.

El Javier se fue quedando de a poco a fuera, fui acostumbrándome de a poco.

Después, de ahí de la Plaza Egaña nos cambiamos a Tobalaba.

Según él, se lo llevaban preso, porque andaba tarde en la noche, y estaba hartoo tiempo preso. Y no estaba preso; él se quedaba afuera nomás.

Un día llegó una amiga de la casa, era amiga de un compañero del Javier. Porque ya en ese tiempo en que nos fuimos a Tobalaba, el Javier empezó a trabajar en autos.

Esa niña estuvo varios meses en la casa y un día se pelearon con el Javier y entonces él le dijo que se fuera.

Ella le dijo que se iba, pero lo iba a echar al agua. Y me dijo que el Javier tenía otra mujer, y que tenía un hijo o que iba a tener un hijo. Y se fue.

Y ahí el Javier se empezó a quedar más y más afuera, hasta que se fue y no volvió.

Se fue cuatro años y yo me quedé sola con los chiquillos. Pero, ahí sí que sufrí, porque no sé pues, era como que se había terminado el mundo, que todo era negro.

Un día me dijeron dónde vivía con ella, y lo fui a buscar. Entonces fui y golpeé la puerta. Y ella salió a abrirme.

Le pregunté acaso estaba el Javier ahí.

Sí me dijo, sí está aquí, pero espérese: se va a levantar.

Entonces el Javier me retó porque había ido a buscarlo. Me dijo que él no me quería a mí, que quería a la Eduvigis y que se iba a quedar con ella y que no lo fuera nunca más a molestar.

Yo pensé que el Javier nunca me había dicho de frente: que no me quería y que no quería saber nada más de mí.

Antes cuando lo iba a buscar, él siempre me

venía a dejar, me engañaba y se iba.

Entonces a mí se me vino el mundo abajo, parece que ya no podía seguir viviendo y me tiré al canal.

Iba con el Javierito y antes le dije que se devolviera donde su papá: "quédese con su papá... y me tiré al canal".

El Javierito tenía 2 ó 3 años, y se volvió.

Ahí toda la gente gritaba.

La casita donde vivía el Javier estaba al frente del canal.

No pensé en nada, porque si lo hubiera hecho, no me iba a tirar, porque los cabros se iban a quedar solos.

Yo después más acholada.. avergonzada porque, se tiró un caballero y el Javier y me sacaron. Todos gritaban y ellos salieron de la casa. Se tiró el Javier y me alcanzaron más allá porque corrieron.

así, yo después que reaccioné, me sentí tan poca cosa.

Porque yo toda mojada, parecía un pollo entumío y la mujer que tenía el Javier era bien, no sé, fachosa y yo parecía un pollo entumío.

Ella lo retaba, y le decía: ¡ándate con tu mujer que viene a armar escándalos aquí!

Entonces el Javier me fue a dejar a la casa, me dejó y luego se vino igual.

Y yo seguía insistiendo, venía a la Plaza Egaña, lo esperaba. Lo seguía igual que las tontas.

Y el Javier no quería nada conmigo. Nos echaron de ahí de donde vivíamos porque yo no tenía para pagar el arriendo. Nos fuimos a vivir a una parte donde no se pagaba arriendo, pero vivía pura gente así, que tomaba.

Pura gente de mal vivir.

Empecé a ser de nuevo yo.

A. Romper el lazo fue algo muy grande.

Me hice de una amiga la Elsa y empecé a trabajar en un taller de costuras. Ahí tenía una amiga bien lola que le gustaba harto pinchar, entonces, decía que yo parecía vieja, que cómo se me ocurría andar así.

Y un día le cuenta toda la historia mía a la señora donde yo trabajaba. Se llamaba Raquel Tompson y tenía puras hijas mujeres, era viuda.

Vivía en el taller de costuras y tenía una hija que era modista se llamaba Jimena Badilla.

Entonces me iban a hacer los trámites para que yo me separara.

Se usaban unos vestidos cortitos. Y me empezaron a hacer vestidos cortitos y a decirme que me arreglara y cuestiones.

Yo empecé a tomar vuelito y ya no busqué más al Javier.

Ya no trabajaba en el taller, porque empecé a hacer el departamento de la Vivi (otra hija de la señora).

Ella me regaló unos zapatos que me quedaban chiquititos pero a mí me gustaban, entonces igual me los ponía.

Un día venía de donde la Vivi en el bus y veo a un hombre y digo: Allá va el Javier.

Y me bajo del bus y lo sigo y después de seguirlo como cinco cuadras, era esa hora de las 2 de la tarde, la hora de todo el calor. Yo tenía los pies hinchados, y más o menos como a las 5 cuadras, me di cuenta que no era él.

Me devolví bien despacito llorando, llegué a la casa, me saqué los zapatos y dije: nunca más voy a buscarlo, nunca más lo voy a hacer. Si él quiere bueno y si no, no más.

En ese tiempo todo mi interés era que él volviera, que volviera, que... ¡no sé pus! Buscaba cualquier manera de que volviera, toda mi vida estaba ahí, en cómo hacerlo para que volviera, entonces, ahí me dije ¡no pus!

No sé, sería por cansancio quizás, tomé una decisión y dije: nunca más lo voy a buscar y seguí trabajando y no lo fui a buscar más, ni lo seguí...

Yo era de las que llegaba a la Plaza Egaña y me metía en todos los negocios a las 2, 3 de la mañana. Me levantaba, estaba acostada y de repente me sentaba en la cama, me vestía y partía. Lo buscaba en todos los negocios. A veces lo encontraba, otras no. Cuando lo encontraba, me iba a dejar y después se iba.

Si ya no me quería, ¡pero yo no me daba cuenta!

No sé qué pensaba. Ni pensaba, si yo lo único que quería, era que volviera.

Fui a hablar al consultorio, como ahí siempre hay visitadoras, fui a hablar con ellas.

Me hablaron bien abiertamente. Fui para ver cómo podía hacerlo volver. Me dijeron de que no pus, de que el hombre, no porque se casara estaba amarrado a la mujer, igual como la mujer no estaba amarrada al hombre y si él decidía irse yo no tenía cómo traerlo. Claro, que podían decirme cómo hacerlo para que me diera una mesá p'a los chiquillos.

Yo fui pensando en que me iban a dar la solución del problema; pero ellas sólo podían solucionarme una pensión para los chicos.

Entonces les dije que yo no quería n'a mesá, que lo que yo quería era que volviera, era tan necia, y bueno de ahí ya no. Seguí trabajando. Más me aferré a seguir trabajando y como que en el trabajo, más me olvidaba de mis problemas.

Ahí yo iba conociendo a otras personas que tenían problemas económicos y trataban de solucionarlos de otra manera.

La señora Raquel era viuda y trabajaba para educar a sus hijas. Una hija se separó en ese tiempo y me decía que yo podía rehacer mi vida, que los niños no eran ningún problema.

En un principio me parecía fácil, pero después veía que no era tanto.

Romper el lazo es algo muy grande.

Durante todo este tiempo los cabros pasaron a un segundo plano en mi vida. Me preocupaba de que tuvieran comida y ropa, pero yo tenía mi cabeza puesta en otro lado.

Sólo me preocupaba cuando alguien los acusaba y entonces le sacaba la miechica.

Me doy cuenta que, sólo después, ellos han venido a sacar personalidad, pero antes eran tímidos. Apocados.

El salir con la Elsa, con los chiquillos, ir para allá y para acá, me hacía sentir que me estaba liberando de esa dominación que tenía con el Javier.

Hasta ese momento, él llegaba a la casa mandando y yo corría a hacer las cosas.

Después ya no, ya no me importaba que llegara. Antes yo no me movía para que no se me fuera a ir.

Arreglaba a los chiquillos el día domingo. Iba a la cancha.

Iba a ver jugar a los gallos. N'a que ver pero me entretenía, estaba bien liberada.

Un domingo iba a la cancha, y va llegando el Javier. ¿Y tú dónde vas? dijo. Yo, voy a salir.

No, es que no vai a salir.

Sí, si voy a salir porque tú no tenís n'a que hacer aquí. Tú no vivís n'a aquí. Entonces se vio impotente p'a detenerme; porque antes el daba una orden así y puchas.

Cuando él llegaba p'a mí, se iluminaba todo, ¡todo! Entonces dijo: Ya, se acabó este matrimonio, ya no hay más matrimonio. Y tomó la libreta del civil y la hizo tira y se fue, y yo seguí. Entonces no insistió, ni yo tampoco.

Cuando él rompió la libreta me dio risa, porque yo sabía que no importaba tener libreta. Igual seguiríamos casados pero las cosas habían cambiado.

El estaba acostumbrado a llegar y que yo lo mimara, y esta vez, parece que sintió que las cosas

habían cambiado, porque en un gesto infantil de impotencia, tomó la libreta para que yo no saliera.

Después conocí un joven y empecé a salir con él y me entretenía porque en realidad era dije.

Claro y él le tenía miedo a mi marido, le tenía terror ¡pus! Porque Javier era, como bien violento, bien revoltoso. Entonces siempre que yo salía con él, tenía que salir cuando ya estaba oscuro, p'a que nadie lo viera porque él no quería salir conmigo y que lo vieran, porque sabía que quizás qué le iba a pasar y...

Pero yo no salía con él porque me gustaba, sino que yo todavía estaba picada, quería sacarle pica a Javier. Que él supiera que yo andaba por ahí. Parece que era p'a que volviera, siempre la misma idea. Entonces no sé, no sé si se puede llamar pololeo o qué, pero pasó harto tiempo. A mí no me gustaba, lo único que quería era sacarle pica al Javier, yo no sé.. El era un hombre y yo era separada.

Entonces, pienso que tampoco él buscaba el amor, sino que otra cosa.

Al ser separada yo, no sé, pienso que no da mucho respeto, que yo anduviera o sea que yo saliera con él.

Pienso así porque... por la actitud de él, porque cuando habíamos salido más o menos 3 ó 4 meses, se me tiró a que nos quedáramos afuera.

Yo no podía quedarme afuera, porque los cabros míos estaban chiquititos todavía, entonces pienso que yo nunca lo tomé en serio. Harto tiempo después yo dije que no podía quedarme afuera, que tenía los cabros chicos y que no podía dejarlos solos, entonces siempre insistía y yo le dije que no, que no nos siguiéramos viendo.

Que yo no iba a salir nunca más con él. Le dije que mejor siguiera con su señora porque tenían cabros y toda la cosa. No salimos más, después nos veíamos, nos saludábamos y nada más.

Javier iba de vez en cuando p'a la casa, pero

no se quedaba, porque ya la otra niña que tenía, ya lo tenía más agarrado.

Donde yo vivía, llegó a vivir mi suegra al lado mío, porque no pagábamos arriendo. Entonces como ella estaba en mala situación, se fue a vivir allá.

Era un terreno bien grande, donde vivía harta gente que no tenía cómo pagar.

B. Tenía miedo, pero igual salí adelante.

Era un sitio de alguien que nunca aparecía, entonces todo el que no tenía casa, se iba ahí.

Claro, había que pedirle permiso al más antiguo. El era el que sabía el lugar donde se podía instalar todo.

Entonces Javier empezó a llegar ahí y en una de esas "llegás", yo quedé esperando a Patricio. Pero llegaba así de entrá y salida no más. Yo había cambiado, pero muy poca cosa, porque él llegaba y yo estaba esperándolo.

El indiferente, indiferente; veía a los chicos, les hacía cariño y nada más. Pasó una señora con un caballero que no conocíamos. Inscribieron para sitio, a todos los que estaban ahí, y nos citaron a una reunión para 15 días después.

Dimos todos nuestros datos sin preguntar nada y a los 15 días, dos personas fuimos a la reunión que era en un gimnasio re grande en Arrieta.

En la primera reunión no entendí nada. Yo escuchaba lo que hablaban. Algunos se enojaban y casi se iban a pegar y yo no podía saber por qué. Pero yo sabía que ahí inscribían, entonces decían: una cuota Corvi que sea.

Junté la plata p'a las cuotas; eran 26 cuotas. Entonces mi suegra y mi cuñado dijeron que yo era loca, porque estaba inscrita p'a los sitios e iba a las reuniones.

Después me encontré con la tía de la Elena, y

ella me dijo que la pasara a buscar para ir a la reunión.

Entonces ahí conversé con la Abuela (mi suegra) y le conté. Ella dijo que no era loca para andar en esas cosas y se fue a San Bernardo.

Entonces, esa señora vecina que estaba yendo desde el principio conmigo a las reuniones me dijo: desarme no más y mi hermano le viene a buscar las cosas, y se fue.

Yo desarmé la pieza que tenía y ahí llegó mi cuñado y como me vio decidida, me ayudó un poco y después se fue. Parece que ahí le fue a avisar al Javier; yo dejé los chiquillos acostados en la otra pieza que tenía.

Después nos juntamos todos en el sitio grande, ahí en Arrieta y de repente dicen: ¡ya! y empiezan a correr, atravesando la Avenida Arrieta. Y al otro lado, comienzan a parar carpas, nylons, etc. Tenía miedo pero igual seguí. Después aparece la Ruth una dirigente y otras personas que no conocía. Sólo uno de ellos había estado en una reunión, y decían que él era el marido de una alcaldesa.

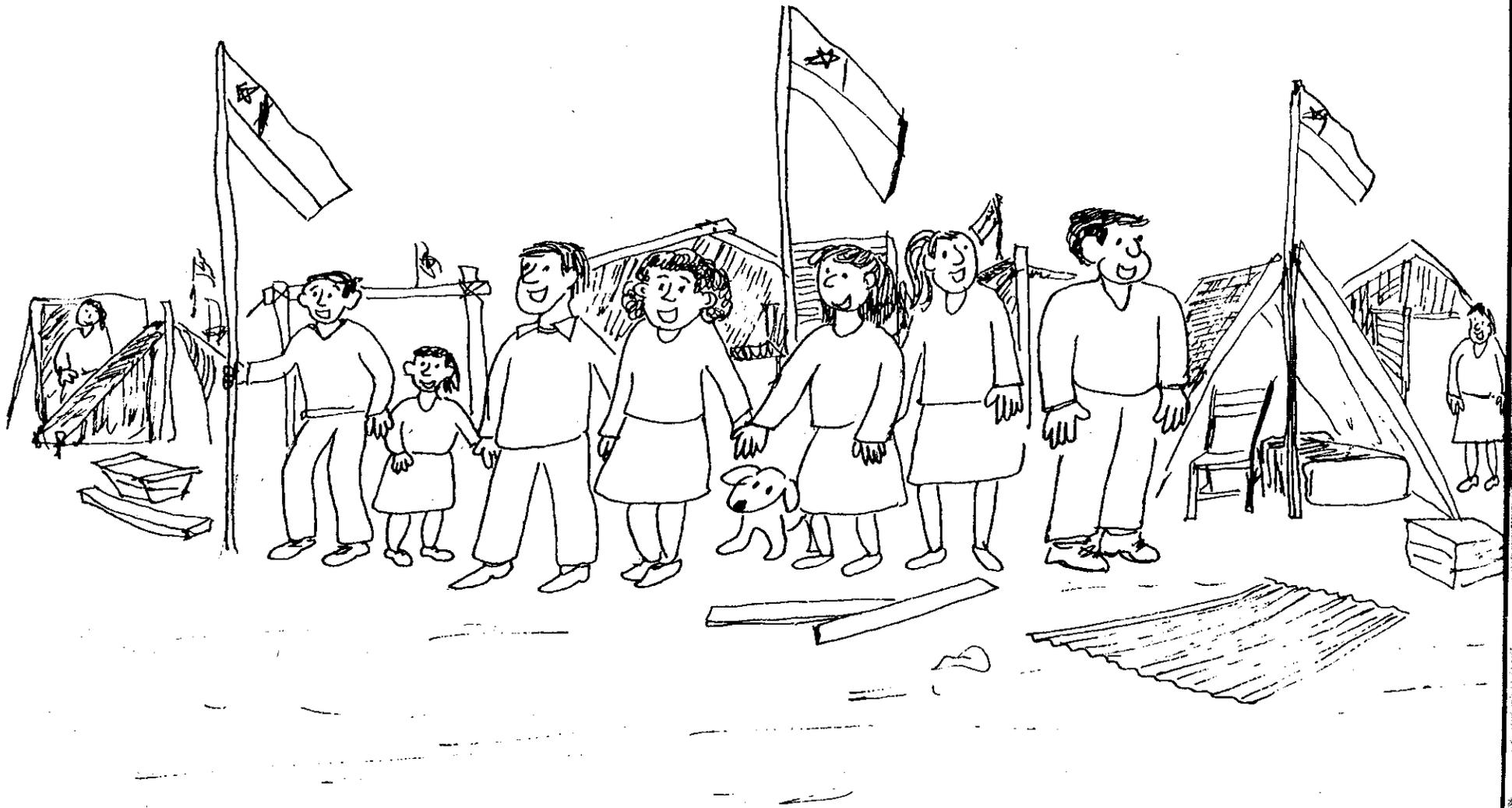
Con mucha calma él dijo: estén todos tranquilos y cuando lleguen los pacos se ponen a cantar la Canción Nacional. Ahí me dio susto, pero me quedé no más.

Llegó el Javier y me dice: que nos vamos, que van a llegar los pacos y nos van a matar a todos. Yo le dije que no, que él se fuera no más y me dejara. Y en eso llegan los pacos y el Javier desapareció.

Nos pusimos todos adelante de las carpas y empezamos a cantar la canción nacional.

Ahí hablaron los pacos que mandaban más. Hablaron con la Ruth y con otros y empezaron a hacer una encuesta. Encuestaron a 78 familias que quedaban ahí, pero dijeron que nadie ni por casualidad, trajera a nadie.

Después que tuve las tablas paradas, otra gente me ayudó y fui a buscar a los chiquillos.



En la segunda noche, yo sentía un trajín grande y cuando me levanté, encontré que desde Molineros hasta Ictinos, estaba todo lleno. Ahí empezaron las peleas entre dirigentes. Parece que habían llegado otros comités.

C. La Isabel de ahora era distinta de la de antes.

Ya después nos dieron sitio, nos tizaron y estuvimos harto tiempo. Y un día la Ruth dice, que esos sitios los van a quitar porque ahí van a hacer departamentos. Entonces, que nos iba a dar en Lo Hermida.

Eso era acá afuera, en Arrieta con Molineros y todavía está la gente ahí. Yo estaba frente a frente, en esa Chilectra que hay, en toda la esquinita.

Ahí tuve a Patricio. Cuando lo quedé esperando al Javier se le pusieron las cosas feas en la otra casa, porque la otra mujer lo empezó a leasar y a tratar mal. Y venía de vez en cuando p'a la casa.

Pero yo no sabía qué problemas tenía ella. Hasta que una vez un hermano de ella vino acá a la casa. A la casa mía. Venía a buscar al Javier. Y me dio el indio y lo agarré a peñascazos. Le dije que además que se habían llevado al Javier, tenían el descaro de venirlo a buscar acá a la casa. Así es que no quería verlos nunca más (en la casa).

Y que por si él no sabía, Javier no estaba. No sabía a donde andaba. Si no tenía n'a la pura Norma no más. Tenía la pila de otras mujeres.

Quizás donde andaba como lo vinieron a buscar. Y tuve a Patricio.

Cuando llegué de la maternidad, quizás cómo supo Javier que yo había tenido a Patricio. Entonces vino, lo vio y se fue.

Y no volvió en tres meses. Cuando tenía tres meses Patricio, volvió, se quedó y no se fue más.

Yo no lo quería al Patricio. Si en el hospital me andaban cuidando porque creían que lo iba a matar. Porque, cuando Patricio nació, lo primero

que pregunté fue, qué es lo que era. Si era hombre o mujer.

Porque tenía la idea de que si era una niña, Javier iba a volver.

Entonces cuando me dijeron que era hombre, quizás qué es lo habré dicho. No sé qué dije, pero algo tengo que haber dicho porque después, se cae.

Se cayó de la cuna Patricio. En la maternidad, claro. Y todas corrieron y me retaron. Si me andaban cuidando era porque creían que le iba hacer daño. Y yo no lo quería, pero no le iba hacer daño.

No lo quería porque la esperanza mía era que fuera niña, para que atrayera a Javier y volviera.

Y como había nacido niño, me daba igual.

Patricio fue el primero que lo tuve sola. A los otros dos, el Javier los quería, quería que nacieran. El Javier me llevaba al hospital, les compraba los pañales. Todo eso. Y a Patricio no.

Después no lo vi más. Y cuando Patricio tenía tres meses volvió el Javier. No sé lo qué paso, que nunca más se fue.

Yo no estaba contenta cuando volvió, porque la toma, el tener a Patricio, todo eso, parece que me había independizado un poco. Entonces ya me molestaba estarlo atendiendo, estar ahí. Antes me convidaban a cualquier parte las vecinas e iba. Ya después, cuando estaba él ya no era así. Entonces me molestaba.

O sea que ya no fue lo mismo. Durante todo ese lapso de tiempo, no sé qué pasó dentro de mí. Lo quería, sí, pero ya no era como antes, no era igual.

Y cuando volvió a la casa, se iba por 5, 3 días. Yo no entendía cómo era eso.

De repente también en la noche, nos vinieron a avisar que teníamos que irnos a los terrenos allá, a cuidarlos porque se los iban a tomar. Así es que también tuvimos que partir, en la noche. Era una gran cantidad de gente.

Javier fue siempre así como sobrado conmigo

y seguía siendo así. Yo me sentía porque pensaba que la otra lo había echado. Pensaba: "llegó porque no tenía dónde irse." Entonces ya no eran las relaciones como antes. Nunca más han sido como antes.

No sé pus, yo pensaba que antes, la relación era toda para él. Después de todo lo que hizo, no sé pus.

Pienso que por los chiquillos, por eso nada más nos juntamos. Por ambas partes.

Le decía que no quería vivir más con el, pero no decidida.

Ahora hace como un mes, sí. Decidida le dije que se fuera. Que tenía a su mamá, que no podía tener dos mamás.

Pero antes nunca lo entendió. Ahora es distinto porque me dijo: esperaste que los cabros crecieran para echarme. Pero antes nunca.

Le dije que era distinta la de ahora a la de antes. Y no se fue. Ahí se quedó.

Me dijo: ¿pensai que toda la vida van a estar los cabros a tu lado?

Pero, si no es por eso que te digo que te vayas, le dije,. Te digo porque andai curao, hacís cualquier cuestión, curao por ahí, y los cabros te ven que llegai borracho. Apenas podís entrar. Te tienen que entrar al apa tus amigos y yo creo que he aguantado tantos años ya, y he vivido tantas cosas, así que es mejor que te vai.

Y no se fue.

Bueno, llegamos a la segunda toma. El año 70. Por ahí porque el Pato estaba chiquitito.

Después al Javier lo salieron a cogotear. Trabajando en el taxi llevaba a los pasajeros y no le pagaron. Le pegaron con la manivela del auto.

Perdió la vista. Estuvo harto tiempo en el hospital, por eso tiene un ojito de vidrio.

Javier no podía manejar, no veía nada. En el hospital tuvo un shock nervioso y quedó ciego, ciego de los dos lados.

¡Fue terrible! Lo que le pasó acá en un ojo, no tenía n'a que ver con lo del otro. Quedó sin vista del impacto. De la impresión de que le sacaron el ojo.

Nunca se supo quién fue el culpable. Así es que el golpe de aquí no le hizo daño, le rompió nada más.

Y el golpe de la cabeza fue en la cabeza no más, tampoco le hizo daño. Pero lo que le hizo daño al ojo fue un tajito así chiquitito.

Eso le dañó el ojo, pero fue de porfía también porque él no quería ir a la posta. Cuando lo operó la doctora dijo que si hubiera llegado media hora antes, le habría salvado el ojo.

Entonces fue duro para él, porque Javier era mujeriego, tenía hartas mujeres.

El se sentía bien y se quedó sin ojo. Le tomé lástima.

Si lo hubieran conocido como era antes? Era un hombre alto, maciso. No, bonito no es, porque ha sido siempre feo. Pero tenía un atractivo especial, a lo mejor para mí. Y sobrado, siempre era sobrado. Para él, las mujeres eran un objeto no más, yo lo pienso así ahora, no sé.

Cuando le pasó lo de la vista, me daba lástima porque a él le cambiaba toda la vida. Después de haber sido un don Juan, pensaba que las mujeres ya no lo iban a mirar, porque los valores que tenía Javier como ser solidario, generoso, super amigo de sus amigos, en ese mundo en que él se movía no eran tomados en cuenta. Y con el accidente le cambiaba totalmente la vida.

Pero en ningún momento pensé que con eso ya iba a estar segura la cosa. Podría haberme alegrado de que después de tanto seguirlo y correrlo, iba a ser para mí. Me daba igual. Me daba lástima sí, porque le cambiaba la vida.

Cuando quedó de alta, un amigo le consiguió un trabajo en Dirinco, donde estuvo hasta 6 meses después del golpe. Ahí lo echaron porque cuando

estaba de rondín, unos trabajadores se robaron 40 planchas de pizarreño y entonces los mandaron presos durante 20 días a 8 personas. Al salir, lo mandaron a otra parte como mozo. Al Javier no le gustó y se fue.

Entonces se acogió a la cesantía que duraba 6 meses. Después de eso estuvo harto tiempo sin trabajo, vendimos lo que teníamos, las cosas, yo dejé de trabajar en modas porque la señora Raquel, mi patrona se fue. Se fueron las chiquillas primero a Estados Unidos y después se fue la señora Raquel. Entonces quedaba la pura Vivi.

La Vivi y la Patty tuvieron que irse después con la esta del golpe. La Vivi era periodista, y tiene que haber sido de izquierda. La Patty sí que sé, porque ella conversaba y parece que había estado en Rusia.

Y siempre hemos conversado nosotros con la Elsa, porque trabajábamos a veces hasta las 4 de la mañana. Entonces a veces las chiquillas nos acompañaban y nos contaban que aquí le dan otro cariz, otra imagen a Rusia y que eran tan tiernos. Y nos contaban así cosas.

Entonces yo tenía así intuición, porque no tenía nada de nada, sino que intuición, de que ella era de izquierda.

De ahí no volví a trabajar. Porque ve que yo tenía esa máquina, la que tengo. Empecé a coser, porque donde la señora Raquel yo planchaba no más, a veces me metía en la máquina y ayudaba en costuras rectas. Entonces empecé a coser en la casa, a arreglar cosas. Siempre tenía hartas cosas que arreglar. Entonces, con eso nos arreglábamos un poco, pero después fue bajando o no cosía bien o que sé yo, pero ya no daba...

El Javier no encontraba trabajo. Antes él trabajaba en la Coca-Cola, después entró a trabajar de chofer, después del accidente le encontraron alíño trabajo en Dirinco, aunque el Javier tiene una cachá de amigos. Siempre tiene alguno que le ayuda, no en plata, pero en trabajo.

Después el Javier no se atrevía a manejar, no se atrevía ni a tomar un auto. Empezó a andar en auto después, como el 76. A veces le pasaban un auto para dar una vuelta, después que estuvo en los cachos. Mucho después.

Antes no se atrevía, porque había quedado inseguro con el accidente. Y se atrevió una vez que salió en una francachela con los amigos y se curaron todos. El no se curó y los tuvo que llevar.

En ese tiempo, poco conversábamos. Lo que más me molestaba era que cuando él estaba ahí, no quería que los chicos metieran bulla. Los echaba para la calle.

Me molestaban montones de cosas y siempre que empezábamos a conversar, terminábamos peliando.

Cuando me fui a vivir con el Javier estaba tan enamorada que él fue siempre déspota conmigo. Pero ahora no más me doy cuenta, porque antes no lo entendía, me parecía normal. Para mí era normal que yo le tenía que servir, que tenía que tenerle la camisa lista cuando la pedía y los pantalones y todo.

Siempre estaba triste, las primeras veces cuando yo conocí al Javier era tierno, así como cariñoso bien amoroso, bien amable. Y después cambió de actitud, no era como cuando lo conocí. Cuando me enamoré de él era, así siempre me hacía feliz. Me decía: flaquita no más. Yo era bien flaca.

Entonces era bien amoroso, bien tierno. Y yo creo que por eso me enamoré de él. Cuando tuvimos problemas económicos empezó a cambiar.

A mí el Luis me pesaba. Pienso que hay mujeres que tienen hartos cabros y que salen adelante con los cabros. Puchas! no les molestan ni les pesan.

A mí no era que me molestaba, sino que me pesaba. Era como una carga grande. El Luis, el Javier no tanto.

El Luis no sé por qué me pesaba, porque

teníamos mala situación económica, entonces como que me amarraba.

Y me amarraba porque no podía trabajar. Me amarraba entonces, yo ahora entiendo que para el Javier también era una carga.

No teníamos casa, andábamos como los gitanos p'arriba y p'abajo. Arrendábamos en una parte, no pagábamos, nos íbamos, arrendábamos en otra.

No éramos dejados porque al Javier yo siempre lo vi trabajando. Siempre ha trabajado. La única vez que ha estado tanto tiempo sin trabajo fue en el 75, pero siempre ha trabajado.

El Luis llegó así no más. Todos llegaron así. Porque con el Javier yo tomé pastillas para no tenerlo. Tomé varias cuestiones para no tenerlo.

Después con la Isabelita también. Me coloqué hasta inyecciones para no tenerla, porque no quería tenerla.

Parece que no había nada en ese tiempo; es que era tan quedá, que no se me ocurría. Cuando me coloqué las inyecciones para la Isabelita tuve que ir por allá por el Vietnam Heroico para adentro, a colocarme unas inyecciones que me pusieron.

Y llegué a la casa perdiendo, y me acosté, tuve acostá hasta el otro día. Y no pasó nada. Y después

la Juana, la tía de la Elena me decía: pajarona, si lo que teniai que haber hecho son ejercicios.

Y yo me acosté bien tapadita. Claro que llegué con tiritones y tercianas, era muy ignorante yo. No.. pava, era ignorante.

Del Luis me controlé. Del Javier no, del Javier como un mes antes vine a saber, que tenía que ir a controlarme aquí en la Plaza Nuñoa.

Y fui y el Javier venía atravesado. Entonces como yo no me había controlado dijeron que no era culpa de ellos lo que me pasaba.

No sabían dónde había una posta. A Patricio quería tenerlo, pero porque yo quería una niñita. Cuando nació la Isabelita, ahí sí que estaba contenta, pero después que nació.

Pero ya no era porque llegara a unirnos el matrimonio. Si no porque era una niña, porque ya cuando volvió el Javier era como ha sido siempre; así seco. Entonces no había alegría de estar juntos, conversar. No había diálogo. Yo he visto en otras casas donde todos conversan.

Casi me caí de espaldas una vez que me convidaron a comer y el dueño de casa lavó la loza.

No lo había visto nunca. Casi me morí de la impresión.

Nunca habíamos llegado a depender de otros para comer.

Siempre hallé que era bueno tener una amiga p'a conversar, porque así conversando lo que uno vislumbra ayuda a vislumbrar a otra y así.

Acá después me hice comadre de la vecina del lado, pero su modo de vida es distinto a mí; entonces tampoco.

Ella es como arribista así, ahora yo entiendo. O sea vive en otra honda.

Es como una persona que es como yo, del mismo nivel de vida mío, pero que trata de aparentar más y siempre cuando conversaba de sus hijos, decía que los de ella iban a ir a la Universidad. Ella no se da cuenta, no está conciente de la realidad que vive.

Cuando los pacos han venido a molestar y yo los he gritado, ella se enoja.

Entonces no congeniamos. Nunca peliamos, pero, no va más allá la cosa.

A veces converso con algunas personas. Con la tía de la Elena Isamit, éramos bien amigas. Pero así amigas por encima.

Me cuesta hartito tener amigas, soy amiga de todo el mundo, pero amigas-amigas: me cuesta montones.

Con la Elsa nos seguimos visitando, pero ya más a lo lejos. Hasta que después dejamos de visitarnos.

Estuvimos un tiempo sin notar lo que había pasado por la cesantía. Javier cobraba la cesantía, y ahí no se notaba lo que le había pasado con el accidente, porque como había entrado a Dirinco altiro. Después de cobrar la cesantía, ya vino todo el drama.

Bueno, tenía tan mala situación que las personas de la Comunidad me dijeron que llevara a los niños al comedor.

La señora María vive al frente de mi casa y parece que se dio cuenta. Mis cabros tenían hambre, entonces parece que le pedían pan a las vecinas y de ahí la señora me dijo que los trajera al comedor.

Entonces me costó hartito hasta que al final, me decidí a llevarlos.

Porque siempre me había batido por mí misma, nunca había dependido de otras personas. Nunca habíamos tenido una situación muy estable, pero de una manera u otra nos arreglábamos para alimentarnos nosotros con los cabros.

Un día, fui donde mi hermana a Pudahuel a ver si me podía ayudar y mi hermana no tenía nada, lo único que recuerdo que me dio, eran dos paquetes de té y la plata para la micro.

Cuando llegué, encontré que la señora Juana estaba retando a mis chicos porque le andaban pidiendo pan, y les decía que por qué no trabajaban.

Entonces ahí, me decidí y vine a hablar con la señora María. Ella me dijo que los trajera al otro día y que los iban a anotar.

Partir de aquí a la puerta del comedor era un suplicio y mientras menos supieran que estaba en el comedor, era mejor para mí. Además tenían derecho a almorzar los 2 más chicos y los dos más grandes no. En el comedor siempre me dijeron que fueran los grandes, pero ellos nunca quisieron ir.

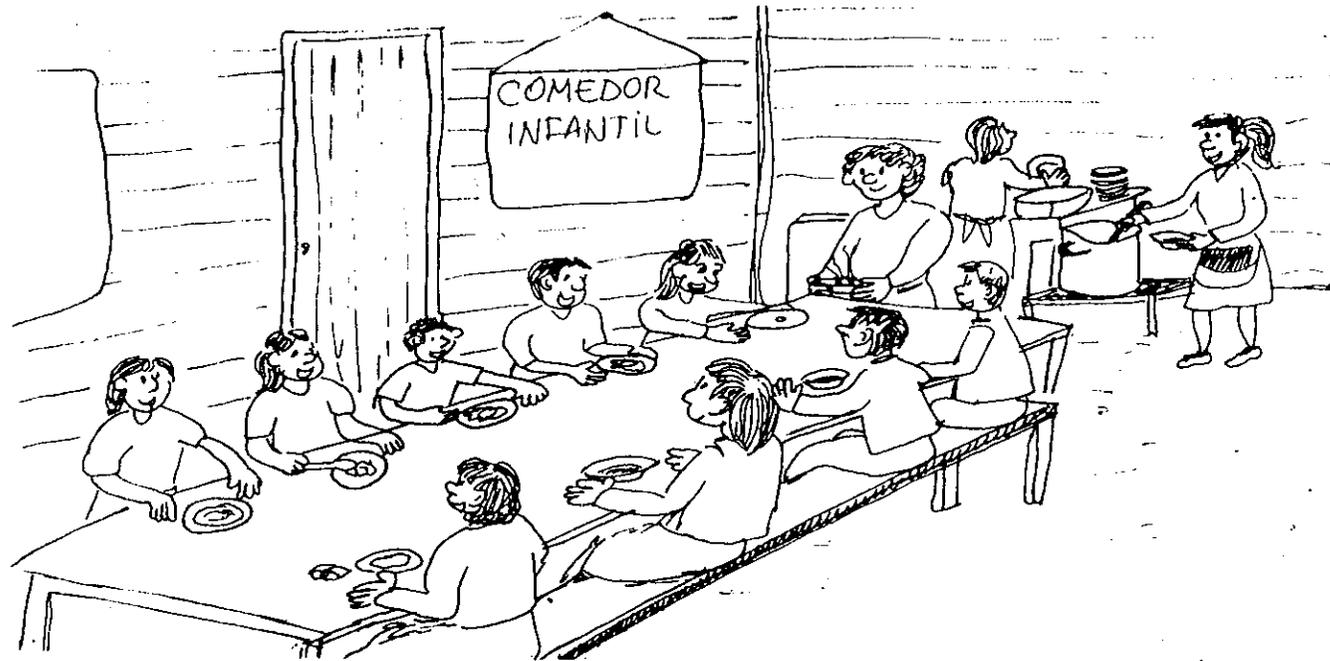
Nunca fueron. No podían ir, no sé por qué, pero no podían ir, porque pasaban hambre los cabros. Pasaban semanas sin comer y no iban. Tenían más o menos 10 ó 12 años.

Les daba vergüenza. El Luis cuando yo estaba allá, iba con cualquier pretexto a buscarme y así rapidito comía algo, pero el Javier no se acercaba nunca. No, nunca fue.

Nunca habíamos estado tantos días sin haber tenido que comer y nunca habíamos tenido que sacar a los niños a comer con gente extraña.

A mí me daba un montón de vergüenza, atravesar hasta el comedor con los chiquillos, para que fueran a almorzar.

Hoy sería diferente, porque me metería en la cosa de la organización, ya no sería como que me dan no más, sino que haría un montón de cosas



para organizarme, para conseguir el alimento. Montones de cosas que a uno se le ocurren. Ya no sentiría que me lo están dando tan gratuitamente.

Pienso que la enfermedad que le dio, a Javier fue debido a todas esas cosas que pasaron, porque no podía salir adelante, él no ha sido muy responsable, pero siempre ha trabajado, entonces era bien duro para él, que no pudiera tener trabajo.

Nos distanciábamos más, porque yo tampoco entendía mucho los problemas, entonces yo lo culpaba de todo a él. Llegaba cabriada avergonzada y lo culpaba a él.

Y llegó al extremo de que había una pieza chiquita donde dormían los chiquillos, entonces él estaba días y días sin salir de ahí.

Salía p'a puro ir a acostarse a la otra pieza y al otro día, de nuevo se metía ahí y no salía.

Yo lo tomaba con rabia... tampoco me daba cuenta de cómo podía ayudarlo, ni le hablaba ni n'a. Así es que era agresiva, solamente agresiva hacia él.

En la Comunidad se habían formado las comisiones que iban a llevar el Comedor. No era algo formado con las mamás, sino que las mamás llegábamos a algo hecho, donde teníamos que cumplir lo que ya estaba acordado.

Teníamos que cumplir turnos de cocina ir a los lugares a donde había que ir a buscar los huevos o el pescado, todo lo referente a la comida.

Y en salud, también había una persona de la comunidad que tomaba a 2 mamás y les decía que a los niños había que pesarlos, medirlos, verles la cabeza. Pero tampoco las mamás participaban en el equipo de salud de San Roque porque iba la persona de la comunidad.

Pienso que si todas las mamás hubiéramos participado en la programación de todas las actividades del comedor, nos habríamos podido habitar más.

Porque no es lo mismo cuando uno recibe órdenes, que cuando uno puede aportar una idea.

A nosotros el comedor no nos dejó nada. La

relación con el comedor era una relación de "caridad". Se daba tanto eso de que había una mamá que se avenía con la gente del comedor y entonces podía conseguir más cosas. Pero había otras que no éramos "Chupa medias" y entonces sólo teníamos que cumplir órdenes.

Es diferente cuando se programa en conjunto, porque en ese caso todas tienen lo mismo.

Como que la gente era muy mandona. A mí nunca me ha gustado la gente mandona.

Estaba la Berta, la señora Matilde, la señora Cata. Con la que más congeniábamos era con la señora Matilde. Aunque peliábamos con ella, siempre conversábamos, porque discutía. Y a mí siempre me gustaba discutir.

En una reunión de Comunidad avisaron de que iban a haber inscripciones, para que las mamás no sólo dependieran del Comedor, sino que vieran la posibilidad de hacer otras cosas.

Harta gente se interesó por esta proposición y casi la mayoría de las mamás que estaban en el comedor se inscribieron.

Después de harto tiempo de esta inscripción, vino la Madre Elisa a ver cómo se podían formar talleres.

Tenía miedo de ir y que no me aceptaran, pero estaba bien entusiasmada por participar en

algo, donde hubiera la posibilidad de ganar dinero.

Me gustaba ir, pero sí que me daba vergüenza.

Era todo un conjunto el que me daba miedo.

Cuando había reunión, me iba tempranito y me paraba en la esquina. Caminaba un poquito y volvía atrás.

Uno no tenía por qué tener miedo, pero lo tenía. Yo creo que tiene que haber sido el hecho de no tener nada en la casa.

Parece que yo era como tímida frente a los grupos, entonces. Porque podía haber llegado a la esquina y haber seguido caminando. Me paraba a mirar y cuando había varias personas, llegaba. Y a veces no habían reuniones o yo era medio volada, entonces quedaba sin saber cuándo se hacía, entonces ahí, otra vez me venía bien decepcionada p'a acá.

Y.. los tenía a todos "metidos" aquí en la casa, porque tenía todo un broyo, que iban a formar una lavandería, yo iba a lavar e íbamos a tener plata. Y Javier se reía, porque siempre fui mala p'a lavar. Entonces se reía pensando que yo iba a lavar, porque no se lo imaginaba nunca.

Hasta cuando salió la lavandería, también parece que me ocurrió que no escuchaba bien, o no me concentraba, el primer lavado quedé afuera por no saber que había.

El Taller me enseñó a conocer la libertad.

A. Tenía miedo a lo desconocido.

Todo me causaba temor.

Era tanto el frío y uno no tenía con qué calentarse, entonces andaba mirando y si había una silla un poco mala, yo con dolor al corazón la echaba al fuego.

Yo creo que en ese tiempo, se supo lo que es pasar hambre, porque ya después que nos fuimos haciendo un poco conocidas, nos fuimos contando lo que pasábamos.

Al principio nos conocíamos así no más, no éramos amigas. Después en la lavandería, ya fuimos siempre bien familiares.

Al principio yo no sé porque me sentía inferior a todos, no sé; sería así donde las veía, a la Rosa Pérez ellas eran más conocidas, se me ocurre que era eso. Ahora pienso, que era porque iban varias de una misma manzana, entonces se conocían más. Y yo me sentía mal, o me sentía huérfana.

Claro y después igual me costó harto porque cuando traían la ropa y cuando yo la lavaba ay! era una angustia la que sentía cuando llevaba mi ropa!

Primero que nada, yo tenía la esperanza de que hubiera un trabajo pero la verdad era que yo quería sacar a los cabros del comedor.

Quería que hubiera un trabajo, primero que nada, lo otro no me interesaba n'a mucho. Después empezó a interesarme el compañerismo y todo lo que venía detrás pero, antes no.

Yo nunca había estado en un grupo y el llevar a los cabros al comedor, como que me cohibía un poco. A lo mejor era a causa mía al no tener relaciones con otras personas.

En el comedor, a las otras señoras tampoco les interesaba establecer contacto conmigo, porque yo no les significaba nada. En cambio sí hacían contacto con las encargadas, podían tener un plato más grande de comida o algo así.

Se venía a cumplir órdenes, las relaciones eran arbitrarias, eran según las simpatías que se despertaran en las encargadas.

Estábamos recibiendo una limosna, porque el mismo modo con que nos trataban; era como que nos estaban dando una limosna. Había que aguantar cualquier cosa.

Una vez que yo le dije a un cabro de la comunidad cristiana, que por qué no le daban comida a unos cabritos que estaban mirando, la señora Berta gritó desde adentro que: quién era yo para dar órdenes. Y yo no estaba dando órdenes.

Quizás si ella los hubiera visto les habría dado, pero como lo dije yo, no les dio.

En el taller en primer lugar: iba haber un taller de trabajo en que íbamos a recibir una paga por un trabajo hecho por nosotros.

En segundo lugar, íbamos a hacer un taller en que nosotros participábamos en todo: en la organización del taller. Con apoyo sí, pero nosotras éramos parte de todo un trabajo que se hacía.

Las otras compañeras del taller venían de otra toma de terrenos, pero todas juntas.

El haber sido huérfana, hace que uno quede con una inseguridad. Siempre me doy cuenta de que la persona que tiene a su mamá, tiene más seguridad que la que no ha tenido a sus padres con ella.

Una persona con más estabilidad en el hogar desde chica, no se siente con tantos temores porque uno queda marcada para siempre. Yo me he dado cuenta porque en estos años he aprendido montones y siempre, ante un problema grave me asaltan los problemas, me bloqueo y no puedo opinar.

Al principio me costó montón, pero ya después como el grupo era más grande.

Pero, yo siempre me sentía menos que las otras y me daba rabia ser menos, pero no sé por qué me sentía menos.

Hasta me sentía menos que la Marina que no hablaba nada.

Cuando llegó mi primer lavado estaba feliz.

Estaba feliz porque iba a recibir la plata, pero tenía miedo porque sabía que era mala para lavar. Entonces el saber que yo era mala para lavar, en vez de decir voy a lavar mejor, voy a tratar de hacer más, tenía metido que yo era mala para lavar, entonces, a lo mejor debido a eso no lavaba bien, porque no me encuentro más débil que las otras, ni nada por el estilo, sino que igual que ellas y entonces, porque iba a lavar más mal que ellas.

Iba con miedo pero encontraba bueno. Y estaba bueno mi lavado, así es que yo llegué aquí feliz, porque traía plata y era de un lavado mío.

B. Aprendí lo que era solidaridad.

Una vez, sentí que estaban diciendo que lavaba mal. Me vine llorando y subí y bajé al Javier.

Y después de subirlo y bajarlo dije: por qué lo subo a él si no tiene nada que ver con la lavandería.

Y fui a hablar con las chiquillas. Y la Rocío me dijo así de frente: que en realidad yo lavaba mal.

A mí me gustó el que la Rocío me lo dijera así de frente, porque yo le dije en realidad nunca había lavado, pero que iba a tratar de hacerlo mejor, o sea que lo iba a hacer bien, porque en realidad no me costaba. Era como algo que tenía metido, que me costaba y no podía hacer. Así es que empecé a lavar.

A la Rocío le encontré razón. Lo que no me gustó fue la actitud de la Marina, porque yo a la que había escuchado, era a la Marina.

Entonces en el momento en que yo fui a conversar con ella, la Rocío enfrentó el problema conmigo. Pero después la Marina me apoyó en llevarme leche, también me acompañaba. No sé por qué me llevó leche.

A mí me gustaba la leche así que me la tomaba, y conversábamos y... iba a acompañarme y conversábamos... así es que era más o menos lavar un poco más acompañada.

Era como alguien más allegado porque antes yo me sentía siempre menos, no sé por qué? Sería que las chiquillas vivían todas, casi todas en una manzana.

Una lavaba en la mañana y otra en la tarde, y yo empezaba en la mañana y terminaba en la tarde... porque no sé pus. No porque tuviera más ropa, sino que me costaba más.

Empezamos a sentirnos queriéndonos, porque tantas reuniones juntas, y lavar juntas y programar cosas juntas.

Cuando teníamos problemas... No sé pus, yo me recuerdo cuando atropellaron a la Isabelita estaban todas pendientes.

Siempre que yo he tenido un problema, la gente del taller ha estado toda siempre conmigo.

Yo casi siempre ando preocupada de todos pero siento que cuando yo tengo problemas, se preocupan más de mí que de algunas otras personas que han tenido problemas. ¿Por qué sería?

Cuando tengo un problema, todas están pendientes del problema mío y vienen a preguntar y todo.

Bueno, cuando empezamos en las reuniones y después hubo otras reuniones que fueron las de ir a Vicaría, ya empecé a sentirme otra persona. Ya no era la persona insignificante así, sin poder hablar.

A veces decía: si lo digo mal, lo digo mal no más.

Y empecé a sentir un cambio aquí en la casa también, porque ya no era la persona de antes, que trabajaba, yo siempre he trabajado p'a la casa ayudando.

Pero antes, sentía que el trabajo que tenía que hacer, lo sentía como una obligación super pesada.



Y aquí en el taller, aprendí que no era una cosa obligada ni pesada. Sino que el aportar yo, el aportar p'a la casa era... tenía que ser así porque aprendí: una familia se compone de todos pus y no de uno solo. Que no era sólo él el que tenía que traer la plata y si no traía era porque era flojo. Que uno era la regañona, que tenía que estar regañando, si trabajaba.

Yo ponía el grito en el cielo, armaba las man-sas peleas, porque sentía que yo no debía trabajar, que yo debía estar en la casa, sentada esperando que...

Así lo veía antes y después aprendí que no, que no era así, porque si los hijos eran míos y del Javier teníamos que mantenerlos entre los dos. Pero lo aprendí después, antes no.

Antes yo pensaba que si me hubiera casado con otro que hubiera trabajado más, no tendría que trabajar, una cosa así.

Aprendí en todas las reuniones. En todo lo que hemos hecho en el taller y también he tratado de transmitirlo a las otras personas, porque siempre algunas de las chiquillas hablaban de los maridos y yo decía: no pus si el marido es una persona igual. He tratado de que las chiquillas entiendan, porque así una no es una carga, es un aporte... no sé cómo explicarles.

He aprendido tantas cosas. En el taller se conversa, se participa con ellas, se cuentan los problemas, las cosas. Y eso va haciendo que la vida de uno cambie, porque uno tiene problemas, pero hay personas que tienen más problemas.

Entonces ya uno ve su problema como una cosa pequeñita y trata de ayudar a las otras personas.

Al ayudarse unas a otras como personas, las ayuda a crecer porque cuando uno ayuda así ... yo me siento tranquila, me siento conforme conmigo misma. Cuando recién entré al taller, en la Vicaría daban paquetes me acuerdo, churra! y andábamos detracito de la que traía el paquete. Andábamos así como pirañas, a tratar de conseguir lo que más se pudiera.

El paquete de Vicaría viene gratis, sin que uno dé nada. Eso, en vez de hacerle subir la moral y hacerla luchar, la funde más.

Uno agradece en el momento, pero viene el acostumbamiento: "me dieron ésto hoy día, mañana me darán otra cosa". Entonces uno se mete en una cosa y se mete, ya no con el interés de crecer, sino que por el interés de lo que le van a dar.

En cambio, sí uno sabe que necesita algo, piensa en que tiene que luchar para conseguirlo y eso la hace sentirse viva.

Si a uno se lo dan, se siente inferior, porque no puede conseguirlo por sí misma, y se va sintiendo cada vez más muerta.

Eso también ha ido quedando atrás, o sea quedó atrás porque algunas ya no nos interesan esas cosas. Y las otras, ya no hacen así como se hacía antes, porque la situación es la misma, porque estaba tan mala la situación en ese tiempo, como está ahora.

C. Fuimos tomando un camino diferente.

Yo me acuerdo la primera vez que fui a una reunión, no tenía que ponerme. Y mandé pedir a mi amiga que tenía antes, la Elsa, que me prestara ropa porque era bien ropera.

Mandé a los cabros chicos que me prestaran

ropa para ir. Y yo me arreglé lo que más pude.

Yo siempre cuando más bien arreglada estoy, más segura me siento, y no así cuando ando como verdejo. Y soy bien buena para andar como verdejo, no sé porque!

Yo soy buena para andar así no más, pero me gusta, o sea en realidad me siento más segura cuando ando bien vestida.

Me acuerdo que esperábamos, porque nos iban a llevar. Y entonces estábamos todas. Yo pensé que era yo sólo la que me iba a arreglar y luego allá y andaban todas; parece que todas pensaron lo mismo, pero nadie dijo nada, sino que cuando llegamos allá, se habían cortado el pelo, todas con sus mejores galas. La que nos llevaba se atrasó y estábamos como desilusionadas porque no llegaba y no íbamos a poder ir a la reunión.

Cuando llegamos a la reunión no entendimos nada de nada, lo que hablaron ellos. Pero igual nos gustó.

Estar con otra gente, porque había gente que hablaba hartito. Yo las entendía, pero no me atrevía a opinar.

Empecé entendiéndolo de a poco, después fui poniendo las noticias en la radio. Antes, sólo veía la tele, después comparaba lo que decía la Cooperativa y las otras radios, y de las dos cosas, iba sacando conclusiones y entonces, ya fui entendiendo todo.

Yo oía las discusiones y veía cual de los dos tenía la razón y al final, siempre el que yo pensaba que tenía la razón y que yo estaba de acuerdo con lo que decía, era el que en verdad, tenía la razón. Entonces, ahí me daba cuenta de que yo entendía.

Entendía algunas cosas y me gustaba lo que hablaban. Entonces ya después, a mí al menos me empezó a gustar toda clase de reuniones. Me gustaba comentar porque estaba con gente distinta y porque también aprendía. Aunque yo no hablaba nada, siempre entendía lo que decían.

Al Javier lo incentivé a que se metiera a un taller para que ahí pudiera ganar algo. Pasaron un proyecto.

Me interesaba que el Javier pudiera ganar algo, pero tenía miedo de que dejara la cagada, porque como le gustaba tomar ... Y entonces me daba susto de que yo quedara como la mona, por alguna embarrada de él.

Cuando las cosas iban bien, yo estaba feliz. A Javier le gustaba que yo trabajara en la lavandería, pero no le gustaba mucho que participara en las reuniones ...

Le gustaba que participara, pero que estuviera calladita porque cuando él estuvo, yo opinaba poquito porque a él no le gustaba.

Me decía que no me metiera en ningún cargo, porque yo no entendía, yo no iba a saber. Entonces parece que el miedo que él tenía, era que yo hiciera el tonto y yo tenía miedo de que él metiera las patas, porque el Javier es, como bien ... siempre deja la escoba. Entonces, yo tenía miedo de que él dejara la escoba con la cosa de los cachos.

Ya después él dejó de participar en los cachos y yo ya me sentía mucho más segura en las reuniones. Había aprendido montones.

Yo ahí aprendí a hablar. Si no hablaba. No sabía hablar, aunque todavía hablo medio enredado, pero antes no podía hablar. Quería decir algo y ni yo misma entendía lo que quería decir.

Tampoco me valorizaba como persona.

Ahora pienso así, porque hablo. No hablo muy bien, pero hablo con cualquier persona. Para mí es igual hablar con una persona que sabe más yo, que con una que sabe menos. Y antes, yo era tan bruta que para hablar con otra persona aunque fuera una vecina, yo llegaba a agacharme .. como a poner una barrera entre ella y yo.

Y ahora no. Cuando me venían a mandar a hacer una costura transpiraba, me corría un agua por aquí. Había que tomar medidas y yo p'a tomar-

le las medidas anotaba ahí, pero lo anotaba entre bromas porque era tal el nerviosismo que sentía, que no sabía ni siquiera, que decir. Y así era. Y para todo... si por cualquier cosa me daban esas cuestiones... A quien más le cosía era a la gente de por aquí. Y si venían niños a mandar a arreglar ropa, yo se las cosía altiro. Pero si venían adultos de repente yo le decía: sabe, no tengo tiempo. Pero era sólo por no tomarle las medidas y después no probárselo. Yo estaba segura y convencida de que las cosas estaban bien, pero...

Antes de irme con el Javier cuando trabajaba en Luis Pereira no era así, era distinta.

Después formamos una casa con el Javier sin estar preparados ninguno de los dos. No teníamos nada. Además, no teníamos responsabilidad. Antes que obtuviéramos éste sitio, debemos haber vivido en 20 partes.

Y seguramente eso me fue creando algo dentro, como inseguridad. Porque estábamos un tiempo aquí y un tiempo allá y ahí teníamos que irnos porque nos echaban, o no pagabamos. Sí, vivimos más o menos en 20 partes, yo creo. Y eso, es demasiado para una familia.

Cuando nos separamos, el Luis era grandecito, tenía 7 años. Y durante esos 7 años vivimos en 20 partes.

En ese tiempo, todo fue un tango... porque antes, yo no era así. Ahora me doy cuenta. No me había dado cuenta de ese detalle. Porque tuvimos montones de problemas. Después tuve que trabajar.

Trabaja con el Luis y mi suegra se llevaba al Javier por 15 días, después me traía al Javier y se llevaba al Luis ... y así los iba cambiando.

Las pegas no eran buenas, claro que era bien difícil encontrar... con un cabro chico.

A lo mejor todo eso me tenía medio atontado. Con miedo, no sé, yo creo que nadie puede tener seguridad al estar 2 meses viviendo en una parte

y después salir de ahí con los cabros chicos.

Estuvimos cuidando una construcción, después se terminó, nos tuvimos que ir a otra parte.

Estuvimos arrendando en la casa de un paco. El paco nos echó con los pacos.

Después estuvimos en otra casa, me quedaba todavía algo de ropa de cuando yo trabajaba, me la quitaron porque no pagábamos. No teníamos con qué, en realidad. Después estuvimos en Barrancas arrendando una pieza.

La pieza tenía medio techo, entonces se llovía entera. Mis sobrinos se llevaron la cuna del Luis. Casi se murió, por que le dio neumonía y sarampión. Pasaron un montón de cosas así como bien trágicas, que fueron quizás quitándome personalidad, una cosa así. Y pienso también que haberse ido Javier también puede haber...

Era difícil. Bueno y sano no causaba problemas, pero curado siempre ha sido fregado. Entonces... en vez de solucionar los problemas entre los dos, nos fuimos alejando y ahí... él se iba metiendo más en el trago para salirse de los problemas.

En realidad pienso que no estábamos preparados ninguno de los dos para tener casa.

En la lavandería, ahí me fui creando mi personalidad otra vez, aprendí montones de cosas. Aprendí a ser persona, a ser, si se puede decir: dirigente. El poder compartir con las demás y el apoyo de muchas personas.

Pienso que la persona que estuvo con nosotros desde el principio nos aportó montones. Nos enseñó a ser personas, como más firmes, más maduras, a ser nosotras mismas y no depender de otros.

Yo pienso que nos apoyó montones, en el sentido de que nos enseñó a ser autónomas y a defender nuestras propias cosas.

Sabimos que el enemigo es Pinocho y todo eso... pero también hemos aprendido a defender nuestros derechos con otra gente, con otras organizaciones. Y eso creo que ha sido bien positivo para

nosotros, porque hay otras que porque es una institución la que está apoyando, le aceptan todo. Nosotros en ese sentido, hemos aprendido porque nos hemos sentido apoyadas. Hemos aprendido a ser autónomas, a ser nosotras mismas, a defender los derechos de uno y a ser independientes. NO a ser dependientes de ciertas cosas.

Hay gente que todavía depende de la Vicaría. Y nosotros no dependemos de la Vicaría.

Al principio, no sentíamos tan nuestra la lavandería, después sí. Cuando dimos la pelea por la lavandería. Cuando la dimos con la Vicaría, con las otras arpilleristas. Entonces yo empecé a sentir que la lavandería era nuestra, que había que defenderla.

Yo veo la independencia en: nosotras mismas. En cuando se empezaron a formar otras organizaciones, y empezamos a tomar contacto con ellas.

A nosotros no nos interesa mucho la opinión de Vicaría. Lo que nos interesa, es el contacto con las organizaciones del sector y de toda la zona.

Para nosotros es más importante que el Comando haya llegado hasta donde nosotros a saber porque no fuimos a la jornada. Y nosotras, tenemos fuerzas para decir, lo que nos parece y exigir condiciones.

Siento que en mí va creándose una persona bien grande. No sé, soy como cuatro veces lo que era cuando empecé. Porque puedo conversar, yo no habría conversado nunca así cuando empecé. Es que no sé explicarlo.

Ha habido un cambio en mí, de tantas cosas que íbamos aprendiendo sobre la vida del país, sobre la economía. Eso es todo un aprendizaje porque, aunque yo no lo sepa explicar, lo entiendo perfectamente.

Antes no entendía lo que eran los presos políticos.

Empecé a ver a la gente de otras organizaciones poblacionales, sindicales, de tantas organizacio-

nes, gente con que yo he estado, con que yo he conversado, así de persona a persona, y de cada reunión, me va quedando algo.

Todo el quehacer diario de uno, lo está pensando, analizando y está leyendo... y todo eso la va haciendo tomar un camino diferente, y a uno la llena completamente.

De todas me siento amiga, pero hay algo que a lo mejor no está bien. No sé si será porque leo más, o qué sé yo, pero ahora yo me siento más grande que ellas.

Pienso que he participado más que ellas.

Después yo ya empecé a pensar más en todo lo que he estado. Empecé a leer más todo lo que llegaba, solidario, ya que antes eso era lo que más llegaba.

Después empezaron a llegar otras cosas, empecé a leer más, empecé a conversar con otras personas. De partidos políticos y de organizaciones, y ahora pienso que he sobrepasado a las compañeras y a lo mejor está mal pus...

Siempre cuando hay problemas en el taller, yo me siento que soy la que estoy más cerca de la solución, y aunque trato de que no lo noten, le doy solución al problema, si es que hay peleas y cosas... al principio también yo me metía en las peleas y no entendía mucho, no lograba sacarlas.

Aprendí mucho de un compañero que venía a la casa. Pero después no vino más. Yo le dije que no viniera más porque nos juntábamos aquí en la casa a conversar, porque Javier no es celoso. Pero sí que se codea con mucha gente de mala... como le dijera, con mujeres de la noche y todo eso. Entonces que él anduviera paseándose y yo estuviera sentada en un sillón con un compañero conversando y él sin poder oír...

No me decía nada porque no es celoso, pero después curado armaba cuáticas, sin decir el por qué, pero yo sabía el por qué.

Después busqué un lugar: la lavandería, y

llega una compañera y me ve en la misma situación conversando así, porque no se podía de aquí a allá. Y empieza todo un "éste" de que podía haber un romance y.... entonces lo dejé.

Bueno me enseñó un montón, aprendí un montón. Le pedí a él que dejara de venir, pero que mandaran una compañera. Y nunca llegó la compañera.

Después vino otro compañero, parece que fue mandado por el otro.

Conversamos harto también. También aprendí un montón, pero cuando llegó la hora de ir a hacer una canción, ahí me dio susto.

Entonces traté de no... y ellos también se corrieron porque deben haber visto que no servía p'a ni una cosa.

Yo siempre veía a uno de ellos, ahora se fue. Y al Lucho siempre lo veo, pero no lo saludo, como que no le he visto nunca.

Después de eso pasó el tiempo, la lavandería andaba como la mona, las chiquillas no querían salir p'a ni una parte. Entonces empecé a ir a los actos que habían, empecé a salir con gente de otro lado, de otro partido, y ellas me convidaban: Ya vamos! vamos!

Después querían que entrara a su "hoja". Y les dije que en realidad, no entendía mucho de partidos políticos, pero que si podían aceptarme que fuera para ir y conocer un poco: iba pero sin ningún compromiso. Y empecé a ir, y vi que se hablaba mucho y no se hacían cosas. Y las acciones que venían, venían hechas de otros lados. No sé de a dónde, porque no logré saber mucho, no quise saber.

No, no me gustó. A lo mejor lo que crecí fue en cuanto a las compañeras del taller y en esta otra parte, estoy bien en pañales. Porque si no soy capaz, y ninguna vez fui capaz de hacer una acción y esta otra cosa no me gustó, a lo mejor no sirvo.

REFLEXIONES ISABEL

El haber entrado a participar en el Taller de Lavandería fue un hecho importante en mi vida, porque fui entendiendo y relacionándome con otras organizaciones.

En esos momentos, yo tenía una gran inseguridad. Recordaba cuando era chica y vivía en la población.

También me acordaba de los actos donde cantaba Margot Loyola y otros. Yo era muy chica, no me daba cuenta del significado de tales actos. Pero al enfrentarme otra vez con ellos, recuerdo que me alegraban y pienso que estaba entre gente buena, porque en la población la gente era muy solidaria.

Lo más triste es pensar que demoré tanto tiempo en comprender que yo era capaz de enfrentar la vida sola y con mis hijos.

Me habría ahorrado humillaciones, malos momentos y no habría culpado a mis hijos de lo que no eran culpables.

El sistema era el culpable: una familia inestable, el hombre desesperado que cae en la agresividad, la mujer con depresión y desesperación de ver a sus hijos desnutridos, apocados, la mano de obra barata.

Todo esto es ideal para el sistema. Es fundamental haber entendido que una familia se compone de todos y que todos tienen derecho a opinar, a aportar. Y que es más fácil la vida si se comparten las penas y las alegrías.

Cuesta, pero seguimos tratando y lo lograremos. Ya no cargo con culpas ajenas; ese era el complejo más grande que tenía. Ahora cargo con mis propias cosas y los demás con las suyas, aunque sean mis hijos o mi compañero.

A ellos los ayudo, pero les hago ver que tienen que ser responsables de todos sus actos.

Siento que he crecido otro poquito. Sé que debo pensar y analizar mucho cuando tengo que tomar una decisión, pero cuando la tomo, lo hago con mucha responsabilidad.



Al empezar a dar nuestros primeros pasos, participando en actividades distintas a los quehaceres del hogar, no nos conocíamos.

Yo Mary, conocí a Laura en el Comedor Infantil, cuando fuimos elegidas monitoras del P.P.H. (*). Como estábamos las dos buscando trabajo en el Plan del Empleo Mínimo (P.E.M.) donde para emplearla, exigían que la mujer fuera sola (separada, viuda o madre soltera), la peleábamos para que nos aceptaran a pesar de tener marido.

Entonces, uno de los compañeros, monitor de P.P.H. que era integrante de la Bolsa de Cesantes que funcionaba en el local del Comedor, nos integró a ella, y ahí conocimos a la Hilda.

Isabel y Graciela en otro sector de la zona, participaban en un taller de lavandería.

Después, a través de la Coordinación de las Bolsas de Cesantes, nos fuimos conociendo todas.

El compañerismo y la unión que allí encontramos, a mí siempre me dejaba "sin habla".

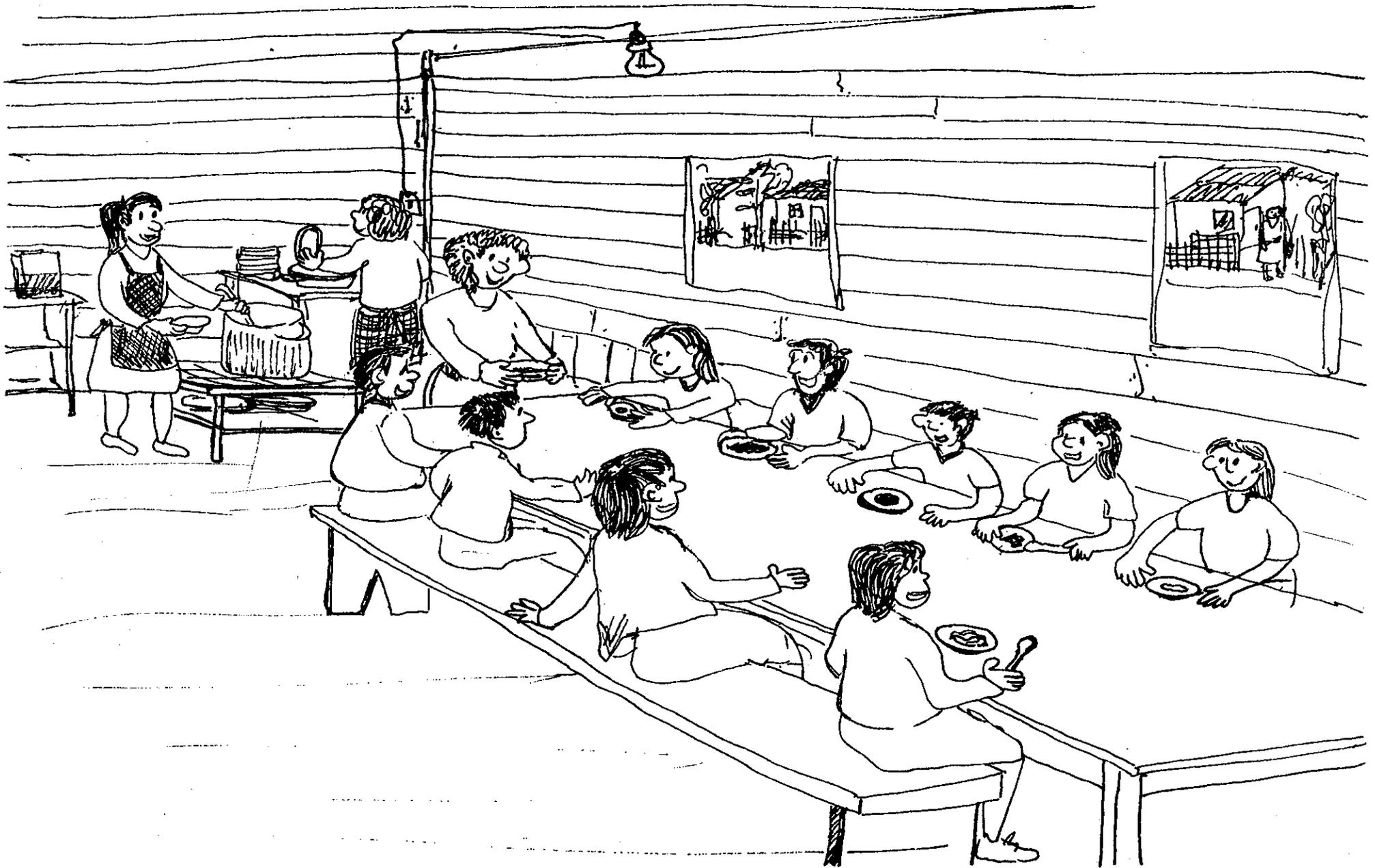
Fuimos cambiando sin darnos cuenta.

En las capacitaciones semanales aprendimos por qué estaba pasando toda esta situación, que se arrastra desde 1973. Aunque siempre, como lo contamos en nuestras historias, hemos conocido la miseria y la falta de oportunidades.

Aprendimos que como mujeres y madres, también tenemos una cantidad de derechos que nunca se nos había imaginado que existieran.

Toda esta nueva educación nos fue cambiando, nos fue sacando de la timidez y también fue cambiando nuestra vida familiar.

(*) Programa Padres e Hijos.



A. El comedor Infantil.

En la población el comedor se formó el 25 de junio del 75, con el Padre Emilio. Había una Comunidad Cristiana (San Juan Bautista) en la manzana U. Esas personas vieron que habían muchos papás sin trabajo y los hijos no tenían qué comer y por intermedio del Padre Emilio y la Sol-Rita, la señora Alicia y la Amelia, en esa comunidad se formó el comedor.

El comedor estaba organizado por una coordinadora, una secretaria, una tesorera y una delegada que salía a otros comedores que existían en otros lados. Con todos los comedores se hacían reuniones una vez al mes o cada quince días, donde se veía el tipo de comida que se hacía. Había una visitadora que se nombraba ahí y era la que inscribía y veía quién tenía más necesidad.

Se hacían asambleas un día a la semana y ahí tenían que ir las mamás; o si no, se suspendía al niño. Se pagaba una cuota de un peso diario y eso fue hasta el final del comedor.

Las viejitas no participaban dentro de la reunión, ni opinaban, porque la señora Alicia lo decía todo. Hablaba de tal forma que a una la aplastaba.

Decía que las mamás eran flojas, sucias y lo decía golpeado. Tanto que a uno no le daba ánimo de participar, pidiendo la palabra.

Los turnos de cocina los asignaba ella misma, de acuerdo a la lista que tenía en el cuaderno.

Cuando a mí me dio por participar de frentón, fue cuando me metí a la bolsa de cesantes.

Yo agradecía al comedor porque aprendí, y porque me ayudó económicamente cuando no teníamos para comer. Y porque de ahí, pude participar en el P.P.H. (Programa Padres e Hijos), y en la Bolsa de Cesantes.

El comedor se terminó por la poca participación de las mamás, por irresponsables. Nadie quería ayudar en el comedor, todas salían con que los niños o el PEM o la Municipalidad.

Yo trabajé en el comedor desde que se inició

en la manzana U. Llegaba al comedor y me ponía a lavar platos o limpiar, en fin cualquier cosa con tal de sentir que me ganaba el plato de comida, y así sentía menos vergüenza de ir al comedor. Al poco tiempo se cambió el comedor a la Capilla y ahí me costó más ir, porque el camino era recto. En cambio en la manzana U, yo daba vuelta y llegaba al comedor, un día por un lado, otro día por otro. Y así despistaba, para que la gente no se diera cuenta que íbamos con los chicos a comer al comedor.

Un día llegamos al comedor y el Abelito se sentó muy feliz en la mesa. De pronto mira para el lado y había otro chico de por acá y le dice: ¡Hola! y al Abelito parece que el asiento se le hubiese hundido de vergüenza. Por eso mismo decía yo, sí yo ayudo, menos vergüenza me va a dar de estar en el comedor. Pero la gente venía sólo a comer y no ayudaba nada.

En el sector nuestro las primeras organizaciones que habían eran: el comedor, la lavandería, la bolsa de cesantes, el DECAL(1).

Cuando yo participé en el comedor, no había una instancia de organización donde participaran las mamás de los niños que iban al comedor. Sino que era la gente de la Comunidad Cristiana la que decidía y ponía a la gente en los turnos.

Entonces uno no tenía cómo aportar ideas, o decir cómo podía ser mejor si uno veía algo malo. No había esa instancia.

Ahí uno obedecía órdenes nomás, no podía aportar nada de lo de uno, el trabajo nomás. Cuando a uno le tocaba turno, tenía que cumplirlo nomás.

No, no era organización porque estaba encargada a la Comunidad Cristiana.

Hubiera sido organización, si las mamás nos hubiéramos organizado a decir: "vamos a hacer esto o esto otro". "Vamos a recolectar, o algo". Ahí uno recibía órdenes.

(1) Departamento de Capacitación Laboral.

B. Nació la lavandería.

En el sector nuestro empezamos con la lavandería y fue diferente la experiencia, porque empezamos nosotras mismas a darnos una organización. Sí que tuvimos harta ayuda de otras personas, pero...

En la lavandería fuimos nosotras mismas las que empezamos a organizarnos y a hacer cosas. Con ideas nuestras y de otras personas, pero era porque nosotras las encontrábamos buenas.

Nos juntamos para hacer la lavandería por tener un paleativo en la casa, porque los maridos estaban sin trabajo.

A nosotros lo que más nos interesaba era que la lavandería saliera, porque era la forma de tener una entrada para la casa.

Para todo lo que hacíamos, siempre teníamos reuniones antes y todo lo íbamos planificando entre todas.

Claro, todas las cosas se sacaban en una reunión, si queríamos esto así o esto así.

Se llamaba primero a una reunión y según el acuerdo que se tomaba ahí, la lavandería lo cumplía.

No nos dedicamos solamente a ganar plata, porque paralelamente a la lavandería nos fuimos organizando en otras cosas para ir atendiendo a lo que estaba pasando. Porque cuando entramos ahí, entramos por una necesidad, pero en realidad no sabíamos porque teníamos tanta hambre y porque no había pega. Y ahí nos fuimos dando cuenta del por qué y debido a eso, nos fuimos capacitando. Se puede decir, aprendiendo más.

La diferencia entre la lavandería que pusimos y el negocio que puso por ejemplo: una persona x, es que el señor x, puso el negocio para ganar plata y nosotras armamos la lavandería para subsistir y de ahí mismo vimos lo que estaba pasando y crecimos como personas, porque todo eso lo fuimos aprendiendo. A lo mejor si hubiéramos tenido la

misma mentalidad de ese señor que puso el negocio, tendríamos una lavandería industrial en este momento.

La diferencia también, es que el señor que puso el negocio y él lo puso solo y acá en la lavandería, éramos más y cada una con distintos problemas.

En la necesidad nos unimos y yo creo que la misma necesidad nos hizo crecer como personas.

Encontramos un apoyo entre unas y otras. Ahora sabemos lo que era: una palabra tan difícil que en ese tiempo no la podíamos ni pronunciar: La Solidaridad.

La solidaridad entre unos y otros. Y entendimos que una sola no podía hacer muchas cosas, pero en conjunto entre varias personas, sí que podíamos hacer montones de cosas.

Al principio no sabíamos nada, lo único que queríamos era ganar plata para darle qué comer a los cabros en la casa.

A través del contacto con otra gente descubrimos en un momento, que habían detenidos-desaparecidos y nosotras ni siquiera habíamos oído hablar de eso. Y después, conversando con los mismos familiares de los detenidos desaparecidos, lo supimos.

No pienso que la solidaridad sea porque somos una clase baja, porque también en ese momento vimos, que había gente de otras clases que estaba metida en el embrollo ese de la SOLIDARIDAD...

Sí porque antes no sabíamos realmente ni pronunciar las palabras, o el significado que tenían a veces algunas palabras.

También hay otra cosa veo yo. Si miramos a lo largo de su historia, la lavandería no sólo ha sido lavandería, sino que también ha sido taller de arpilleras, ha sido grupo de mujeres, ha sido grupo de protesta. Ha sido una pila de cosas. ¿Porqué será eso?

Yo encuentro que, porque siempre hemos

trabajado todas iguales. Bueno que siempre hay algunas que no entienden o no quieren entender, pero siempre, lo que hemos hecho hasta la fecha: Si va una, van todas.

Entonces yo creo que todo lo que hemos hecho hasta esta fecha es por eso, es por la UNION de todas.

Y la Unión se ha dado en la práctica yo creo, porque hemos practicado mucho.

No sé en qué irá, pero nosotras siempre hemos estado juntas.

Hemos tenido montones de problemas, pero hemos sabido superarlos porque otros talleres se han deshecho y en cambio nosotras, siempre hemos seguido juntas.

Casi la mayoría de las personas están desde que se empezó el taller.

Y eso es porque nos hemos unido en el trabajo.

Cuando las compañeras tienen problemas nos afecta a todas, nos preocupamos. Y somos casi la mayoría iguales, que nos afecta.

Nos afectan mucho las personas que tienen problemas. Andamos preguntando a veces, o preocupadas de la gente del taller.

Sí que no es perfecto... Se han dado casos después, pero hemos estado todas como para arreglar esas cosas e ir enseñándoles. Porque también se han dado problemas con las personas nuevas que entran. Entonces nosotras empezamos a contarles la historia desde que empezamos. Y hemos tenido buena acogida, porque empiezan a participar y a ser como todas nosotras.

Cuando hay cosas raras, uno capta al tiro. O sea cuando hay un problema y no se ha puesto encima de la mesa. Porque los problemas duran poquito aquí, duran hasta cuando se saca todo a relucir y aunque quede la pelotera, se sigue ahí hasta que se arregla.

Así una tiene confianza, porque cuando hay

un problema uno sabe al tiro que hay problema. Se nota en el ambiente, entonces uno sabe y ligerito se arregla. Una vez, no hace n'a de días, pasamos una semana en reuniones hasta que salió el problema y se acabó.

Creo que es porque estamos todas al mismo nivel. Empezamos juntas, o sea crecimos juntas, porque aunque unas nos creamos que hemos crecido un poquito más, a lo mejor la otra es más calladita y ha crecido igual.

En la lavandería hablamos de todo, de todo, de todo. Hablamos de las cosas nacionales, de las cosas de la casa, del problema con el marido, del problema con los chiquillos.

Nosotras éramos un grupo y el grupo tenía que decidir: las cosas malas o las cosas buenas. No estábamos pendientes de que nos vinieran a decir, ésto y esto otro.

No era una sola persona, era un grupo que trabajábamos, y no dependía de nadie.

Porque si hubiéramos dependido para todo de alguna organización o de alguien, habríamos tenido que estar a donde ellos dijeran. Pero no pus... y eso nos dio la posibilidad de ir descubriendo las necesidades propias.

Claro, y de decir lo que nosotras queríamos y no lo que nos impusieran.

Como lavandería, hemos hecho tantas cosas y hemos tomado tantas decisiones.

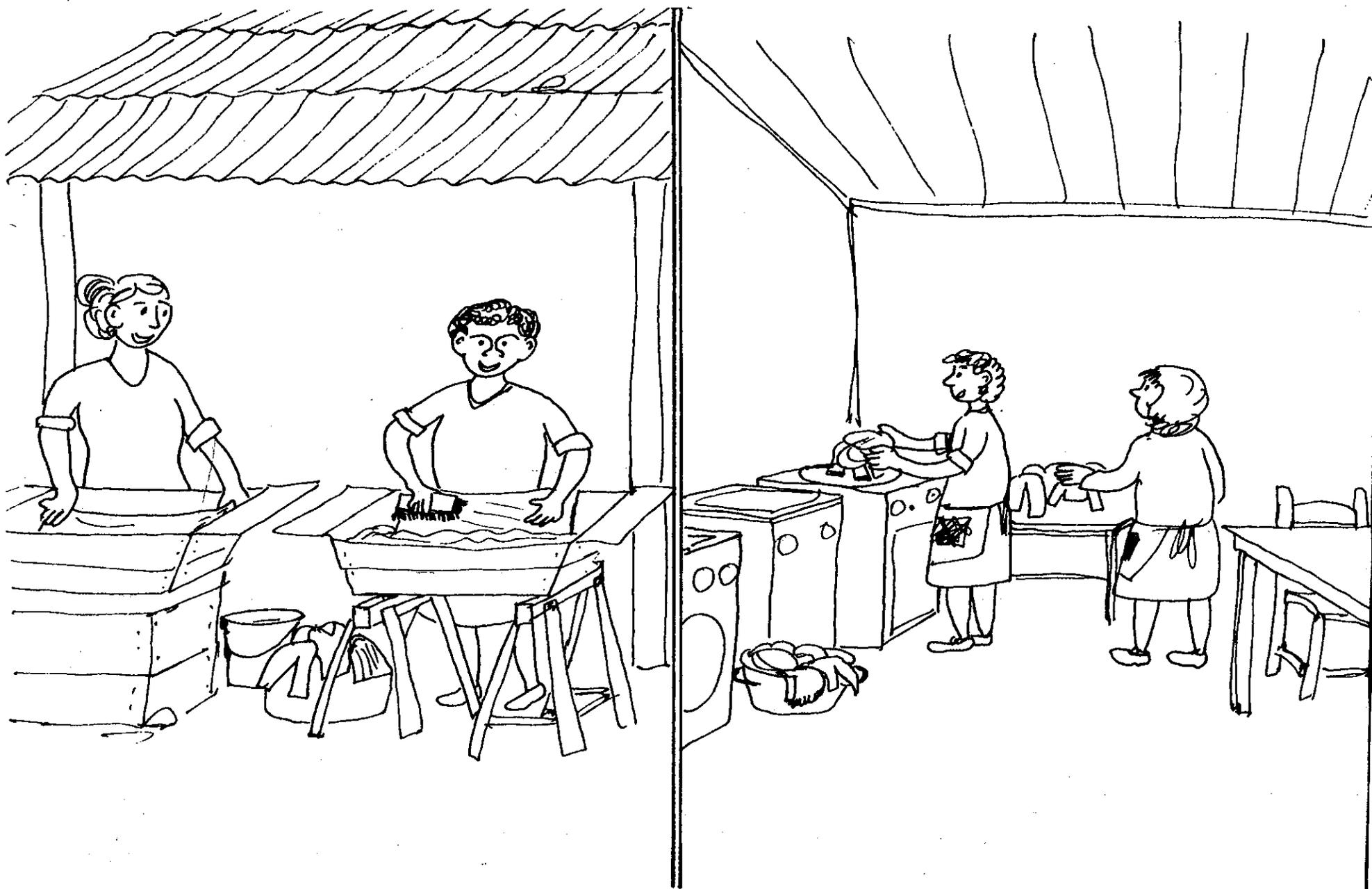
Siempre para cualquier cosa hemos dado distintas discusiones, para hacer todo.

Porque yo era re buena para irme a meter a todas las reuniones.

A reunión que me invitaban partía, entonces después les decía: yo estoy representando al taller en tal y tal cosa.

Y de un repente saltaban y me paraban. Me decían: bueno y ¿quién te mandó?

Entonces siempre se daban las cosas como para discutir, ahí en el taller. Todas.



El taller manda gente a tal y tal cosa, entonces después la gente va y dice: ésto pasa allá, ésto no nos gusta. Pensamos que al taller no le sirve, y se decide entre todas si seguimos yendo o no seguimos yendo.

Todo se decide en conjunto. No es que sea alguien que esté ahí de paco y diga: ya, ésto se hace y ésto no se hace. No, todas aportamos algo.

Se les pregunta una por una: qué les parece chiquillas, está bien ésto o no.

C. Del comedor pasamos al Programa Padres e Hijos (P.P.H.).

Yo me acuerdo que me integré al P.P.H. por intermedio de una reunión que se hizo en el comedor y donde vino Marilú. Ella por intermedio del equipo que dirigía el comedor invitó a una charla y a mí me interesó, porque tengo a mis niñas en la edad que se iban a transformar en señoritas.

Fermín, Marilú, Juan José que era el encargado que venía del CIDE, iban a mi casa y conversaban y me explicaban lo que tenía que hacer: primero conversaban de cómo era mi trato con los niños.

Hicimos un encuentro en la Casa de las Rosas, después otro en San Francisco Javier, donde iba la Georgina, el Abel.

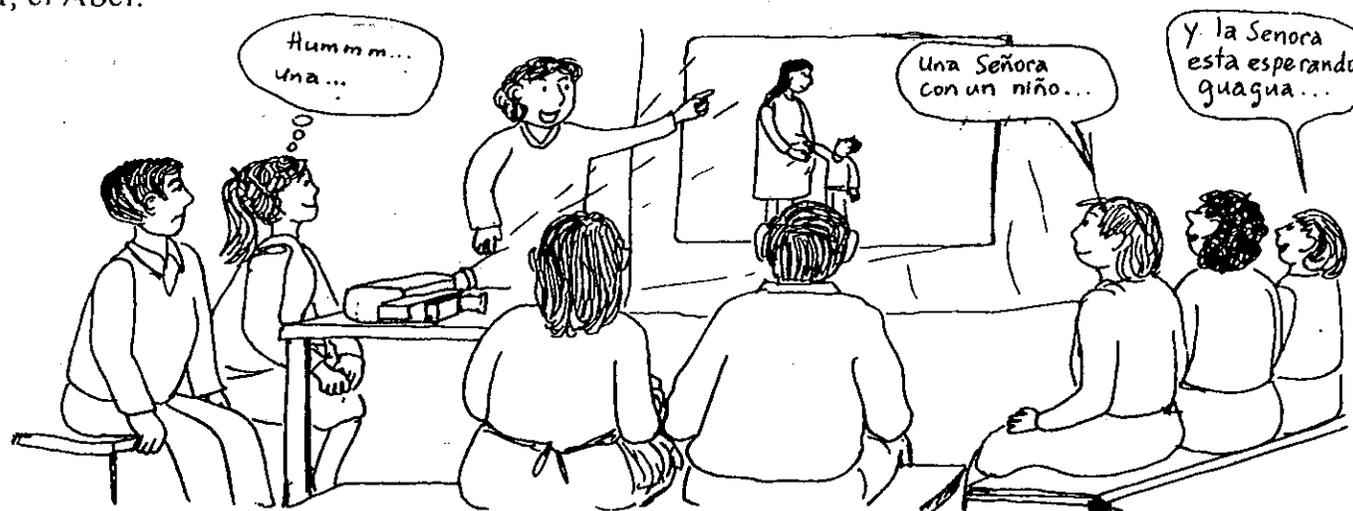
Eran jornadas de capacitación y ahí empecé como monitora y aprendí a manejar la proyectora, a hablar, a explicar lo que pasaba en las diapositivas y de ahí tuve que ir al grupo para hablar con las mamás, en el comedor y con las vecinas, donde yo vivía antes.

No sé, no se incentivaron mucho, yo creo que nosotros no sabíamos incentivar mucho a las mamás.

Pero a las que participábamos nos sirvió mucho eso, porque aprendimos mucho para no pegarles a los niños.

Yo creo que nos ayudó para aprender a escuchar, porque cuesta mucho escuchar lo que dicen las demás personas, y también para tratar a las personas. A mí me costaba tanto tratar a Fermín, igual a Marilú, no hallaba cómo hacerlo.

Es cierto que no agrupamos gente, pero nos sirvió mucho porque nosotras trabajamos harto. Hacíamos las cartillas (folletos) y a nosotros se nos ocurría cómo hacer los monos, entonces dábamos la idea y otra persona los dibujaba. Indicábamos cómo el hijo recibía al papá curado, cómo entraba el papá por la puerta. Entonces la gente del CIDE apuntaba las ideas y después que hacían el dibujo, lo traían para preguntarnos de nuevo.



D. Las Bolsas de Cesantes.

La bolsa de cesantes nació, porque todos los talleres que habían en la Vicaría formaron bolsas en sus sectores.

Nosotras estábamos como bien optimistas porque era bueno juntarnos con más gente y más todavía dentro de la población.

Para mí la bolsa de cesantes era buena, porque cuando entré, no sabía nada de organización. Yo lo único que sabía era estar en mi casa y pare de contar.

Yo me acuerdo cuando fui a las primeras reuniones de bolsa, fue tan tremendo para mí, me sentía tan nerviosa porque en la reunión anterior, yo había quedado colgada.

A mí me tocó eso de aprender a hablar en el comedor, porque cuando recién entré, la lengua se me trababa en el paladar. En la bolsa claro, me cortaba un poquito, pero no fue tan terrible. Había una persona que cuando le preguntaban qué pensaba, ella decía: "yo pienso igual que los demás". Y eso es lo que decía yo, yo no puedo ser como esta persona, si estoy de acuerdo, tengo que decirlo con mis propias palabras. Para eso uno tiene una cabeza propia con qué pensar.

A mí me invitaron unos compañeros para que participara y también para que trajera a los niños al comedor, y claro en esa época estábamos mal. Claro que yo no entré por un trabajo, porque de alguna forma yo trabajaba por ahí. A mí me invitaron para que participara en la organización, porque los compañeros me conocían de antes.

La entrada a la bolsa me ayudó para clarificar un montón de cosas que no tenía claro y para realizar trabajos importantes que desde ahí se hicieron.

A pesar de que yo tenía alguna experiencia, me costaba bastante dar mi opinión y la bolsa me ayudó a poder desenvolverme mejor.

En la época que yo entré, en nuestro sector

trabajaban muy unidos la gente de la bolsa con la gente del comedor. Después cambió alguna gente en el comedor y ya no se trabajaba unidos.

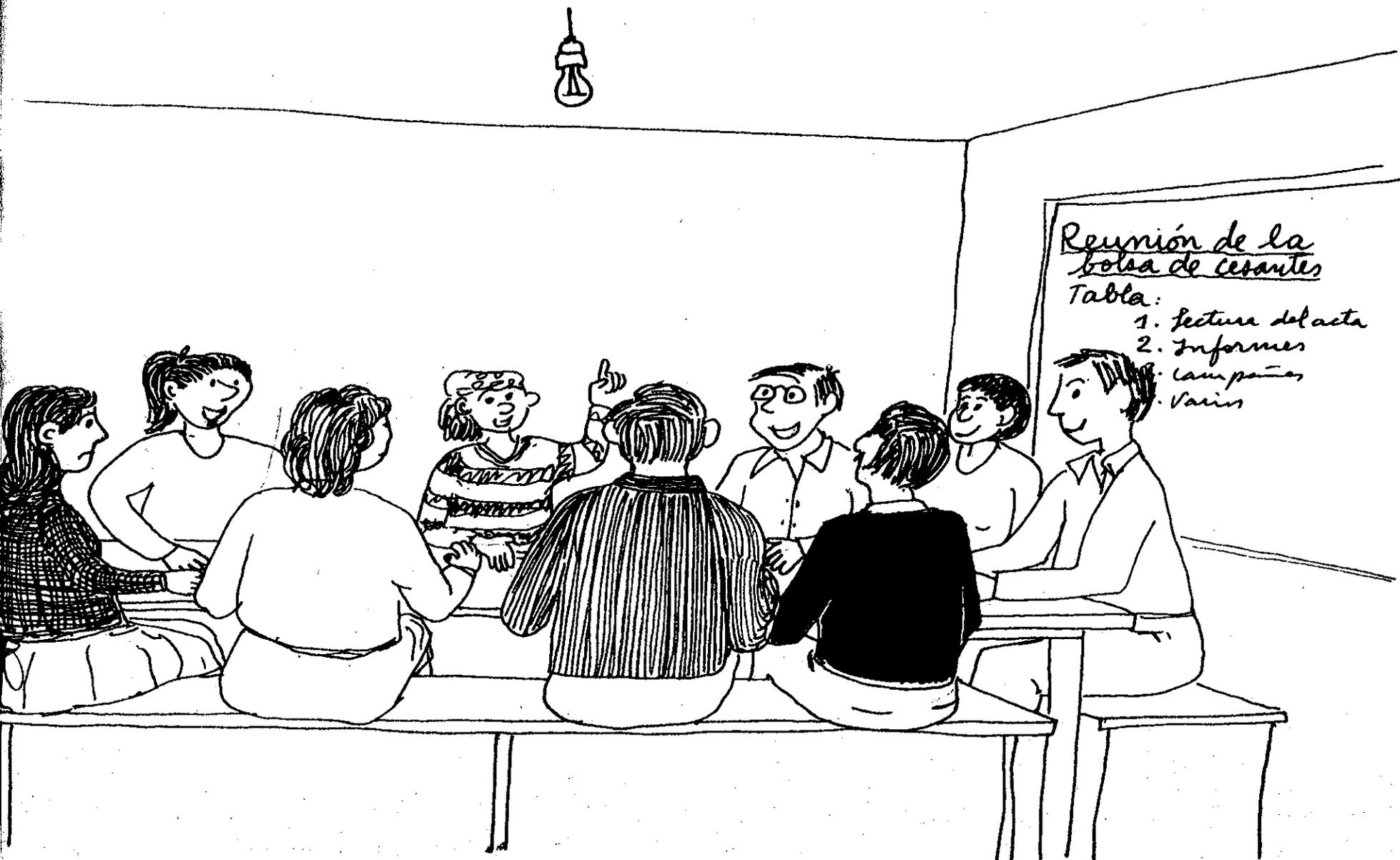
En las reuniones de bolsa, me daba miedo porque no entendía lo que hablaban ahí, porque eran cosas nuevas para mí. Esto de política nunca antes le había colocado atención. No sabía por qué existían cesantes, yo no sabía en el fondo por qué tanta represión, tanta cesantía, tanta gente desaparecida. No tenía idea, pero tampoco me preocupaba por saber. Entonces ahí en la bolsa, ahí aprendí a escuchar la Noticia y de porque pasaba todo eso, pero lo aprendí con el tiempo, al principio quedaba colgada. Cuando me preguntaban por qué hay tantos desaparecidos, yo no sabía qué hablar, me daba vergüenza y me escondía detrás de las otras personas, para que no me hicieran hablar.

En el comedor yo veía que las personas que conducían a una la miraban en menos y la trataban mal, pero en la bolsa era distinto. Si una no entendía algo, los que sabían más le explicaban a uno, hasta que le quedaba claro. No sé, yo le tomé un cariño tan grande a la bolsa.

Fue tanto que estuve a punto de separarme de mi marido por el cariño que le tenía a la bolsa. Es que la bolsa era como una cosa familiar y de un sentimiento tan limpio. Yo los miraba a todos como personas distintas, pero después que me fui metiendo, me di cuenta que también cometían errores.

Yo en la bolsa empecé a tener cargos desde un principio, primero me nombraron para acompañar y de ahí me fui metiendo de a poco. En ese tiempo casi "vivía" en Vicaría y cuando hablé por primera vez, a partir de una carta que hicimos en una comisión, el Jorge empezó a mirarme medio mal y a ponerme trabas para que siguiera participando.

Entonces ahí me dijo que "había que cambiar a la compañera", porque la compañera ya no podía



seguir avanzando, había que ponerle un tope a la compañera. ¡Ahí fue cuando ya empecé a abrir la boca, en mis peleas con Jorge!

Bueno, a mí me parece bien, eso de criticar, porque son signos de crecimiento, ser capaz de ser crítico y que no le metan el dedo en la boca a uno.

A mí me gustaban las reuniones en la bolsa.

Yo creo que desde un principio la participación de la gente fue buena, a pesar de que nos amenazaban de que si no salíamos a las movilizaciones no teníamos derecho a entrega, pero creo que eso ayudó para que saliéramos. Al principio teníamos mucho miedo, pero salíamos. Lo otro, es que los compañeros explicaban bien, y uno entendía. Si había dificultad, tomaban un pizarrón y ahí nos explicaban todo. A diferencia del comedor, que lo único que le hacían a uno era echarle en cara el plato de comida. Por eso es que una se aplastaba y siempre estaba callada. Y cuando se citaban a las señoras para trabajar, no les faltaba algo con que disculparse.

Claro que siempre hubo un grupo que participó más que otro y esas personas son las que han perdurado en el tiempo y han creado una y otra cosa.

Así que el P.P.H., el comedor y la bolsa, han sido el semillero y eso se sigue manteniendo. La gente de esa época es la que realiza cosas hoy día.

En cambio acá, en el sector nuestro, la cosa era distinta.

En la bolsa de cesantes siempre se hablaba de los problemas de los talleres. Se juntaban el taller de lavandería y el de arpilleras, y a veces venían visitas. Los del taller de cachos estuvieron participando un tiempo y los zapateros también.

Nos juntábamos para comercializar: los zapateros, los de los cachos. Nosotras no comercializábamos, como lavandería.

Nos juntábamos para organizarnos más. La idea de hacer bolsas de cesantes y que todos los talleres

se juntaran, era para que viéramos la organización. Pero nos costó un mundo meternos en esa cosa de las bolsas de cesantes, porque nosotras nacimos como más autónomas.

Entonces las arpilleristas estaban como sujetas a algo y nosotras éramos más peleadoras. No en el sentido del "cahuín" sino que en el sentido de la organización. Siempre veíamos las cosas más combativamente. Porque con las arpilleristas, nunca pudimos congeniar como dos organizaciones. Entre personas sí, personas de las arpilleras con nosotras sí. Pero como organizaciones no, porque las arpilleristas eran más "mensas". No, "mensas" no era la palabra. Eran más temerosas.

Querían ser ellas no más, arpilleristas y pare de contar.

Porque si había taller de lavandería, taller de cachos, taller de calzado; las arpilleristas querían ser ellas no más.

Se encontraba que había mucha envidia y otra cosa que querían todo para ellas. Eran mayoría, entonces como que tenían más masas...

Pensamos que la bolsa iba a abarcar mucho; a harta gente y nos choreábamos con las cosas de la reunión, porque a veces llevábamos cosas buenas para plantearlas y nos rechazaban.

Y como éramos poquitas y las otras eran más... Entonces a veces también nos preparábamos y cualquier cosa que hablaran, nosotras les decíamos: ¡No!...

Porque una vez nosotras teníamos no sé qué cosa, para trabajarla en conjunto y ellas: ¡No!... Ellas querían ser ellas nomás.

Nosotras tratábamos de convencerlas, de ganarlas. Y las salidas a la calle que ellas tuvieron, fue porque nosotras las convencíamos.

No sé cómo se dieron las cosas en los dos talleres, que en uno fue para un lado y en el otro para otro.

Las arpilleristas tomaban algunas decisiones

dentro de su taller, pero muy domésticas y no tomaban grandes decisiones porque estaban sujetas a la Vicaría. Y lo malo de ellas fue que, aunque hubieran sido dependientes de la Vicaría en cuanto a la arpillera, al menos podrían haberse dado una organización autónoma de la población. Pero tenían un pequeño problemita, y se iban a buscar gente a la Vicaría para que se los solucionara.

Entonces dependían para todo de la Vicaría.

Nosotras podemos estar hasta las 12 o una de la noche y ahí estamos, hasta que se aclara el problema y se soluciona.

Siempre hemos buscado el interés real y nos hemos preocupado de la situación actual del taller, de toda la gente.

Yo haría una crítica a los dirigentes de ese momento. Yo siempre les he conversado que a ellos, les interesaba sólo que uno aprendiera hasta cierto límite. No más allá. Ahora que tengo más experiencia, se me ocurre que ellos veían que si uno aprendía más, los iba a criticar, y los dirigentes no iban a aceptar que la base los criticara. Fueron muchas cosas buenas, pero nos enseñaban hasta por ahí no más.

Por ejemplo, en el mismo programa político, no nos enseñaban todo lo que correspondía. En la misma marcha de las velas, había que ir, pero no nos decían si era peligroso o no. Igual, cuando se apoyaba a los presos políticos y los familiares de detenidos desaparecidos en sus ayunos. A uno la invitaban pero no nos decían nada lo peligroso que era.

En los lugares solidarios ellos tenían ayuda para movilizarse y nosotros con la pura plata de las arpilleras no nos alcanzaba. Entonces esas cosas no se informaban y cuando hay dinero por medio, a uno le da mucho qué pensar. Esas cosas chorean y por eso la gente se retira de las organizaciones, porque los más vivos se agarran el billete y los otros no. Es lo único que puedo criticar yo.

—Yo “caigo” en ese grupo de compañeros. A nosotros, es cierto que la Vicaría nos entregaba una cuota, que no era más de \$ 300, mensuales para ayuda de locomoción y compra de material de escritorio. Bueno eso no alcanzaba para más allá de una semana. Además por el hecho de andar realizando trabajos de organización, no teníamos tiempo para trabajar en los talleres.

La bolsa de cesantes no pudo seguir, porque los dirigentes eran muy perseguidos, entonces la represión los venía a sacar a las 2 ó 3 de la mañana.

Después tomaron presos a algunos, otros tuvieron que salir por la seguridad del grupo.

Encima de todo eso, Vicaría cortó las compras de artesanía a todos los talleres de la zona. Entonces, muchos tuvieron que salir a buscar trabajo a otros lados.

Los que quedamos, no pudimos seguir.

Las arpilleras eran todas así por el tipo de trabajo que hacían, o por la forma de organización que tenían.

Pero si hubiera habido un buen dirigente que las hubiera incentivado en otras cosas, ... se habría rescatado algo de gente pero ...

Yo digo que la Tere tiene ese don de dirigente. No de buen dirigente, pero tiene ese don de imponerse. Se impone a los demás y lleva a la gente a donde quiere.

El buen dirigente es el que está al tanto de lo que pasa y que busca lo mejor para su gente.

Y entonces la María Teresa se impuso en la bolsa.

Pero para que una persona se imponga y un mal dirigente se imponga, quiere decir que hay otros que se someten. Y eso es porque la persona también tiene algunas características.

Claro, por eso no funcionó la bolsa, porque si hubiera habido un buen dirigente en las arpilleras, no digo que nosotras éramos lo máximo en el taller, pero teníamos algunas cosas más claras; po-

drían haber hecho ... bueno no se había deshecho el taller de arpilleras, porque en conjunto habríamos buscado la manera de salir adelante con toda la gente. Pero sí que hicimos algo. Quisimos rescatar un poco de la gente.

Cuando estuvo la Elena en una huelga de hambre hartos días ... se iba a hacer un baile, esa vez.

Planteamos que la Elena estaba en la huelga de hambre y estaba bien mal ese día; era un día sábado y planteamos que no había para qué hacer el baile porque no tenía un objetivo claro y las arpilleras dijeron de que, sí ella se había metido en éste "baile", bueno, que saliera sola, porque ellas no tenían nada que ver con eso. Y la Elena era arpillera también.

Las arpilleras hicieron toda una campaña, entonces nosotras aunque hubiéramos tenido, muchas ganas de trabajar y de hacer grandes cosas, con ellas no pudimos. Hicieron una campaña de que nosotras eramos borrachas. En serio, la Emilia cuando se fue, dijo: que se iba porque no quería estar con borrachas. Hicieron toda una campaña entre ellas.

Yo lo encontraba feo, porque es verdad; íbamos a un paseo y tomábamos. Había una fiesta en la lavandería y tomábamos, una cosa así. Y empezó la campaña. Yo era una de las que me sentía mal.

Ellas igual tomaban, porque cuando se hizo la cuestión de los pantalones ellas estaban ahí.

Pero es que ellas hicieron toda una campaña y ... nosotras dimos cualquier pelea. Pero es que sabe, esas peleas yo las encuentro bien domésticas. Porque ellas se propusieron desprestigiarnos y es nada más que por eso. Porque nosotras salíamos, nosotras estábamos más claras y entonces ellas no querían ...

Las arpilleras nacieron porque necesitaban —igual que nosotras— subsistir. Necesitaban darle comida a los cabros. Nosotras y ellas logramos subsistir.

Pero nosotras tuvimos el apoyo de una persona que nos obligó desde un principio a ir tomando nuestras decisiones solas y a ir decidiendo nuestras cosas solas, como organización.

Había dos tipos de organización, una que a la gente le permitía crecer y otro tipo de organización que la aplastaba, ... no le daba la posibilidad de crecer.

La bolsa no se desarmó, la bolsa se terminó porque los otros talleres se terminaron y nosotras no pudimos rescatar más gente, fuera de la Elena y la Manola.

Ellas con la claridad que tienen hoy en día, también estaban metidas en ese embrollo, pero gracias a Dios que crecieron por otro lado.

No crecieron en el taller, pero crecieron solas independientes y se dieron cuenta de que fue una mala acción la que hicieron y ellas solas se perjudicaron porque a nosotras no nos perjudicaron.

La persona que nos estaba apoyando a nosotras se fue y yo pienso que aunque a lo mejor, hubiéramos hecho más cosas si hubiéramos estado juntas, fue bueno que nos dejara un tiempo solas porque en realidad, no nos fuimos para otro lado.

No nos allegamos debajo del alero de nadie y seguimos tan autónomas como siempre.

El último año que fuimos a vacaciones con la Vicaría, decidimos que al año siguiente íbamos a ir solas, porque a nostras nunca nos ha gustado que nos mandonéen.

Decidimos ver cómo era ir solas, y si éramos capaces de hacerlo.

Hicimos todo un trabajo, juntamos la plata y fuimos. No salió bien del todo, pero fuimos.

Nos dimos cuenta de que teníamos montones de faltas porque, un cabro casi se nos murió y no llevamos siquiera un mejoral.

Al año siguiente fuimos por menos días y menos gente, pero también fuimos. Tampoco llevamos remedios. U no piensa en que vamos a ve-

ranear y uno no se preocupa de las cosas que tiene que llevar para nuestros propios cabros. Cuando hacíamos la olla común no, porque ahí teníamos que calcular cada cantidad para todos y ahí, después no se nos olvidaba.

Cuando uno lleva a los chiquillos, uno piensa en los puros cabros de uno y dice: ¡ah los niños míos no se enferman ...!, y cuando se enferma un niño uno se preocupa; pero dice: ¡ya pús, lleva ese cabro al médico!, porque cómo estamos veraneando ...

Pero uno no se preocupa de decirle: ¡iven, yo te acompaño! Claro, una está veraneando y esa cosa es terrible porque no nos preocupamos bien. Son cuestiones re penca que no las veíamos.

E. Las campañas

Se programaron las campañas de Navidad, Invierno y Verano. La primera campaña fue la de Navidad, el año 79. Se movilizó bastante gente y después esa gente fue al veraneo de Longotoma.

La campaña de Navidad consistió en fabricar juguetes por manzana y una chocolatada para los niños. La gente estaba feliz, porque desde antes del golpe que no se hacía algo así.

Cuando fuimos a Longotoma, éramos como 280 personas, pero cuando volvimos del veraneo, la gente se nos desapareció.

Debe haber sido con las charlas que se hacían allá y después aquí, les daba miedo que se hiciera lo mismo. Pero de todas formas fue buena la experiencia, porque nos dimos a conocer y ahora la gente nos ubica.

En el Invierno fue la campaña de las fonolas. Era tiempo de lluvia y cuando andábamos repartiendo las fonolas, el carretón se nos hundía en el barro.

Se recolectaba dinero, botellas, diarios. Ahí se veía las necesidades y se hacía la distribución de las

fonolas, la gente agarra y después se va para la casa nomás. Lo que pasa es que en la bolsa había gente que era bien luchadora, pero en estas campañas, quería igual su parte. Es que se habla de solidaridad, pero después no se practica.

Pero varias de esas personas hoy salen, a cualquier cosa por ahí, incluso la Rosa Parraguéz, fue a mi casa a preguntarme que cosa había que hacer, y nada forzada, todo ahora es voluntario. Incluso en las protestas, son las primeras que preguntan si hay algo que hacer.

Entonces con el correr del tiempo, nos damos cuenta que las campañas que se hicieron, de algo han servido.

F. El comité Sin Casa

En mi manzana yo repartí papeles, después hice la encuesta y llamamos a reunión de manzana, pero no resultó. Después fue el Lucho con el Soto, los dos hicieron reunión en su manzana.

Los Sin Casa era para la gente del Campamento. Se organizaron por el problema del sitio, la luz y el agua. Como no había solución, había que organizarse. Ahí era cuando el Donoso nos jugaba chueco, porque siempre decía que no resultaría, porque la gente no engancharía. Eran hombres todos, puros hombres, yo era la única mujer. Pero nadie quería entender que Donoso atornillaba al revés y lo único que se hacía era mandar cartas, puras cartas. Jamás se consiguió una entrevista con el Alcalde.

Una vez el Alcalde nos respondió en la misma nota que se le envió. Ni siquiera se molestó en ocupar otro papel.



gracias Sra,
esto nos servira mucho
en nuestra campaña de
la fonola. Cada granito
de arena es valioso

De nada,
cuando guste
pase no mas.

G. Comité de los Allegados

Se hizo encuestas por manzana en toda la población, cuando encontrábamos un allegado lo inscribíamos. Inscribimos 220 familias eso fue el año 81. Se inscribieron en la población en la Z, Galvarino y el Campamento.

Como no había sala, nos prestaron el lugar donde se hace la misa. Eso se llenaba con gente, y ahí fue cuando vino el compañero y tomó la palabra diciendo: "entre la gente hay un sapo", y la gente se asustó y en la otra reunión, llegó sólo la mitad y en la siguiente menos y así hasta que se terminó todo.

Yo creo que fue por abrir la boca no más, bueno no sé por qué hablaría eso.

También participaba gente del Cobre y los Copihues. A mí me tocó encuestar al Cobre, Los Copihues, Galvarino y aquí arriba.

En los Copihues estaba la Metropolitana. Nos reuníamos con ellos, pero tenían miedo a que los detuvieran así que no hacían el trabajo de encuesta.

De la gente que participó en esos Comités, se puede ir a conversar en cualquier momento. Ahora no están en grupos organizados, pero siempre han dicho que ellos colaborarían en cualquier cosa, están dispuestos.

Cuando se hizo la toma "22 de julio", en el 79, habían unos compañeros de la bolsa que participaban allá y ahí nos avisaron y nosotras colaboramos haciendo recolecciones de cosas, para enviar para allá. Después faltaba una persona de afuera que enlazara las comunicaciones entre los compañeros de la toma y las organizaciones que apoyaban y eso lo hice yo.

Tenía que ir a buscar la información y llevarla a las reuniones de las organizaciones de apoyo y para eso, se necesitaba ser responsable, puntual y que no fallara nunca. A veces me iban a buscar a las seis de la mañana a la casa.

Anoche al ver una película, me acordé cuando

me enviaron de la "22 de julio" a una calle por allá arriba, a ubicar unas personas. Tenía que ir a reconocer a la persona, con señales. Igual pasó otra vez que tuve que comunicarme con otra persona en la "22 de julio".

Con el Comité de los allegados se habían pensado hacer una toma y ahí hubo gente que se enojó porque no pudimos ir a la toma. Nos faltaban palos y cuando íbamos a ir se enojaron conmigo. Les dije que yo no podía ir porque si me tomaban presa y se daban cuenta de que tenía casa, iba a deslegitimar la toma.

Esa gente está y es valiosa y si no fueron esa vez, es porque se sentían traicionados por los malos dirigentes.

A mí la toma de la "22 de julio", me hizo ser responsable, porque me exigían que debía ser puntual. Lo digo porque yo no lo soy.



H. El grupo de Salud.

En el grupo de las hierbas, hubieron hasta 20 personas en una ocasión, habían de San Luis, Los Copihues y hasta de las Lomas. Una vez vinieron dos personas o tres, y habían personas del campamento que no eran del comedor, pero no les gustó. Porque pensaban que daría charlas de salud una enfermera vestida de blanco, con tiza y pizarrón. Y les cayó mal que las charlas se hubiesen hecho en la cocina y que la enfermera no tuviera vestido blanco.

El Taller de Hierbas Medicinales, nace a partir de un pedido a María para que busque asesoría para empezar un Proyecto de Salud, María buscó a Rosa, que propuso trabajar con plantas medicinales. El Taller ha sido autónomo, no nació ni del comedor, ni de la bolsa.

La Rosa trabajaba en un policlínico en Los Copihues de Lo Hermida y ellos tenían un trabajo grande, con jarabes de hierbas y hacían curaciones.

Hubieron como 19 personas, pero se fueron retirando de a poco. Algunas se justificaron con que trabajaban, y a pesar de que decían que les gustaba, se retiraban y no volvían. Se analizó muchas veces eso, pero en realidad, lo que la gente quería aprender, era a poner inyecciones y acá, se practica sólo en hierbas y la gente no tiene mucha conciencia de la importancia de las hierbas y cuando alguien se enferma, lo único que hacen es llevarlo a la posta.

El Taller todavía sigue dándose vuelta y está funcionando, pero no con hierbas. Estamos estudiando las enfermedades propias del cuerpo, de qué provienen los desmayos, de qué proviene un ataque al corazón, atender atropellos, quebraduras, las enfermedades infecciosas, etc.

Se está elaborando un material que consiste en cartillas. Hasta el momento se ha hecho sobre las garrapatas y sobre el problema de la fiebre y próximamente saldrá una cartilla sobre las diarreas.

Aquí cuando han habido protestas se han nombrado responsables por manzanas y sectores y se ha entregado medicamento para atender casos de urgencia. Entonces para que si llega algún herido, sea atendido en los sectores mismos. Claro que el material ha sido poco y como hubieron dos personas a las que tuvimos que atender por algún tiempo, el material se ha terminado.

Yo creo que como hay personas nuevas, se van a ir comprometiendo y entregando lo que van aprendiendo. Más adelante nuevamente íremos incluyendo las hierbas, al trabajo de estudio de enfermedades del cuerpo, porque las hierbas son importantes, por lo fácil de conseguir y están al alcance de cualquiera.

Después de toda esta experiencia, un día decidimos darnos a conocer ampliamente y de una vez por todas en la población.

Nos presentamos en la Sede de la Junta de Adelanto (Junta de Vecinos), como representantes de salud y pedimos a los delegados que estaban reunidos, que mandaran a una persona de cada manzana al grupo de salud.

Recibimos una lluvia de críticas, porque nos dijeron que: "qué es lo que hacíamos frente a tantos casos de Tifus, Bronconeumonias, quemaduras que habían en la población. Si había un grupo de salud en la población, ¿qué es lo que hacían?".

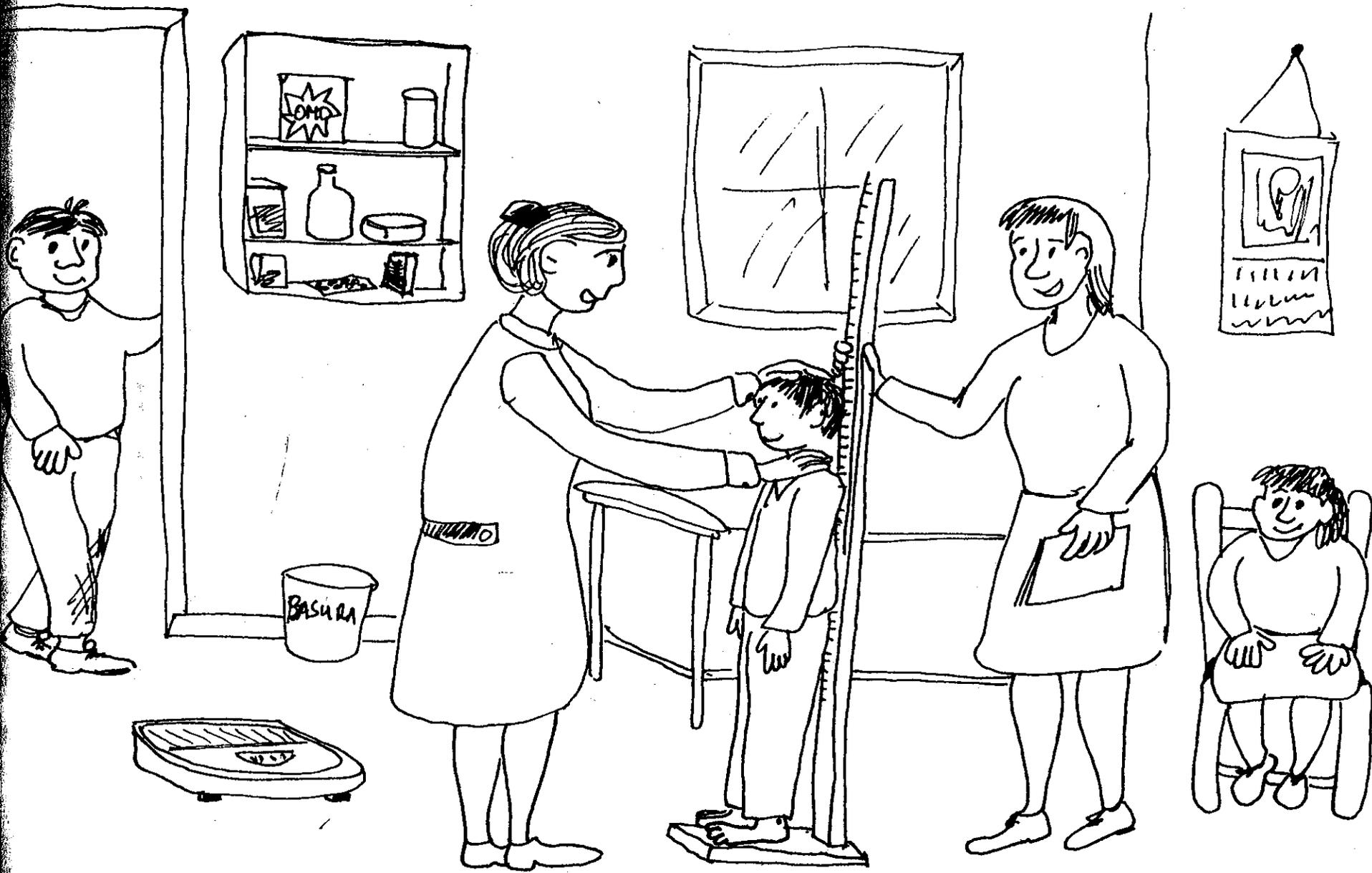
Y nos empezaron a exigir tanto, que decidimos buscar una persona que nos ayudara a capacitarnos mejor para poder responder a lo que nos pedían.

De ahí, nació el equipo de primeros auxilios y salud, que funciona ahora.

Empezamos a tener una capacitación más completa y a buscar más gente que participara en el equipo.

Nacieron las campañas contra la garrapata y la pediculosis.





Encuestamos a la gente y a las familias que tenían pediculosis, las citábamos para que fueran a hacerse el tratamiento a la sede.

Vimos que no resultaba porque a la gente le daba vergüenza ir y que la vieran salir con el pelo mojado. Entonces no iban a la sede.

Decidimos hacer el tratamiento, casa por casa. Formamos comisiones de trabajo y nos repartimos las manzanas.

Teníamos harto miedo, porque pensábamos que nos iban a cerrar la puerta en las narices, y fue todo lo contrario.

La gente nos recibía con harto gusto, nos ayudaban a hacer el tratamiento, nos contaban quienes más podían necesitar el tratamiento.

A mí me sirvió harto, harto. Empezamos a trabajar en mi manzana y en otras donde no hay encargada de salud.

Después de eso, siempre estoy participando en algo en las manzanas.

Hicimos charlas por manzanas, sobre las enfermedades sexuales.

Hicimos saneamiento ambiental, que consistía en conversar con la gente, para explicarle que tenían que eliminar el pasto que tenían en sus sitios. En él se escondían las garrapatas y sus huevos. Entonces, tenían que hacer un hoyo, quemar ese pasto y después, tapar el hoyo de nuevo.

Sacamos cartillas sobre las garrapatas, la sífilis y la gonorrea. Las repartimos casa por casa, conversando con la gente, para saber si las entendían o no y también para saber qué les parecían y si querían participar en las charlas.

Después vino el Aniversario del Campamento, donde preparamos y montamos una exposición con nuestras propias manos.

Hicimos los papelógrafos sobre las garrapatas, los piojos, las enfermedades sexuales y los pusimos en la exposición. Se hizo en la parte más visible del Campamento.

Dos meses antes, cuando estábamos preparando el Aniversario del Campamento, se vio que las integrantes del equipo de salud, debían atender casos de heridos y no tenían con qué hacerlo.

Además, para las protestas habían heridos y no teníamos con qué curarlos.

Entonces nació la necesidad de tener un botiquín, a cargo de las personas que tuvieran más experiencia en Primeros Auxilios.

Cada delegada de salud con más experiencia, pidió en su manzana la creación de un botiquín.

Los pobladores de la manzana, tenían que confeccionar el botiquín e implementarlo, y la encargada de salud se hacía responsable de usarlo para atender los casos que se presentaban.

Se formaron 6 botiquines, ubicados de tal manera que todos en el campamento, tuvieran acceso.

Estos botiquines se mostraron en la exposición, aun los que no estaban terminados totalmente.

En la exposición, pusimos un papel grande, invitando a integrarse al Equipo de Salud, a participar en él y a apoyarlo.

Ese mismo día, hubo varios casos de gente que pidió que la atendieran.

Ahora, hay 7 botiquines.

I. La Olla Común.

La Olla Común, nace de una idea del grupo de arpilleras que teníamos arriba.

En vista del problema de cesantía que había en la población y de que aquí abajo se iba a iniciar la construcción de las casetas, y nosotros queríamos hacer un trabajo de organización, se nos ocurrió organizar a los cesantes, para que la empresa que viniera a hacer los trabajos los contratara. Y también porque había una gran necesidad de alimentarse.

Entonces, hicimos una encuesta donde decía: si se inscribiría en un Comité de Cesantes, y si se interesaba en participar en un comedor familiar. La gente se interesó más por el comedor familiar que por el Comité. Pero la gente decía; eso no es comedor familiar, sino que olla común, y así quedó, como olla común. Entonces se consiguió fondos, alimentos y un compañero ofreció un sitio, ya que la Municipalidad se opuso a que se ocupara la sede.

Para todo esto, desde el grupo de arpilleras de arriba, se buscó los contactos con otras personas que tenían experiencia de organización dentro del campamento y se hizo un equipo y este equipo ideó las encuestas, las hizo e impulsó la olla. Esto empezó en agosto del 82 más o menos y la olla empezó a funcionar, el 4 de octubre. Después vino la Pascua y se hicieron bastantes actividades en esa época.

El primer día de funcionamiento de la olla, se repartió alimento para 80 personas, el segundo día para 120 y a la semana se repartían más de 300 raciones diarias. En los primeros días quienes cocinaban eran los hombres, ellos se atrevieron más que las mujeres en el primer momento.

En cuanto a dar la pelea por conseguir pega para los cesantes, no se dio como se iba hacer y nos caímos. La gente pierde la confianza, cuando no se da la pelea.

Al principio la participación fue buena, y

todos sentíamos como nuestra la olla, pero después se fueron creando problemas internos y algunos se adueñaron de la olla y otros tuvieron que salir de ahí, porque no vivían abajo.

Pero también se empezó a criticar de que por qué la Mary y la Laura no retiraban comida de la olla si tenían problemas, y eso influyó en distanciarlas.

Ahora sobre el funcionamiento de la olla, no existe mayor información, porque el equipo ya no está integrado al funcionamiento de la olla, e incluso del taller de arpilleristas, también queda poca gente que pertenezca a la olla.

Toda la responsabilidad de la coordinación y dirección de la olla está siendo asumido por la Ube.

La olla funciona en un sitio de un compañero que vive solo, él facilitó el sitio y se instaló una especie de galpón, donde se instalan las personas a cocinar.

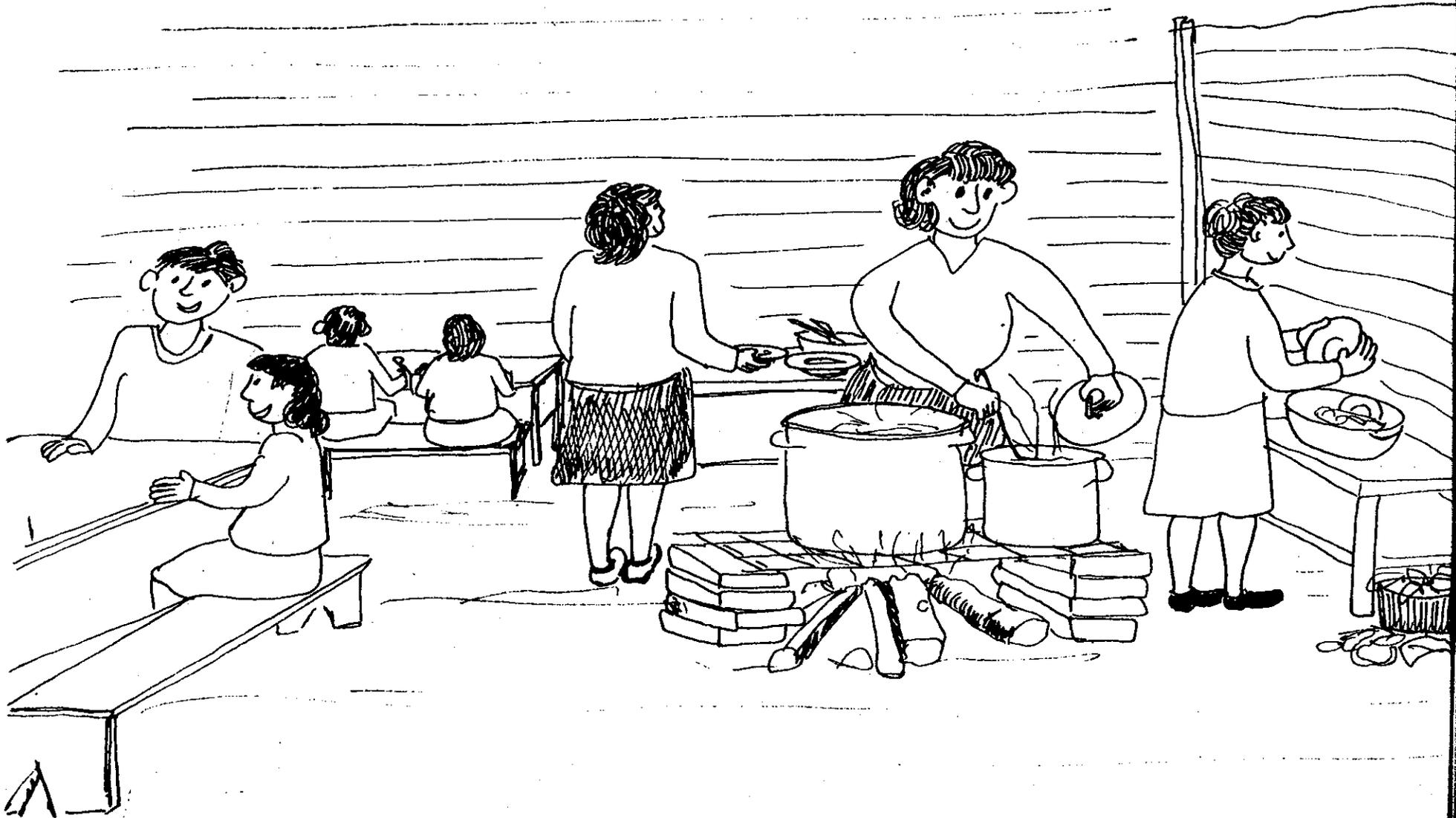
La olla estaría participando en una coordinación de ollas en el sector, donde la Ube es su coordinadora general, y donde sólo participa ella, sin darle cabida a otras personas.

J. Talleres.

Taller de cuero: no resultó por falta de apoyo técnico y por irresponsabilidad de los integrantes. Que no acudían a trabajar y lo poco que se fabricó, se vendió a crédito y no se pagó.

Taller de amansandería: tampoco resultó, porque la gente no compraba. Se salía por las casas y nadie compraba, y los propios integrantes del taller tenían que comerse el pan.

Taller de arpilleristas: en la actualidad todavía sigue funcionando. En un principio se le entregó la concesión a una sede sindical pero hasta el momento, ya ha pasado un año y no se tuvo resultados de ventas. En el verano se estuvo haciendo bolsas para el pan y blusones artesanales y a principios del año 83, la Vicaría empezó a comprar y eso ha mante-



nido en pie al Taller. (son diez personas).

El problema es que la gente del taller y de la olla no participa en otras cosas que no sean las internas, y existe una rivalidad entre la olla y el taller de arpilleras. A la gente del taller no le interesa lo que pasa externamente al taller y se dedica a crear conflictos internos por la entrega productiva.

No existe ninguna instancia de evaluación y análisis y ni siquiera de programación dentro del taller. Habría que estudiar la forma de llevarlos a realizar algunas discusiones.

Hay un posible paseo a la playa en el mes de febrero. Aunque existen problemas de financiamiento alimenticio para el paseo y no todas las personas estarían en condiciones de ir y hay reticencia a que el problema se enfrente colectivamente.

K. Comprando juntos.

Comprando juntos, apareció como una necesidad de impulsar una organización arriba, al no tener cabida aquí abajo. Han habido problemas en el grupo, por la plata. Ha sido como todos los grupos, ha servido para ayudar a economizar dinero en las compras de mercadería, pero no así en organización, últimamente. Pero sí en las protestas, ahí sí que sirvió, se salió a barricadas, se participó en el Comando allá en San Roque. Ahora se han estado realizando bazares para mantener el fondo económico. Se piensa ir a veranear a la playa, junto con el taller de arpilleras. Claro que no se sale orgánicamente, pero las personas van a todos los actos y cosas que se realizan como grupo familiar, porque sale toda la familia de cada casa, salvo la María que no sale a ninguna parte.

L. El Comando y el Sectorial.

Primero, había un grupo de mujeres que queríamos hacer un Sindicato eventual.

Se empezaron a hacer las primeras protestas en mayo del 83 y hubo apaleos, repre...

El grupo conversó y se hizo un llamado a todas las organizaciones de la población.

Después de la reunión, se formó un Comando con una directiva provisoria.

Se juntaron, se vio como enfrentar la próxima protesta y se sembró la inquietud de formar un Comando Zonal. Estaba este Comando chiquito y llegó una invitación para una reunión, con el fin de formar un Comando Zonal.

Fuimos todas las organizaciones, se formó el Comando y se nombró una directiva con gente de todos los sectores. Desde ahí siguió funcionando el Comando, llamó a reuniones y todas las organizaciones participaron.

Se trabajó para las movilizaciones.

Pero de a poco fue decayendo y empezaron a quedar pocas organizaciones. Quedó un grupito que era la directiva, pero no se sabía a quien representaba cada uno de los que estaba ahí. Entonces se producía mucha confusión.

Nuestro taller estaba inquieto porque cada vez que nuestras representantes iban a la reunión del Comando, volvían enojadas porque los compadres de la Directiva se peleaban por el color de su camiseta. Las compañeras no entendían: qué es lo que pasaba.

Además, las pocas organizaciones que participábamos, teníamos que asumir el peso de la movilización y eso era mucho, para nosotras que éramos tan pocas, en comparación con todo el sector que teníamos que abarcar.

A nosotros nos tocaba el trabajo pesado y ellos, solos convocaban.

Hubo varias movilizaciones, convocadas por el Comando donde no llegó la gente y llegamos noso-

tras solas como organización. Entonces tomamos la decisión de dejar de participar en el Comando.

Le planteamos al Comando que nos ayudara a formar un Sectorial donde pudiéramos coordinarnos con otras organizaciones. Un dirigente nos ayudó mucho y de ahí nació el Sectorial en 1984.

Al principio no hallábamos cómo hacerlo y empezamos a invitar a las organizaciones. Estas venían una semana sí y otra no, hasta que al fin se afirmó y cada vez iba llegando más gente.

Durante mucho tiempo el trabajo se centró en lo coyuntural, hasta que decidimos que eso no podía ser y organizamos una actividad educativa de verano, que se hacía una vez por semana y estaba dirigida a la población.

Se trabajó todo el verano con resultados positivos.

Terminando esa actividad, decidimos que era necesario hacer una jornada para ver cómo y qué programar para el futuro.

En la jornada salieron tres comisiones de trabajo: Educación popular, reivindicaciones y coyuntura.

La de reivindicaciones trabajó para elaborar un petitorio que se acompañó a la Municipalidad, respaldado por 5.000 firmas.

La comisión de coyuntura organizó un desayuno popular en homenaje a los 15 años de la población.

La comisión de educación popular programó y organizó una actividad cultural para dos meses.

El sectorial en su conjunto ha organizado varias movilizaciones.

Segunda Parte



HISTORICAMENTE, EL PUEBLO HA CREADO ESPACIOS PROPIOS

Mirando a lo largo de la historia nos damos cuenta de que los pueblos, en forma natural y espontánea han tendido a agruparse, a crear colectividades que le permitan abordar la vida en forma comunitaria; donde puedan expresar sus valores y apoyarse mutuamente.

Ello se manifiesta, tanto en las sociedades primitivas en que el hombre se agrupaba para procurarse su alimento, como en etapas ya posteriores donde el pueblo crea grupos sociales que constituyen espacios propios, a través de los cuales va enfrentando progresivamente sus problemas.

En la Edad Media, el aspecto religioso es uno de los elementos que constituye la base de la unidad, en los grupos. Es decir las personas comparten una misma concepción de la vida y ésta, es la que les da su cohesión.

Esta base religiosa que produce la consolidación, es la que al mismo tiempo permite que la actividad de los grupos, se extienda hacia otros aspectos de la vida. Es así como nacen las ASOCIACIONES DE SOCORROS MUTUOS entre los años 1200 y 1400, en diversos países de Europa.

En ese momento, ya se realizan manifestaciones que expresan la capacidad alcanzada por estas agrupaciones, para organizar actividades en las que participa todo el pueblo, como por ejemplo: las Procesiones de Penitentes en Semana Santa.

En un comienzo los grupos se forman entre vecinos y tienen un carácter religioso-social, pero a medida que van creciendo e integrando a más personas, se enfrentan a nuevos problemas como por ejemplo, al ataque de otros pueblos, ante los cuales necesitan defenderse. Es por ello que la agrupación debe asumir su auto-defensa.

"Testimonio de ello fue la "Sociedad de las Puertas" en las villas de Toscana, que se opuso a la aristocrática "Sociedad de Torres" que pertenecía a la nobleza().*

En esa época, las ciudades estaban rodeadas por una gran muralla que las protegía y los que venían desde fuera, debían atravesar unas inmensas puertas, para entrar.

"Las calles que estaban junto a las puertas que comunicaban a la Villa con los caminos principales, eran aquellas donde se instalaban los mercados de campesinos y extranjeros y por eso eran las más animadas y siempre las más populares de la ciudad. Los grupos populares que defendían las puertas, formaban una milicia numerosa.

(*) LE TRAVAIL AU MOYEN AGE, P.U.F. PARIS 1965, pág. 87.

*Esta tradición se mantuvo por mucho tiempo. En 1447, todavía en Génova (Italia) en el barrio de San Donato, se formó una "vicinia popular" que reunió a 102 grupos de familia, donde estaban representados casi todos los gremios de la ciudad" (**).*

Con el tiempo las actividades grupales siguen aumentando y enriquecen su contenido al introducir en ellas el quehacer cultural, desde el cual dan un gran impulso al desarrollo de las artes y especialmente al teatro popular.

Este en un principio se presentaba en las Iglesias, pero con las procesiones, poco a poco va saliendo a las calles y de este modo se va ganando un lugar, en las plazas y paseos populares.

El teatro en esa época, pasa a constituirse en un medio de comunicación, de formación y de debate popular, por cuanto sus obras van recogiendo cada vez mejor, las preocupaciones y problemas del pueblo.

Estas agrupaciones religioso-sociales-culturales van asumiendo los aspectos más significativos en la vida de los sectores populares y por eso, llega el momento en que sienten la necesidad de integrar entre sus actividades la cuestión laboral.

Eso explica que en Francia ya en el siglo XV, los campesinos formaran verdaderas "ligas agrícolas".

En Normandía por ejemplo, tenían como propiedad común, los animales y las carretas.

En algunos pueblos, la organización llega a tal punto que es la Asamblea del pueblo, la que decide el día en que se hará la cosecha y nombra a los responsables, encargados de vigilar los reglamentos y de cobrar las multas.

Se piensa, incluso que la disposición de las tierras en potreros alineados, se llegó establecer porque favorecía la redistribución periódica de ellas, entre los jefes de familia del pueblo y sería ésta, una verdadera manifestación del colectivismo agrario.

Estas asociaciones agrícolas van tomando el control de numerosos aspectos en la vida rural y llegan a cumplir un rol importante frente a los Señores Feudales, en la vigilancia de los trabajos y en la distribución de derechos y tareas.

Sin embargo, el desarrollo de las ciudades y la aparición del capitalismo, va dejando cada vez más al descubierto la incompatibilidad de los intereses y va haciendo surgir con una fuerza cada vez mayor, los conflictos que se producen por el choque de estos intereses.

Frente a ello, la organización aparece como una herramienta indispensable tanto para los que controlan el poder, como para los que sufren sus consecuencias.

(**) IBIDEM.

LAS ORGANIZACIONES Y EL CONFLICTO DE INTERESES

La revolución industrial que tiene su origen en las ciudades Europeas durante el siglo XV, provoca un desarrollo inmediato y multilateral de las organizaciones, hasta tal punto que una red de formas organizativas estables, penetra en casi todos los campos de la vida social.

El modelo capitalista que comienza a imponerse, marca el surgimiento de las grandes organizaciones.

La eficacia de su funcionamiento, exige que las actividades se realicen en forma fraccionada y esto, no puede hacerse sino es por medio de la organización.

Antes un artesano elaboraba el proceso completo hasta terminar su producto, por ejemplo: los zapatos. En la fábrica, ese mismo par de zapatos es realizado en distintas sesiones donde cada uno hace una pieza, del zapato total.

La sociedad entera se ve enfrentada a una multiplicación incontrolada e incontrolable de agrupaciones, que nacen con el fin de "aumentar la eficacia" en todo el aparato social.

Es así como vemos aparecer asociaciones, agrupaciones, instituciones, organizaciones, en todo los sectores sociales.

Pero como veíamos antes, al interior de las organizaciones surgen conflictos de intereses, que se manifiestan en forma más, o menos velada según sea el origen y los objetivos de estas.

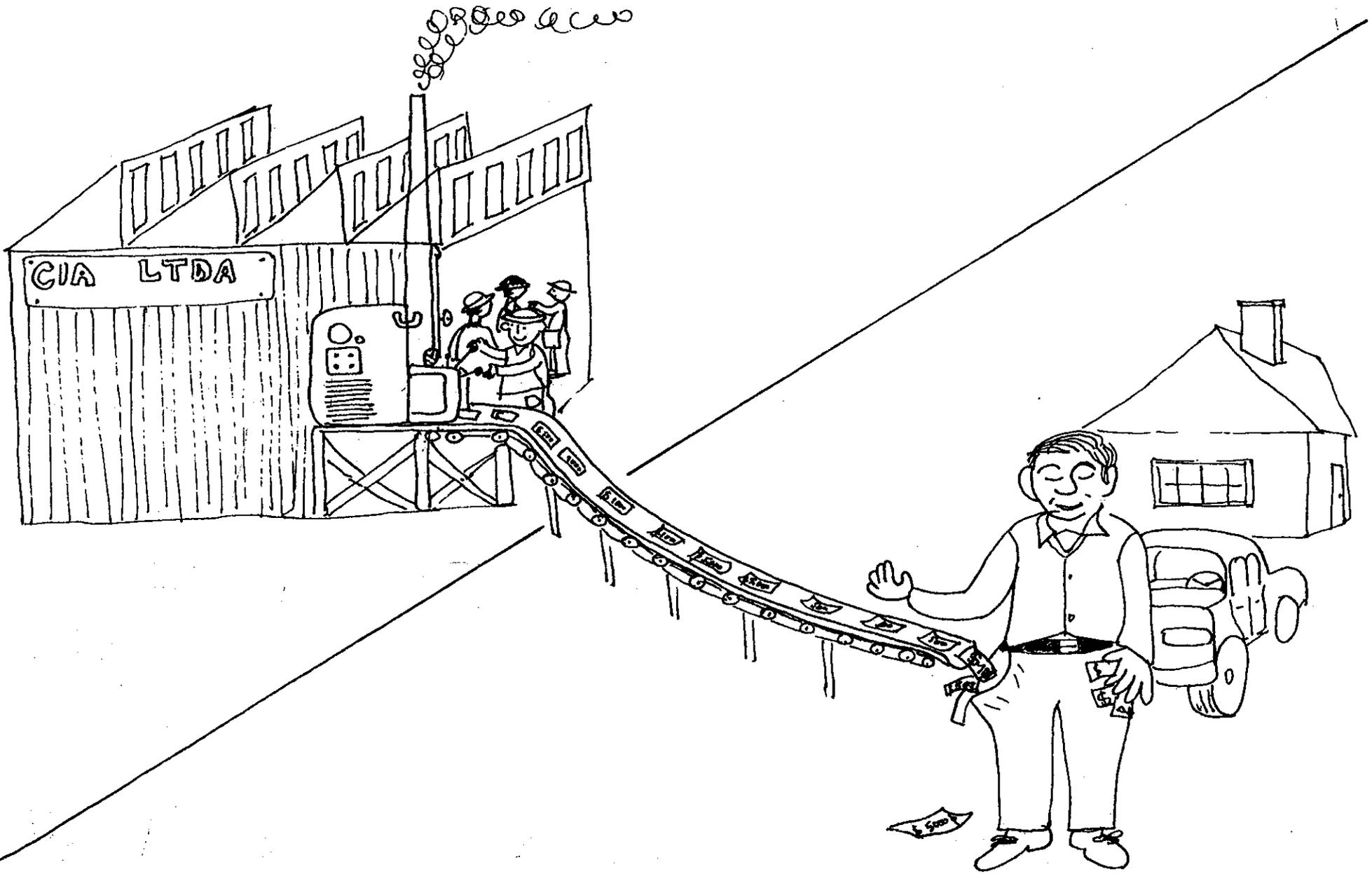
Estos conflictos se agudizan y llegamos a un momento en que, todas las organizaciones están inmersas en ellos.

Esta situación se produce, porque los fines hacia los cuales la organización orienta su acción, están determinados desde un punto de vista de clases y al mismo tiempo están limitados por los intereses de la clase.

Por ejemplo:

La fábrica en una sociedad capitalista, es una organización que transforma la fuerza de trabajo de sus obreros en capital que pertenece al patrón. Los trabajadores reciben un salario y el patrón obtiene una ganancia que transforma en capital.

Sin duda que esta, es una fuente de conflictos entre los intereses del patrón que quiere aumentar sus ganancias y los de los obreros que exigen condiciones de trabajo que les permitan tener una vida digna (es decir: recuperar su fuerza de trabajo).



La fábrica en una sociedad socialista, es una organización que tiene como fin principal, la producción de bienes que permitan satisfacer las necesidades de la sociedad.

En esta fábrica, el éxito se mide por la cantidad de bienes producidos, en relación a las necesidades que la sociedad tiene de ese producto.

Esta fábrica para alcanzar sus objetivos no sólo debe producir sino que también debe entregar una formación social a los individuos que la integran.

Sólo de este modo, los trabajadores podrán comprender realmente el sentido que tiene su trabajo y no habrá intereses que se opongan.

Los conflictos de intereses, sin embargo, no se dan solamente en lo que se refiere a la producción material, sino que también se dan en cuanto a la concepción que se tiene de la sociedad.

Unos buscan el desarrollo de una sociedad capitalista y otros quisieran que se constituya una sociedad socialista y esta es otra dimensión del conflicto de intereses que se produce en la sociedad.

Por ello, las clases que controlan el poder, necesitan tener un control sobre las ideas que se producen.

Esto explica la imposición de la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, como una forma de controlar "las ideas" que se producen.

El patrón piensa el obrero ejecuta.

Así la clase que tiene el control de los medios de producción material, es también la que determina las "ideas" permitidas y esto ayuda a que ella pueda mantenerse en el poder.

"Las ideas dominantes, son las ideas de la clase dominante".

LAS PRIMERAS ORGANIZACIONES POPULARES CHILENAS

En la realidad chilena, las cosas no han sucedido de manera diferente.

A nivel popular en 1853, nacen las MUTUALES que son un primer tipo de organización popular.

Estas, se llaman MUTUALES O SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS y nacen con el fin de asistir a sus asociados en casos de accidentes o enfermedades y, fomentar el ahorro.

Pero también, buscan la autodefensa de los trabajadores y se proponen algunos "objetivos culturales, insistiendo en que el obrero debe educarse y moralizarse, desterrando de él los vicios"().*

Más tarde y bajo la influencia anarquista, surgen las SOCIEDADES DE RESISTENCIA que alcanzan su máximo desarrollo en 1898.

Estas nacen con la idea de "luchar por aquello que el sistema no les daba a los trabajadores y para ello, apuntan a conducir las huelgas y acciones de los distintos gremios".

Después, en 1900 nacen las MANCOMUNALES que son un tipo de organización ya más extendida dentro del Movimiento Obrero, y que defiende claramente los intereses de la clase obrera.

Las MANCOMUNALES orientan sus objetivos por medio del cumplimiento de funciones:

- Mutualistas, es decir buscando la protección de sus asociados y al desarrollo de la solidaridad obrera.*
- Organizativas, creando con ello un primer tipo de sindicato que impulsa la organización de los obreros en torno a su defensa frente a los patrones y,*
- Político-culturales que se concretan en instancias de formación y en la creación y mantención de un periódico.*

Finalmente en 1930, se dicta el Código del Trabajo con el cual, se generaliza el Sindicato legal, como la principal organización de los trabajadores.

(*) Práctica Educativa y Organización Popular. ECO - Doc. N° 4. Pág. 7.

LA ORGANIZACION POPULAR

De acuerdo con lo que decíamos al empezar este trabajo, nuestra opción ha sido introducirnos en lo que es una ORGANIZACION POPULAR.

Por eso, intentaremos descubrir lo que hay detrás de la organización que se da el pueblo, según sus intereses de clase y no nos referiremos a la organización que trata de imponer la clase dominante en la sociedad actual.

Al hacer esta opción, tenemos conciencia de que muchas organizaciones creadas en sectores populares como por ejemplo: las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres y muchas otras, responden a los intereses del sistema dominante, por cuanto son dirigidas y controladas desde fuera (por la Municipalidad y otras instituciones), y su único objetivo es contribuir al mantenimiento del sistema.

A. Una herramienta que se da el pueblo: Pensamos que la ORGANIZACION POPULAR es una herramienta que se da el pueblo, porque vemos en ella un espacio propio de los integrantes de un grupo, que trabajan unidos por intereses comunes, para alcanzar una meta que también es común.

"En la lavandería, fuimos nosotras mismas las que empezamos a organizarnos y a hacer cosas", nos cuentan Isabel y Graciela. "Con ideas de nosotros y de otras personas, pero era porque nosotros las encontrábamos buenas", añaden.

Las personas se agrupan para actuar unidas, porque reconocen que la acción colectiva es eficaz y porque reconocen en los integrantes un valor práctico().*

"Cuando empecé a participar, me sentí contenta, recuerda Hilda. Sí, porque eso es lo que me hace sentirme otra persona. Más libre. Porque aquí en la casa, puras peleas, puros encierros y no llego a nada concreto; mientras que con ellos, tengo mi cabeza pensando en un montón de cosas que se pueden hacer".

"La organización permite sumar voluntades para responder conciente y colectivamente a los dominadores. Al mismo tiempo, ella también permite asumir y potenciar aún más, la tarea educativa del pueblo"().*

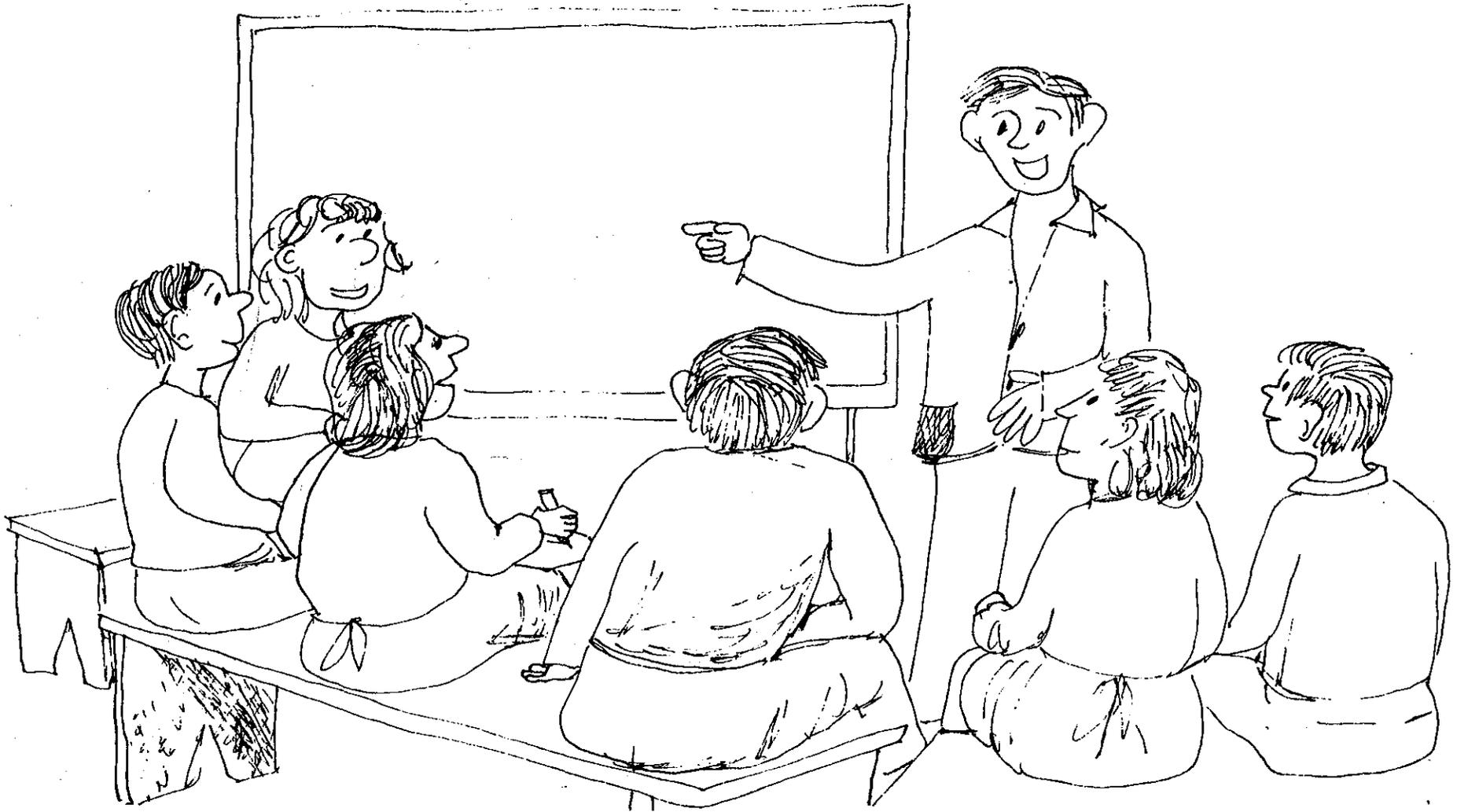
La actividad que emprenden colectivamente, las va enfrentando con una realidad concreta que el grupo debe transformar, y es en ese quehacer, donde las personas van desarrollando sus capacidades.

"Porque cuando entramos en la organización, entramos por una necesidad, nos explica Isabel; pero en realidad no sabíamos por qué teníamos tanta hambre, y por qué no había pega.

Y ahí nos fuimos dando cuenta del por qué y debido a eso, nos fuimos capacitando. Se puede decir, aprendiendo más".

(*) Proletariado y Organización. Página Nº 100.

(*) "Que es la Educación Popular". Página Nº 25.



B. Una escuela de acuerdo a sus necesidades: *Si miramos las historias de éstas y muchas otras compañeras, veremos que todas ellas en un tiempo ansiaron ir a la escuela.*

Y no fue una casualidad la que les impidió hacerlo, como tampoco lo fue, el que todas hayan tenido que empezar a "ganarse la vida" a los 10 ó 12 años.

Entonces la ORGANIZACION para una gran mayoría, se transforma en esa escuela que no tuvieron.

"A mí me tocó eso de empezar a hablar en el Comedor, porque cuando recién entré, la lengua se me trababa en el paladar, recuerda Laura.

Después en la Bolsa, claro que me cortaba un poquito, pero ya no fue tanto".

En la práctica, "la ORGANIZACION se presenta como el principal espacio de desarrollo de la Educación Popular" ().*

Porque en ella, la persona se encuentra protegida y reforzada por el grupo y este es un factor de equilibrio importante, para superar las condiciones de inseguridad y de opresión en que el sistema la mantiene.

Además porque en la ORGANIZACION, la Educación Popular se da como una consecuencia de la actividad que realizan. Tanto por la necesidad que ella tiene de conseguir que su acción sea transformadora, como por el intercambio de experiencias y conocimientos que se produce entre sus integrantes.

*"Porque organizándose de acuerdo a sus propios intereses, para luchar por ellos, las masas superan la dispersión y el aislamiento" (**).*

Por eso pensamos que es en la ORGANIZACION, donde comienza a levantarse ese protagonista colectivo que es el pueblo. Donde él comienza a encontrarse y a rearticularse como clase.

(*) ECO - Práctica Educativa y Organización Popular, Página Nº 5.

(**) Jara, Oscar. Página Nº 21.

C. Una identidad construida en la acción: *Para conseguir la meta, los integrantes de una ORGANIZACION deben reflexionar juntos sobre lo que hacen (su práctica) y crear formas de solución que les permitan superar los conflictos.*

"Para todo lo que hacíamos, siempre hacíamos reuniones antes y todo lo íbamos planificando entre todas, comenta Graciela. Nosotros podemos estar hasta las 12 ó 1 de la noche y ahí estamos. Hasta que se aclara el problema y se soluciona".

"En la ORGANIZACION se da un proceso contínuo y cotidiano, por medio del cual, los sectores populares van sistematizando sus experiencias y generando nuevas opciones" (). Teniendo siempre presente su historia anterior, en función del futuro a construir.*

"La ORGANIZACION permite ejercitar acciones colectivas autónomas y autosuficientes que fortalezcan la confianza en sus propias posibilidades.

*La ORGANIZACION permite planificar, experimentar, evaluar y criticar colectivamente, acciones de luchas concretas, que van cimentando su identidad como clase" (**).*

Y al enfrentar cada día esta realidad en la ORGANIZACION, se va fortaleciendo una identidad social y política, a través de la cual el pueblo va construyendo su fuerza propia, la que algún día le permitirá mostrar una alternativa de sociedad.

D. Expresiones culturales que surgen de una lucha: *"El pueblo tiene consigo una cantidad de elementos culturales, políticos y técnicos que él ha ido acumulando como producto de su experiencia, de sus luchas y que son una expresión de sus intereses como clase" (***)*

Pero al mismo tiempo, vive en un sistema que trata de imponerle unos valores, una concepción de la vida, métodos, que a pesar de su apariencia engañosa, van en contra de sus intereses.

Entonces, tanto la ORGANIZACION como sus integrantes, se ven enfrentados a éstas dos fuerzas opuestas: lo propio y lo que trata de imponerle la dominación.

"Porque siempre se han dado problemas con las personas nuevas que entran. Entonces nosotros empezamos a contarles la historia desde que comenzamos, dice Isabel.

Y hemos tenido buena acogida, porque empiezan a participar y a ser como todas nosotras".

(*) Vera Gianotten y Ton de Witt. Página N° 111.

(**) Jara, Oscar. "El Reto de Teorizar sobre la Práctica para Transformarla". Página N° 50.

(***) Vera, Gianotten. Página N° 11.



“En la ORGANIZACION los elementos culturales, políticos y técnicos del pueblo, adquieren una nueva dimensión, porque son reforzados por el conjunto y porque en ella como instancia de educación e investigación popular, el pueblo puede recuperar y sistematizar el saber popular disperso, de manera de ir generando nuevos conocimientos que lo lleven a fortalecer su movimiento”. ()*

*“La ORGANIZACION, ante las tareas del presente, debe tomar en cuenta las experiencias del pasado, descubriendo así las raíces de una memoria colectiva que recobra actualidad y sentido”. (**)*

Por eso decimos que la ORGANIZACION es el lugar donde el pueblo configura su identidad social y a la vez, el espacio en que se van manifestando los gérmenes de una cultura propia.

Porque en ella va surgiendo una manera de ser, que se expresa en sus valores, en su lenguaje, en sus formas de relación y desde ella, se va construyendo una nueva cultura.

“Ahora sabemos lo que es una palabra tan difícil, que antes no la podíamos ni pronunciar: la SOLIDARIDAD.

Si, porque antes no sabíamos ni pronunciar las palabras, o no entendíamos el significado que tenían. Y la Unión por ejemplo: se ha dado en la práctica, yo creo. Porque hemos practicado mucho, nos cuenta Graciela”.

E. Un saber que lleva a “saber hacer”: Las personas pueden asistir a muchos cursos, sin que eso les asegure que podrán transformar su realidad.

Porque no basta con tenerlo todo muy claro, si esa claridad no tiene un efecto en la acción misma, si ella no permite alcanzar los objetivos.

En la ORGANIZACION donde junto a sus compañeros, enfrenta la realidad para transformarla, la persona acude a los conocimientos adquiridos y ve de qué manera los utiliza, cuáles le sirven para comprender mejor su realidad y cuáles no, y de qué manera estos le son útiles para hacer avanzar su acción.

“En la Bolsa de Cesantes, los compañeros explicaban bien y uno entendía, nos cuenta Mary. Y si había dificultad, tomaban un pizarrón y ahí nos explicaban todo”.

En la ORGANIZACION tanto la persona como el grupo, satisfacen su necesidad de apropiarse socialmente de ese conocimiento que les permite “saber hacer”.

*“La Educación Popular será tal, en la medida que sea un arma que permita a las clases populares, asumir organizadamente con lucidez y pasión, su rol de sujetos activos en la construcción de la historia” (***)*

(*) IBIDEM.

(**) Jara, Oscar. Página Nº 50. (***) Jara, Oscar... Página Nº 51.

F. Un punto de encuentro entre la teoría y la práctica: Una ORGANIZACION que actúa sin reflexionar hacia dónde va, o como puede llegar hasta la meta que se trazó o de qué manera supera los obstáculos que encuentra en el camino, tiene pocas posibilidades de conseguir sus objetivos.

Porque para desarrollar y conducir una acción, para conseguir la unidad del grupo, para abrirse nuevos espacios, es necesario ir reflexionando, aclarando las ideas, despejando las dudas, encontrando respuestas a sus interrogantes.

Por eso, comprobamos que "la ORGANIZACION es el punto donde se encuentran esos conocimientos nuevos que se aprenden (teoría) con la acción, realizada y por realizar"().*

Y es el desarrollo, y el avance de la acción, lo que nos permite ver, si eso que aprendimos sirve o no.

*Porque "es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento"(**).*

Por ejemplo, cuando hay distintas posiciones en un grupo: si nos quedamos en la pura discusión, podemos quedarnos eternamente en ella y no llegar a acuerdo.

En cambio, si confrontamos las posiciones con la práctica y observamos como se resuelve la cosa, van a ser los resultados los que nos van a decir: qué es lo que se debe hacer.

Entonces es "la ORGANIZACION en su práctica, la que nos permite, ver y evaluar: de qué manera se han ido integrando y asimilando los conocimientos.

*Al mismo tiempo, ella es el lugar donde se intercambian y se socializan las experiencias y la que hace que se vayan produciendo conocimientos nuevos, también en forma colectiva"(***)*

"Este proceso vivido en una ORGANIZACION hace que el "saber popular", se transforme en un "saber popular orgánico" (conocimiento científico).

Es decir, aquél que lleva a que la participación de los integrantes de la ORGANIZACION, se transforme en una acción política.

*Y sólo la acción política puede llevar a la transformación social, a una acción organizada" que responda a los intereses del pueblo"(****).*

Porque una de las grandes metas de la ORGANIZACION es la conformación de una mayoría conciente, crítica y creadora. Capaz de movilizar a todo el pueblo hacia la transformación de la sociedad.

(*) Lukacs, G. - Hre. Et Cons. Des Classes. - Página Nº 338.

(**) Marx, Carlos. (Tesis 2 Sobre Feuerbach).

(***) Vera... Página Nº 110.

(****) Vera, Gianotten... Página Nº 126.

En esta reunión vamos a revisar el trabajo de nuestra organización, con el fin de mejorar en lo que estamos haciendo...



G. Un proceso que genera intelectuales orgánicos: *Este mismo proceso, de que hablabámos, es el que hace que se vayan construyendo los nuevos dirigentes. Es decir, los intelectuales orgánicos de la clase, que asumirán la tarea de orientar y conducir a la ORGANIZACION.*

Este es un punto fundamental, porque las clases populares necesitan generar sus propios intelectuales.

Necesitan romper la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, que la dominación les ha impuesto (El "patrón piensa, el obrero ejecuta").

Para eso necesitan dirigentes, porque "una masa humana no se vuelve independiente, ni defiende sus propios derechos sin organizarse a sí misma.

Y no hay organización sin intelectuales, esto es sin organizadores y dirigentes".

"No hay organización sin intelectuales; así como tampoco puede haber intelectuales orgánicos del pueblo sin organización"().*

*"El partido obrero, como organización política, reúne a los elementos más activos de las clases trabajadoras y desempeña las funciones de educar a la sociedad y de organizar su vida política"(**).*

H. Un reflejo del Movimiento Popular: *La ORGANIZACION es la expresión orgánica del Movimiento Popular.*

*"Por eso debe enfrentar un problema fundamental, que consiste en dar el paso desde su participación en el seno del grupo, hacia la coordinación de las actividades en conjuntos más vastos"(***)*

"Las acciones organizadas permiten descubrir que para satisfacer los intereses de clase, no bastan las conquistas inmediatas, sino que es preciso encaminarlas hacia la consecución de un Proyecto Histórico alternativo al actual".

(*) Entuistle, Harold. Gramsci, Antonio. Página Nº 126.

(**) Bauman, Zygmunt. —Madrid 1975— Página Nº 381.

(***) Col. Lee y Discute Nº 80. Proletariado y Organización. Pág. Nº 1033 Página Nº 103.

"Porque la tarea de la clase explotada, es organizar la sociedad de manera socialista"()*.

"Debemos integrar a todos los individuos en los organismos de vida colectiva".

En un funcionamiento y una práctica desde las cuales puedan consolidarse las conquistas, donde se desarrollen y se completen las experiencias.

Conducirlos hacia un objetivo histórico concreto a alcanzar.

La revolución es un problema de organización y disciplina.

Es necesario unir a la ciudad y el campo.

*Hay que crear organizaciones nuevas, capaces de incorporar, a las vastas fuerzas de los trabajadores, en el Movimiento Social(**).*

(*) Jara, Oscar. Página Nº 50.

(**) Gramsci, Antonio —L'Ordine Nuovo Du 2 Aout 1919.
Gramsci Dans Le Texte. Página Nº 63.

ASAMBLEA
de
DIRIGENTES



BIBLIOGRAFIA

- Betes, L.G. y Sarries, L.
La Ciencia de la Convivencia
Editorial Verbo Divino - España 1972.
- Bauman, Zygmunt
"Fundamentos de Sociología Marxista"
Alberto Corazón Editor
El Roble 22 - Madrid 20. 1975.
- Eco - E. Concha y Toro 51 - Stgo.
Serie: Temas de Educación Popular - Doc. Nº 4 - Noviembre de 1983.
Práctica Educativa y Organización Popular.
- Entuistle Harold
Antonio Gramsci
Routledge Education Books
London 1979.
- Gramsci, Antonio
L'Ordine Nuovo Du 2 - 8 - 1919 - I Nº 12 Non Signe en:
Gramsci Dans Le Texte — Editions Sociales - París — 1977.
- Heers, Jacques - Le Travail au Moyen Age.
P. U. F. - París 1965.
- Jara, Oscar
"El reto de teorizar sobre la práctica para Transformarla" en:
Saber Popular y Educación Popular y Educación en América Latina.
Ediciones Búsqueda. CEAAL
Buenos Aires. 1985.
- Lukas, George
Histoire et Conscience Des Classes.
Les Editions de Minuit
París 1960.
- Proletariado y Organización
Col. Lee y Discute Nº 80
Zeros. S.A. Bilbao 1977 - España.
- Qué es la Educación Popular
Cuadernos de Capacitación Nº 15
CELADEC - Diciembre de 1983.
LIMA - PERU.
- Vera Gianotten y Ton de Witt
Participación Popular: Algunas reflexiones
En: Saber Popular y Educación en América Latina
Ediciones Búsqueda - CEAAL
Buenos Aires. 1985.

INDICE

I. PARTE

	PALABRAS PREVIAS	7
	COMO TRABAJAMOS	9
LAURA	ERA LINDO VIVIR EN EL CAMPO	
	A. Me daba susto y a la vez me gustaba arrancar	15
	B. Hacíamos tantas leseras	17
	TUVIMOS QUE HACERNOS CARGO DE LA CASA	
	A. Mi mamá nos hacía ropa de saco con tal que fuéramos a la escuela	21
	B. La Bima era como una cárcel por lo lejos	24
	A LOS DOCE AÑOS EMPECE A TRABAJAR Y ME GUSTO	
	A. Me gustaba descubrir cosas y me daba miedo	29
	B. Al volver a mi casa sentí que era un estorbo	31
	C. Creí que había llegado el fin del mundo	33
	CONOCI AL JOAQUIN E HICE LO QUE NO HABIA HECHO NUNCA	
	A. Cuando llegué a Santiago me habría vuelto al tiro a mi casa	37
	B. Encontré a Joaquín en el tren y me gustó al tiro	40
	C. Me cansé de trabajar de sol a sol	41
	D. Me casé y resultó que de nuevo me iba a tener que quedar en la casa	44
	EN LA "TOMA" ENCONTRAMOS UNA NUEVA MANERA DE VIVIR	
	A. Vivir de allegados era insoportable	47
	B. En la "Toma" encontramos más apoyo que en nuestra familias	48
	C. Los dirigentes nos educaban en todo sentido	53
	DESPUES DEL GOLPE HUBO QUE EMPEZAR DE NUEVO	
	A. El golpe cambió todo lo que había	55
	B. Se terminó toda la actividad en el campamento	58
	C. Llegaron dirigentes que nos mostraron que a pesar de la dictadura se podían hacer cosas	60
	REFLEXIONES DE LAURA	62

HILDA

DESPUES QUE MURIERON MIS PAPAS FUE TODO NEGRO PARA MI

A. Quedé sola 65

B. Me sentí abandonada 66

C. Pensé encontrar algo nuevo y me di cuenta que había cometido un error 67

D. Intenté matarme dos veces 68

DESCUBRI UNA NUEVA VIDA

A. Los "huevones" me hicieron claridad 71

B. Llegamos a la "Toma" 73

C. La organización de acá fue buena 74

LA VIDA EN EL CAMPAMENTO "NUEVA LA HABANA"

A. Enfrentamos el problema de la salud 79

B. También se cometieron errores 82

SE DEJO CAER LA DICTADURA

A. Mataron a mucha gente 87

B. Había un terror enorme 91

EL PUEBLO LUCHA PARA SUBSISTIR

A. El pueblo tiene que dar la pelea 93

B. Tuvimos que alimentarnos del basural para poder sobrevivir 95

PRIMERO ESTA EL TRABAJO DE LA ORGANIZACION Y DESPUES LO DEMAS 99

REFLEXIONES DE HILDA 103

MARY

LA NIÑEZ

A. La vida con mi familia 107

B. Descubrí el engaño entre mis padres 110

C. Estaba segura de que iba a quedarme con mi papá y tuve que partir 114

LA SOLEDAD ME HIZO MADURAR

A. De la casona llena de árboles pasé a una jaula de ladrillos 115

B. La rabia de vivir con mi padrastro y no con mi papá 116

C. Las circunstancias me alejaban cada vez más de mi papá 117

D. La alegría ante el reencuentro con mi papá 119

E. De vuelta otra vez a mi barrio 119

F. Lucho 122

G. A medida que crecía aumentaba el trabajo 124

H. Tuve que retirarme del equipo de basquetball para criar a mis hermanos 125

I. Nuevamente un padrastro 126

	MI MAMA Y LUCHO DECIDIERON POR MI	
	A. Conocí lo que era un cité	131
	B. Descubrí lo que era una lesbiana	131
	C. Me retiraron del colegio para casarme	136
	D. Yo escuchaba lo que decidían hacer conmigo	138
	EL CASAMIENTO	
	A. Mi marido me enseñó a descubrirme como mujer	143
	B. Me casé y quedé como "muerta-viva"	147
	C. Quise trabajar para disponer de mí misma	148
	D. El remordimiento de haber deseado la muerte de mi hijo	150
	FUI NIÑA Y ADULTA A LA VEZ	
	A. Los consejos de una abuelita me enseñaron a encontrar la paz	153
	B. La primera hija me acercó a mi marido	155
	TUVE TODO LO QUE HABIA SOÑADO CON VOLVER A TENER Y DE NUEVO LO PERDI	
	A. La enfermedad de mi mamá nos hizo volver al cité	157
	B. El horror de cambiar de una vida independiente a que todos se pasearan por mi sitio	158
	EL CAMPAMENTO	
	A. Viví una experiencia nueva	161
	B. Nunca me imaginé que revisarían la higiene de un hogar	163
	ME GANE UN ESPACIO DISTINTO EN LA VIDA	
	A. Todo fue como una pesadilla	167
	B. La pérdida del taller trajo la angustia a la casa	167
	C. La organización fue como nacer de nuevo para mí	169
	REFLEXIONES DE MARY	171
GRACIELA	LO QUE YO RECUERDO DE MI NIÑEZ	
	A. Yo siempre era la dueña de casa	175
	B. A los 10 años entré a trabajar	177
	CONOCI AL JOSE Y CAMBIÓ MI VIDA	
	A. A lo primero que me invitó fue a los juegos Diana	179
	B. A las 12 del día me llega un canastillo de flores	181

EN LO HERMIDA APRENDI A VALERME POR MI MISMA	
A. Yo estaba contenta porque tenía mi casa	183
B. Fracasó mi vida	184
C. Empecé a participar en el taller	187
LLEGO OTRA VEZ LA ALEGRIA A MI VIDA	
A. No sabía a que cueva me iba a meter	191
B. Uno aprende cosas que no sabe, entonces quiere aprender más	195
C. Cuando hago el personaje, toma cosas que he vivido	196
REFLEXIONES DE GRACIELA	
197	
DESDE CHICA EMPECE A LUCHAR PARA SOBREVIVIR	
A. Me defendía como gato de espalda para vivir	201
B. Yo quería estudiar y no tuve como	201
C. Estuve feliz de salir de la casa	206
D. En Blanco me sentí sola: no había como hacerse de amigos	207
EN JAVIER ENCONTRÉ UNA ESPERANZA	
A. Creía que los dos íbamos a construir algo juntos	211
B. La inseguridad de no tener dónde vivir	211
C. Sentí que ya no podía seguir viviendo	215
EMPECE A SER DE NUEVO YO	
A. Romper el lazo fue algo muy grande	217
B. Tenía miedo pero igual salí adelante	219
C. La Isabel de ahora era distinta a la de antes	221
NUNCA HABIAMOS LLEGADO A DEPENDER DE OTROS PARA COMER	
225	
EL TALLER ME ENSEÑO A CONOCER LA LIBERTAD	
A. Tenía miedo a lo desconocido	229
B. Aprendí lo que era la solidaridad	230
C. Fuimos tomando un camino diferente	232
REFLEXIONES DE ISABEL	
236	

SABEL

II. PARTE

HISTORICAMENTE, EL PUEBLO HA CREADO ESPACIOS PROPIOS	263
LAS ORGANIZACIONES Y EL CONFLICTO DE INTERESES	263
LAS PRIMERAS ORGANIZACIONES POPULARES CHILENAS	268
LA ORGANIZACION POPULAR	
A. Una herramienta que se da el pueblo	269
B. Una escuela de acuerdo a sus necesidades	271
C. Una identidad construida en la acción	272
D. Expresiones culturales que surgen de una lucha	272
E. Un saber que lleva a "saber hacer"	274
F. Un punto de encuentro entre la teoría y la práctica	275
G. Un proceso que genera intelectuales orgánicos	277
H. Un reflejo del Movimiento Popular	277
 BIBLIOGRAFIA	 281

